
EL DUQUE DE LA SOBERBIA
MARIAH STONE

EL DUQUE DE LA SOBERBIA

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

LIBRO TRES

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2025 Mariah Stone
Todos los derechos reservados.
La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

ISBN
Título original: Duke of Pryde © 2025 Mariah Stone
Traducción: Carolina García Stroschein
Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

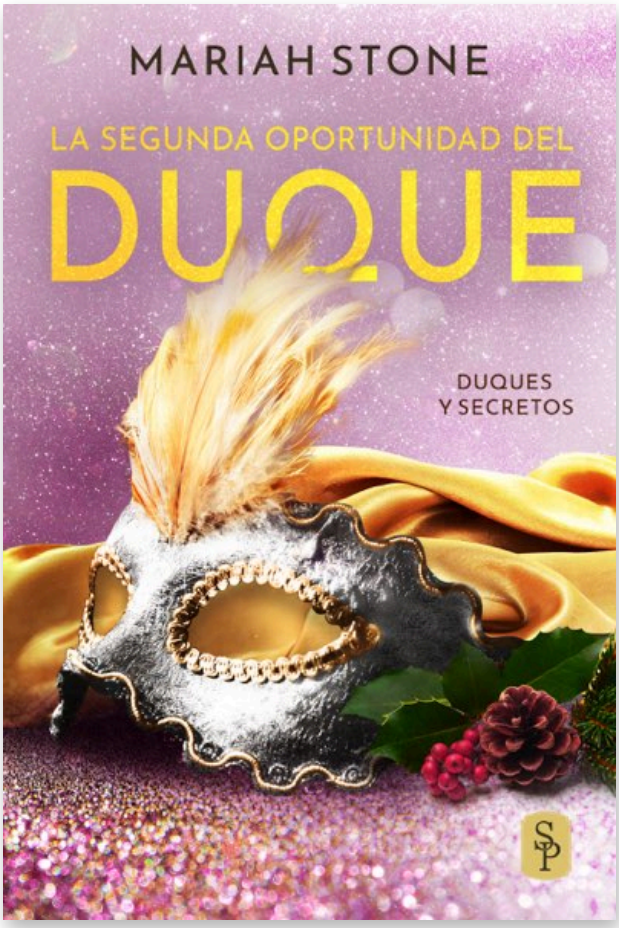
El credo de los siete duques de los pecados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE GRATIS



Juró no perdonarlo jamás.
Él nunca dejó de amarla.

Atrapados por una tormenta navideña,
¿tendrán el valor de intentarlo de nuevo?

Obtén LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE ahora para descubrir un amor que merece otra oportunidad!

https://mariahstone.com/obten-duque

«¿Ver vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa…?».

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*

«No puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que pusieron los cimientos de mi amor. Hace bastante tiempo. Estaba ya medio enamorado de ti antes de saber que te quería».

Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*

EL CREDO DE LOS SIETE DUQUES DE LOS PECADOS

Tres:

Secretos compartidos.
Secretos sellados.

1

Septiembre de 1814

—Pero ¿dónde diantres está? —Constantine Buccleigh, duque de Pryde, recorrió el pasillo de la iglesia de Todos los Santos. Ese podría ser el día en que el secreto que guardaba acabara por arruinarle la vida.

En el aire pendían los aromas a polvo e incienso. Un débil rayo de luz solar se colaba por las ventanas de estilo gótico y proyectaba una sombra por el suelo de piedra. Los habitantes de la aldea de Shepherdsbrook, ubicada en la periferia de Londres, se habían marchado tras oír el sermón dominical hacía unos quince minutos.

La blasfemia de Constantine rebotó por las paredes de la iglesia vacía como una bala. Las botas de montar que llevaba puestas resonaban contra las losas, y se había cruzado de brazos sin dejar de recorrer el pasillo a paso demasiado acelerado para un duque que se enorgullecía de su compostura.

Un estrépito a sus espaldas lo hizo girar la cabeza, y la mano le salió disparada a la carta que llevaba en el bolsillo interior del abrigo. Sin embargo, solo se trataba de Octavius. Por detrás de los bancos

vacíos, el duque de Eccess le ofreció una mirada llena de culpa mientras sostenía una estantería sin poder evitar que los libros de oraciones se cayeran.

Constantine alzó una ceja y se obligó a enderezar los hombros hasta recobrar su postura de costumbre.

—Octavius, se agradecería que te ahorres el talento para demoler para otro día…

Eccess enderezó la estantería y se le tensaron los bíceps a través de las capas de ropa debajo del abrigo confeccionado a medida. Mientras Constantine se inclinaba para recoger los libros y acomodarlos en el estante, Octavius le hizo una reverencia exagerada a la cruz que colgaba por encima del altar.

—Disculpe, Señor. Me he excedido un poquito con el vino. Estoy seguro de que lo comprende, con todo eso de convertir el agua en vino.

Se llevó la mano al bolsillo y extrajo una petaca de plata con el símbolo de un jabalí engravado. La alzó hacia Constantine, luego hacia la cruz y bebió al tiempo que unos mechones del cabello de color rubio miel se le caían sobre la frente.

Cuando terminaron de acomodar los libros, Constantine miró la petaca.

—A decir verdad, no me vendría mal un trago.

—Claro que no. Pareces la cuerda de un arco a punto de quebrarse. —Octavius le ofreció la petaca—. Como siempre, solo bebo lo mejor. Coñac Fine Champagne.

Constantine alzó la mano hacia la petaca, pero la dejó caer a un lado de inmediato.

—Hoy no. Necesito hasta el último ápice de control que poseo.

Octavius entrecerró los ojos un instante.

—Como quieras. Te vendría bien relajarte un poco, si quieres mi opinión.

—No la quiero.

Finalmente, se oyeron unos pasos que resonaron sobre el suelo como un cañoneo. Constantine se pasó una mano cubierta de sudor por el cabello y se enderezó el pañuelo. Acto seguido, guio a Eccess hacia el sonido hasta que por fin divisó un movimiento entre la penumbra debajo del arco que conducía al presbiterio. Los pasos se detuvieron, y un bebé arrulló. Constantine dejó de respirar y se quedó paralizado. «¿Un bebé?».

Dos siluetas femeninas con unos sencillos vestidos y jubones de muselina marrones y grises emergieron de las sombras, y los tacones resonaron con suavidad contra las losas desgastadas. La que sostenía al bebé era un poco más alta que la otra. Tanto él como Octavius intercambiaron miradas, anonadados. Quizás eran dos parroquianas que se habían quedado luego del servicio. Esas dos mujeres no podían guardar ninguna relación con la carta.

Como en muchas otras ocasiones, su mente recordó la carta que había recibido hacía tres días.

Londres, 20 de septiembre de 1814

Para el estimado duque de Pryde

Milord:

Espero que esta carta lo encuentre bien.

Me han revelado un asunto importante en relación con sus circunstancias. Sería muy prudente de su parte acudir al sermón en la iglesia de Todos los Santos de Shepherdsbrook este domingo.

El humilde y obediente servidor del duque.

Un amigo.

Debía admitir que la carta podía estar escrita tanto por un hombre como por una mujer. Sin embargo, no consideraba que una mujer fuera capaz de chantajear a alguien.

Cuando las dos damas se detuvieron delante de él, se dio cuenta de que la que sostenía el bebé era más alta de lo que había pensado y casi tenía la misma altura que él. ¿Qué motivo podía tener la madre de un bebé para buscarlo? Él no era el duque de Luhst y no saltaba de cama en cama.

Eccess se aclaró la garganta.

—¿Cómo las podemos ayudar?

La mujer más alta se concentró en Eccess.

—¿Es el duque de Pryde?

Ahora que se encontraba bajo la luz, Constantine pudo ver que era encantadora, con unos suaves rizos de color cobrizo que le enmarcaban el rostro debajo del sencillo bonete negro. Tenía unos ojos grandes y verdes que parecían amables y honestos, una boca ancha y sensual, y una nariz puntiaguda que le daba un aspecto juvenil y aventurero. La dama de estatura más baja parecía tener unos veinticinco años y un rostro convencionalmente atractivo bajo el ondulado cabello negro.

—No, me temo que no —repuso Octavius—. Soy el duque de Eccess, a su servicio.

—Yo soy Pryde —dijo Constantine al tiempo que medía la voz a pesar del latido acelerado del corazón—. ¿Cómo la puedo ayudar, señorita…?

—Señorita Modesty Fairchild —se presentó—. Y esta es la señorita Grace Lockhart, que ha venido como chaperona.

Siguiendo el protocolo social, Constantine y Eccess hicieron una reverencia. De seguro, esas damas que parecían de lo más modestas y respetables, aunque también algo pobres, no eran las extorsionadoras. Tenía que admitir que se había imaginado a unos canallas del barrio pobre de Whitechapel blandiendo dagas y pistolas.

—El señor Fairchild, el párroco que acaba de dar el sermón, es mi padre —añadió.

Constantine alzó la carta.

—¿Usted escribió esto?

La señorita Fairchild miró el papel mientras mecía al bebé. Un rubor suave le cubrió las mejillas.

—Sí, milord. No sabía qué escribir en semejante situación. En lo que concierne a su hijo natural…

«¿Su hijo natural? —¿Qué sabía de la carta perdida de su madre? La que confirmaba que no era el verdadero hijo de su padre. Debería haber comenzado la carta con eso—. Un momento…». De seguro no estaba sugiriendo que… ¡Diantres! ¡Eso no podía ser otro intento de chantaje a causa de un hijo ilegítimo!

Hacía pocas semanas, en la fiesta que había tenido en su propiedad de campo, Pryde Manor, su amigo, el duque de Luhst, había recibido una carta en la que le aseguraban que tenía un hijo ilegítimo. Como Lucien había negado esa acusación y se había rehusado a pagar, el chantajista envió a su hija de tres años a Pryde Manor. El escándalo que se generó llegó a los oídos de todos en

Londres y salió publicado en todos los periódicos y columnas de chismes. Al día de la fecha, todas las matronas seguían chasqueando la lengua ante la caída en desgracia del duque de Luhst.

¿Acaso el mismo chantajista estaba intentando incriminarlo a él ahora? ¿O esa mujer quería insinuar que había dado a luz a su hijo? Estaba seguro de que nunca la había visto; jamás habría olvidado esos hermosos labios.

Por un instante, la fachada que Constantine mantenía con tanta cautela amenazó con desmoronarse. Se obligó a sonreír con amabilidad, como había hecho en incontables ocasiones.

—Le suplico que me diga de qué me acusa en concreto —le pidió.

La señorita Fairchild intercambió una mirada de cautela con su amiga, que la miró con las cejas arqueadas, antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Augustus es su hijo.

Constantine sintió una presión feroz que le aumentaba en el cráneo y amenazaba con destrozárselo. El sinsentido de esa situación era tan absurdo que resultaba hasta cómico. Debería sentirse aliviado. La señorita Fairchild no había mencionado la carta de su madre ni el testamento de su padre, ni tampoco había amenazado con exponer su verdadero origen.

La única mujer con la que había tenido intimidad era una trabajadora sexual de Elysium, un club para caballeros de sociedad ubicado en Whitechapel. Además, el dueño del club, el señor Thorne Blackmore, le había asegurado que su amante era estéril.

Constantine se encogió de hombros y no logró mantener la voz pareja.

—¿«Mi» hijo?

El traidor de Eccess soltó una carcajada y ladeó la cabeza para mirar el bulto que sostenía la mujer alta en sus brazos.

—¿Podemos ver al bebé?

—No —repuso Constantine mientras que la señorita Fairchild le acercaba al niño—. No hay ninguna necesidad de verlo.

Para su gran descontento, había visto el rostro adorable del recién nacido: tenía unos grandes ojos celestes oscuros que se posaron en él, unas mejillas regordetas y una nariz chata. Estaba envuelto en mantas, movía la boca para emanar unos dulces gruñidos, y una pequeña mano con dedos delicados y uñas transparentes se asomaba por encima del mentón redondeado.

Durante una décima de segundo, algo cálido le invadió el pecho, y deseó que el bebé fuera suyo. Deseó un pequeño ser humano al que adorar y sostener. Si fuera suyo, lo habría aceptado, lo habría criado y lo habría apoyado. De hecho, sintió una suerte de entusiasmo que le recorría todas las extremidades. Algo extraño que se parecía al afecto. A pesar de ello, se recordó que lo estaban manipulando y le estaban mintiendo. Alguien estaba intentando aprovecharse de sus sentimientos para tomarle el pelo.

—La madre de Augustus me lo contó todo —le dijo la señorita Fairchild a la defensiva—. Usted es el padre. Me ha dado la custodia del bebé antes de morir…

En ese momento, Constantine comprendió la ira que su amigo Dorian, el duque de Rath, había sentido durante toda la vida. En cambio, a diferencia de Rath, el soberbio duque de Pryde no podía permitirse darle rienda suelta a su ira.

—Señorita Fairchild —comenzó—, no le puedo explicar con suficiente ahínco lo imposible que es eso.

—Le aseguro que es cierto —repuso la señorita Fairchild—. Le sostuve la mano mientras tomaba su último aliento y quería…

El pecho se le tensó. ¿Se atrevía a someterlo a eso? Había pasado tres días arañando las paredes, noches enteras desvelado, aterrado de que alguien tuviera pruebas que pudieran destruirlo. ¿Y todo para qué? ¿Para que lo extorsionaran con algo absurdo?

Ni la identidad de la difunta ni la causa de muerte le resultaban relevantes. Sospechaba que la supuesta madre había inventado la historia, a lo mejor para chantajear a alguien tras haber dado a luz en secreto. No obstante, había elegido al hombre equivocado.

—Ha leído acerca de la desgracia del duque de Luhst en los periódicos, ¿no? —le preguntó intentando mantener la voz calma—. Y creyó que podía engañar a otro hombre. Pero sepa que estoy libre de culpas. Engendrar un bastardo es algo que siempre he evitado de manera meticulosa.

La hermosa boca de la señorita Fairchild se abrió varios segundos antes de que pudiera hablar.

—No estoy intentando…

—Ese no es mi hijo. Siento pena por él, pero no dejaré que me arrastren en una argucia sin fundamento alguno. Si me vuelve a contactar, tendrá que afrontar cargos legales por difamación tan elevados que jamás podrá salir de la cárcel de deudores.

Tras decir eso, sintió que una sensación de alivio lo ayudaba a deshacerse de la presión en el pecho. Se giró sobre los talones y se marchó. Octavius se despidió y se apresuró a seguirlo. No veía la hora de atravesar las puertas de esa iglesia.

La señorita Fairchild desconocía su secreto y no tenía ninguna base sólida para demandar nada. Tanto él como su título se encontraban a salvo. Mientras se alejaban a grandes zancadas, Constantine mantuvo la postura impecable y los pasos medidos y pausados. Necesitaba respirar y abrir los puños. Ahora podía

regresar a su vida normal. No había ninguna amenaza ni ningún chantajista.

Pese a la máscara rígida del control, tenía la mente sumida en el caos. A lo mejor había esquivado una falsa acusación, pero su secreto no dejaba de volverlo vulnerable. Si bien estaba a salvo de la señorita Fairchild, otra persona podría usarlo en su contra en el futuro.

Caminando a su lado, Octavius abrió la petaca.

—Una pelirroja… Se veía muy tímida, pero debe ser ardiente en la cama.

Se le vino a la mente la imagen del cabello pelirrojo de la señorita Fairchild esparcido en la almohada, de los hermosos labios hinchados y abiertos en señal de dicha y del cuerpo cubierto de sudor arqueándose debajo de él. No debajo de Octavius. Debajo de él.

—Muérdete la lengua —le contestó con un tono más brusco de lo que le hubiera gustado—. Nunca más vuelvas a hablar de ella de ese modo.

Octavius bebió de la petaca y la cerró.

—Oh, vamos, hablo por experiencia.

Constantine negó con la cabeza.

—Basta.

Octavius lo miró anonadado.

—De acuerdo. Tú y tu soberbia…

No tenía sentido enfadarse por el honor de una desconocida, en especial sabiendo que jamás en su vida la volvería a ver.

2

PERO ¿qué tipo de hombre cruel rechazaría a su propio bebé?

La señorita Modesty Fairchild sintió una ola de ira en el pecho mientras descendía del coche de alquiler meciendo al pequeño Augustus, que dormía pacíficamente y ajeno al rechazo despiadado de su padre. Se apresuró a cruzar la atestada calle de barro hacia el asilo de mujeres, y Grace la siguió cerca. Una fresca brisa de septiembre se le coló por el jubón, pero Modesty la ignoró. La indignación la mantenía cálida. Los niños de la calle correteaban entre las edificaciones vestidos con harapos. Una mujer con una chalina andrajosa les pasó por delante, y un hombre avanzaba arrastrando los pies con el rostro curtido y la mirada clavada en la nada.

El duque era todo lo que su padre le había advertido: la perfección aristocrática que ocultaba un corazón de hielo. A pesar de eso, al verlo, se había quedado sin aliento. Había reparado en su contextura atlética, en los hombros anchos, la cintura delgada, las caderas angostas y las piernas musculosas. Bajo el cabello castaño oscuro barrido por el viento, su rostro era aún más devastador: planos afilados y pómulos angulosos que solo se suavizaban por el leve hoyuelo en el mentón marcado. Tenía unos ojos castaño oscuro

profundos y penetrantes, con las comisuras ligeramente inclinadas hacia arriba y rodeados de pestañas alargadas y oscuras. Sin embargo, su boca, con un labio inferior suculento y un arco de cupido perfecto, parecía estar en conflicto con el resto de los rasgos tan autoritarios, como si la naturaleza no hubiera podido decidir entre severidad y sensualidad.

Su compañero, el duque de Eccess, al menos había mostrado cierta calidez, a pesar de que su aliento olía a vino. Había intentado mirar a Augustus, mientras que Pryde ni se inmutó. Sin dudas, reconocer a su hijo mancharía su reputación inmaculada.

Grace abrió la puerta para Modesty.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

El hospicio de mujeres de Grace, que era una antigua curtiduría, era un edificio de ladrillo con ventanas mugrientas en lo alto de las paredes que permitían el ingreso de la luz solar. Se encontraba en las profundidades de Whitechapel, en una calle ancha con edificaciones que se caían a pedazos y se apoyaban unas sobre otras como trabajadores ebrios.

Modesty apretó los brazos alrededor del adorado bebé y cruzó el umbral.

—Haré lo que el duque se niega a hacer. Cuidaré del niño inocente que necesita más amor que estatus social. Primero, debo encontrar una nodriza para Augustus.

Inhaló el olor a piedra húmeda mientras avanzaba con Grace por la sala principal, y los tacones resonaban contra el suelo frío.

—Luego, mi padre y yo lo criaremos como Ophelia hubiera deseado.

Su propia madre había fallecido dando a luz, al igual que la de Augustus. Ese era uno de los motivos por los que se preocupaba tanto por el dulce niño que no era suyo. Le encantaba la nariz chata,

las mejillas regordetas, la suave mata de cabello rubio que le cubría la cabeza y la marca de nacimiento con forma de lobo que tenía detrás de la oreja. El otro motivo era impensable…

En el extremo del gran espacio, había unas mujeres inclinadas sobre unas mesas de trabajo que utilizaban para coser y varios trozos de tela e hilos desparramados por doquier. En un gran hogar que se encontraba en el extremo opuesto, había tres rejillas para cocinar y un caldero que burbujeaba y emanaba un reconfortante aroma a estofado.

Al sentir una ráfaga fría, acunó a Augustus contra el cuerpo. El lugar se estaba llenando cada vez más de ráfagas de viento, y el frío se colaba por entre las grietas de las ventanas y las puertas.

—¿Sabes qué? —dijo Grace mientras caminaban—. Es lo mejor para Augustus. Ustedes le brindarán mucho amor. Un hombre orgulloso y vano como el duque jamás podría cuidarlo como lo harían ustedes.

Modesty recordó el modo en que los rasgos perfectos de Pryde se habían endurecido al reparar a Augustus y cómo el brillo de suavidad de sus ojos se había petrificado.

—Tienes razón —afirmó—. El duque jamás lo querría.

Pasaron por delante de las mujeres que se encontraban sentadas a la mesa trabajando, meciendo bebés o hablando entre susurros. Modesty había conocido a Ophelia hacía dos meses, en esa misma mesa, mientras la mujer intentaba coser una falda; la costura era la principal fuente de humildes ingresos que tenían en ese lugar. Era hermosa, con el cabello rubio y los tristes ojos celestes. Su marido había fallecido cuando estaba embarazada de tres meses. Como luego de su muerte, se habían vendido todas sus posesiones para pagar las deudas, Ophelia había quedado en situación de calle.

Modesty y su padre habían acogido a Ophelia, como solían hacerlo con las mujeres embarazadas sin hogar e incluso con algunas del asilo. Era mejor dar a luz en una casa limpia y cálida que en un espacio frío con corrientes de viento que, a pesar de lo mucho o poco que les ofrecían, no era el mejor sitio para los recién nacidos.

¿Cómo sería que una dama respetable del estatus social modesto de su amiga se había cruzado con el duque de Pryde? A lo mejor, de tanto pelearse con un marido que siempre estaba ebrio y de vivir al borde de la pobreza, Ophelia había encontrado sosiego en los brazos de un hombre atractivo, poderoso y adinerado. No obstante, cuando había acudido al duque en busca de ayuda hacía dos meses, este la había rechazado con crueldad, y así era como había terminado en el asilo.

Grace y Modesty prosiguieron hacia el lado derecho del pasillo, donde unas cortinas colgaban en hilera y creaban pequeños espacios privados, cada uno de los cuales albergaba un delgado colchón o una caja de madera que servía de catre. No era nada lujoso, pero era mejor que dormir en la calle.

—Tenías que intentarlo. —Grace asintió con la cabeza hacia el grupo de mujeres que se había reunido alrededor de una mesa redonda, mientras una mujer leía en voz alta—. El duque es la única familia de Augustus. Le prometiste a una madre moribunda que mantendrías a su bebé a salvo, y vas a cambiar toda tu vida por él. Eres la persona más bondadosa que he conocido, pero ¿podrás llevar a cabo tu investigación mientras cuidas de un bebé?

Una ola de tristeza le atravesó el corazón al pensar en renunciar a sus aspiraciones de convertirse en anticuaria. Ahora jamás tendría la oportunidad de conocer las antiguas tumbas de Egipto o de descubrir los secretos de las ciudades enterradas de la Roma subterránea, ni tampoco la de realizar los hallazgos que podrían

cambiar la manera de comprender el pasado. La villa romana que había descubierto en la granja de uno de los feligreses podría haber sido su primer paso para demostrar que, al igual que los hombres, las mujeres pertenecían en ese campo. Sin embargo, los sueños de recibir reconocimiento académico y realizar hallazgos que ayudaran a iluminar el pasado nunca llegarían a ser más que fantasías.

Aún podía ver el cilíndrico joyero de cobre que había surgido bajo su pala. Y, por debajo, la tésera de un suelo de mosaico. La precipitación había ayudado a quitar la capa superior del suelo y a lavar siglos de mugre de la pieza que desenterró. Recordó la sensación de sujetar el frío objeto de metal áspero por el paso del tiempo con los congelados dedos húmedos mientras parpadeaba las gotas de lluvia que el viento le arrojaba al rostro. Lo había abierto y había contenido un jadeo ante los tesoros que encontró en el interior: un espejo de plata, cuencas de cristal azul y verde, una fíbula rota… y, lo que más la había intrigado, una pequeña piedra tallada. La piedra no era romana. De hecho, estaba segura de que era un artefacto de los pictos, una antigua tribu escocesa. Había estado tan perpleja por el hallazgo que el tiempo parecía haberse detenido.

Por desgracia, el tiempo no se había detenido para la mujer embarazada que la aguardaba a una hora andando de allí para regresar juntas a casa. Ophelia se había quedado de pie bajo la lluvia hasta encontrarse frígida y empapada antes de darse por vencida y emprender sola el camino de regreso a la casa del párroco.

Lo que ni Grace ni nadie más sabía era que Ophelia había muerto por culpa de la distracción de Modesty ese día. Por eso, sus sueños ridículos eran un precio insignificante que pagar por darle una vida decente al hijo de su amiga… y era una penitencia bien merecida.

—No continuaré con mi investigación mucho más —repuso de regreso en el presente—. Tu hermano tendrá la amabilidad de continuar con la excavación.

—¿Y de quedarse con todo el crédito? —Grace chasqueó la lengua—. Quiero a George y solo le deseo lo mejor, pero… ese sitio… es tuyo.

Para Modesty, lo más sabio era dejar que George recibiera todo el reconocimiento mientras ella hacía lo que cualquier mujer debía hacer: apoyar a su padre y criar un niño.

Se detuvieron, y Grace abrió una parte de la cortina para dejar ver a una mujer apoyada contra un almohadón sobre un colchón de paja alineado contra la pared que se secaba los ojos con un pañuelo. Llevaba puesto un viejo vestido marrón lleno de parches y tenía el cabello enmarañado que le sobresalía en mechones salvajes y le caía por el rostro cansado.

—¿Cómo se siente, señora Walcott? —le preguntó Grace.

—Aún siento dolor, señorita Lockhart —repuso con una sonrisa triste—, pero mejor. El doctor Sterling dijo que eso era de esperar.

Antes de que Modesty pudiera reaccionar, oyeron unos pasos a sus espaldas.

—Oh, señorita Fairchild —la llamó una voz masculina, y Modesty se volvió para ver a George que llevaba el rostro iluminado y los ojos oscuros llenos de arrugas en las comisuras al mirarla—. ¿Cómo fue la reunión?

George era un hombre alto y delgado con el cabello oscuro y enrizado del mismo tono que el de su hermana, Grace, que le caía sobre el agradable rostro. Llevaba puesto un abrigo de lana marrón con parches en los codos, una sencilla camisa de lino y unos pantalones viejos. Sostenía una tabla de madera con un plato y una taza de hojalata.

Modesty le devolvió la sonrisa. Él había sido la primera persona en suscitarle un interés por la historia. Cuando eran niños, había pasado incontables tardes contándole hechos acerca de las civilizaciones antiguas y los tesoros enterrados. Y ahora les daba vida a esos hechos excavando en busca de esos tesoros antiguos.

—Me temo que no fue demasiado bien, señor Lockhart —repuso Modesty—. Por lo tanto, el pequeño Augustus necesita una nodriza.

George frunció el ceño.

—Qué desilusión.

—¿Consideraría ser la nodriza de Augustus, señora Walcott? —le preguntó Grace.

La mujer miró el bulto.

—Yo… eh…

Grace se acercó y tomó la mano de la señora Walcott entre las suyas.

—Lo siento mucho, debe ser muy difícil perder un bebé.

—Sí, pero… tengo el pecho lleno de leche, ¿no? Hasta me duele y todo. Si otro pequeño necesita una madre… al menos en lo que concierne a la alimentación… lo haré. Sí.

Modesty acunó al bebé dormido.

—Gracias. Mi padre es un párroco en Shepherdsbrook, a media hora en carruaje de aquí, y estoy a cargo de cuidar a Augustus. Una mujer de la iglesia de mi padre lo ha alimentado hasta ahora, pero eso solo era algo temporal. La pobre ya tiene seis hijos propios y no puede alimentar a otro bebé. No tenemos mucho, pero le daremos comida y un hogar seguro.

La mujer asintió con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y qué le pasó a la madre?

—Ella… —Modesty tragó un doloroso recuerdo de la tarde hacía cinco días en la que todo había cambiado—. Contrajo fiebre antes de

que comenzaran las contracciones del parto. Al poco tiempo de dar a luz, la enfermedad empeoró y… bueno… Antes de morir, me pidió que lo cuidara.

Consternada tras la muerte de Ophelia, Modesty había acudido al asilo en busca de consejo. Grace y George eran sus amigos más cercanos, y sabía que podía confiar en ellos tanto como confiaba en sí misma.

Modesty le sonrió a la señora Walcott.

—Todos seremos la familia de este niño.

—Estoy de lo más agradecida por la cama y la comida —le aseguró la señora Walcott—. No tengo a dónde ir. Mi marido también ha muerto. No tengo a nadie. A nadie.

Modesty asintió con la cabeza y parpadeó las lágrimas.

—Bueno, ahora me tiene a mí, a mi padre y a este pequeño. Nunca estará sola.

La señora Walcott estiró los brazos para tomar al bebé, y Modesty le entregó a Augustus.

Mientras observaba a la señora Walcott mecer al dulce niño, el corazón se le llenó de alivio. La mente le regresó a los profundos ojos castaños, la espalda erguida y el rostro entallado: la hermosa máscara que ocultaba a la persona más fea y egoísta que había conocido en toda su vida. Grace tenía razón. Quizás el hecho de que el frío duque lo hubiera rechazado era lo mejor que le había ocurrido al bebé. Ella dedicaría su vida a ese niño. Augustus crecería rodeado de una familia cariñosa y con buenos principios.

La puñalada de arrepentimiento y tristeza que le atravesó el corazón al pensar en sus sueños abandonados no fue nada.

3

Tres días después...

El olor a barro, pescado podrido y putrefacción agria pendían en el aire fresco de la tarde en la entrada de Elysium mientras Constantine acariciaba el cuello de su semental andaluz. El sedoso pelaje blanco de Icarus casi destellaba contra la oscuridad de la noche en Whitechapel, y la luz de las antorchas le daban al animal un cálido tono amarillento. El semental parpadeó los enormes ojos expresivos mientras lo olfateaba con suavidad.

—Es un espécimen increíble. —Al duque de Enveigh se le cayó un mechón de cabello castaño claro sobre los ojos grises mientras contemplaba a Icarus. Los botones de plata con forma de serpiente de su abrigo verde brillaron bajo la luz—. No es de sorprender que Su Alteza Real te odie por haber pujado más alto que él. Yo también te detestaría un poco. Pero, dime, ¿es sabio traer a semejante caballo a Whitechapel?

Constantine alzó la mirada hacia el imponente edificio de tres plantas que se erguía ante él.

—Los establos del señor Blackmore están más protegidos que un castillo. No me preocupa.

La calle Petticoat se estiraba a ambos lados; durante el día albergaba un mercado que estaba siempre atestado, pero ahora se encontraba vacía. Las luces de las velas proyectaban destellos cálidos desde las ventanas. Por encima de la entrada, seis triángulos dispuestos en un semicírculo formaban el símbolo de los rayos del sol. Según la mitología griega, Elysium prometía el paraíso eterno para los héroes y los virtuosos. Sin embargo, ese Elysium les ofrecía a sus miembros otro tipo de utopía: una en la que se podía disfrutar de cualquier deseo sin prejuicio o consecuencia alguna. Allí no había nada virtuoso.

Al día siguiente, Constantine se retiraría a su propiedad de campo. La amenaza de chantaje que había recibido hacía tres días le había recordado que ya era hora de contraer matrimonio. Necesita a una esposa de linaje impecable para el final de la siguiente temporada. No tenía nada que ver con el amor. El amor distaba tanto de ser una ambición para él, que no era más que un punto en el cielo. La unión indicada y el excelente linaje de su esposa le darían aún mayor estatus. Pero todo a su debido tiempo. En ese momento, necesitaba a su amante, Afrodita, para quitarse de la cabeza a la señorita Fairchild y al pequeño Augustus.

—Ese no es el único motivo por el que Su Alteza Real te guarda rencor. —Eccess bebió un gran sorbo de la petaca de plata. Su enorme silueta hacía que la entrada del edificio pareciera pequeña, el abrigo de color ladrillo apenas le contenía los hombros anchos como un umbral. A pesar de su constante aspecto desalineado, siempre tenía los ojos más afilados que dos dagas.

Enveigh entrecerró los ojos.

—Y tú lo sabrás. Eres el mejor amigo del príncipe regente.

—A decir verdad, no consideraría mi relación con él una amistad. —Eccess ladeó la cabeza y estiró los músculos del cuello—. Digamos que tenemos gustos similares en todas las cosas que nos dan placer. La comida y la bebida entre ellas. En cuanto a lo que siente hacia ti, Constantine, diría que tiene menos que ver con el semental y más con tu maldita soberbia.

—Ah. —Enveigh soltó una carcajada—. El famoso incidente en la Cámara de los Lores.

A Constantine se le tensó el mentón. El príncipe regente era famoso por permitirse extravagancias que lo habían hundido en grandes deudas personales. Por eso, había solicitado la aprobación del Parlamento para extender su lista civil para cubrir el déficit. Aunque Constantine, como duque, no tenía voto en la Cámara de los Comunes, donde se tomaría la decisión, su oposición absoluta en la Cámara de los Lores había generado revuelo en todo el Parlamento. A través de alianzas de confianza en la Cámara de los Comunes y las declaraciones públicas hechas con cautela, había logrado que resultara imposible ignorar su desaprobación. Ahora, el príncipe regente, una de las figuras más poderosas de Inglaterra, se la tenía jurada. Con una sola palabra, podría destruir todo aquello por lo que Constantine tanto había luchado.

Sus amigos duques lo comprendían mejor que nadie. Entre ellos, no tenía que mantener su imagen inmaculada. Su familia le había inculcado la necesidad de mostrarse perfecto desde niño. Durante gran parte de su infancia, se había sentido solo e inadecuado; sus padres habían restringido todos sus contactos, excepto con su tutor y ellos mismos, para mantener su educación pura.

Rath, Luhst, Eccess, Enveigh, Irevrence, Fortyne y él mismo, Pryde eran los siete lores de los pecados. Eran los amigos que no había tenido desde la infancia. Conocían sus peores defectos,

aceptaban sus secretos y los escudaban como si fueran propios. Y eso era recíproco. Constantine moriría por cualquiera de ellos.

Las puertas de Elysium se abrieron, y el dueño del club, Thorne Blackmore, apareció para darles la bienvenida. Dos guardias se encontraban de pie a ambos lados de la entrada y les asintieron con respeto. Blackmore era un hombre alto con el cabello negro y los ojos oscuros. Era atractivo, con rasgos llamativos, se vestía como un duque y poseía los modales de un perfecto caballero. Su comportamiento calmo podía resultar engañoso, y todos en Londres sabían lo veloz y mortal que podía resultar. Los duques lo saludaron.

—Señor Blackmore.

—Bienvenidos, milores —los saludó Blackmore—. Como siempre, el club está listo para ustedes. —Posó la mirada sobre el caballo andaluz—. ¿Acaso ese es el semental del que no deja de hablar Su Alteza Real?

Constantine acarició la musculosa cruz de Icarus.

—Sí.

—Pues guardemos los caballos en el establo. —Blackmore hizo un ademán hacia el jefe de las caballerizas y dos mozos aparecieron detrás de la esquina de la edificación. Mientras los tres hombres se llevaban a los animales, Blackmore señaló las puertas abiertas por las que se colaban una delicada luz dorada, unos aromas a vainilla y vino y unas notas del compositor Haydn. —Por favor, adelante. Los aguarda una noche de placeres.

Los hombres entraron en la gran sala de paredes cubiertas con paneles de madera pintados de un elegante verde azulado. La música de la orquesta fluía desde el balcón. En una enorme caja de cristal, había un gran árbol de marula con una serpiente pitón envuelta en el tronco y sus hojas sedosas capturaban la luz de los candelabros de cristal. Quince mujeres de todos los tamaños y

formas, vestidas con atuendos de seda aguardaban cerca de las mesas redondas. Una pantera recorría una jaula contra una pared. A lo largo de las paredes, había varias alcobas ocultas detrás de oscuras cortinas de terciopelo. El aroma de la carne asada, los deliciosos bocadillos y también el vino que llevaban los lacayos en bandejas de cobre pendían en el aire.

Constantine posó la mirada en Afrodita, que se encontraba de pie con un atuendo de su color: índigo. Era una mujer hermosa con el cabello oscuro y sedoso y unos ojos profundos. Sin embargo, por primera vez en su vida, deseó a otra mujer. Una que, de ser posible, tuviera el cabello rojizo y los ojos verdes.

—Quédense en Pryde Manor durante la temporada de caza. Se los digo a los dos —les dijo a Eccess y Enveigh, y los dos hombres aceptaron la invitación al tiempo que tomaban una copa de vino de la bandeja de un lacayo—. No me refiero solo a cazar zorros.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Eccess.

Constantine bebió un sorbo medido.

—Ha llegado la hora de escoger una esposa. Me gustaría visitar a todas las familias cercanas en los siguientes meses y entablar más contactos. Espero que eso me facilite las cosas a la hora de escoger una dama a la que cortejar durante la siguiente temporada en Londres.

—Ya hemos perdido a Rath y a Luhst —declaró Enveigh—. ¡Tú no!

—Comenzaré a hacer la lista de candidatas al matrimonio esta semana. ¿Cuento con tu ayuda, Archibald?

Enveigh se encogió de hombros.

—Disculpa, pero Octavius está mucho más al tanto de las debutantes actuales.

Eccess soltó una carcajada.

—Es cierto. Mirar es un placer subestimado.

Constantine soltó una carcajada.

—Maravilloso. En ese caso, analizaremos mis opciones, y me acompañarán durante mis visitas. Esta será mi última visita a Elysium, o eso espero. Ahora, si me disculpan, me esperan en un sitio.

Antes de que pudiera avanzar hacia Afrodita, un lacayo apareció delante de él con una carta sobre una bandeja.

—Milord, acaban de entregar esto para usted.

Constantine parpadeó. ¿Quién sabía que estaba allí además de su personal y los duques? Tomó la carta y, con una extraña sensación de inquietud, la abrió.

Londres, 27 de septiembre de 1814

Estimado milord, duque de Pryde:

Me encuentro en posesión de la carta de su difunta madre, la que contiene pruebas de que no es el hijo del difunto duque de Pryde, sino el producto de una aventura con un hombre del clérigo.

Constantine dejó de leer e intentó contener el aliento. Tenían la carta de su madre. La madre de Ophelia la había robado para protegerse al enterarse de que estaba embarazada del duque. Su padre había estado buscando esa carta durante años.

Con las manos apretadas para detener el temblor, reanudó la lectura.

Y lo más importante de todo es que sé que un verdadero heredero al ducado nació hace poco menos de una semana. Se llama Augustus, y es el hijo de la señora Ophelia Lester, la hija natural del difunto duque de Pryde.

Según el testamento de su padre, si esta información llegara a salir a la luz, lo perdería todo: el título, las propiedades y su reputación inmaculada. Sin embargo, a cambio de £1000 en billetes a ser entregadas en la taberna de Portside, debajo de la tercera mesa a la izquierda dentro de cinco días, la carta seguirá siendo nuestro secreto.

Si no cumple, se la enviaré a Su Alteza Real y a las oficinas de todos los periódicos.

Su humilde y obediente servidor,
Anónimo

El mundo de Constantine se estremeció y tembló en su eje. No despegó la mirada de la caligrafía precisa y practicada intentando comprender la situación. Su peor pesadilla estaba sucediendo.

Esa carta era distinta a la que le había enviado la señorita Fairchild. Era específica. Iba al grano.

Octavius estaba mirando por encima del hombro de Constantine.

—¿Y qué es esto?

—Mi fin —masculló Constantine mientras sentía que le quitaban el papel de la mano.

—¿Qué sucede? —preguntó Enveigh.

—Otra carta del chantajista —murmuró Eccess mientras escaneaba la escritura con rapidez.

—¿Otra? —El tono de Enveigh se tornó serio.

Primero habían extorsionado a Lucien con una hija cuya existencia desconocía. Luego la señorita Fairchild había aparecido con Augustus. Y ahora esto. A Constantine se le aceleró la mente.

—Maldición… Debe ser la señorita Fairchild.

—No, no es la pelirroja —dijo Octavius—. Ella creía que Augustus era tu hijo. Creía que Ophelia era tu amante. —Alzó la carta—. Este Anónimo sabe que Ophelia es la hija ilegítima de tu padre, y que dio a luz a Augustus.

La sangre se le congeló en las venas al recordar las palabras de la señorita Fairchild. «Me ha dado la custodia del bebé antes de morir».

—Oh, por todos los cielos —masculló al tiempo que se le develaba una epifanía gélida—. Ophelia está muerta… por mi culpa.

Sus dos amigos lo miraron de repente.

—No es tu culpa —le aseguró Enveigh—. ¿Qué tienes que ver con su muerte?

Recordó a la agotada mujer encinta con los mismos ojos celestes y cabello rubio de su padre, con los pómulos erguidos y la nariz recta que había pasado de un Buccleigh al siguiente durante varias generaciones. Todos los rasgos que él no tenía…

Ophelia había estado bien vestida, pero tenía las prendas sucias y el cabello enmarañado. Había sido evidente que ninguna criada la había ayudado en mucho tiempo.

—Vino a verme hace poco. Quería ayudarla y debería haberlo hecho. Le habría dado una casa, personal y un ingreso mensual. Pero primero quería ciertas garantías. Por eso, a cambio de ayudarla, le pedí que me devolviera la carta que había robado su madre.

La carta que estaba usando Anónimo para extorsionarlo. Pero ¿qué le pasaba? ¿Acaso su orgullo era más importante que la vida

de una persona? No era un monstruo. Se suponía que era un caballero.

Enveigh se aclaró la garganta.

—Bueno, no quiero frotar sal en la herida, pero tenerla cerca habría sido más sabio. Podrías haberla mantenido a ella y al bebé bajo tu control.

Constantine dejó caer la cabeza.

—Y no habría muerto.

Octavius soltó el aliento con los ojos llenos de tristeza.

—No lo sabes. Por desgracia, muchas mujeres mueren dando a luz, sean ricas o pobres.

—Pero ahora la señorita Fairchild tiene al bebé —dijo Enveigh—, y tú has perdido toda tu influencia en la situación.

—Exacto. Estrictamente hablando, todos los títulos ducales son un obsequio de la corona. Estoy seguro de que a Su Alteza Real poco le gustaría más que estar de acuerdo con el testamento de mi padre, despojarme de todo e instalar a Augustus como el siguiente duque. Y todo para fastidiarme.

—Y sería el guardián del niño hasta que alcance la mayoría de edad —añadió Eccess con un tono sombrío—. Tendría control absoluto de la fortuna y la influencia de Pryde.

—Sí. Debo tener a Augustus bajo mi protección para evitar que se convierta en un arma que podría ser usada en mi contra.

La piel se le cubrió de sudor y sintió un cosquilleo al imaginar la vergüenza, el peso de los chismes y la sonrisa de satisfacción del príncipe regente.

—La señorita Fairchild… —dijo Constantine—. Debe estar involucrada en todo de algún modo.

—Parecía una persona decente —le recordó Eccess—. Es la hija de un párroco.

A Constantine se le aceleró tanto la mente que no pudo seguirla.

—Conocía a Ophelia. Tiene al niño… El niño que amenaza todo lo que soy.

Se enterró los dedos en el cabello.

—¡Blackmore! —gritó—. ¡Mi caballo! ¡Deprisa! Me marcho de inmediato.

Blackmore frunció el ceño al tiempo que se acercaba lentamente.

—Claro, como desee, milord. ¿Hay algún problema?

—Mi caballo —dijo Constantine con los dientes apretados—. ¡Deprisa!

Los ojos del hombre reflejaron un destello peligroso. Thorne Blackmore no disfrutaba que le ladraran. Pero era mejor hombre que Constantine, y le dejó pasar el insulto mientras asentía con la cabeza.

—De inmediato, milord.

—¿Qué haces? —le preguntó Octavius cuando Blackmore avanzó a zancadas hacia un lacayo—. Detente a pensarlo un instante. No puedes volver a acusarla.

«Tiene razón», oyó un pensamiento distante, pero no le prestó demasiada atención. Lo único que sabía era que el bebé era una amenaza. Tenía que descubrir si la señorita Fairchild era la extorsionista y tomar la custodia del bebé de inmediato.

—No puede ser una coincidencia que reciba esta carta tras negar a la señorita Fairchild. No consiguió lo que quería de mí, y ahora ella y sus cómplices dicen tener la carta de mi madre. ¡Esto tiene que ser obra de ella!

Eccess entrecerró los ojos.

—Pero ¿es la misma caligrafía al menos?

—No me importa. —Avanzó hasta la puerta—. Debo lidiar con la señorita Fairchild y debo darme prisa.

4

Media hora más tarde, Constantine jaló de las riendas de Icarus para detenerse delante de la casa del párroco de Shepherdsbrook. La humilde casa de ladrillos se encontraba a las sombras de la iglesia de Todos los Santos, y una sola vela titilaba en una de las ventanas. Eccess, que había insistido en acompañarlo, detuvo el semental delante de él.

—Piénsalo bien, Constantine. Sé razonable.

Sin embargo, se desentendió de su amigo encogiéndose de hombros. Era razonable y tenía razón. Como siempre. Pero no iba a permitir que nadie le quitara su título. Unos sentimientos de temor y furia le rugían por dentro como dos lobos, y la jaula en que la intentaba retenerlos se iba debilitando. Sabía que debía neutralizar la amenaza, y ni siquiera uno de sus amigos más cercanos podría interponerse en su camino.

—Quédate afuera si así lo deseas —le dijo, reprimiendo todas las emociones para mantener la compostura.

Constantine se desmontó y marchó hacia la humilde puerta, que colgaba suelta de las bisagras. Al oír unos pasos pesados, supo que Octavius lo había seguido. Llamó a la puerta, y el ruido hizo eco en

el oscuro aire del anochecer, mientras Eccess se detenía al lado de su hombro derecho. Sin mirar a su amigo, Constantine le dijo:

—Si decides quedarte, no deseo oír ni una palabra más acerca de la razón. Soy perfectamente razonable.

—Claro que sí —acordó Octavius—. Llamar a la puerta de una joven en plena noche para gritarle es el ejemplo perfecto de un acto razonable.

Al otro lado de la puerta se oyeron unos pasos. A los pocos instantes, la puerta se abrió, y en la penumbra de un pasillo angosto, apareció la señorita Fairchild. Tenía los ojos oscuros abiertos de par en par bajo las alargadas pestañas curvadas. Diantres. No debería estar reparando en la forma de sus pestañas.

Al reconocerlo, la señorita Fairchild parpadeó anonadada.

—¿Milord? ¿Y el duque de…? —comenzó al reparar en Eccess.

—Señorita Fairchild. —Tanto Constantine como Octavius hicieron una reverencia. La señorita Fairchild dudó unos instantes antes de responder.

Tenía puesto un sencillo vestido de lana de color verde oscuro y un delantal blanco. Llevaba el cabello atado en un moño detrás de la cabeza y unos rizos naturales alrededor del rostro. No debería estar mirándole el cabello, ni el rostro, ni el vestido. Parecía tan inocente y pura… ¿Acaso la hija de un párroco podría ser una chantajista? El extraño dolor en el pecho no lo ayudó a sentir confianza. Experimentó el mismo dolor en el corazón y se preocupó por ella. Las palabras se le escaparon de la boca antes de que pudiera oír a la voz de la razón.

—¿Qué hace abriendo la puerta sola a esta hora?

La voz le sonó más dura de lo que habría deseado. Ella frunció el ceño.

—Disculpe, pero no tenemos un mayordomo como los adinerados lores en Mayfair.

Constantine se aclaró la garganta. El comentario era justo, y miró a Eccess, que le hizo una mueca. «Tiene razón, y lo sabes», decía el rostro de su amigo. No debería importarle el bienestar de una mujer que podría ser su chantajista.

—¿Y su padre no se encuentra en casa?

—No. Ha ido a visitar a una parroquiana para brindarle la extremaunción.

—Oh, de acuerdo. Pues, mejor aún. Iré directo al grano. No permitiré que me chantajeen, señorita Fairchild.

Al oírlo, se quedó sin habla durante unos instantes y pasó la mirada de él a Eccess.

—No puede hablar en serio.

Eccess se acercó un poco.

—Disculpen la interrupción, pero ¿no sería mejor hablar de estos temas delicados adentro? Si no es un inconveniente…

El llanto de un bebé resonó desde el interior de la casa, y la señorita Fairchild echó un vistazo por encima del hombro al pasillo oscuro.

—¡Pero qué atrevimiento! —Lo fulminó con la mirada—. Venir a mi casa, volver a acusarme de extorsión… y ¿además ahora pretenden que los invite a pasar?

—Me gustaría aclarar que «yo» —Octavius se apoyó una mano en el pecho— no la estoy acusando de nada.

El niño se inquietó aún más.

—¡Señorita Fairchild! —la llamó una mujer—. Necesitamos telas para el pañal del bebé, por favor.

A la señorita Fairchild se le torció la boca de la ira que visiblemente intentaba contener.

—De acuerdo, pasen.

Se dio la vuelta y dio unos pasos, abrió un cajón y extrajo una muselina limpia.

—Intenta pensar con la cabeza en frío, Pryde —le murmuró Eccess—. No tienes ninguna evidencia de que es la chantajista.

A Constantine le tembló el labio.

—Ni tampoco tengo ninguna evidencia de que no lo es.

Siguió la silueta delgada por el pasillo.

—Sé lo que estoy haciendo —le aseguró en voz baja mientras pasaban entre las paredes blancas decoradas con cuadros religiosos —. Por más que no haya enviado la carta hoy, conocía a Ophelia. Y, más importante aún, tiene a Augustus.

La señorita Fairchild los condujo hacia la humilde sala de estar que también servía como comedor, un espacio del mismo tamaño que el vestidor de Constantine en Pryde Manor. Un crucifijo entallado colgaba por encima de la repisa de la chimenea, y varios tallados religiosos decoraban las paredes entre las estanterías con libros. Un sofá desgastado y dos sillones flanqueaban la cuna de madera en la que yacía Augustus arrojando los pequeños brazos y las piernas sin dejar de moverse. Una mujer vestida con más modestia que la señorita Fairchild, se inclinaba sobre la cuna y lo arrullaba.

La señorita Fairchild le entregó la tela a la mujer, que se apresuró a cambiar al bebé y acunarlo. Acto seguido, la señorita Fairchild lo recogió para mecerlo y tranquilizarlo. En la luz de la vela, su mirada era de un débil verde oscuro y sus ojos lo fulminaban. Un rubor atractivo le cubría las mejillas.

—Esta es la señora Walcott —dijo la señorita Fairchild—. Es la nodriza de Augustus. Lo que tenga que decir, lo puede decir delante de ella, señor. No tengo nada que ocultar.

La nodriza les hizo una reverencia.

Constantine apoyó la mirada en el pequeño bulto envuelto en muselina, la cabeza calva bajo el gorro de lazo y las pequeñas orejas. Era el verdadero heredero de su padre.

Una rabia inevitable se aferró de él. Desde que había descubierto la verdad a los diez años, había pasado su vida intentando reemplazar su sangre mancillada con un comportamiento inmaculado, como si ser el duque más honorable de toda Inglaterra pudiera compensar el hecho de que no era un duque en realidad. En cambio, ese bebé no tenía que hacer nada. Tenía derecho a todo lo que poseía Pryde por el simple hecho de existir. Sin embargo, Augustus era un miembro de su familia y necesitaba criarse como tal. Así que, a pesar de haberlo rechazado en dos ocasiones, primero cuando Ophelia acudió a él en busca de ayuda y luego hacía tres días, tenía que aceptar al bebé. De ese modo, si la señorita Fairchild era o no la chantajista, nadie más podría usar al niño en su contra, ya que se convertiría él mismo en su guardián.

—¿Hay algún registro de su nacimiento? —le preguntó.

—Por supuesto —repuso la señorita Fairchild—. Augustus nació en esta casa, y mi padre ha hecho todo bien.

—¿Cómo está registrado?

—Mi padre y yo nos vimos obligados a bautizarlo con el nombre Lester antes de confirmar su paradero. La señora Ophelia Lester es la madre. Lo nombramos Augustus Lester, hijo del señor John Lester, el difunto marido de Ophelia. Pero antes de morir, Ophelia dijo que era suyo.

No podía imaginar qué palabras habría usado la mujer moribunda para que la señorita Fairchild creyera que era su hijo. Pero, sin importar cuál había sido el malentendido, Ophelia había querido que cuidara al niño. Y él quería lo mismo.

Se le debió haber despejado la cabeza. El temor de alguna manera había disminuido… quizás por volver a ver a la señorita Fairchild. Y comprendió su error. Si ella estuviera detrás del chantaje, querría quedarse con Augustus porque quien controlara al bebé, controlaba el título y la propiedad. El mentón se le tensó. A lo mejor se había equivocado respecto de sus intenciones. La carta de ella había estado escrita más fatídicamente de lo necesario, pero quizás su propio temor lo había hecho saltar a conclusiones. Además, ella había firmado como «su amigo», y la carta de ese día estaba firmada como «Anónimo». Pensar que ella podría no ser tan mala como para utilizar a un bebé para chantajearlo casi le produjo alivio físico. Pero ¿cómo podría asegurarse de que no supiera nada de su verdadero origen sin revelar demasiado?

—¿Cómo conoció a Ophelia? —le preguntó.

—Se quedó con nosotros durante dos meses. Nos volvimos amigas de confianza.

«Pero ¿de cuánta confianza?».

—¿Le dijo algo acerca… de su padre?

—No demasiado. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Y mencionó algo acerca de una carta importante que tenía su madre? —prosiguió ignorando su pregunta.

La señorita Fairchild negó la cabeza con el ceño fruncido.

—Que yo recuerde, no. ¿Qué carta?

No podía decir mucho más. O era una maestra del engaño o de verdad no sabía nada. Si seguía interrogándola se estaría arriesgando a revelar más de lo que deseaba. A pesar de que sus ojos destellaban de ira, no contenían ningún secreto, culpa o malicia. Estaba casi seguro de que no estaba involucrada en el chantaje. Pero, lo estuviera o no, en ese momento la prioridad era asumir la

custodia de Augustus. Con ese objetivo en mente, se aclaró la garganta.

—Muy bien, señorita Fairchild. Deseaba que acogiera al bebé, y lo haré. Me lo puede entregar.

La expresión de la señorita Fairchild pasó de furia a perplejidad en menos de un segundo.

—¿Cómo dice?

—Me llevaré a Augustus. ¿No es eso lo que quería hace tres días?

—Yo… Bueno… Sí, pero…

—Pero ¿qué?

Apretó al bebé con más fuerza.

—Disculpe, pero no lo conozco, señor.

—Eso no debería importar.

—Eso es lo único que importa. Sé que Ophelia acudió a usted, pobre, en situación de calle y sola, y que le pidió ayuda, y usted la echó a la calle. Y ahora descansa en paz, y el pobre Augustus ha perdido a su madre. Tenía la esperanza de que fuera un hombre de honor y que expiaría sus pecados. En cambio, rechazó cruelmente a un recién nacido, me tildó de mentirosa y me acusó de extorsión. Puede que sea un hombre poderoso, pero yo soy quien tiene la responsabilidad de Augustus por deseo de su madre. Y no confío en que lo cuidará como se debe.

Pero qué lista más detallada de todas sus imperfecciones. Los sentimientos de culpa y temor se le arremolinaron dentro mientras la señorita Fairchild lo miraba con aversión como si lo estuviera condenando. Y tenía razón. La muerte de Ophelia estaba en sus manos. Al menos tenía que hacer las cosas bien para su hijo.

—Jamás debería haber rechazado su solicitud —reconoció—. Me he dado cuenta de que lo quiero tomar bajo mi cuidado para criarlo.

Ella negó la cabeza.

—Disculpe, pero no creo semejante cambio de parecer. ¿Por qué no admite que se debe al potencial escándalo? ¿No es eso lo que tanto teme?

Los músculos de los hombros se le contrajeron. Cierto, el escándalo. Un escándalo podría llamar la atención. La gente haría preguntas peligrosas.

—Necesito proteger mi reputación como cualquier otra persona. ¿Acaso usted no, señorita Fairchild?

—Sí, pero jamás antepondría mi reputación por sobre el bienestar de un bebé.

Como lo había hecho él… y lo seguía haciendo. La señorita Fairchild sí que debía odiarlo y sentir gran aborrecimiento por él. Sin embargo, Constantine siempre había trabajado para parecer un hombre de honor y siempre había intentado hacer lo correcto.

El pecho de la señorita Fairchild se infló y desinfló rápido.

—La salud y felicidad de Augustus son mi prioridad. Y no permitiré que nadie lo aparte de mi lado, en especial alguien en quien no confío.

Una piedra se le cayó en el hueco del estómago. En realidad, era su propia culpa. De no haberla hecho a un lado tan rápido en la iglesia, de no haber antepuesto su orgullo, podría haber descubierto lo que había ocurrido y quién era la madre de Augustus. Entonces tendría al bebé bajo su protección. Pero ahora… ahora podría perderlo todo. Y cualquier canalla podría acabar con el heredero de su padre, incluso el chantajista, y entonces…

Había una última cosa que podría hacer para salvar su posición y retener su título. Si la señorita Fairchild se rehusaba a entregarle a Augustus… tendría que tomarlos a los dos juntos.

—Señorita Fairchild, si no me quiere entregar al bebé, no me queda más opción que pedirle que sea mi esposa.

Ella frunció el ceño y parpadeó varias veces, al tiempo que el rostro se le aflojaba.

Eccess se movió para detenerse delante de él y le bloqueó la vista de la señorita Fairchild.

—¿Acaso has perdido la razón, Constantine? —Bajó la voz para añadir—: Amigo, yo soy el que está ebrio, pero tú eres el que actúa de manera insensata.

Pryde lo empujó a un lado y se encontró casi a la altura de los ojos de la señorita Fairchild. Los rasgos de su rostro eran suaves bajo la luz titilante de las velas. Su altura le permitía verlo a los ojos en lugar de tener que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo como la mayoría de las mujeres. La imagen le desató un extraño ardor en la sangre. Pensar en que podría ser su esposa lo convirtió en un infierno. Lo mejor sería ignorar esa sensación. No podía permitirse ninguna distracción. Su objetivo era demasiado importante.

El temor lo llevó a escoger las palabras equivocadas; la parte de él que sabía ser un caballero encantador se estaba reduciendo a cenizas y daba lugar a un bruto que se escudaba de un ataque invisible.

—Me doy cuenta de que me estaría rebajando al casarme con la hija de un párroco, pero si es la única forma de traer a Augustus a mi familia, es lo que debo hacer.

La ironía era que él mismo era el hijo de un hombre del clérigo. Esa idea lo hizo enfurecer aún más.

—¡Constantine! —exclamó Eccess—. ¡Piensa en lo que dices!

Sin embargo, era demasiado tarde. Había hecho su oferta, y había ofendido inmensamente a la señorita Fairchild. Vio el dolor y la humillación que ardían en sus ojos y se arrepintió de sus palabras de inmediato. Pero solo había un camino hacia delante.

—Me gustaría ofrecerle mi hogar y mi protección a Augustus —continuó—. Y, por lo tanto, me gustaría convertirla en mi esposa.

—¿Y no le importa lo mucho que se rebajaría con esta unión, duque? —le preguntó con la voz temblando de rabia.

La elección era simple: casarse por debajo de su rango o arriesgarse a perderlo todo. Con la señorita Fairchild como esposa, podría engendrar un heredero y fortalecer su situación. Aunque la verdad de su origen surgiera a la luz, el príncipe regente sería menos propenso a desarraigar el linaje establecido de su familia. Además, un heredero le compraría tiempo y ralentizaría los procesos legales, porque las cortes iban a tener que considerar el futuro del niño también.

La señorita Fairchild lo observó con los ojos entrecerrados.

—¿Y vuelve a cambiar de parecer tan rápido, milord? ¿Qué tipo de hombre protege con tanta ferocidad su reputación que está dispuesto a casarse con la persona que supuestamente lo está extorsionando?

Eccess se acercó un paso más a él; la sobriedad parecía haberlo encontrado de repente.

—Constantine, tiene que haber otro modo. El matrimonio es para el resto de la vida. No conoces a esta mujer. ¿Y el plan de la lista de candidatas, de visitar a las familias y cortejar a las debutantes adecuadas? Casarte a las apuradas con una mujer que tiene un bebé generará un escándalo de grandes dimensiones.

Constantine tomó una profunda bocanada de aire con la mente acelerada. Hasta que el asunto del chantaje no estuviera resuelto, cualquier indicio de un escándalo sería de lo más peligroso.

—Tienes razón, Octavius. Diré que Augustus es el hijo de una prima o una amiga de la familia que ha muerto. Se criará como mi protegido. La señorita Fairchild es la guardiana temporal del bebé,

escogida por los padres fallecidos. Y explicaremos el matrimonio apresurado…

¿Qué explicación lo ayudaría a mantener la reputación intacta? No podía permitir que nadie pensara que se casaría con la señorita Fairchild porque la había dejado embarazada. Todo debía ser respetable. Y, a pesar de que se encontraba por debajo de su estatus social, era evidente que provenía de una buena familia. Su padre era un párroco intachable que predicaba en contra del pecado. Soltó un suspiro.

—Tendrá que ser por amor. Confesaré mi repentino y profundo amor por usted, señorita Fairchild. Tendremos que actuar como si estuviéramos irremediablemente enamorados. Me temo que tendremos que hacer sacrificios.

La mirada de la señorita Fairchild se agrandó tanto que Constantine se preocupó de que se marchara de inmediato y jamás regresara.

—No entiendo cómo lo tildan de caballero, milord. ¿Podría haberme hecho una propuesta más ofensiva? —Tenía las mejillas ardiendo y los ojos oscuros echaban chispas de furia.

Constantine la miraba en espera de una respuesta. Era un patán. No se reconocía. No era el hombre al que la alta sociedad de Londres describía como un caballero de honor intacto, el heredero de una de las familias más antiguas y respetadas de Inglaterra.

Augustus soltó un chillido, y la señorita Fairchild lo miró con ternura. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras lo mecía con suavidad en sus brazos hasta que el bebé se tranquilizó.

—No se puede imaginar lo mucho que deseo rechazarlo —le dijo.

¿Una persona de su estatus rechazando la propuesta de un duque? ¿El dinero, la seguridad, el estatus social y la admiración? Sus hijos pertenecerían a la nobleza. Ella sería una duquesa. ¿Quién

rechazaría eso? Quizás por eso mismo, su rechazo le dolió, lo golpeó más fuerte de lo que se hubiera podido imaginar. La señorita Fairchild tenía razón. No se había comportado como un duque, ni tampoco como un hombre con el que alguien quisiera casarse.

La señorita Fairchild tomó una profunda bocanada de aire.

—Sin embargo, le prometí a Ophelia que la misión de mi vida sería cuidar de este bebé, y eso es lo que haré. Sé que crecer en el hogar de un padre rico y poderoso sería mejor que permanecer aquí. Tendría a los mejores tutores, una educación en Oxford, contactos en la sociedad y oportunidades que yo jamás podría ofrecerle. Pero no me puedo limitar a entregárselo a alguien que no tiene en cuenta sus mejores intereses. Así que sin importar la repulsión que me genere usted o su propuesta… no podré vivir conmigo misma si no hago lo mejor por Augustus. —Se sorbió y soltó el aliento—. Así que… sí. Me casaré con usted. Pero que le quede claro que solo lo hago por Augustus. En público, asumiré el papel de su devota esposa, pero en privado, jamás tendrá ni mi corazón, ni mi respeto.

5

Al día siguiente...

Modesty detestó la manera en que contuvo el aliento al observar la llegada de Pryde. El semental blanco pasó galopando delante de la pared desgastada de la iglesia y levantó hojas caídas con los cascos antes de emprender el sendero de gravilla que conducía a la casa. El hombre tenía la espalda erguida, las manos firmes en las riendas mientras los músculos poderosos de sus piernas largas se flexionaban por debajo de los pantalones y mantenían a la bestia en control perfecto. El viento le despeinó el cabello castaño y le suavizó los rasgos endurecidos del rostro. Tenía las mejillas sonrosadas por el frío matutino, la mirada oscura le destellaba sin despegarse de ella. En contraste con el cielo gris peltre y los colores otoñales, constituía una silueta impresionante con el abrigo de montar de color índigo.

Modesty sintió el impulso de despeinarle el cabello, jalar del pañuelo inmaculado y arrugarle el abrigo impoluto… cualquier cosa con tal de quebrarle esa fachada pulida. Se sujetó las manos mientras esperaba a que el duque desmontara y amarrara las

riendas a un árbol cercano. ¿Acaso era posible sentir una irritación absoluta y unos aleteos en el vientre en simultáneo? Hasta su padre masculló algo mientras observaba al duque avanzar hacia ellos.

Alto, elegante y lleno de gracia, el duque hizo una reverencia y se llevó las manos al sombrero. Era frío como una piedra. Debajo del exterior tan pulido, era arrogante y desalmado, un hombre que únicamente se preocupaba por su propia imagen. Cuando se detuvo delante de ellos, los aromas a tierra húmeda y vegetación en estado de descomposición se mezclaron con su colonia de bergamota, y Modesty sintió un cosquilleo excitante en la piel.

—Milord —lo saludó su padre a regañadientes—. Su propuesta ha sido de lo más inesperada.

Su padre había estado conmocionado por las noticias y muy disgustado. Pero había estado de acuerdo en que el futuro del bebé estaba primero. Así era como había criado a su hija: hacer lo correcto sin importar el sacrificio personal.

—Lo siento mucho, señor Fairchild —repuso el duque asintiendo la cabeza en un gesto de amabilidad—. Espero que aprecie las circunstancias.

Su padre asintió la cabeza de mala gana.

—Nada es más importante que el pequeño niño que perdió a su madre. Al menos, aún tiene a su padre. Y a Modesty, por supuesto.

La mirada de Pryde se apoyó en ella y le calentó la piel.

—Sí.

—Solo rezo porque recobre el juicio y no permita que el orgullo y la vanidad ganen a la hora de hacer lo correcto a partir de ahora.

—Disculpe, señor, yo…

—No pretenda que no sabe de qué hablo, señor. La soberbia es el peor de los…

—Pecados capitales. Ya lo sé, señor Fairchild. He oído su sermón el domingo pasado. La historia de Lucifer, el ángel caído y todo lo demás.

Su padre frunció el ceño aún más.

—Trate a mi hija y a su hijo con el respeto y la bondad que se merecen. Eso es lo único que le pido. Y venga a la iglesia. Temo por su alma, milord.

Pryde lo miró con los ojos entrecerrados.

—No me conoce, señor. ¿Cómo puede temer por mi alma?

—Todos en Londres conocen a los siete lores de los pecados. Quizás se cree infalible, pero nadie necesita humildad más que usted.

La mirada de Pryde se oscureció.

—Aprecio su consejo, señor; al fin y al cabo, seremos familia. Pero yo soy el mejor juez de mis propias necesidades. Y, en este momento, me gustaría dar un paseo con mi futura esposa. Por supuesto que usted será nuestro chaperón. El clima se ve agradable, ¿no cree, señorita Fairchild? Tiene un… —miró hacia atrás y recorrió la sencilla carretera de campo que atravesaba los campos y se perdía en una arboleda—. Tiene un agradable bosque por aquí.

La noche anterior, luego de aceptar la propuesta, Pryde había dicho que iría a hablar con ella ese día para poder tener algo que decirles a todos los miembros curiosos de la alta sociedad de Londres: algo que le diera credibilidad a su amor repentino.

—¿No le gustaría ver a su hijo primero? —le preguntó Modesty con frialdad—. Acaba de despertarse y está con la nodriza ahora.

Pryde ni siquiera se inmutó. No le quitó los ojos gélidos de encima.

—No, no quiero molestar al bebé. —Hizo un gesto hacia el sendero que se abría detrás de la casa—. ¿Vamos?

Su padre frunció las cejas pobladas y despeinadas antes de asentir. Modesty tuvo que reprimir una ola de ira antes de aceptar la invitación y caminar al lado del duque. Pasaron por la huerta de coles y hierbas, luego por el gallinero de madera del que se colaban unos cacareos por entre los listones. Llegaron a la lavandería, donde las sábanas colgaban al aire fresco y recorrieron el sendero de grava, que daba a un cercado con un cobertizo para animales, en dirección a la arboleda. Bessie, la cabra, masticaba césped en la pradera.

La presencia de Pryde a su lado era como una fuerza invisible que la apretaba a su lado, le robaba el aliento y le aceleraba el pulso… ¿Cómo podía casarse con él y pasar la vida a su lado cuando lo detestaba tanto?

El objetivo de esa conversación no era conocerla, sino aprender lo necesario para fingir estar enamorado de ella. Una ola de náuseas la recorrió por dentro. A pesar de todo, tenía que hacer un esfuerzo. Por Augustus. Y, quizás, había buenas cualidades en ese hombre también. No podía ser completamente horrible. Nadie lo era.

—La boda es en tres días —le dijo mientras caminaban—. Ya he solicitado la licencia especial. Nos casará el obispo de Londres en persona, en la iglesia de Saint George en Hanover Square.

Modesty tragó con dificultad.

—¿Será una gran boda?

—Sí.

Modesty se humedeció los labios. Además de los duques de Pryde y Eccess, jamás había conocido a nadie de la nobleza. ¿Cómo iba a ser una duquesa si no sabía nada acerca de dar fiestas, acudir a bailes y hablar de política con diplomáticos en la cena?

—¿Cuántos años tiene, señorita Fairchild? —le preguntó el duque.

Era una pregunta muy directa y se sonrojó.

—Diecinueve, señor. —Lo recorrió con la mirada y le pareció que rondaba los treinta años. A esa edad, debía haber aprendido a no tener aventuras o a mirar a la gente común por encima del hombro, ¿no? —. ¿Y usted?

—Treinta —le respondió—. Le suplico que me diga cuál es su flor favorita.

—¿Mi flor favorita?

—Sí. Me gustaría asegurarme de que las utilicen para decorar la iglesia.

—Eh… —No tenía demasiada preferencia por flores. Estaba demasiado ocupada con temas más prácticos—. Supongo que las flores silvestres. Son las que más veo.

—De acuerdo. Una opción muy rústica. ¿Qué habilidades tiene?

Modesty volvió a sentir un profundo rubor en el rostro. No sabía entretener, ni cantar, ni tocar algún instrumento musical, lo que sin dudas representaba otro motivo por el cual no sería la persona adecuada para el papel de una duquesa.

—Me temo que no he tenido demasiado tiempo para desarrollar habilidades tras ayudar a mi padre en la parroquia. Sin embargo, puedo hacer un estofado exquisito, hornear pan, recitar la Biblia y hablarle en detalle del Imperio romano en Gran Bretaña.

Pryde frunció el ceño.

—¿Del Imperio romano en Gran Bretaña?

—Sí, me gustan los libros de historia. Mi amigo, el señor George Lockhart, me llevó a excavar en sitios arqueológicos, y desde entonces no he logrado satisfacer mi curiosidad por las civilizaciones antiguas. Hay una ruina que descubrí a solo cinco kilómetros de aquí. Perdí la noción del tiempo… y cuando era demasiado tarde, yo…

Cuando Modesty llegó a casa ese día, preocupada por la ausencia de Ophelia en el lugar en el que habían acordado encontrarse y castigándose por haberse distraído, la encontró agonizando de fiebre.

—¿Una ruina romana? —le preguntó con entusiasmo genuino en la voz.

Modesty alzó la mirada hacia su perfil, y a pesar de que su rostro permaneció frío, los ojos castaños destellaron de interés.

—Sí. Descubrimos un sistema hipocausto bajo la tésera, y encontré varios objetos fascinantes, incluso lo que parece ser una pequeña piedra picta.

—¿El fragmento de una piedra picta tan al sur? No sabía que había evidencias de que los pictos habían llegado a esta zona. Mi padre coleccionaba objetos romanos y heredé su pasión. Yo mismo tengo varias piezas, incluida una colección de monedas romanas de la época de Adrián y un increíble espejo de bronce.

Sintió una chispa de interés en el pecho.

—¿Y las tiene en su casa?

—Entre muchas otras cosas.

Modesty exhaló al tiempo que una ola de entusiasmo la recorría. No, no podía ceder a la esperanza de ese modo. El duque solo estaba interesado en las antigüedades y la historia porque era un hombre educado, como debería serlo considerando su estatus.

—¿Ese es el período de la historia que más le interesa? —le preguntó el duque con un tono de voz más suave.

—Sí, me fascina la historia antigua —le dijo—. En especial, los años oscuros. En las crónicas de los romanos se describen a los pictos. Y he visto dibujos de sus piedras en el libro *Itinerarium Septentrionale* del señor Alexander Gordon. Lo que más me intriga es la curiosa estructura social que tenían: los reyes eran coronados

siguiendo la línea de sangre femenina, algo inaudito en las sociedades de esa época. Personalmente, tengo la teoría de que los símbolos de peines y espejos que se encuentran tallados en sus piedras sugieren que las mujeres ocupaban puestos de mucha importancia.

El duque frunció el ceño, y se preguntó si estaría a punto de objetar la teoría de que las mujeres pudieran llegar a ocupar puestos importantes. De hecho, no la sorprendería oírlo. Sin embargo, Pryde se limitó a preguntarle:

—¿Alguna vez estuvo en Escocia?

—No, nunca.

Oh, pero cómo deseaba poder ir. Había visto cuadros y esbozos encantadores de los paisajes escoceses, los castillos en ruinas y las piedras impactantes. La familia de su madre provenía de Escocia, y Modesty anhelaba comprender cómo habían vivido y trabajado sus ancestros. Su padre no aprobaba ese interés, pero siempre había soñado algún día poder unirse a una expedición arqueológica y ser una de las primeras en develar los secretos del pasado. Anhelaba saber si su teoría era correcta y las mujeres pictas habían tenido puestos de poder más allá de determinar la línea de sucesión.

—¿Qué le impidió ir? —le preguntó.

—El deber, por supuesto —se rio—. El deber hacia mi padre y su parroquia. Además, ayudo en el asilo de mujeres de la señorita Lockhart.

El duque asintió con la cabeza y miró hacia la distancia, como si estuviera memorizando sus palabras.

—Claro. Mire, señorita Fairchild, espero que entienda que puede continuar leyendo libros de historia. Dios sabe que tengo una biblioteca llena de libros. También puede organizar eventos de caridad en Mayfair. Pero excavar en la tierra y regresar a

Whitechapel, por más que sea para ayudar en un asilo de mujeres, no es digno de una duquesa.

—¿Ah, no? —Las palabras le salieron tan dulces como la miel, pero los nudillos en las manos tensas le dolían.

—Me temo que no.

Mientras continuaban recorriendo el sendero por el prado, Modesty divisó unos dientes de león que crecían al borde de la grava y se agachó para recoger unas hojas.

—¿Me disculpa un momento, milord? —Sin aguardar su respuesta, se acercó a la cerca donde se encontraba Bessie, que los observaba con mucho interés. Modesty le entregó las hojas a través de los listones de madera. Los labios de Bessie le produjeron un cosquilleo en la palma mientras la cabra aceptaba el delicioso bocadillo.

El duque se detuvo a su lado.

—Como le decía, señorita Fairchild, una duquesa debe mantener ciertos estándares de… —Se interrumpió para soltar un grito poco digno. Al parecer, Bessie no se había saciado con los dientes de león y había decidido sacar la nariz por entre los listones y masticar el delicado abrigo del duque.

—¡Bessie! —la regañó Modesty, que no logró contener las risas en la voz—. Por favor, discúlpela, milord. Tiene un excelente gusto en telas.

El duque intentó deshacerse de la cabra sin perder la dignidad, pero resultó una labor prácticamente imposible. Bessie parecía estar disfrutando el juego y se aferró a la prenda con más fuerza. Durante un instante, Modesty se regocijó mirándolo debatirse con el animal.

—¿Esto es algo normal en sus paseos? —le preguntó mientras bailoteaba hacia un costado.

—Oh, sí —repuso alegre mientras se inclinaba contra el cerco para distraer a la cabra acariciándole la base de los cuernos. Bessie pareció disfrutar la atención y, satisfecha, al fin lo soltó—. Aunque por lo general, prefiere las hojas de los nabos, no la lana de los mejores sastres de Londres.

Continuaron andando, aunque el duque parecía un poco más decaído, y Modesty se preguntó si estaría arrepentido de haberse apresurado a ofrecerle matrimonio.

—Veamos —dijo—. ¿Cuánto debería prepararla? ¿Sabe tocar algún instrumento? ¿O cantar? ¿O pintar con acuarelas?

Parecía como si quisiera seguir adelante y fingir que el incidente con la cabra no había ocurrido, aunque Modesty vio que se rozaba el abrigo de manera subrepticia. Forzó una sonrisa que no le iluminó los ojos.

—Puedo silbar una melodía alegre y pintar con acuarelas para la satisfacción de cualquier niño. ¿Será suficiente?

Al duque se le tensaron los músculos del mentón.

—¿A cuántos bailes ha acudido? Incluidos pequeños bailes de campo.

A Modesty le ardieron las mejillas. Debería responder con honestidad. Por lo general, no solía ser sarcástica; siempre intentaba ser amable y modesta, pero había algo en ese hombre que la llevaba a clavar espinas en cada palabra que decía.

—Oh, a un sinfín de bailes, milord. Los festivales de la cosecha de nabos en particular son todo un acontecimiento.

El duque suspiró.

—Entonces ¿a ninguno? ¿No sabe bailar?

—Estaba ocupada cuidando de la gente. Bailar no suele ser algo muy útil para los pobres.

El duque bajó las cejas.

—¿Sabe montar? Tengo algunos de los mejores purasangres de Inglaterra.

—Estoy más familiarizada con las vacas. ¿Los caballos se manejan de manera similar?

El perfil del duque quedó tan petrificado que podría haber quedado plasmado en una moneda. Era muy atractivo, pero a Modesty no le importaba. No se podía sentir más juzgada ni rebajada que en ese momento.

—Señorita Fairchild, solo intento conocerla mejor.

—¿Para poder fingir que está enamorado de mí? —Soltó un bufido y negó la cabeza—. ¿Qué cosas aprecia además de montar a caballo, acudir a bailes y proteger su reputación?

—La historia, señorita Fairchild. También me enorgullece reproducir caballos. Hace poco, puse mi atención en los caballos andaluces purasangre. Y… tengo a mis amigos cercanos.

—Sí, los siete lores de los pecados. Ya lo he oído.

—Tengo una banca en la Cámara de los Lores y sirvo a mi país como mejor puedo. Leo mucho. Monto a caballo, cazo, practico esgrima y participio de varios deportes. Las veladas y los bailes que doy en Londres se consideran de lo mejor, si se me permite el atrevimiento.

—Milord —repuso—. Creo que a esta altura ya se ha dado cuenta del grave error que estaríamos cometiendo. Al parecer, no podría haber dos personas más diferentes que usted y yo. Usted vive para sí mismo, y yo para los demás. Usted vive en una mansión, y yo, en la casa de un párroco con las paredes desmoronándose. ¿Cómo cree que funcionaría nuestro matrimonio? Yo creo que sería un desastre absoluto.

El duque no dijo nada, pero no hizo falta. El silencio entre los dos se extendió tanto como el abismo entre sus mundos: el de él era el

mundo de las exquisitas lanas y el ocio, y el de ella, el de las botas embarradas y el trabajo honesto. Y, en algún punto entre los dos, yacía el futuro de Augustus, que, les gustara o no, los unía.

6

Era el día de la boda, y a Modesty le temblaban las manos delante del espejo. En la pequeña recámara, con las paredes blancas, los sencillos muebles de madera, y unos cuadros de acuarela, parecía estar donde pertenecía. No pertenecía con todos los lujos y la opulencia de Mayfair.

Grace la observaba con los ojos bien abiertos.

—¿Cómo te sientes?

Modesty miró el mejor vestido que tenía, un sencillo atuendo de muselina de color lila. ¿Sería ese tono lo que le resaltaba las bolsas debajo de los ojos? ¿O se debía a que no había dormido en las últimas tres noches, desde que el duque irrumpió en su vida con esa oferta insultante? Debería haberle demandado que jamás le volviera a hablar, pero en lugar de eso, se iba a casar con él. ¡Por todos los cielos!

Augustus dormía sereno en su cuna. «Ojalá todas las noches de tu vida sean así de pacíficas, pequeño». De no ser por ese bebé, hubiera continuado su vida modesta y común y corriente haciéndose el tiempo para explorar las ruinas y pasando los dedos por las piedras y los fósiles que George encontraba en las excavaciones y llevaba a casa. Anhelaba descubrir algo importante y develar las

esquinas oscuras del pasado para comprender mejor por qué la humanidad era como era.

Miró a su amiga a los ojos y se obligó a sonreír.

—Estoy perfectamente bien.

La mirada de Grace se suavizó al tiempo que le apretaba la mano.

—No muchas personas cambiarían su vida de la noche a la mañana por un bebé que no es suyo.

Modesty soltó el aliento en el intento de aliviar la tensión en los pulmones. Se lo debía a Ophelia: debía cuidar de su niño porque ella no podía hacerlo.

—Algunos dirían que soy muy afortunada. La hija de un párroco que se convierte en duquesa.

Soltó la mano de Grace y avanzó hacia la mesa del aparador para recorrer con los dedos la caja ornamentada que Constantine le había enviado el día anterior. Las manos le temblaron aún más al abrir la tapa y ver el contenido. Grace soltó un jadeo suave. En medio de una nube de terciopelo azul medianoche, yacía el colgante más exquisito que había visto. Tanto diamantes como zafiros se iban alternando en un intrínseco patrón floral. El colgante de oro era tan claro que casi parecía de plata, y el trabajo era tan delicado que parecía flotar entre las gemas.

Modesty soltó una carcajada.

—Esto debe valer más que esta casa.

—Es precioso —dijo Grace—. ¿Te lo envió el duque?

—Sí.

—¿Y por qué no te lo pones?

Modesty tomó una profunda bocanada de aire.

—No puedo.

—¿No crees que significa que te aprecia y te quiere complacer?

—Se quiere complacer a sí mismo. Quiere proteger su reputación. Tenemos que actuar como si estuviéramos locamente enamorados. Esto debe ser lo que le demuestre a todos la profundidad de sus sentimientos.

Los rasgos de Grace se suavizaron al comprender.

—Oh, claro. Pero ¿te lo vas a poner?

Modesty volvió a soltar una carcajada.

—Mira mi vestido y mi cabello. Llevaré un ramo de flores silvestres, y he hecho el vestido yo misma. ¿No crees que ese colgante se vería de lo más ridículo en mí?

El día anterior, habían llegado varias cajas a su puerta, acompañadas de un ejército de criadas listas para transformarla en toda una duquesa. Las cajas contenían vestidos de seda en colores a la última moda, zapatillas delicadas y bonetes adornados con plumas, flores, perlas y cristales.

—El duque insiste —le había dicho la criada con el rostro serio que debía de ser la jefa de las criadas.

Modesty había recorrido las telas exquisitas con los dedos.

—Por favor, agradézcale al duque, pero me pondré mi propio vestido.

La criada había apretado la boca.

—Señorita, una duquesa no puede…

—Todavía no soy una duquesa —le había respondido con firmeza —. Y esta es la última elección que tomaré antes de serlo.

Por eso, ahora se encontraba de pie con su propio vestido y sentía que había cometido un error. Modesty cerró la tapa de la caja y la colocó sobre el aparador.

—La sola idea de fingir me da náuseas. Solo quiero proteger al pequeño Augustus. No quiero tener nada que ver con el duque.

La vanidad y la soberbia del hombre le daban repulsión. Sin embargo, cada vez que lo veía, le robaba el aliento. ¿Por qué no podía despegar la mirada de sus ojos y se ahogaba en ellos?

Grace tomó el bonete de Modesty, decorado con un morado narciso de otoño, y se lo entregó.

—¿No crees que al final lograrás ser feliz con él?

Modesty respiró profundo, pero no logró calmar la tensión en el pecho. Tomó el bonete, se lo acomodó en la cabeza y amarró los lazos de color lila.

—Supongo que no hay que perder las esperanzas, ¿no?

Al cabo de una hora, los pasos de Modesty resonaron contra el suelo de mármol de la iglesia de Saint George, pero el alto cielorraso amortiguó el sonido. La luz matutina se colaba por los ventanales de vitral altos con intensos tonos de joyas que hacían que los sencillos paneles de su iglesia dieran pena.

La garganta se le ciñó al sentir lo que le parecieron cien pares de ojos volverse hacia ella. Oyó los susurros de los atuendos de seda cuando los miembros de la alta sociedad se volvieron en los asientos a mirarla. Las duquesas y las condesas presentes llevaban unos vestidos matutinos que debían costar más que el ingreso anual de su padre y tenían tanto las orejas como los cuellos decorados con gemas. En la iglesia de Todos los Santos, conocía a todos los feligreses con los rostros curtidos y los trajes dominicales enmendados. Allí, solo conocía al duque.

El pasillo se extendía ante ella increíblemente largo. Cada paso la acercaba más al duque, que se encontraba de pie rígido como las columnas de mármol que flanqueaban los bancos a cada lado. El traje índigo se veía inmaculado, y el pañuelo era una obra de arte con pliegues intrínsecos. Tenía los ojos oscuros posados en ella, y le derretía los huesos. ¿Acaso esa sería una mirada de amor? Sintió un

aleteo en el pecho. ¿Se debería a su presencia y el modo en que dominaba todo el espacio a su alrededor sin esfuerzo alguno? Ese era su futuro marido, un desconocido que pertenecía de pies a cabeza a ese mundo de brillos que para ella era tan extranjero como la luna.

El obispo de Londres recitó el sermón y luego llegó el momento de intercambiar los votos.

—Yo, Constantine Buccleigh —la voz resonó por toda la iglesia—, duque de Pryde, la tomo a usted, señorita Modesty Fairchild, como legítima esposa…

Los dedos le rozaron los suyos al ponerle la alianza, y le produjo un estremecimiento que le recorrió toda la columna vertebral. Tenía las manos grandes, cálidas y fuertes, pero con dedos elegantes, y Modesty se preguntó por qué disfrutaría tanto de su roce. Cuando llegó su turno, tuvo que tragar dos veces antes de poder hablar.

—Yo, Modesty Fairchild —comenzó con la voz algo temblorosa—, lo tomo a usted, Constantine Buccleigh…

Recitó el voto y apenas logró recordar lo que dijo. Era muy consciente de la presencia del duque, del sutil aroma a bergamota, vetiver y cuero, el subir y bajar parejo de su pecho y el modo en que parecía ceñirse sobre ella a pesar de que era apenas más alto que ella.

Se miraron a los ojos con las manos unidas. Algo destelló en su mirada. ¿Sería soberbia? ¿Satisfacción? Durante un instante, le pareció divisar un dejo de vulnerabilidad debajo de su fachada de mármol, un vistazo de un niño pequeño que parecía tímido, pero lleno de esperanza. Sin embargo, el momento desapareció antes de que pudiera estar segura de que había ocurrido, y el duque volvió a ponerse su máscara de indiferencia aristocrática.

—Que lo que Dios ha unido, no lo separe ningún hombre —rezó el obispo.

El duque cerró los dedos alrededor de los de ella. ¿Sería un gesto reconfortante o un recordatorio de su acuerdo? No lo podía saber, y esa incertidumbre hizo que el corazón le diera un vuelco como si tuviera un ave atrapada en el pecho. ¿Qué acababa de hacer?

Al cabo de media hora, comenzó el desayuno de bodas en la casa de Pryde en Mayfair. El duque y ella se encontraban de pie juntos en el centro de la habitación. El calor que manaba del cuerpo de su marido parecía atraerla más cerca de él, aunque el código del decoro requiriera que mantuviera la distancia. Varios espejos con marcos dorados colgaban de las paredes de masculinos tonos de índigo. Entre los cuadros de escenas de tormentas marítimas y victorias en altamar, había estatuas de mármol blanco. Sobre una mesa alargada, había pasteles de carne, jamón confitado, bocadillos, dulces y frutas en conservas, así como también pan recién horneado, mantequilla, cortes de carne y terrinas.

Mientras los invitados llegaban, el duque no se apartó ni un instante de su lado. La presentó a tantas damas, caballeros y duquesas, que no logró recordar los nombres y se limitó a sonreír con el rostro rígido. Sintió la atención del duque sobre ella como una ráfaga de aire caliente que provenía de un incendio.

Cuando todos los invitados se reunieron alrededor de la pareja, el duque se aclaró la garganta.

—Sé que muchos de ustedes estaban sorprendidos con la prisa del anuncio de la boda —declaró—. Pero el hecho es que no podía esperar a casarme con esta encantadora mujer y hacerla mía.

El estómago se le tensó al oírlo. ¿De verdad estaba diciendo eso? ¿Una persona como él? Alzó la mirada para verlo, y lo encontró con

los ojos clavados en ella. Su expresión la sumía en una sensación cálida.

—Hermosa —dijo con los ojos castaños oscureciéndose mientras le recorría el rostro—. Increíblemente amable. Una persona a la que le encantan la historia y las antigüedades. Una dama con humildad y buenos modales. Soy muy afortunado de llamarla mi esposa.

Modesty tragó saliva con la garganta seca. El timbre de su voz le resonaba en todo el cuerpo, y se encontró meciéndose hacia él. El mentón se le tensó mientras hablaba, y un músculo se le movió debajo de la piel. Modesty no pudo explicar la atracción de su mirada hacia el labio inferior de su marido. De seguro, estaba actuando, pero ¿por qué sería que cada palabra le llegaba al corazón?

—Una mujer altruista —continuó, y la voz le bajó a un murmullo íntimo que parecía dirigido solo a ella. Cuando el duque se le acercó, los hombros anchos casi la escudaron de la multitud y crearon un momento privado en plena presencia de todos. El aliento le susurró contra la sien al añadir—: que ayuda en un asilo de mujeres, escoge las flores silvestres y se preocupa tanto por los otros que no hay límite a lo que haría para ayudarlos.

La intensidad de su mirada la mantuvo cautiva al tiempo que alzaba la copa, y su anillo grabado destellaba bajo la luz. Un mechón de cabello oscuro le había caído sobre la frente y le suavizaba el semblante severo dándole un aspecto más juvenil. Con la mano libre, le acarició la parte baja de la espalda. Modesty sintió su roce cálido y firme bajo la delgada tela de muselina del vestido.

—Por Modesty Buccleigh, la nueva duquesa de Pryde.

Consciente del roce de su mano, el calor de su cuerpo y la profundidad hipnótica de sus ojos… se sintió aturdida, y no estuvo segura si se debía al vino o a algo más peligroso. El resto de los

presentes en la habitación repitieron su exclamación y brindaron por ella, mientras Modesty se sentía mareada de tanta atención. Bebió un sorbo de vino. Era la primera vez que probaba champaña, y sintió un cosquilleo en la lengua. La euforia que experimentó en la sangre al cabo de un instante la hizo sentir débil y no le gustó. El duque también bebió sin apartarle los ojos de encima.

—¿Tiene hambre? —le preguntó sereno—. ¿Le gustaría comer algo?

Modesty se volvió hacia la mesa y le sorprendió ver flores silvestres en los jarrones que había entre los cortes de carne, las tartas y el pan. Muchos de los ramos contenían narcisos de otoño púrpuras y combinaban muy bien con su atuendo.

—No, creo que no podría comer, aunque lo quisiera —le respondió—. Pero gracias.

Modesty se estremeció. Tenía los nervios de punta. Ese era su nuevo hogar, y esas eran personas a las que tenía que entretener y con las que quizás tendría que hablar todos los días. La casa era opulenta y tenía todas las comodidades. Sin embargo, anhelaba regresar a su habitación humilde con las paredes encaladas, las ventanas con paneles rajados y los libros del Imperio romano, que olían a papel viejo y polvo.

—¿Tiene frío? —le preguntó—. ¿Le puedo buscar una chalina?

No sabía qué prefería, si su frialdad o su atención. Cuando se comportaba frío con ella, se sentía fuerte, viva e indignada. Y, cuando era cálido, se sentía débil e insegura de sí misma.

—Me encuentro bien —le aseguró—. Gracias.

—¿Acaso no le agradó el colgante que le envié?

Modesty tragó con dificultad.

—Yo… eh… No me lo pude poner.

El duque frunció el ceño.

—¿Tenía el gancho roto?

—No, el colgante es hermoso. Pero… jamás me había puesto nada tan valioso en toda mi vida. Y me preocupaba que el vestido que llevo puesto se burlara de la belleza del colgante… y lo hiciera ver indigno, por más precioso que fuera.

El duque le recorrió el cuerpo con la mirada y le provocó una ola de calor.

—Pero le enviaron prendas apropiadas, ¿no?

Modesty tragó con dificultad. Le era difícil imaginar que alguna vez pudiera sentirse digna de llevar puesta una fortuna en el cuello mientras que otros luchaban por cualquier centavo y pizca de comida que pudieran conseguir.

—Sí. Pero no creí que pudiera… Deben haber costado una fortuna… No me podía imaginar…

El duque asintió con la cabeza.

—Espero que sienta que se puede poner vestidos hermosos y joyas en el futuro. Ahora es una duquesa.

Una duquesa… la palabra se sentía extraña y extranjera. Modesty bajó la mirada al cuello del duque y se concentró en el prendedor que llevaba en el pañuelo.

—¿Quién es esta mujer? Se ve encantadora.

El duque se bajó la mirada al pecho.

—Es mi madre —le dijo—. Le regaló este prendedor a mi padre, y quería sentirla a mi lado cuando me casara.

Algo se le ciñó en el pecho mientras observaba el encantador rostro de una mujer con una peluca empolvada alta. A pesar de todo, sintió pena por él.

—Falleció hace muchos años —añadió el duque—. Tras la muerte de mi padre, coloqué su retrato en el prendedor.

Un dolor agudo le perforó el corazón como una aguja.

—Lamento mucho que no esté más con nosotros. Debe haber sido maravilloso haberla conocido.

El duque asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Eso significa que su madre falleció?

Antes de responder, asintió con la cabeza mientras tomaba una profunda bocanada de aire con la garganta tensa.

—Murió dándome a luz. Ojalá la hubiera conocido, ojalá hubiera visto su rostro, aunque sea una vez. Es un gesto muy tierno que haya traído a su madre a la boda.

Algo le pasó por el rostro y fue como si una cortina se hubiera levantado y la máscara que llevaba con tanta cautela se quebrara por una décima de segundo. En el momento en que se miraron a los ojos, Modesty vio más allá del duque, más allá del noble, y divisó la profundidad del hombre. Vio a un niño de pie frente a la tumba de su madre, tan perdido como lo había estado ella de niña, con el mismo dolor de la ausencia tallado en el corazón. Detrás de sus palabras afiladas y su semblante serio, mantenía ocultas crudezas e incertidumbres. Los ojos, que solía proteger, contenían el eco de un dolor ancestral y algo más, un anhelo desesperado y casi ingenuo por una conexión, por alguien que comprendiera esa herida en particular que jamás había terminado de sanar.

Antes la había mirado con mucha calidez, había hablado de ella con gran admiración. Se había sentido muy real. Y ahora aún más. Durante una décima de segundo, se permitió verlo todo: Augustus dando sus primeros pasos en el jardín mientras Constantine lo sujetaba con las manos grandes envueltas en el bebé. Los tres pasando el rato en la biblioteca, donde él le enseñaba a Augustus las monedas romanas mientras ella esbozaba varios artefactos en su cuaderno. Las tardes de verano debajo de los robles, con una manta extendida sobre el césped y cubierta de bocadillos, la risa profunda

de Constantine mezclada con los gritos de felicidad de Augustus mientras ella les tejía coronas de flores…

Sin embargo, el duque parpadeó, y las paredes se volvieron a erguir tan rápido que Modesty se preguntó si se habría imaginado ese destello del verdadero hombre detrás del duque y el profundo entendimiento entre ellos. Acababa de abrir la boca para preguntar algo, pero oyó el susurro de seda que anunciaba la llegada de alguien que se detuvo a su lado. El hechizo se terminó de romper.

—Oh, la nueva duquesa —dijo una mujer hermosa con el cabello dorado y un exquisito vestido de satén en color carmesí. La sonrisa iluminaba la habitación—. No veo la hora de conocerla mejor, *milady*.

La mujer estaba al lado de un hombre muy alto, con el cabello oscuro y un chaleco carmesí. El caballero se veía feroz, pero su mirada de ojos celestes contenía mucha calidez. A su lado, había otra mujer con el mismo tono de cabello que él. Llevaba puesto un vestido amarillo e iba acompañada de un hombre con delicados rizos rubios y una traviesa mirada de ojos violeta. Se los habían presentado antes, pero para su vergüenza no recordaba sus nombres.

—Gracias… —logró decir.

—Soy Patience, la duquesa de Rath. —La mujer de cabello dorado le sonrió más—. Ya sé que no recuerda nuestros nombres. Créame que he estado en su posición. No tiene nada de que avergonzarse. Este es mi marido, el duque de Rath. Mi cuñada y mi cuñado, el duque y la duquesa de Luhst. Y estos tres hombres —continuó mientras señalaba a Pryde, Rath y Luhst— son como uña y carne. Está advertida.

Había algo en la duquesa de Rath que resultaba cálido y amistoso, y la tensión que Modesty había sentido en el pecho y la garganta comenzó a ceder un poco. Recordó lo que su padre le

había dicho acerca de los siete lores de los pecados y se preguntó si debía temer. No obstante, se sintió más en casa que hacía unos momentos atrás y le devolvió la sonrisa algo aliviada.

—Me considero advertida. —Les echó un vistazo a Rath y Luhst, que la estudiaban con una suerte de curiosidad llena de bondad. Recordó que Pryde había mencionado que al duque de Luhst lo habían chantajeado con un hijo ilegítimo. ¿Sería descortés preguntarle por eso? No estaba segura, no quería avergonzar a nadie.

—¿Es cierto que está interesada en la historia y el estudio de las antigüedades? —le preguntó la duquesa de Rath.

Modesty asintió la cabeza.

—Así es. Cuando tengo tiempo para eso, claro.

La duquesa de Luhst se iluminó entusiasmada.

—A lo mejor le gustaría unirse a mí y Patience en nuestro club.

Modesty parpadeó.

—¿Su club?

—Sí —repuso la duquesa de Luhst—. Patience es botánica, y yo llevo a cabo investigaciones médicas. Si desea profundizar sus conocimientos o conversar acerca de sus hallazgos y desafíos, es más que bienvenida. Somos el club de las señoritas con microscopios y queremos que más mujeres se unan. Será un placer tenerla a usted también.

Modesty sintió una ola de entusiasmo que no solía experimentar. ¿Hablar de antigüedades e historia? ¿Discutir teorías, evidencias, hipótesis…? En Shepherdsbrook, no podía hacer nada de eso, excepto en contadas ocasiones con el señor Lockhart. ¿Podría hablar de esos temas a menudo, sin mirar por encima del hombro temiendo la desaprobación de su padre, que siempre había pensado que

debería estar ayudando al prójimo en lugar de leer acerca del pasado?

—Yo… —Miró a su nuevo esposo, que la miraba fijo con las cejas arqueadas.

¿Y Augustus? El motivo exclusivo de su casamiento era el bienestar del bebé. En ese momento, el niño estaba con la señora Walcott, instalándose en alguna habitación de la planta alta. Debería pasar todo el tiempo libre con él. Además, tenía mucho que aprender acerca de cómo ser una duquesa, modales, bailes, decoro y todo eso.

El duque de Luhst sonrió, y los ojos se le arrugaron de júbilo.

—Cuídese de estas dos. Se toman la ciencia muy en serio.

—Gracias —le dijo, asintiendo con amabilidad—. No creo que mis conocimientos sean tan vastos como los de ustedes. Para mí, no es más que un entretenimiento. —O un sueño que jamás se realizaría —. No me gustaría hacerles perder su valioso tiempo.

Las sonrisas de las dos damas flaquearon.

—Bueno —dijo la duquesa de Luhst, que miró a Pryde con cautela—. Si llega a cambiar de parecer solo tiene que decírnoslo.

La duquesa de Rath le volvió a sonreír.

—O si necesita cualquier otra cosa. Un oído familiar o simple compañía a la hora del té. Puede resultar bastante agobiante aprender todo lo necesario para ser una duquesa.

Modesty le ofreció una sonrisa amable antes de que las damas y los caballeros se retiraran para dar paso a los siguientes invitados que acudían a felicitarlos. Sin embargo, el duque de Luhst se quedó unos instantes más y se le acercó para decirle:

—Sé que puede parecer frío y soberbio hasta el hartazgo, pero dele una oportunidad. Con el tiempo, podría llegar a descubrir que es un amigo de lo más leal.

Antes de que pudiera responder o pensar más en lo que le acababa de decir, siguió a su esposa y al duque y la duquesa de Rath hacia otra parte de la sala con un andar descuidado y prácticamente destellando de la felicidad.

A continuación, le presentaron a una dama mayor con el cabello plateado, la duquesa viuda de Grandhampton. La mujer iba vestida a la moda del siglo anterior, pero aún se veía hermosa. Con un destello en los bondadosos ojos celestes, le preguntó cómo se habían conocido con el duque y cómo había florecido el amor tan pronto.

—Nos conocimos en la iglesia en la que predica el señor Fairchild —le respondió Pryde, con calma absoluta y su característica compostura—. En la iglesia de Todos los Santos en Shepherdsbrook. Y la señorita Fairchild me deslumbró por completo. Desde ese día, me resultó imposible pensar en un futuro sin ella.

La duquesa viuda soltó una carcajada.

—Claro. No sabía que iba a la iglesia… en especial en las afueras de Londres.

—Sí. Llámelo destino o providencia, pero fue como si alguien me hubiera llevado a ir a esa iglesia.

Los ojos de la duquesa brillaron llenos de humor y les sonrió con bondad.

—Providencia. Por supuesto. Los matrimonios por amor son raros, y yo lo debería saber bien considerando que todos mis nietos fueron muy afortunados… aunque no sin sus obstáculos. Bueno, espero que sean conscientes de eso y que siempre se cuiden entre ustedes. Les deseo toda la felicidad.

«Felicidad…». Modesty alzó la mirada a Pryde, que la miró a los ojos. Había visto unos destellos de algo más suave en su mirada, más allá de su duro exterior. ¿Sería ingenua como para creer que

algún día podrían llegar a amarse… o al menos disfrutar algunos momentos de felicidad?

Todos se sentaron a la gran mesa para desayunar. Modesty se obligó a comer unos bocados de pastel de carne, más por no querer desperdiciar la comida que por tener hambre. Luego de un rato los invitados comenzaron a marcharse. Cuando se despidió de su padre, Grace y George, el duque se apartó de su lado para despedirse de sus seis amigos duques. Mientras saludaba con la mano a su padre, el último invitado en marcharse, Modesty se permitió un momento de debilidad aprovechando que no había ningún lacayo a la vista y se apoyó contra la gran ventana en mirador que había en la sala de estar al lado de la entrada. Las horas que había pasado siendo el centro de atención de tantos invitados distinguidos la habían dejado exhausta. Se hundió en el asiento de la ventana y disfrutó de la privacidad parcial que le brindaba la cortina pesada con colores índigo y dorado del resto de la sala de estar.

Al cabo de unos instantes, iría a ver a Augustus. El corazón se le aceleró de pensar en el niño solo en una casa desconocida. ¿Acaso la señora Walcott sabría que debía tener su manta cerca, la manta que aún tenía el aroma de su madre? ¿Recordaría que había que sostenerlo erguido unos minutos luego de alimentarlo para que no le diera el terrible cólico que lo hacía llorar toda la noche?

Debería haber preguntado dónde lo habían instalado. La casa de Pryde era un laberinto de pasillos y puertas cerradas; iba a tener que buscar a un criado para que la guiara… Lo que resultaba otro recordatorio de lo fuera de lugar que estaba en esa enorme casa.

Observó uno de los carruajes de Pryde que se detenía. El duque había insistido en brindarles un medio de transporte a su padre, Grace y George para regresar a Shepherdsbrook, a pesar de que su padre se había rehusado a aceptar semejante favor. Tras mirar cómo

el carruaje se alejaba, se obligó a bajar del asiento de la ventana, pero los sonidos de unas voces masculinas provenientes de la sala de estar abierta la hicieron detenerse. Podría reconocer la voz de Pryde en cualquier sitio. Era baja, rica y aterciopelada. Siempre le producía un cosquilleo en la parte baja del vientre.

—Parece encantadora, Constantine —le dijo una voz profunda que parecía pertenecer al duque de Rath—. Pero ¿estás seguro de que hiciste lo adecuado al casarte con alguien que el príncipe regente desaprobará? En especial tan rápido. Por amigable que sea la señorita Fairchild, y por mucho que Patience y Chastity anhelen otra amiga que comparta su pasión por los fines científicos…

—Ten cuidado —le dijo otro hombre, que creyó era el duque de Luhst—. Dorian y yo somos testamentos de cómo el amor puede cambiar a un hombre.

—El amor… —su marido soltó una carcajada—. Créanme que no hay probabilidades de que suceda eso.

Modesty contuvo el aliento porque las palabras le dolieron más de lo que creyó posible.

—No es más que un medio para un fin —continuó su marido—. Una forma de tomar el control del niño y evitar el escándalo social. La hija de un párroco será la esposa perfecta: tranquila, obediente e invisible. No protestará cuando siga con mi vida como si nada. Se ha conseguido un marido adinerado y noble. ¿Qué más podría desear en la vida una mujer de su origen?

De repente, Modesty no pudo respirar. El dolor la azotó fuerte mientras intentaba parpadear entre las lágrimas. Saboreó el cobre y supo que se había mordido el labio para evitar soltar cualquier sonido. ¿Eso era lo que creía de ella?

El almohadón de la ventana se sentía como una piedra bajo su cuerpo. Se envolvió los brazos por la cintura, pero no logró dejar de

temblar. Qué tonta había sido al permitirse guardar esperanzas, aunque solo hubiera sido por un instante.

No podría haber ninguna esperanza para ese matrimonio. Jamás podría amar a alguien como su marido: insensible, pretencioso y egocéntrico. Y él jamás podría amar a alguien que, a su criterio, se encontraba tan debajo de él.

7

Constantine llamó a la puerta que conectaba su recámara con la de la señorita Fairchild y aguzó el oído. Tenía que dejar de llamarla de ese modo. Para bien o para mal, ahora era su esposa.

Sin embargo, no parecía la duquesa de Pryde… al menos no todavía. Se había comportado muy tímida e introvertida en el desayuno de bodas. El simple vestido lila le colgaba de la silueta esbelta, demasiado corto para su altura, por no decir que no le combinaba con la tez clara. Tenía que usar atuendos que le resaltaran los hermosos ojos verdes bosque y el hipnótico color de su cabello, que parecía cobre pulido. Intenso y feroz. ¿Cómo podía ser que una mujer tan hermosa se parara con las manos aferradas y los hombros tensos y hundidos con el aspecto de quien quiere desaparecer y ocultarse?

Al no obtener ninguna respuesta, volvió a llamar a la puerta.

—¿Duquesa? —la llamó—. ¿Puedo entrar?

El silencio desde el otro lado de la puerta le puso los nervios de punta. Esa noche debía acostarse con ella y, por el bien de ese condenado matrimonio, debía asegurarse de que quedara encinta lo antes posible. Pero solo había tenido una amante en su vida. Una

amante experimentada. ¿Qué iba a hacer con una virgen? Tendría que hacerle daño, y eso era lo último que deseaba.

—Sí —le llegó la respuesta apagada desde el otro lado de la puerta.

Constantine se humedeció los labios antes de aferrar el pomo de la puerta y entrar. Su esposa se encontraba de pie en el centro de la habitación con el vestido de bodas aún puesto. Su postura era casi tan rígida como la tela de muselina. Deseó tener el encanto y la habilidad que tenía Lucien para calmar a la gente con tan solo una mirada. ¿Se relajaría si le acariciaba los hombros tensos o le masajeaba los músculos?

Se aclaró la garganta y avanzó hacia ella a paso lento, al tiempo que se volvía a humedecer los labios. Las ventanas estaban oscuras, y la luz de las velas en los candelabros se reflejaba contra los paneles de cristal. El hogar de carbón que se encontraba en la pared opuesta emanaba calidez y proyecta una luz suave. Una gran cama con un elegante dosel de seda celeste pastel dominaba una pared y un cubrecama azul con patrones dorados.

Su nueva esposa se veía hogareña y frágil mientras lo observaba con los ojos bien abiertos y los labios entreabiertos.

Constantine se aclaró la garganta.

—He venido a…

Por todos los cielos, lo embargó la timidez. ¿Qué lo afligía? Tenía todo el derecho a acostarse con ella y quería hacerlo. ¿Por qué se sentía como un adolescente antes de yacer con la primera mujer?

—Necesito un heredero —le dijo. Al oírlo, Modesty parpadeó.

—¿Necesita un heredero?

—Sí. No hay ningún heredero a mi título en este momento. Ni primos, ni tíos, ni nadie. Solo yo… y Augustus, por supuesto.

Su esposa tragó con dificultad y tomó una profunda bocanada de aire antes de desviar la mirada hacia la cama.

—Oh. —Acto seguido, el rostro se le tornó rojo como un tomate.

Constantine se le acercó un paso más, pero ella se retiró manteniendo la distancia entre ellos. Inhaló su aroma y recordó el momento en que lo había sentido antes, en el carruaje desde la iglesia hacia su casa y luego también en el desayuno de bodas, cuando se paró a su lado. Olía a flores silvestres, a piel limpia y su propia fragancia frutal y femenina que le desencadenaba un recuerdo que no lograba descifrar, como un eco de felicidad, paz y placer.

Tenía unos encantadores labios suculentos y pómulos altos, así como también unos expresivos ojos algo rasgados en las comisuras. Al encontrarse tan cerca de ella, reparó en las pequeñas pecas que le decoraban las mejillas y le añadían una inocencia juvenil que le desgarró algo en el interior.

¿Acaso sabría tan dulce como su fragancia? Quería besarla. Quería pasarle la lengua por el afelpado labio inferior y sentirla estremecer en sus brazos, oírla gemir en señal de derrota mientras su aliento se mezclaba con el de él.

Con el corazón latiéndole desbocado en el pecho, alzó una mano hacia ella despacio, como si se tratara de un cervatillo. Había esperado que se asustara y se alejara de él, y no la hubiera culpado si lo hubiera hecho. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se quedó quieta, con los labios entreabiertos y el rostro sonrosado como unos pétalos delicados. Cuando tomó un mechón de su hermoso cabello y se lo acomodó detrás de la oreja, una embriagante ola le recorrió todas las terminaciones nerviosas. Sintió como si estuviera tocando las estrellas… Luego le acarició el rostro con los nudillos. Por todos los cielos, tenía una piel completamente aterciopelada. Ahora sentía

como si hubiera introducido la mano entera en una piscina de estrellas. La piel le cosquilleó y, de repente, sintió que cobraba vida en cada sitio donde la tocaba.

Se miraron a los ojos, y vio las pupilas dilatadas que hacían que los iris verdes de los ojos se oscurecieran hasta adquirir el tono del musgo que crecía en el bosque. El rubor que le arrasó las mejillas le hizo preguntarse si el pecho también se le sonrosaría de ese modo al hacerla gritar de placer y llevarla al clímax.

Oh, el deber de hacer un heredero con ella no sería una tarea laboriosa en lo más mínimo.

—Tiene una piel muy sedosa —le dijo acercándose aún más para recorrerle el mentón con los dedos—. Es hermosa, señorita Fairchild. Es una novia hermosa. Y una esposa hermosa.

Al oír sus palabras, parpadeó como si estuviera intentando dilucidar si lo había oído bien. Antes de que pudiera volver a retirarse, Constantine cerró la distancia entre ellos. Le rozó los labios con los suyos, con la suavidad propia de un susurro, como si la estuviera poniendo a prueba. La dulzura de su boca y el suave jadeo que se le escapó le supieron celestiales. Sabía al vino de la boda, a miel y a flores silvestres.

Durante un momento glorioso, se derritió contra él. Cuando le apoyó las manos en el pecho, sintió los dedos que se cerraban contra su traje. Constantine profundizó el beso, se la acercó más y le envolvió una mano por la nuca mientras le apoyaba la otra en la cintura. Modesty soltó un sonido suave, una mezcla de suspiro y gemido, y le produjo una ola de fuego que lo recorrió entero.

Sin embargo, como despertando de un hechizo, se quedó rígida. Con las manos apoyadas en el pecho, lo empujó. Se apartó de él tambaleándose hacia atrás hasta que la cama se irguió entre ellos como la muralla de una fortaleza.

—No —le dijo con la voz temblorosa. Tenía los labios más rosados por el beso, y de solo saber que él era el responsable de eso, le daban ganas de atravesar la habitación para volver a reclamarla. Modesty se envolvió con los brazos—. Me gustaría que se marchara.

Constantine se meció un poco, luchando por recuperar el equilibrio. Tenía la extraña sensación de haber estado muy cerca de probar el cielo… y ahora lo empujaban violentamente lejos.

—Disculpe —le dijo, aunque no sabía muy bien por qué se estaba disculpando: por el beso, por su presunción o por todo lo que los había llevado a ese momento.

Cuando la atracción de su cuerpo comenzó a disminuir, se le despejó la cabeza. El rechazo le dolió, jamás lo había rechazado ninguna mujer. Su amante de Elysium siempre estaba dispuesta a recibirlo, y jamás había intentado conquistar a ninguna otra mujer. Las viudas jóvenes y algunas damas infelices en sus matrimonios intentaban cautivar su atención en los bailes, pero él jamás se metía con ellas porque no quería engendrar hijos naturales. Había evitado a las debutantes y a sus madres como la plaga porque quería esperar a estar listo para escoger a su novia. Y ahora que se había casado, no lo deseaba. Le dolía tanto como el corte de un sable al rojo vivo.

—¿Le puedo preguntar por qué? —le dijo intentando recuperar el aliento.

—No, no puede —le respondió con la cabeza en alto y los hombros tensos.

Constantine asintió con la cabeza. Por lo general, las mujeres no querían acostarse con los hombres a los que detestaban.

—¿Acaso se opone a mí?

Los ojos de ella echaron chispas antes de responderle.

—Es difícil aceptar a un hombre que pretende estar enamorado mientras, en realidad, cree que estoy por debajo de él en cuanto al estatus social. Un hombre que cree que me está haciendo un favor al acostarse conmigo y al que le preocupa más su reputación que el bienestar de su hijo. Un hombre que rechazó a una mujer embarazada que vino a pedirle ayuda.

Las palabras le pegaron como un látigo.

—Qué lista más minuciosa —señaló.

A decir verdad, suponía que se había comportado como un bruto. Pero ¿cómo podría entender ella la presión bajo la que se encontraba? Cada golpe perfectamente ejecutado, cada cumplido impecable y cada prenda de ropa elegante no era más que otro ladrillo en la pared que protegía su secreto. Con tan solo un susurro de su verdadero origen, todo se reduciría a nada. Mantener su reputación no era algo relacionado con la vanidad, sino con la supervivencia.

No obstante, no podía demostrarle lo mucho que lo habían afectado sus palabras. Su esposa no estaba al tanto de que era un duque falso, pero parecía poder ver más allá de la fachada que había creado, la armadura de piedra que vestía todos los días. Veía las imperfecciones que le ocultaba al mundo. Por todos los cielos, ¿qué haría si alguna vez llegara a develar la verdad?

—Muy bien —dijo con la voz serena como siempre—. No forzaré mis atenciones donde no son deseadas. Pero sepa que yacerá conmigo. Es su deber de esposa, le guste o no. Aun así, no la tomaré en contra de su voluntad. Eso no está en mi naturaleza. Ahora me marcharé. Mañana comenzará a aprender cómo ser una verdadera duquesa.

8

Las ruedas del carruaje repiquetearon sobre los adoquines mientras Constantine se acercaba a la humilde casa adosada en una esquina apartada de Londres, una de las muchas propiedades asociadas con su herencia. Tras apearse, las botas pulidas destellaron en la luz débil del otoño. En el aire fresco pendían los aromas a hojas caídas y humo.

—Por favor, entrégueme al bebé —le pidió a la señora Walcott, que estaba a punto de descender del carruaje. Augustus estaba envuelto en encaje blanco y se aferraba a su pecho—. De ese modo, le será más fácil apearse.

La señora Walcott apretó la boca para formar una línea delgada. Había estado completamente en contra de esa decisión, lo supo desde el momento en que él y la señora Higgs entraron en el cuarto del niño esa mañana. Mientras dos criadas comenzaban a empacar las cosas de Augustus y la señora Walcott, la nodriza no había dejado de preguntarle si Modesty estaba al tanto de que se marchaban y si iría a despedirse.

Necesitaba ocultar a Augustus por el bien de su título. Era primordial evitar un escándalo alrededor del matrimonio y la llegada del bebé en la casa. Cualquier escándalo era sinónimo de atención y

preguntas. Y las preguntas llevarían al príncipe regente a excavar en busca de respuestas. De la verdad.

—No me lo voy a comer —añadió Constantine con la mirada fija en la nodriza.

Lo más molesto de todo era que una parte de él estaba de acuerdo con ella. Se lo debería haber dicho a Modesty. No la debería haber separado del bebé. Estaría furiosa, herida y preocupada. Pero eso era lo mejor. Volvería a recoger al niño en cuanto la amenaza a su título estuviera eliminada.

La señora Walcott asintió con la cabeza.

—De acuerdo, milord.

Le entregó al niño. Era la primera vez que sostenía a Augustus y estaba sorprendido de lo liviano que era. El bebé frunció el ceño y lo estudió como si estuviera detrás de un cristal cubierto con escarcha. A Constantine se le aceleró el corazón en el pecho. Por todos los cielos, ¿qué estaba haciendo? Le temía a un pequeño bebé recién nacido, completamente inocente y puro. ¿Acaso ese era él, el honorable duque de Pryde?

La señora Walcott se apeó del carruaje y le estiró las manos.

—¿Me lo devuelve, milord?

—Lo llevaré yo —le dijo y se sorprendió de ser reacio a devolverle al bebé tan rápido—. Debe tener los brazos cansados.

La mujer frunció el ceño, pero asintió con la cabeza.

—Como desee.

—Muy bien. Y no puedo hacer suficiente hincapié en que la duquesa no debe saber dónde se encuentra Augustus. Aprecio que le deba su lealtad a ella, pero ahora es mi empleada. Si se llegara a violar mi deseo de guardar el secreto, me temo que Augustus necesitará una nueva nodriza que le sea más leal al hombre que le paga el salario.

Los ojos de la mujer reflejaron ira.

—Como desee, milord.

Constantine asintió con la cabeza; sin más preámbulos, se dieron la vuelta hacia la casa. Dos lacayos y una criada descargaban las cosas de la parte trasera del carruaje. Constantine subió las escaleras primero. La puerta de entrada ya estaba abierta. Saludó al lacayo que se encontraba de pie listo para recibirlo.

—Buenas tardes, Thomas. ¿Cómo se encuentra hoy el señor Hawthorne?

El rostro arrugado de Thomas se arrugó lleno de preocupación.

—No es uno de sus mejores días, milord. Ha estado hablando de poner avisos en busca de puestos de tutor toda la mañana.

A Constantine se le hundió el corazón hasta los pies, pero el rostro no se le inmutó.

—Ya veo. Quizás le guste ver a este pequeño.

Una sonrisa cálida iluminó la expresión de Thomas mientras estiraba el cuello para mirar a Augustus.

—Estoy seguro de que sí. No dudo de que le hará bien.

Thomas y el resto del personal habían sido notificados del plan con Augustus la noche anterior, cuando Constantine había tomado la decisión. Y los arreglos se habían hecho esa mañana, antes de que Modesty se despertara. El personal había recibido la tarea de preparar un cuarto para el niño y comprar cualquier mueble o suministro que pudieran necesitar tanto el niño como la nodriza.

El interior de la casa estaba inmaculado y cálido, lo que era un contraste absoluto con el frío del exterior. Las alfombras suaves amortiguaban sus pasos mientras avanzaba hacia la sala de estar. La casa era humilde, pero estaba bien mantenida; era uno de los edificios que su familia había tenido en Londres durante muchas generaciones. Las paredes estaban llenas de estanterías con

volúmenes de historia, literatura y los clásicos. Constantine siempre se había asegurado de que hubiera libros de sobra para el señor Hawthorne, que tenía una gran pasión por el aprendizaje y siempre le levantaba el ánimo.

El señor Hawthorne estaba sentado en un sillón frente a una ventana con una manta de lana envuelta en las rodillas. Los que una vez habían sido unos afilados ojos celestes estaban nublados por la confusión al alzar la vista hacia Constantine.

—Oh, joven —lo saludó el señor Hawthorne con la voz temblorosa—. ¿Ha venido a contratarme como tutor para su hijo?

Constantine tragó el nudo que se le había formado en la garganta. El señor Hawthorne era el único amigo que había tenido de niño. Con su padre resintiéndolo y controlando cada paso que daba y su madre ansiosa de que fuera algo que jamás podría ser, el hijo legítimo de su padre, la soledad que había sentido de niño lo había calado profundo. Excepto cuando tenía clases con su tutor, el señor Hawthorne.

—No —le dijo y tomó asiento frente al hombre mayor—. Este es el pequeño Augustus, mi pupilo. He venido a visitarlo. ¿Cómo se siente?

El señor Hawthorne frunció las cejas grises.

—¿A visitarme? Yo… Disculpe, no puedo recordar quién es, señor…

Nunca lo recordaba, ni lo había recordado en los últimos dos años.

—Está bien —le dijo Constantine con amabilidad—. Somos viejos amigos. Vengo a verlo todas las semanas.

El señor Hawthorne asintió con la cabeza, aunque la incertidumbre le seguía nublando los rasgos. Tenía el rostro

arrugado y pálido, y la luz se le reflejaba en la cabeza pelada. Cuando se concentró en Augustus, se le iluminó el rostro.

—¿No le parece el joven más excepcional? ¡Solo basta con mirar esa luz inquisitiva en su mirada! Mi hermano era igual de niño.

—¿Le molestaría que Augustus se quede un tiempo con usted? —le preguntó—. Tendrá una nodriza y una criada que lo cuidarán.

—¿Si me molesta? Para nada. —Estiró los brazos, y Constantine le entregó al niño—. Te leeré libros, Augustus, y te contaré la historia de Robin Hood, Caperucita Roja y Cenicienta. Debes saciar tu curiosidad, lo veo desde ahora. ¡Nos divertiremos mucho juntos!

Mientras Constantine miraba al anciano mecer al bebé, el pecho se le tensó aún más. El bebé se removió y agitó la cabeza de un lado a otro hasta que se le movió el gorro y reveló una mancha de nacimiento detrás de la oreja. La marca se veía a través de la suave mata de cabello dorado y tenía la forma de la cabeza de un lobo. Constantine contuvo el aliento al verla. La cabeza de un lobo había sido el escudo de armas de los duques de Pryde durante muchas generaciones. Qué adecuado. Augustus llevaba escrita en la piel la indiscutible prueba de su derecho de nacimiento. La providencia misma lo había marcado como el heredero del ducado.

Constantine apartó la mirada de Augustus.

—¿Cómo ha estado, señor Hawthorne?

—Muy bien. —Los ojos del señor Hawthorne destellaron mientras sonreía—. Espero recibir un buen puesto en cualquier momento. Será maravilloso enseñarles a las mentes jóvenes acerca de los misterios del mundo.

A Constantine se le cerró la garganta y se obligó a sonreír. Le rompía el corazón ver al hombre que tanto quería en ese estado.

—Claro que sí.

Conversaron un rato más, y Constantine le preguntó qué había hecho ese día y qué había leído. Hablaron acerca de poesía que se había publicado hacía cuarenta años. Cuando la conversación se fue apagando, la mente de Constantine regresó a su esposa y Augustus. El vientre se le tensó de preocupación. Tan solo había sido el día anterior que se había casado con Modesty y aceptado al bebé en su hogar.

Más tarde ese mismo día, pagaría la suma exorbitante de mil libras en la taberna de Portside. El establecimiento se encontraba cerca del puerto en Whitechapel y también servía como un club de boxeo en el que organizaban peleas ilegales. Luego de pagar, el chantajista tendría que dejarlo en paz.

Si perdía su título y su riqueza, ¿quién cuidaría del señor Hawthorne? ¿Quién proveería por su nueva esposa, el personal de su casa y las familias que dependían de su herencia? Ese hombre, que había sido más un padre para él que el propio duque, acabaría sus días en un asilo de pobres. Y Modesty, que se merecía algo mucho mejor, quedaría arruinada por asociación.

—Me tengo que marchar, señor Hawthorne —dijo Constantine poniéndose de pie—. Regresaré a verlo a usted y a Augustus pronto.

El señor Hawthorne alzó la mirada para verlo, con un destello de reconocimiento en los ojos.

—Por supuesto, Constantine. Regrese cuando quiera. Siempre es un placer hablar con jóvenes tan inteligentes.

Mientras se marchaba de la casa, el peso de sus decisiones se le tornó casi insoportable. ¿De verdad estaba protegiendo a los otros o simplemente estaba disfrazando su autopreservación como un acto noble? A lo mejor las dos opciones eran ciertas. Se subió al carruaje, y toda la resolución se le disolvió. Protegería a sus seres queridos, pero no podía pretender que su propia supervivencia no peligraba.

¿Cómo iba a ver a su esposa a los ojos cuando descubriera que había ocultado al niño del mundo… y de ella?

Modesty se detuvo frente al espejo con marco de oro que había en su recámara y se sintió como una impostora. El vestido de seda celeste pastel se sentía extraño, al igual que encontrarse de pie mientras la señorita Madeleine Graves, su dama de compañía, la peinaba. Tenía que admitir que el tocado era hermoso, pero las horas que había pasado acicalándose las podría haber usado para ayudar a las mujeres en el asilo o para hornear pan para los parroquianos enfermos. El antiguo vestido de muselina parecía un harapo ahora, en contraste con el cabello minuciosamente peinado. Era como hacerle trenzas con lazos de seda a un caballo de tiro.

Las nuevas prendas del guardarropa de la duquesa se encontraban dobladas en los cajones del ropero. Eran prendas de seda y satén tan caras que podrían ayudar al hospicio de mujeres de Grace durante varios meses. Sin embargo, su mundo entero había cambiado, y todo se sentía extraño. La muselina familiar era como una armadura. No soportaba tocar esos vestidos exquisitos, y no quería traicionar a la persona que era a pesar del nuevo título.

La noche anterior apenas había logrado dormir luego de que el duque la besara… La avalancha de sensaciones que le había provocado… La había tomado por sorpresa, y se había sorprendido a sí misma al permitírselo en lugar de detenerlo antes. Pero era muy extraño lo bien que se sintió en los brazos al principio. La calidez y la presión sobre los labios, la lengua acariciándole la suya… Había anhelado apoyarle los senos contra el pecho y había experimentado un cosquilleo en la entrepierna.

Había estado tan perpleja con su propia reacción, que había tenido que detenerlo. Si le hubiera permitido continuar, no sabía qué más podría haber pasado entre ellos… Y ahora, de solo recordar el beso, sentía sensaciones similares en todo el cuerpo. La mente racional la había salvado del cuerpo traidor.

¿Cómo podía dejar entrar en su cama a un hombre al que apenas conocía? Durante toda su vida le habían enseñado a ser diligente, a anteponer al prójimo y a aceptar lo que la vida le arrojara con humildad. Pero algo acerca de Pryde la hacía querer oponerse y demandar más. A lo mejor se debía a Augustus; quizás el hecho de tener a alguien más a quien proteger le había brindado el coraje de defenderse. O quizás siempre había tenido ese fuego en el interior, apisonado por los años llenos de expectativas severas de su padre.

—Ya está, *milady* —le dijo la dama de compañía, dando un paso hacia atrás para evaluar su trabajo—. El moño le queda perfecto.

Modesty miró a la mujer a los ojos a través del espejo.

—Gracias, Madeleine. Aunque debo confesar que no estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo quieta.

Madeleine le sonrió con bondad.

—Ya se acostumbrará, *milady*. Y si me permite el atrevimiento, tiene todo el aspecto de una duquesa.

Ahora que estaba lista para comenzar el día, Modesty salió de la enorme recámara para ir a ver a Augustus. El cuarto del niño era la primera habitación que había visitado luego de que se marcharan los invitados de la boda. Durante las últimas dos semanas que había pasado en la casa de su padre, había desarrollado una rutina con Augustus. Todas las mañanas, luego de desayunar, lo llevaba al jardín y le cantaba mientras caminaban entre los arbustos y los lechos de flores. Le había leído libros de la provincia romana de Britania mientras lo acunaba en sus brazos y lo mecía para dormirlo

a pesar de las protestas de la señora Walcott. Hasta su padre había notado lo mucho que el bebé reconocía su voz y lo rápido que se tranquilizaba en sus brazos.

Cuando se acercó al cuarto de Augustus se detuvo en seco y frunció el ceño… No oyó ningún ruido: ni el llanto, ni el arrullo del niño, ni tampoco la voz de la señora Walcott entonando alguna canción de cuna. El corazón se le aceró. ¿Acaso seguiría dormido? «Por favor, que siga dormido».

Al abrir la puerta, encontró el cuarto vacío. La cuna estaba desocupada, con las mantas dobladas prolijamente a los pies. Sus dos juguetes, tanto el caballo de madera de su infancia como el conejo suave que le había hecho Ophelia, habían desaparecido.

Al principio, pensó que la señora Walcott lo habría llevado a pasear, pero, en ese caso, todas las cosas del niño habrían estado allí. La cama del cuarto no tenía sábanas y no había ningún indicio de prendas. Pero ¿qué diantres? Un estremecimiento gélido le recorrió las venas al comprender la horrible realidad.

—No —susurró—. No, no, no.

Salió corriendo de la habitación sin detenerse a pensar en el decoro de andar corriendo por la casa. Tras abrir casi todas las puertas, por fin encontró al duque en su estudio escribiendo.

—¿Dónde está? —le preguntó—. ¿Dónde está Augustus?

Pryde alzó la vista con una máscara de serenidad.

—Buenos días, duquesa. ¿Ha dormido bien?

—¿Dónde está Augustus? —repitió con las manos apretadas en puños a ambos lados.

El duque bajó la pluma sin prisa. ¡Qué audacia!

—Lo he enviado a otro lado. Es lo mejor, en realidad. Tener a un bebé aquí, cuando estamos recién casados, solo crearía un gran

escándalo. La gente podría asumir que nació fuera del lecho matrimonial.

A Modesty se le cerró el pecho, como si alguien se lo estuviera apretando. Una ola de ira le subió por el pecho y le produjo un cosquilleo por la piel.

—¿Lo envió… a otro lado? ¿Sin consultarlo conmigo?

—Es lo mejor para todos —continuó Pryde con un tono tan calmo que le puso los nervios de punta—. Se criará allí, con todo lo que podría necesitar: nodrizas, juguetes y aire fresco. Cuando sea más grande, podemos reintroducirlo como un pupilo o un primo joven.

—¿Lo mejor para «todos»? —Modesty alzó la voz hasta un chillido que no reconoció—. ¿O lo mejor para usted y su preciada reputación? ¿Cómo se atreve a tomar esa decisión sin mí? Yo soy su tutora y le prometí a Ophelia…

—Ahora es mi esposa —la interrumpió—. Y yo soy la cabeza de la casa. Es mi deber tomar decisiones para el bienestar de nuestra familia y nuestra posición en sociedad.

Modesty sintió lágrimas de frustración que le cosquilleaban en los ojos.

—¿«Nuestra» posición social? ¡Más bien «su» posición social! ¿Acaso eso es lo único que le importa? ¿Qué me dice de lo correcto? ¿De mantener a un bebé inocente con la persona a la que su madre escogió como tutora y protectora de su bienestar?

Algo destelló en sus ojos… ¿Sería duda? ¿Arrepentimiento? Sin importar lo que fuera, desapareció tan rápido como le asomó a la mirada.

—Estará bien cuidado —le aseguró con firmeza—. Y cuando sea el momento indicado, lo traeremos de regreso.

—Cuando sea el momento indicado para usted —escupió Modesty. Acto seguido, se giró sobre los talones lista para salir del

estudio, pero se detuvo—. ¿A dónde lo envió? ¿A qué propiedad?

A Pryde se le tensó el mentón.

—¿Por qué desea saberlo?

—No nos puede separar. Le prometí a su madre en su lecho de muerte que me aseguraría de que se encontrara bien.

—Por supuesto. Y se encuentra bien. ¿Acaso cree que pondría al bebé en peligro?

Modesty se encogió de hombros.

—Solo sé que para usted hay muchas cosas que se anteponen al bienestar de Augustus.

El duque frunció el ceño y, por un instante, vio una expresión de dolor en el rostro. Modesty por poco deseó no haber dicho eso… Por poco.

—Está con su nodriza —le dijo—. La casa está completamente equipada para cubrir todas sus necesidades. No tiene nada de qué preocuparse.

Modesty negó la cabeza.

—¿Cómo puedo despreocuparme cuando me ocultó esto? ¿A dónde lo envió?

El duque le sostuvo la mirada y la observó con frialdad por debajo de las pestañas pobladas.

—Creo que será mejor que esa información permanezca privada de momento. Para evitar… cualquier acto impulsivo.

Modesty soltó un bufido.

—Primero rechazó a Ophelia cuando más lo necesitaba y ahora hace lo mismo con su hijo… ¡Su propia sangre! —Vio que Pryde se retorcía ante sus palabras, pero estaba demasiado enfadada como para detenerse—. ¿Por qué no me deja ir con él?

—Porque usted es mi duquesa, o al menos está en proceso de serlo. Se entrenará conmigo para convertirse en una verdadera

duquesa, y la exhibiré como un preciado diamante por toda la ciudad. Debemos convencer a los miembros de la alta sociedad de nuestra unión por amor, de lo contrario se generarán susurros y especulaciones. Semejante escándalo no solo nos dañaría a nosotros, sino también a Augustus. La sociedad debe vernos como el duque y la duquesa perfectos, por encima de cualquier reproche.

Modesty se volvió y se marchó de la habitación comenzando a formular planes en la mente. Iba a interrogar a todos los criados de la casa, desde el mayordomo hasta el mozo de cuadra. Alguien debía saber algo. Y si eso no funcionaba, escribiría a todos los agentes inmobiliarios de Inglaterra y revisaría todos los registros de cada propiedad de Pryde.

Al llegar a la cocina, acorraló al ama de llaves.

—Señora Higgs, ¿sabe a dónde han llevado a Augustus? Necesito saber que se encuentra a salvo.

El rostro bondadoso de la señora Higgs se arrugó en señal de simpatía, pero negó con la cabeza.

—Lo siento, *milady*. No se lo puedo decir, por más que así lo desee.

Modesty corrió hacia el mayordomo, Simons, y le preguntó lo mismo, pero recibió la misma respuesta. Las criadas, su propia dama de compañía, los lacayos…, todos le dijeron lo mismo.

Al final, se retiró a su habitación, pero no se sintió derrotada. Necesitaba pensar. Las lágrimas le recorrieron las mejillas mientras extraía una hoja de papel y una pluma. Comenzaría a escribir las cartas para los agentes inmobiliarios y haría una lista de todas las propiedades de Pryde que pudiera descubrir y cada contacto que pudiera utilizar. Quizás Pryde tenía el poder y la riqueza de su lado, pero ella tenía la verdad y la justicia del suyo.

Cuando se quedó sin lágrimas, se llenó de determinación. Sin importar lo que tuviera que hacer, encontraría a Augustus y huiría con él si debía hacerlo. Mantendría la promesa que le había hecho a Ophelia por más alto que fuera el costo.

Sin embargo, no tenía que enfrentarse a eso sola. Necesitaba a sus amigos, las únicas personas que la entenderían. Las únicas en las que podía confiar para que la ayudaran a encontrar al bebé. Secándose las lágrimas, se marchó de la habitación y llamó al mayordomo para pedir un carruaje.

9

MODESTY ENTRÓ por las grandes puertas del asilo para mujeres retorciéndose la tela del vestido con las manos frías. Los sonidos familiares resonaban por las paredes del gran edificio de ladrillo y brindaban un contraste absoluto contra el silencio cómodo de la casa de Pryde, que era un sitio impresionante, pero solitario.

Como el mayordomo se había negado a llamar un carruaje para que la llevara a Whitechapel, se había visto obligada a contratar un coche de alquiler que había pagado con el dinero que le otorgaba el duque para sus gastos. Su marido no sería el fin de su libertad.

Vio a Grace sentada con un grupo de mujeres en una de las mesas alargadas de la sala común, leyendo en voz alta mientras las mujeres tomaban notas. Debía estar dando una clase de cálculo o escritura. Esa era una de sus ideas para ayudar a las mujeres a obtener más habilidades que pudieran monetizar y las ayudaran a encontrar trabajos de criadas o amas de llaves, aunque fuera en un hogar más humilde.

George cortaba pan en la zona de la cocina mientras dos mujeres pelaban patatas en una de las mesadas de la cocina. El rostro se le iluminó al verla y se excusó para acercarse a saludarla. Grace le sonrió, pero no podía abandonar la lección aún.

—Señorita Fairchild —la saludó George.

Al mirarlo, Modesty notó que el cabello oscuro de su amigo necesitaba un corte, que la camisa que una vez había sido blanca había visto mejores días y que el chaleco estaba cubierto de migas de pan y harina. Era un contraste absoluto con el duque que se vestía y peinaba a la perfección. Deseaba poder quitarse a su marido de la cabeza, pero se le había incrustado en los pensamientos como un molusco en una piedra.

—Le ruego que me disculpe —dijo con el ceño fruncido—. Quise decir, *milady*. ¿Qué la trae por aquí? —Los ojos se le agrandaron al reparar en la angustia de Modesty—. ¿Qué sucede?

—No… No sé por qué vine aquí. Es solo que… no tengo a nadie en esa casa. Este es el único sitio donde siento que tengo amigos.

George la condujo hacia una zona que servía de sala de estar con tres sofás viejos y varias sillas andrajosas. La guio hacia uno de los sofás y se sentó al lado de ella, aunque no demasiado cerca por el bien del decoro.

—¿Qué le ha hecho? —le preguntó con cautela.

Grace apareció y se sentó en el sofá al otro lado de ella.

—Modesty, querida, ¿qué sucede? —le preguntó sosteniéndole la mano.

Modesty apreció la calidez y la preocupación de sus amigos. Su propio esposo tenía muy poca consideración hacia ella… o hacia cualquiera excepto él mismo. Debía de ser agradable vivir de ese modo, dentro de la seguridad y la protección del egoísmo. Debía de sentirse de lo más orgulloso. Mientras tanto, ella se retorcía de preocupación por Augustus.

Las palabras se le escaparon y le produjeron un torrente de dolor e ira.

—Ha enviado a Augustus lejos. Sin siquiera decírmelo. Y se niega a decirme a dónde. No… No sé qué hacer.

Siempre le había encantado esa sala de estar, rodeada de estanterías alineadas contra las paredes. Había un ventanal que permitía el ingreso de luz natural para leer cualquiera de los libros de botánica, ciencias naturales, astronomía y mecánica que había en el lugar, por no mencionar las novelas y los libros de poesía. En el aire pendía el aroma a libro viejo, y Modesty se hundió en el sofá.

Ophelia había fallecido hacía tan solo dos semanas. Dos semanas desde que su vida había cambiado por completo. Y el día anterior había vuelto a cambiar todo, luego del casamiento con el duque. Ya ni siquiera sabía quién era: aunque sabía muy bien quién debía ser. Quien quería que fuera su marido: una duquesa. Una mujer dispuesta a darle un heredero a su marido. Una elegante anfitriona de bailes y veladas grandiosas y una excelente conversadora.

Probablemente, debería ser un poco más similar a él: una persona segura, que conocía su valor, su posición y su estatus. Una mujer orgullosa de sí misma y de su legado. Dios sabía que deseaba poder ser de ese modo, que deseaba poder anteponer sus necesidades y deseos a los de los demás por una vez en la vida. Y sentía que tenía el derecho de hacerlo. No le cabían dudas de que así era como vivía el duque.

Ahora que le habían arrancado al pobre Augustus de su lado, sentía su ausencia como si le hubieran amputado alguna extremidad. Estaba muy acostumbrada a acunar el cuerpecito del niño, a pasar noches de sueño interrumpido, a lavar y cambiarle los pañales y a preocuparse si de pronto lo sentía más liviano.

—Oh, Modesty —murmuró Grace apretándole la mano—. Lo siento mucho. ¡Qué horror!

La expresión de George se oscureció.

—Eso es inadmisible. Señorita Fairchild… *Milady*… Modesty, si me permite el atrevimiento.

Modesty asintió con la cabeza. De cualquier modo, no le interesaban los títulos. Se habían conocido desde la infancia, y la había llamado por su nombre de pila cuando eran niños.

—¡Nunca debería haberse casado con él! —exclamó con los ojos echando chispas—. Siempre supe que sería un error.

Grace lo miró con severidad.

—Eso no es asunto tuyo, George. Modesty puede tomar sus propias decisiones. Hizo lo que era mejor para Augustus. ¿No habrías hecho lo mismo en su lugar?

—Eso no cambia nada —murmuró Modesty—. Creí que sería mejor que Augustus se criara con su padre. Por eso me casé con él. Sin embargo, su padre no quiere tener nada que ver con él, así que ¿qué haré ahora? ¿Me ayudan a encontrar a Augustus?

—Claro que sí… —comenzó Grace, pero George se acercó más a Modesty en el sofá.

—Ya sé lo que puede hacer —le dijo—. Me he enterado de una expedición que parte hacia Egipto en unas semanas, para explorar las runas antiguas cerca de Tebas. Voy a aplicar a una posición en el equipo de expedición y, si quiere, pondré su nombre también. No tengo dudas de que podrían beneficiarse inmensamente con alguien que posea sus conocimientos de antigüedades.

Durante un momento, a Modesty se le aceleró el corazón y se sentó erguida. ¡Egipto! La tierra de los faraones y las pirámides, la tierra de las tumbas escondidas y los misterios antiguos. Casi podía sentir el sol del desierto en el rostro y saborear el entusiasmo del descubrimiento. Podría verse libre de las restricciones de la sociedad, ir tras su pasión sin prejuicios… Escapar del duque frío…

Se imaginó una vida diferente. George era amable, bondadoso y compartía los mismos intereses que ella. Si le hubiera propuesto matrimonio… Pero aún mientras sopesaba esa posibilidad, la mente traidora recordó la presencia dominante de Constantine, el modo en que la voz profunda le producía un cosquilleo en la piel y cómo su simple cercanía en una habitación la dejaba sin aliento. Las sonrisas amistosas de George jamás le habían acelerado el pulso como las miradas intensas de su nuevo esposo. George jamás le había hecho cuestionarse cómo sería encontrarse en sus brazos o ser besada como el duque la había besado la noche anterior…

Y esa epifanía le hizo sentir enfado hacia ella misma. ¿Cómo podía sentirse atraída hacia un hombre que claramente la trataba con desdén y hacía a un lado a un bebé sin pensárselo dos veces?

El rostro de Augustus se le vino a la mente. Pudo ver las manitas y la boca sin dientes del bebé que lloraba pidiendo por ella. No. No podía abandonarlo, no cuando ya había perdido tanto.

—No… No puedo —repuso con la voz apenas un susurro—. Se lo prometí a Ophelia. No puedo dejar a Augustus.

George asintió con la cabeza con una mirada llena de comprensión.

—Claro. No debería haberlo sugerido. Huir no resolverá nada.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Grace con bondad como leyéndole el pensamiento.

Modesty encuadró los hombros sintiendo una nueva resolución en el interior.

—Si el duque no me devuelve a Augustus pronto, lo encontraré. No me pueden separar del pequeño.

Sin embargo, no confiaba en que el duque alguna vez llevara al niño de regreso. Había algo en los ojos de Constantine cada vez que alguien mencionaba a Augustus. No se trataba de una indiferencia

fría, sino de un verdadero temor. ¿Qué secretos ocultaría su marido? ¿Qué podría hacer que un duque poderoso se sintiera tan aterrado de un niño?

—Y luego —continuó enderezando la columna vertebral—, me llevaré al niño lo más lejos posible de Pryde.

—Qué misión más admirable, duquesa.

Al oír la voz profunda se le congeló la sangre. Dio vuelta la cabeza y vio que Constantine se encontraba de pie en el umbral, con la silueta alta llenando la entrada, la expresión ilegible y la mirada oscura fija en ella.

10

Constantine miró a su esposa desde el pasillo del asilo para mujeres. Había oído la conversación acerca de Egipto y de escapar gracias a la excelente acústica del edificio. El mentón se le tensó al mirar al señor Lockhart acercarse más a Modesty y lo fulminó con la mirada. El señor Lockhart le había ofrecido una salida: todo lo que Constantine le había negado.

Oh, reconocía a un rival cuando lo veía. Sin importar lo que Modesty pensara del hombre, era evidente que él quería ser mucho más que su amigo.

—Milord… —murmuró su esposa incorporándose de un salto.

Vio su mirada calculadora y supo que estaba intentando dilucidar cuánto había oído y qué iba a hacer. Despacio, se acercó a ella.

—Duquesa —le devolvió el saludo—. Debo decir que me sorprendió que Simons me informara que deseaba un carruaje que la trajera a Whitechapel cuando específicamente le prohibí venir aquí.

—Con todo respeto, lord Pryde —intervino el señor Lockhart al tiempo que se ponía de pie y se detenía entre él y Modesty—. La duquesa es una mujer adulta y no debería requerir de su permiso para moverse por la ciudad.

Constantine lo miró con soberbia.

—Con todo respeto, señor Lockhart, mi matrimonio no es asunto suyo. Hágase a un lado, por favor.

Como George lo fulminó con una mirada llena de furia inútil y no se movió, Constantine apretó los puños en el guante. Un momento más y se vería obligado a moverlo él mismo. Que Dios lo ayudara, porque no se sorprendería que lo desafiara a duelo por faltarle el respeto a un caballero. Pensando con frialdad, suponía que la muerte no sería el peor resultado en esa situación. Pero no moriría ese día. Antes de verse obligado a apartar al señor Lockhart de su camino como si fuera una estantería, su esposa recobró el juicio y se alejó de su protector.

—Por todos los cielos —masculló—. El señor Lockhart tiene razón, y no me hubiera visto forzada a venir aquí en busca de sus consejos si no hubiera enviado a Augustus lejos. —Se volvió hacia la señorita Lockhart y su hermano—. Gracias por escucharme y por ser mis amigos. —Abrió la bolsa y extrajo una generosa suma de dinero que la señora Higgs le había entregado esa mañana para dársela a la señorita Lockhart en la mano—. Por favor, usa este dinero para el asilo. Es mi mesada de duquesa, pero tendrá mucho mejor uso aquí que gastada en vestidos y joyas. Disculpen. Como ven, el duque se opone a que venga a ayudar al asilo. Sin embargo, puedo seguir ayudando económicamente.

La señorita Lockhart apretó el dinero y asintió con la cabeza.

—Ya lo sé, querida. Estaremos aquí si nos necesitas. —Le arrojó una mirada de reojo a Constantine—. A pesar de las circunstancias.

A Constantine se le tensó el corazón. Se sentía como un villano. Modesty era puro corazón y, sin dudas, no había suma alguna de dinero que fuera a reemplazar una palabra bondadosa y oído amigo.

—Mi carruaje está afue… —comenzó, pero su esposa lo empujó y le arrojó una mirada venenosa antes de apresurarse a salir. A su paso, quedó flotando en el aire el aroma a flores silvestres que le aceleró el pulso.

Constantine se aclaró la garganta. Nadie se comportaba de ese modo con él, y mucho menos una mujer. Ahora una simple muchacha del campo no solo rechazaba sus avances, sino que también lo ignoraba por completo. Era su esposa, la mujer a la que tenía todo el derecho de llevar a la cama y la que solo debería querer cumplir con sus deseos. Asintió con cortesía hacia la señorita Lockhart y su hermano y, con calma, siguió a su esposa. Su orgullo no le permitiría perseguirla como un salvaje.

Al avanzar hacia la entrada, notó lo que no había visto antes: el lamentable estado del asilo, las mujeres que luchaban por trabajar y lo frío que estaba a pesar de que apenas estaban en octubre. Aunque el dinero que Modesty les había dado ayudaría mucho, no alcanzaría. Decidió que se aseguraría de enviar más dinero.

Salió del edificio al aire acre de Whitechapel y la vio cruzando la calle de barro a unos pasos de distancia, a pesar de que su carruaje se encontraba allí. Que mujer más obstinada, pensó mientras apretaba los dientes.

Mientras avanzaba a zancadas tras su esposa, se desató una pelea en una tienda de ginebra cercana, y un hombre con aspecto rudo se topó con ella y la hizo tambalear. Antes de que Modesty lograra recobrar el balance, Constantine oyó el estrépito del caballo a tiro de un fabricante de cerveza y se le detuvo el corazón. El imponente caballo retrocedió, asustado por un grito repentino que provino de la tienda de ginebra. Las ruedas de la carreta se deslizaron sobre el barro mientras el conductor intentaba retener el control.

Constantine no lo dudó. Se lanzó hacia delante, tomó a Modesty por la cintura y se la apretó contra el pecho. Las ruedas del vehículo salpicaron barro sobre el sitio en el que se había encontrado hacía tan solo unos segundos. Modesty se estremeció en sus brazos respirando entre jadeos.

—Podrías haber muerto —le gruñó Constantine contra el oído con el corazón latiéndole desbocado. De solo pensar en perderla, la apretó con más fuerza.

Su esposa astuta, desafiante y de lo más fascinante.

—Estoy… estoy bien —le dijo, pero no se apartó.

La calidez de su cuerpo contra el de él, la manera en que le cabía perfectamente en los brazos, le resultaba una distracción peligrosa. Tenía que concentrarse.

—Vamos a mi carruaje. De inmediato.

El lacayo había abierto la puerta del carruaje, y Constantine condujo a Modesty hacia allí. Cuando se encontraron sentados en el interior, los caballos emprendieron la marcha. El interior del carruaje de pronto se sintió demasiado pequeño para las emociones en conflicto que se desataban en su interior. El aroma embriagante de su esposa llenó el espacio entre ellos. A pesar de estar llena de manchas de barro y furiosa, lo dejaba sin aliento.

—Has faltado a la lección de hoy —le dijo.

—Estaba bastante ocupada buscando a mi hijo.

—Augustus no es tu hijo. Y, por ahora, debe permanecer donde está.

—¿Por qué? ¿Porque amenaza tu posición social? —lo desafió olvidándose de las formalidades.

Él se inclinó hacia delante luchando contra el impulso de volver a tomarla en sus brazos. El recuerdo de su cuerpo apretado contra su pecho hacía tan solo unos instantes no lo dejaba en paz.

—Porque no me puedo arriesgar… —Se detuvo. Por todos los cielos, casi había revelado demasiado. Ella parecía ver a través de sus murallas construidas con gran cautela—. Porque, en este momento, la discreción resulta vital.

—Quieres decir que tu reputación es vital.

—Sí. —La confesión le supo amarga. Le estudió el rostro preguntándose si podría entender cómo su posición en la sociedad y su habilidad de proteger a quienes dependían de él, pendían de un hilo cuando se trataba de la aprobación de la sociedad.

—Demando verlo.

La determinación serena le retorció algo en el pecho. Se veía joven y feroz en su lealtad. Unos mechones rojizos le enmarcaban el rostro hermoso, los ojos verdes echaban chispas en la luz tenue del carruaje. Tenía las mejillas sonrosadas, sin dudas a raíz de la adrenalina del accidente que casi acababa de tener. O, quizás, de la furia que sentía hacia él. No se parecía en nada a las mujeres frías y calculadoras de la alta sociedad a las que tan acostumbrado estaba.

Recordó cómo habían sabido sus labios dulces. Por todos los cielos, quería volver a besarla. Quería inhalarla y beber de ella. Quería hacer a un lado el honor y el buen comportamiento y los años de enseñanza y ser un animal con ella.

—Tres semanas —le dijo casi sin darse cuenta—. Dame tres semanas para arreglar todo como es debido. *Lady* Virtoux está organizando una subasta de antigüedades la semana que viene. Acude a todas las lecciones, aprende a ser una verdadera duquesa y te llevaré. Te compraré lo que quieras, sin importar el precio.

Sabía que estaba tentada, lo vio en la forma en que se le aceleró la respiración y las manos se le retorcieron dentro de los guantes.

—¿Crees que las baratijas pueden reemplazar a Augustus?

—No, pero te estoy ofreciendo las dos cosas. Iremos a la subasta y, en tres semanas, Augustus regresará… si te comprometes a convertirte en la duquesa que este título requiere que seas.

Luego tendría tres semanas para resolver el problema con el príncipe regente, encontrar la carta y crear una historia verosímil acerca de la identidad de Augustus y por qué había adoptado al niño.

Modesty lo estudió unos instantes, y temió que se negara. ¿Qué haría entonces? No soportaba volver a ver esa mirada perdida y traicionada en ella. ¿Por qué le importaba tanto que tuviera una buena opinión de él?

—No puedo acceder a esto. Me has quitado al único motivo por el que accedí a casarme contigo. Augustus me necesita.

Las palabras le dolieron más de lo debido. Constantine intentó mantener la voz calma.

—Tiene a la nodriza y a una criada. Está a salvo.

—Quiero reportes diarios de su estado de salud y su bienestar —declaró—. Dos semanas como mucho. Y si no cumples con esta promesa —le sostuvo la mirada—, lo encontraré yo misma, por más que tenga que revisar cada propiedad de Inglaterra.

Constantine le creyó. De solo pensar en que viajara sola y se encontrara vulnerable, se le congeló la sangre.

—De acuerdo. Pero debes concentrarte en las lecciones. La sociedad nos estará observando muy de cerca.

Su esposa alzó el mentón.

—Aprenderé a ser tu duquesa perfecta. Pero entiende una cosa: lo hago por Augustus, no por ti.

El modo en que se preocupaba por el niño le oprimió algo en el pecho. Ojalá la existencia de Augustus no amenazara todo para él.

—Y quiero bautizarlo —añadió—. Papá y yo lo hemos bautizado en cuando nació, pero ahora te tiene a ti. Sé que es inusual, pero no hay ninguna regla en contra de volver a presentarlo. Debería ser bautizado como es debido, en tu casa. Y en la iglesia de Todos los Santos. Y mi padre debería hacerlo. Quiero que seas el padrino, y yo seré la madrina.

—No quiero llamar la atención —le recordó apretando los dientes.

—Será una ceremonia pequeña. Solo vendrán nuestros amigos más cercanos.

—Que así sea entonces. —Le ofreció la mano—. ¿Tenemos un acuerdo?

Ella apoyó su mano pequeña sobre la suya. El roce le produjo una ola de calor en el brazo.

—Dos semanas —repitió—. Ni un día más.

¿Bastarían dos semanas? Antes de acudir al asilo de mujeres, se había detenido en Portside para dejar el dinero en el sitio que habían especificado en la carta. El chantajista debería de estar satisfecho. Pero la carta que podría arruinarlo seguía perdida. Los investigadores de Fortyne estaban trabajando arduamente para encontrarla, pero todos sus esfuerzos iban a tener que aumentar. De ser necesario, tendría que contratar a sus propios investigadores.

Debería haberle soltado la mano, pero en lugar de hacerlo, se la acercó más. Se miraron a los ojos y no pudo despegarle la mirada de encima. La piel le cosquilleó de placer al hundirse en las profundidades de sus ojos y ver su alma. En ese momento supo que había tomado la decisión correcta.

—Deberíamos sellar el acuerdo como se debe —murmuró viendo cómo se le dilataban las pupilas. El embriagante aroma a flores silvestres y su calidez ponían a prueba los límites de su autocontrol.

—Todavía te detesto —le susurró, pero le cerró la mano en la solapa del abrigo.

—Ya lo sé.

Le envolvió los brazos por la cintura y se la acercó más. Luego, sin quitarle los ojos de encima, se acercó a sus labios. Le acarició la boca con la suya con cuidado al principio, como probándola. Como no se apartó, profundizó el beso y se regocijó con el suave jadeo que le arrancó.

Modesty le devolvió el beso, y sus labios se unieron como una colisión. Constantine creyó que había muerto de la sensación embriagante. El gemido que se le escapó a su esposa lo hizo endurecer. Mientras le acariciaba los labios con la lengua, Modesty entreabrió la boca, y se hundió en ella. En respuesta, ella arqueó el torso y se acercó más a él, que la levantó para acomodársela sobre las rodillas. Cuando le pasó las manos por el cuello, Constantine le recorrió la espalda con los brazos y la apretó contra su cuerpo.

Apartó los labios de los de ella y le recorrió el mentón y la delicada curva del cuello. Modesty contuvo el aliento al tiempo que un estremecimiento la recorría entera. Oh, lo estaba disfrutando. Quería darle más. Quizás Eccess tenía razón, y la tímida hija del párroco sí fuera un fuego en la cama…

Bajó la boca aún más y le apoyó los labios contra el cuello para sentirle el pulso acelerado. Los dos respiraban entre jadeos, y estaba listo para arrancarle toda la ropa, pero tomó consciencia de que se habían detenido y los pasos del conductor se acercaban a la puerta.

A regañadientes, se apartó de ella. Los ojos de Modesty echaban chispas mientras lo miraba, y tenía los suculentos labios algo hinchado de los besos. Los besos de él, no los del señor George Lockhart ni los de ningún otro caballero. Era suya, solo suya, y

quería mostrarle todo el placer que podía darle. Quería probarle que no era el monstruo que ella creía.

—Hemos llegado, milord —dijo el conductor con un tono de duda desde el exterior. A lo mejor había visto por la ventanilla que estaban ocupados… qué hombre más listo. Debería darle un aumento.

—Esto no se ha terminado —le dijo a su esposa con una sonrisa que no logró contener—. Solo acaba de comenzar.

11

—Nos has llamado, y aquí estamos —dijo Eccess al tiempo que los seis duques entraban en el estudio de Constantine tres días más tarde.

Sentado al enorme escritorio de caoba, Constantine alzó la mirada sosteniendo la carta con fuerza. Sin importar cuánta certeza tuviera de que era capaz de resolver cualquier problema por sus propios medios, ver la pronta llegada de sus amigos le quitó cierto peso de los hombros. Se incorporó de la silla al tiempo que Rath, Luhst, Eccess, Enveigh, Irevrence y Fortyne ingresaban en la habitación. La luz del otoño se colaba por el ventanal enmarcado con pesadas cortinas de color índigo que caracterizaban a la casa de Pryde. La habitación olía a madera pulida y libros.

Dorian tomó asiento en el futón que había entre las dos bibliotecas que llegaban hasta el cielorraso llenas de tomos de cuero. Por encima de él, el retrato al óleo de uno de los anteriores duques de Pryde lo fulminaba con unos ojos llenos de prejuicio. Dorian apoyó la mirada en la carta que sostenía Constantine.

—¿Qué sucede?

Constantine comenzó a recorrer la sala de un extremo al otro, y la gruesa alfombra con un patrón floral en tonos azules le amortiguó

los pasos.

—No hace ni tres días que pagué la suma requerida —espetó—. Sin embargo… —Alzó la mano con la carta—. Me llegó esto esta mañana.

Enveigh le tomó la carta de las manos.

—A ver… —Comenzó a leer en voz alta:

Londres, 5 de octubre de 1814

Estimado milord, duque de Pryde:

Espero que mi carta lo encuentre bien, aunque tengo la sospecha de que pudiera llegar a interrumpir su reciente dicha matrimonial. Ha dado los primeros pasos para proteger su posición, pero me temo que sus problemas no se han acabado.

La suma de £1.000 era simplemente una prueba a su deseo de proteger su secreto. Ahora, necesito que entregue £2.000 en billetes y las deje en el viejo cofre marinero del trapero lleno de harapos desechados en el mercado de Whitechapel antes del mediodía de mañana. Esta suma no representa más que una fracción de lo que podría llegar a perder.

¿Cuánto vale en realidad su orgullo?

Sigo siendo su más humilde y obediente servidor.

Anónimo.

Fortyne se apoyó contra el hogar y clavó la mirada pensativa en el líquido ambarino que se había servido en un vaso de cristal.

—Dos mil libras… Es solo un décimo de tu ingreso anual, pero aun así es una suma exorbitante para cualquiera.

De hecho, como párroco rural de una pequeña parroquia, el ingreso del señor Fairchild apenas llegaba a las cincuenta libras anuales. Al párroco le llevaría una vida entera llegar a recaudar dos mil libras con trabajo honesto. A Constantine se le tensó el mentón.

—No estoy seguro de que este Anónimo se detenga si le pago.

Dorian se puso de pie y avanzó hasta Eccess para estudiar la carta.

—Quiere arruinarte.

Eccess bajó la mano contra la mesa, y los tinteros resonaron con gran estrépito.

—Nos quiere arruinar a todos. Lucien fue el primero. Y ahora tú. ¿Quién seguirá?

—Todos tenemos secretos —dijo Fortyne con cautela.

—Permítanme ser la voz de la razón una vez más —intervino Irevrence al tiempo que se desplomaba sobre el futón que Dorian había abandonado y se desparramaba como un emperador romano en un banquete—. Aunque he notado que nadie jamás me lo agradece. No hay evidencia alguna que demuestre que Anónimo sabe nuestros secretos. No podemos limitarnos a asumir eso.

—¿Y entonces sugieres que no hagamos nada? —le preguntó Constantine.

Enveigh soltó un bufido.

—Por supuesto que va a sugerir que no hagamos nada. Prefiere ocultarse del mundo, de la vida, y negarlo todo, no vaya a ser que descubra alguna emoción y termine lastimado en el proceso.

Los ojos celestes de Irevrence reflejaron un destello de ira, pero luego se volvió, y vació el contenido del vaso con total indiferencia.

—Al menos no creo que lo que me tocó en la vida no basta y que mis pares tienen todo mejor. Y no estoy sugiriendo inactividad. Solo sugiero que consideremos el asunto con cautela en lugar de saltar a conclusiones que podrían poner en peligro a todos los miembros del grupo.

Lucien arqueó la cabeza.

—Sin importar si nos están amenazando a todos o no, es evidente que tenemos que encontrar a esta persona. Yo soy prueba de que limitarse a no hacer nada es una tontería, aunque esté agradecido de tener a mi hija en mi vida.

—Pensemos un plan. —Fortyne se acercó a al escritorio y tomó asiento. Humedeció una pluma en un tintero y la sujetó encima de un trozo de papel—. Mis investigadores no descubrieron nada acerca del chantajista de Lucien. Sea quien sea, ha sido demasiado astuto y experto porque no dejó ninguna pista que seguir. Es posible que ni tú ni Luhst sean las primeras víctimas del extorsionador, que haya otros miembros de la sociedad que ya le hayan pagado miles de libras para mantener sus secretos a salvo.

Dorian se humedeció los labios.

—Hablaremos con el vendedor de ropa y vigilaremos su puesto, aunque dudo que eso nos lleve a algún sitio. Sería muy obvio que el comerciante resultara ser el extorsionador. Pero quizás descubramos algo nuevo.

Constantine exhaló despacio.

—Quiero hacerlo solo.

Enveigh frunció el ceño.

—¿No me dijiste que le prohibiste a tu esposa ir a Whitechapel? ¿Y ahora vas a ir tú?

La mención de su esposa le produjo un cosquilleo cálido en el cuerpo. Anhelaba volver a sujetarla, besarla y, por fin, llevarla a la

cama. A pesar de que Modesty iba a ver a sus amigos en Whitechapel, no podía encontrar ningún defecto en ella.

Durante los últimos tres días, había hecho lo que le había prometido: había visitado a la modista, pasado tiempo con la señora Higgs para aprender a administrar el hogar y había cenado con él para aprender el arte de la conversación. Modesty absorbía todo sin quejarse de nada. Pero la luz que una vez le había visto en los ojos se había atenuado, y Constantine intentaba alegrarla sin mucho éxito. Se había asegurado de que recibiera reportes diarios del estado de salud de Augustus, que escribía Thomas, el lacayo que había cuidado del señor Hawthorne durante muchos años. El hombre no traicionaría a Constantine revelando la dirección ni añadiendo ningún indicio de dónde los podían encontrar.

Lo peor de todo era que se había encontrado pensando en ella y preguntándose qué estaría haciendo. La noche anterior había clavado la mirada en la puerta que separaba las recámaras hasta que el autocontrol se le había vuelto a quebrar y acabó llamando a la puerta. Al no oír ninguna respuesta, había abierto la puerta para ver a la duquesa dormida bajo la luz de la luna. Había anhelado acurrucarse alrededor de su silueta, pero en lugar de ello regresó a su recámara sintiéndose más solo que nunca.

—Un hombre es muy diferente a una mujer —les dijo a todos los duques—. Yo mismo solía frecuentar Elysium en Whitechapel, como ustedes lo siguen haciendo. Pero considerando el matrimonio apresurado y el chantaje, mi duquesa no debe llamar la atención ni despertar ninguna duda de nada.

—Muy bien. Interroguemos al vendedor —dijo Fortyne al tiempo que tomaba notas—. ¿Qué más?

Eccess apoyó la mirada nublada en Constantine.

—¿Cómo puede ser que el extorsionista haya encontrado la carta incriminadora de tu madre? ¿Es posible que alguno de los criados supiera algo?

—Bien pensado —le dijo Constantine—. Mi padre siempre se aseguró de estar al tanto de la ubicación de la madre de Ophelia y luego de Ophelia, así que tengo su vieja dirección. Si podemos dar con los criados, quizás encontremos al chantajista o a alguien que sepa algo.

Fortyne continuó escribiendo.

—Muy bien.

Constantine abrió el mapa de Inglaterra sobre el escritorio y colocó el dedo sobre una región cerca de Cambridge.

—Iré a Millbrook en persona. Es una aldea a dieciséis kilómetros al norte de Cambridge.

Fortyne lo escribió.

—Puede que sea disparatado, pero vale la pena investigarlo. ¿No preferirías enviar a alguien?

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—En ese caso, iré conmigo —le dijo Eccess.

Irevrence soltó una carcajada y removió el trago.

—¿Y tus pupilos? ¿No deberías estar buscando otra institutriz para ellos?

Eccess le arrojó una mirada letal.

—Créeme que prefieren que no esté allí. Los cuatro preferimos eso. Y la institutriz… el anuncio está siempre en el periódico. El asunto de contratar institutrices se ha convertido en la tarea más importante de mi ama de llaves.

—De acuerdo, gracias por venir conmigo —le dijo Constantine.

Fortyne alzó la mirada.

—¿Algo más?

Los duques intercambiaron miradas, y Constantine dobló el mapa.

—Es un buen comienzo. Mañana por la tarde, me disfrazaré para observar al chantajista recoger el dinero del puesto del vendedor. Quizás uno de ustedes puede hacer lo mismo. Algunos lacayos me acompañarán para perseguirlo si logramos detectarlo.

—Yo te ayudaré —le dijo Eccess.

Enveigh negó con la cabeza.

—Es muy difícil disfrazarte a ti, Octavius. No hay muchos hombres en Inglaterra con tu altura y contextura.

—Me puedo encorvar —sugirió Eccess.

—Sí, porque un gigante encorvado llama mucho menos la atención que uno con buena postura —prosiguió Enveigh—. Yo iré contigo, Constantine.

Eccess puso los ojos en blanco y bebió.

—Como quieras.

Mientras debatían los detalles de la organización, Constantine experimentó una sensación fría de certeza en el vientre. Ese no sería el fin. El extorsionador había probado la sangre y seguiría yendo a por más hasta que Constantine no tuviera nada más que dar. A menos que lo atrapara antes.

La idea de acechar las peligrosas calles de Whitechapel disfrazado debería ser un insulto a su dignidad ducal, pero, en cambio, le produjo una satisfacción lúgubre. Por primera vez, sería el cazador y no la presa. Y que Dios ayudara a quien se atreviera a amenazar no solo su posición social, sino también cualquier oportunidad de ser feliz con Modesty.

12

—No, *milady*. Una reverencia más profunda para una marquesa. —La duquesa viuda de Grandhampton se encontraba sentada majestuosamente en una silla y golpeó su bastón contra el suelo de parqué. El impacto produjo un ruido afilado que resonó por la espaciosa sala de estar de la casa de Pryde.

La luz otoñal que se colaba por los ventanales y se reflejaba sobre los marcos dorados de los espejos la hacía entrecerrar los ojos mientras intentaba moverse. De repente, el reloj alto en la esquina de la habitación anunció la hora y le recordó que habían estado practicando incontables reverencias durante muchas horas.

El cuello le dolía de las repeticiones sin fin, y los pies le latían de haber pasado tantas horas parada. La bandeja de plata con el té y unas galletas sin tocar había quedado abandonada en una mesa. La habitación decorada con un gusto impecable se sentía como una prisión, a pesar de la increíble amabilidad de la duquesa viuda y su amiga, *lady* Buchanan.

Dos días atrás, los seis duques habían ido a visitar a su marido a las apuradas y con expresiones lúgubres en los rostros, y Modesty había sospechado que se había desatado una nueva guerra. Tras la partida de sus amigos, su marido había estado de muy mal humor.

El día anterior se había ausentado, y Modesty no tenía ni idea de a dónde había ido. Pero ¿por qué la iba a mantener informada acerca de su paradero? Al fin y al cabo, solo era su esposa. Alguien a quien podía prohibirle hacer ciertas cosas y exigirle que hiciera otras. No tenía ni voz ni voto acerca de sus llegadas y partidas.

—Así —le dijo *lady* Buchanan. La tía del duque de Rath ejecutó una reverencia sofisticada y bajó la cabeza—. Lo suficientemente profunda como para mostrar respeto por su título, pero no tan profunda como para rebajar su propia posición como duquesa.

La dama llevaba el cabello plateado sujeto en un moño elegante y era un poco más joven que la duquesa viuda, aunque igual de majestuosa y vestida con la moda del siglo pasado. Sin embargo, no le cabían dudas de que las dos damas habían vuelto populares las faldas con volados y las cinturas entalladas en su juventud.

—De nuevo —le instruyó la duquesa viuda—. Soy *lady* Rutherford, una marquesa.

Modesty inclinó la cabeza intentando medir el ángulo mentalmente.

—No, querida —la interrumpió *lady* Buchanan—. Acabas de tratar a una marquesa como a una duquesa. Los miembros de la sociedad te comerán cruda si cometes ese tipo de error.

—¡Pero he cometido peores errores en la boda! —exclamó Modesty.

—El duque de Pryde solo invitó a sus amigos más cercanos al desayuno de bodas. Jamás te juzgarían ni participarían de chismes. A ver, soy *lady* Kenworth, una baronesa…

—¿De verdad importa? —soltó Modesty—. De seguro no llevan herramientas de medición a los eventos sociales.

La duquesa viuda arqueó las cejas.

—Mi querida muchacha, hemos estado practicando estas distinciones desde que estábamos en cintas de sujeción. Todas las damas de Londres te estarán observando a la espera del más mínimo paso en falso. El matrimonio repentino del duque de Pryde ya está en boca de todos en la sociedad. No te puedes permitir cometer ningún error.

—Vuelve a intentarlo —le pidió *lady* Buchanan—. Recuerda que el movimiento debe fluir desde la parte superior del pecho y no desde el cuello. La columna debe permanecer erguida. Piensa que eres un cisne, elegante y controlado.

—Un cisne que debe medir ángulos precisos con el cuello —masculló Modesty.

Los labios de la duquesa viuda se retorcieron en el eco de una sonrisa.

—Lo estás haciendo bien. Imagina que soy la marquesa de Exeter ingresando en tu sala de estar. Extiende la mano hasta la mitad y… —Modesty volvió a intentarlo—. Mejor, aunque bajaste la mirada. Debes mantener el contacto visual durante todo el movimiento. Eso demuestra confianza en tu rango. Recuerda que ahora eres una duquesa. Solo la familia real se encuentra por encima de ti.

Modesty se sintió un poco alentada, aunque anhelaba tomar el carruaje y regresar a casa en Shepherdsbrook. Mientras continuaba inclinándose para saludar a damas y caballeros imaginarios de diferentes rangos sociales, otro dolor le perforó el corazón. Se imaginó al lado de Constantine en el evento de *lady* Virtoux que se avecinaba… Se había sentido de lo más maravilloso estar en el carruaje con los brazos de su marido envueltos en la cintura. El estómago se le retorció por él y una ola de calor la arrasó entera.

Pero se recordó que había apartado a Augustus de su vida. Le había dicho que lo detestaba y era cierto, ¿no?

—Ahora abordemos el siguiente tema complicado —sugirió la duquesa viuda interrumpiéndole los pensamientos—. La prioridad.

Ella y *lady* Buchanan se pusieron de pie y comenzaron a organizar las tarjetas sobre la mesa.

—Has invitado al embajador francés, el barón de Montigny, el embajador danés, el conde Leopoldus, y al embajador napolitano, el duque de Serracapriola. Entre tus invitados británicos se encuentran el marqués y la marquesa de Somerham, el conde y la condesa de Suffton y, por supuesto, varios miembros del Parlamento.

A Modesty le dio vueltas la cabeza.

—¿El embajador francés entraría primero?

—Me temo que no, querida —dijo *lady* Buchanan—. Si bien los embajadores extranjeros son invitados de honor, están por debajo de sus pares británicos con el mismo rango. El marqués de Somerham y su esposa entrarían primero, como los invitados de más rango presentes. Luego…

—El conde y la condesa —repuso Modesty.

Lady Buchanan le ofreció una sonrisa intensa.

—Excelente. Luego siguen los embajadores, en orden de antigüedad, en la corte de Saint James. El embajador francés es el primero, porque ha estado más tiempo en Londres…

—¿Y dónde los siento? —Modesty clavó la mirada en la mesa.

—Como anfitriona, tú estás en los pies de la mesa —le dijo la duquesa viuda mientras señalaba las tarjetas con el bastón—, y el duque, en la cabeza. La marquesa debe sentarse a la derecha de tu marido, como la dama con más alto rango presente. La esposa del embajador francés, a la izquierda de tu marido…

—¿Y a mi lado? —le preguntó Modesty.

—Coloca al marqués de Somerham a tu derecha —le instruyó la duquesa viuda—. El embajador francés, a tu izquierda. El conde de Suffton al lado de la esposa del embajador francés, y su condesa, al lado del marqués.

—Pero ¿acaso el conde no se ofendería de encontrarse tan alejado de la cabeza de la mesa? —preguntó Modesty.

La mente se le aceleró. ¿De qué hablaría con los embajadores? No veía la hora de hablar acerca de las sagas islandesas con alguien de Escandinavia, pero ¿qué posibilidades habría de que pudiera compartir su pasión por la historia y las civilizaciones antiguas? Como había aprendido el día anterior en las lecciones con las dos damas, los temas de conversación aceptados incluían las últimas operas en el teatro del rey, los conciertos, las exhibiciones reales, el clima y cómo afectaba la caza o las temporadas de paseos a caballo, la moda de la corte, las bodas recientes en la sociedad, los próximos bailes, los últimos retratos de artistas prominentes y las nuevas adiciones a las colecciones de los nobles. Traer a colación los últimos hallazgos arqueológicos o demostrar demasiado entusiasmo por temas históricos podría verse vulgar, poco femenino y nada propio de la duquesa de Pryde.

Sintió el anhelo de volver a abrazar a Augustus, de regresar a su vida aburrida y significativa con su padre. Allí al menos contribuía para mejorar la vida de otras personas, por más que no pudiera ir a expediciones. La aterraban las cenas en las que tendría que discutir temas que no le podían importar menos.

—Se ofendería menos que el embajador danés de estar sentado por debajo de un conde británico —le dijo *lady* Buchanan—. La diplomacia extranjera requiere mucha cautela. Con tal solo sentar mal a un invitado podrías terminar generando un incidente internacional.

—Eso sucedió en una cena a la que acudí —recordó la duquesa viuda—. El embajador sueco se tuvo que sentar por debajo de un vizconde en la cena de *lady* Jersey. La riña diplomática duró varios meses.

—¿Y qué hay del embajador napolitano?

—Oh. —Los ojos de la duquesa viuda destellaron—. Allí yace el verdadero desafío. Al ser el último en llegar a la corte, es el que menos prioridad diplomática tiene. Sin embargo, al ser un duque en su propio país…

—Eso crea un buen dilema —concluyó *lady* Buchanan—. Debes encontrar la manera de honrar su rango y mantener el orden diplomático a la vez.

A Modesty se le aceleró la mente. Debía abordar el dilema como si fuera un estudio antropológico. Debía ver ese mundo como una científica que desea comprenderlo y camuflarse en él, por más que no fuera su entorno natural, se sintiera extraño y desagradable.

—¿Tienen idea de cómo resolver este dilema? —le preguntó Modesty—. No tengo ni idea.

La duquesa viuda asintió y un brillo de satisfacción le destelló en la mirada.

—Siéntalo cerca de la cabeza de la mesa como para reconocer su estatus de duque, pero no lo bastante cerca como para ofender al resto de los embajadores que lo superan desde el punto de vista diplomático. Entre el conde y la esposa del embajador danés debería estar bien.

Alguien llamó a la puerta. Constantine se encontraba de pie en el umbral, y a Modesty se le detuvo el aliento ante el efecto imponente de su silueta alta de hombros anchos. Como siempre, iba impecablemente vestido y la miraba fijo con un significado que no

lograba descifrar en los ojos oscuros. ¿Cuánto tiempo habría estado allí? ¿Y cuándo había regresado?

—¿Cómo van las lecciones? —preguntó.

—La duquesa está mejorando muy rápido —le aseguró *lady* Buchanan.

Modesty sintió que se le encendían las mejillas. Sabía lo que pensaban todos: que no había esperanzas para ella y que jamás lograría dominar esas reglas ridículas.

—Muéstramelo.

—¿Disculpe?

—Haz de cuenta que acabo de entrar con la marquesa de Herfordon. ¿Cómo nos saludarías?

A Modesty se le aceleró el corazón. Hizo una reverencia e inclinó la cabeza hacia él primero, como sabía con certeza que debía hacer, y luego se volvió para ofrecer lo que esperaba fuera una inclinación perfectamente calibrada a una marquesa imaginaria.

—Está mejor —dijo la duquesa viuda—. Aunque aún sigue siendo algo profunda.

—Al menos no la confundí con una duquesa en esta oportunidad —masculló Modesty.

Para su sorpresa, a Constantine se le retorcieron los labios en una sonrisa.

—Sí. Aunque es probable que *lady* Herfordon disculpe su error.

¿La estaba provocando? Los ojos se le arrugaron en las comisuras y le produjeron algo cálido en el vientre.

—Me parece que la duquesa ha tenido suficientes lecciones por un día —añadió la duquesa viuda pasando la mirada de Modesty al duque—. *Lady* Buchanan y yo ya nos marchamos. ¿Quieren que regresemos mañana?

—Por supuesto —repuso Modesty con una sonrisa amable. Disfrutaba mucho la compañía de las dos damas. Y, a pesar de que no disfrutaba el tema, no podía haber encontrado mejores maestras —. Gracias a las dos.

Las damas se despidieron, le corrigieron las reverencias y el orden en que debería haberlas saludado, y se marcharon. Entonces reinó el silencio entre Modesty y el duque, y las mejillas se le sonrosaron mientras su marido la recorría desde la cabeza hasta los pies con la mirada. Se había puesto un vestido nuevo a la moda de color borgoña que, según la modista, le resaltaba los colores del cabello y los ojos. Un encaje intrínseco del mismo color rodeaba el escote mucho más pronunciado de lo que acostumbraba a vestir. La seda se sentía suave y ligera en el cuerpo y resaltaba los detalles de su silueta mucho mejor que los sencillos vestidos de lana y muselina que ella confeccionaba. La prenda la hacía sentir incómodamente visible. Y el escrutinio lento le produjo una gran calidez en todo el cuerpo.

—¿Cuándo has regresado? —le preguntó sintiendo el impulso de desafiarlo y el deseo de ocultarse. Era una contradicción imposible, y él era la única persona que la había hecho sentir de ese modo alguna vez.

—Recién —le respondió. Aún tenía puesto el traje de montar con las botas de húsar que le llegaban hasta las rodillas, los pantalones de montar de color *beige* que se le aferraban a los muslos y un chaleco azul oscuro que le resaltaba los hombros. Tenía unas manchas de barro en las botas, y el fresco aire otoñal lo rodeaba, mezclándose con el aroma a cuero y caballo que lo había seguido hasta la habitación—. Tenía prisa por ver a mi esposa.

Las palabras, pronunciadas con un tono aterciopelado, le produjeron un estremecimiento. Mientras se acercaba a ella,

Modesty se quedó de pie, sin aliento, con la cabeza vacía de cualquier pensamiento. Le ofreció su mano.

—Ven conmigo. Me gustaría continuar con tu formación de duquesa en persona.

Modesty tragó con dificultad con la garganta seca.

—¿Cómo?

—Ya verás.

Se hundió en sus profundos ojos marrones y no logró moverse. Por fin, se las ingenió para colocarle la mano sobre la de él, y el calor que manaba la del duque casi la quemó. Sin interrumpir el contacto visual, su marido le sujetó la mano y se la acomodó en el antebrazo. Luego la condujo por la puerta y el pasillo. Se detuvieron frente a unas puertas ornamentadas que nunca había cruzado.

—Ahora —le dijo abriéndolas para revelar un gran salón—, ¿comenzamos con las lecciones de baile?

La sala de baile la dejó sin aliento. Estaba vacía, a excepción de un trío de músicos que se encontraban sentados al lado del hogar: un violinista, un flautista y un clavecinista. Los tres hombres se incorporaron de un salto y asintieron con la cabeza al tiempo que ella y el duque entraban en la grandiosa habitación pintada de celeste pastel. Unas molduras blancas decoraban los elevados cielorrasos y las paredes de paneles, y unos espejos con marcos cubiertos de oro colgaban entre los paneles. A pesar de que los candelabros de cristal no estaban encendidos, se veían hermosos en la luz del día que se colaba por los ventanales.

—Comenzaremos con un baile de campo —le dijo el duque con los labios cerca del oído—. Será importante para el evento de *lady* Virtoux.

La condujo al centro de la habitación y se pararon enfrentados.

—Comenzaremos con una pieza simple. Observa mis movimientos e intenta copiarlos.

El trío comenzó a tocar una melodía alegre. Constantine hizo una reverencia y, Modesty recordó las lecciones de las dos damas e intentó inclinarse.

—Muy bien —murmuró—. Ahora daremos un paso hacia delante, nos rozaremos las manos y daremos un paso hacia atrás.

Modesty sintió la mano cálida de su marido sobre la suya, aunque solo fue un roce breve que le produjo un estremecimiento en la columna vertebral. Su marido había sido el protagonista de muchos de sus sueños últimamente. En esos sueños, la besaba, la sostenía en sus brazos y le dejaba sentir su cuerpo y su peso como una presión decadente contra el suyo. El roce de las manos por la espalda, de los labios y la lengua acariciándole el cuello desnudo y del pecho firme bajo sus palmas… A menudo se despertaba transpirada y acalorada, con un extraño anhelo que no lograba calmar.

—A continuación, haremos un giro —la instruyó—. Toma mi mano y caminaremos en un círculo.

Modesty le apoyó las manos en las suyas y notó el contraste entre las palmas callosas y su piel suave. Era otra parte de él que la sorprendía. Se preguntaba por qué la mano de un duque sería tan áspera. ¿Se debería a que cabalgaba o practicaba esgrima? Mientras dibujaban un círculo alrededor de cada uno, inhaló el aroma a bergamota y almizcle masculino que tanto lo caracterizaba.

El baile requería que se mezclaran con otras parejas imaginarias, y Constantine la guio con firmeza con una mano apoyada en la parte baja de la espalda. A través del vestido, sintió el calor del roce, que le robó el aliento.

—Ahora haremos la figura de un ocho —le dijo demostrándole los pasos.

Modesty lo siguió concentrándose en sus pies, muy consciente de cada uno de sus movimientos. Cuando sus caminos se juntaron y los acercaron por un momento, el roce del chaleco contra el brazo le produjo un estremecimiento. Allí estaba otra vez: el anhelo en su cuerpo, el dolor en lo profundo de su vientre.

Mientras repetían la secuencia, Modesty comenzó a relajarse con el ritmo. Captó destellos de sus reflejos en los espejos, y su cabello castaño rojizo tenía un color que contrastaba con los rizos oscuros de su marido, así como el vestido borgoña contrastaba con el chaleco de color índigo. La mujer elegante y llena de gracia que veía en el espejo parecía encontrarse en casa en esa habitación majestuosa y en los brazos del atractivo duque. Pero esa mujer no era Modesty en realidad, la joven que solo deseaba excavar la tierra para descubrir reliquias de un pasado distante. Se recordó que sin importar qué disfraz o máscara llevara puestos, no pertenecía a ese mundo.

—Muy bien —le dijo Constantine con un gruñido en la voz más fácil de sentir que de oír—. Aprendes rápido.

A pesar de todas sus reservas, sintió un profundo orgullo en el pecho al oír el elogio. Alzó la mirada para verlo a los ojos y se quedó sin aliento. Sus ojos intensos estaban concentrados únicamente en ella. La habitación pareció desvanecerse, y solo quedaron ellos dos moviéndose en perfecta armonía. Los senos le cosquillearon y los pezones se le endurecieron como dos capullos dolorosos. Se le sonrojó el rostro. Todo eso de tan solo acariciarle la mano y de la mera presencia de su cuerpo.

Mientras giraban y se movían al compás de la música, Modesty se sintió liviana. Toda la ira y frustración que había sentido antes se

derritió y quedó reemplazada por una mezcla de entusiasmo y nervios.

La música se ralentizó y se acercaron para formar la última figura con las manos unidas mientras giraban en un círculo. Mientras las últimas notas se desvanecían, se detuvieron sin soltarse las manos. Durante un instante, ninguno de los dos se movió, y Modesty no se quiso apartar.

—Muy bien, duquesa —le dijo Constantine con suavidad al tiempo que el pulgar le rozaba los nudillos antes de soltarle la mano —. Eres una bocanada de aire fresco. Ayer tuve una cita importante que no salió bien. Tendré que salir de la ciudad por unos días para ir a Cambridge. Pero los recuerdos de este baile contigo me ayudarán a pasar el tiempo más rápido… ¿Volverías a bailar conmigo para crear más recuerdos que calienten mi cama fría y solitaria?

Casi sin aliento, Modesty asintió con la cabeza. Mientras los músicos comenzaban una nueva melodía, supo que el duque era mucho más de lo que había pensado… ¿Sería que ese hombre de piedra tenía un corazón que latía?

13

Modesty clavó la mirada en el libro de contabilidad de la casa de Pryde. Habían transcurrido cinco días llenos de lecciones para convertirse en duquesa sin Constantine, y había asumido su primera tarea revisando los gastos del hogar. Encontró los gastos frecuentes de una casa en Londres de la que jamás había oído ingresados con la caligrafía prolija de su marido. La casa se encontraba en la calle John, en Bloomsbury, e incluía los salarios de un lacayo y una ama de llaves, así como también entregas semanales de comida y vino.

El estómago le dio un vuelco. Esa no era una propiedad de negocios ni tampoco una inversión. Era una casa que mantenía para la comodidad de alguien, alguien que requería su privacidad.

Se volvió hacia la señora Higgs, que se encontraba de pie detrás de ella y le enseñaba.

—Señora Higgs —comenzó intentando mantener la voz tranquila —, ¿reconoce esta dirección?

La luz que se colaba en la biblioteca ese día era tenue gracias a la lluvia en el exterior, pero Modesty llegó a ver la expresión de incomodidad que cruzó el rostro del ama de llaves.

—No, *milady*. El duque no está obligado a explicarle al ama de llaves el objetivo de sus gastos.

Por supuesto que el irreprochable duque de Pryde se aseguraría de que esos acuerdos se manejaran con discreción absoluta. La garganta le ardió. Le había dicho que iría a Cambridge, pero podría haberle mentido. ¿Acaso habría pasado los últimos cinco días allí? ¿En los brazos de una mujer que no lo desafiaba, ni rechazaba sus avances, ni cuestionaba sus decisiones?

No debería importarle. Al final de cuentas, le había dicho que lo detestaba. Por su parte, él le había demostrado su verdadera naturaleza al enviar a Augustus lejos y también al abandonar a Ophelia en un momento de necesidad. Se debería haber esperado eso. Sin embargo, el libro de contabilidad se le nubló, y, asombrada, se dio cuenta de lo mucho que sí le importaba. Mucho más de lo que debería. Mientras él pasaba las noches en la cama de otra mujer, ella anhelaba su compañía, soñaba con sus manos, su boca y su cuerpo y recordaba cómo habían bailado antes de revivir los besos que habían compartido.

Durante el día, estaba distraída con la duquesa viuda y *lady* Buchanan. Las damas eran muy buena compañía, y había comenzado a sentirlas como madrinas. En especial cuando por fin reconocieron que casi estaba lista para el evento que se avecinaba. Además, le habían asegurado que la mayoría de los miembros de la sociedad se encontraba fuera de Londres, de modo que iba a tener la oportunidad de practicar con menos gente.

Incluso con la compañía de las damas, se sentía sola. Sin Augustus, sin su marido y sin ninguno de sus amigos, nunca se había sentido más sola. Y ahora esto… ¿Cómo se podía vivir en una casa tan grande y sentirse tan miserable?

Bajó la pluma y se puso de pie.

—Señora Higgs, por favor, prepare un carruaje para mí. Me gustaría ir a ver a mi padre.

Mientras el carruaje avanzaba bajo la lluvia hacia Shepherdsbrook, cerró los ojos y rezó poder olvidarse de la palabra que le estaba rompiendo el corazón. «Amante…». Esa palabra la hacía sentir insignificante y traicionada. Por primera vez desde el día de la boda, sintió el orgullo herido y quiso rugir.

Aunque su padre se alegraba de verla, parecía haberse acostumbrado a vivir sin ella. Juntos decidieron la fecha del bautizo de Augustus. Luego, Modesty lo ayudó no solo con la correspondencia, sino también a cocinar estofado y hacer pan para los pobres de la parroquia.

Al finalizar todas las tareas, regresó a casa como una buena esposa y una mujer que conoce su lugar, a pesar de que la soledad no la había abandonado. Para levantarse el ánimo, se sentó en la ventana de la biblioteca y releyó los reportes de Augustus… hasta que las lágrimas le nublaron la vista. El dolor en el corazón se apoderó de ella, y no pudo dejar de llorar. Afuera, las gotas de lluvia se deslizaban sobre el panel de cristal de la ventana.

Con la vista perdida en el exterior grisáceo, vio que el duque salía de la casa. Debió de haber regresado mientras estaba visitando a su padre. ¡Y ahora se volvía a marchar! Se incorporó de un salto al tiempo que el carruaje se detenía frente a su marido. Si dudaba, aunque solo fuera un momento, no lo alcanzaría.

Recordó a la amante y supo que, si no acababa de volver de visitarla, iba a visitarla en ese momento. ¿Qué otro motivo podría tener para marcharse con tanta discreción? Salió apurada de la biblioteca y avanzó hasta la puerta. Pasó por delante del mayordomo, Simons, que le preguntó:

—*Milady*, ¿sucede algo?

Modesty lo ignoró y abrió la puerta, pero oyó los pasos que la seguían y más preguntas. ¿No necesitaba el bonete y el jubón? ¿Le

pasaba algo? ¿A dónde iba? Modesty no se detuvo.

Como tenía dinero en el ridículo, que por fortuna lo había tomado, corrió por la calle, y la lluvia le empapó el vestido. Podía ver el carruaje del duque que daba la vuelta hacia la derecha en la esquina. Con un gesto, detuvo un coche de alquiler que avanzaba por la calle.

—¡Siga a ese carruaje! —ordenó—. ¡Le pagaré doble!

El conductor asintió con la cabeza mientras se apeaba y cerraba la puerta. El carruaje emprendió la marcha. Ya no podía ver el carruaje del duque, y esperaba que el cochero hubiera visto a qué vehículo debía seguir. Estaba temblando del clima frío y húmedo de octubre y de la adrenalina de la persecución.

¿Qué encontraría al final del viaje? ¿Estaba lista para enfrentarse a la mujer cara a cara? ¿Qué le diría? Todos sus instintos le rogaban que se diera la vuelta, regresara a casa, se ocultara y volviera a hacerse pequeña y afable. Sin embargo, no podía sentarse allí sola en la ignorancia ni un segundo más. Quería la verdad. Quería que le fuera leal porque era su esposa. Quería una verdadera familia. Quería rugirle de dolor y soledad.

Por fin, el coche de alquiler se detuvo. A través de la ventanilla, vio el carruaje del duque al otro lado de la calle. Lo vio descender, y el abrigo se le humedeció bajo la lluvia mientras subía los escalones de una respetable casa adosada. Era la dirección que había visto, donde enviaban comida y pagaban los salarios de un lacayo y una ama de llaves.

El corazón se le aceleró mientras miraba la edificación de tres plantas ubicada en una línea de casas similares. A través de una ventana, vio el titileo de una vela y una sombra que se movía. Sintió un aguijonazo de dolor en el corazón.

¿Ese sería el sitio en el que el duque había encontrado amor y calidez? ¿Una mujer que lo alababa por toda su confianza y su soberbia? Todo lo que ella no le daba… No era de sorprender que buscara la felicidad en otro sitio.

Modesty comenzó a temblar aún más. Aún podía darse la vuelta y pedirle al cochero que la llevara de regreso, pero el enfado le retorcía el vientre. Pryde se lo había quitado todo: la libertad, el propósito y el niño al que amaba. Y ella estaba convirtiéndose en todo lo que no era para cumplir con sus demandas. Lo mínimo que le debía era su lealtad.

Tras abrir la puerta del carruaje, Modesty descendió con cautela. La lluvia la azotó de inmediato, y las gotas se le clavaron en las mejillas. Revolvió el ridículo con los dedos congelados del frío y extrajo el dinero para pagarle al cochero.

Acto seguido cruzó la calle con la cabeza dándole vueltas, las rodillas frágiles y el estómago retorcido de la rabia. El frío gélido le caló el cuerpo a través de las delgadas capas del vestido de seda y la túnica mientras subía los escalones empapados hacia la puerta principal. Sujetó el pomo y lo golpeó con toda la fuerza que tenía en las manos congeladas.

Pasaron varios segundos. Luego de lo que le pareció una eternidad, oyó unos pasos pesados al otro lado de la puerta, que se abrió de par en par para dar paso a un lacayo de unos cincuenta años, con las cejas grises arqueadas en una expresión de perplejidad mientras recorría su silueta empapada a merced del viento.

—¿Sí? —le preguntó.

—Soy la duquesa de Pryde —le informó. Luego lo hizo a un lado —. Estoy buscando a mi marido.

Constantine sonrió mientras arrullaba a Augustus. No sabía por qué la voz le sonaba tan aguda ni por qué de pronto quería extraer todos los trozos de lazo que envolvían el rostro del bebé, pero había echado de menos al niño durante los últimos cuatro días que había pasado en Cambridgeshire. Y había echado de menos a Modesty aún más.

El hogar de la sala de estar del señor Hawthorne irradiaba calidez, y los carbones encendidos crujían con suavidad. El señor Hawthorne estaba sentado en su silla favorita con un libro de cuentos de hadas y leía en un tono de voz tranquilizador y sereno que lo transportaba a su propia infancia.

El señor Hawthorne tenía una voz excelente para la lectura, perfecta para un tutor. La señora Walcott estaba sentada en una esquina con una taza de té a su lado y roncaba pacíficamente, adormecida por el cuento. La lluvia caía contra la ventana. La única persona que faltaba era su esposa. Cada vez que Augustus hacía un nuevo sonido o una nueva expresión, Constantine se volvía para compartirlo con Modesty antes de recordar que no estaba allí. A decir verdad, era su culpa por haber mantenido la ubicación del niño en secreto, pero aun así quería oír su risa encantada y ver el modo en que se le iluminarían los ojos ante los logros del bebé. Ahora todas las casas se sentían vacías sin la presencia de ella.

Qué pena que hubiera estado en Shepherdsbrook cuando regresó a casa. Había decidido hacerle una visita corta al señor Hawthorne y Augustus con la esperanza de regresar antes de que Modesty volviera, pero ahora deseaba haberla esperado y haberla visto, aunque solo fuera un momento.

Hacía seis días, Constantine, Enveigh y cuatro lacayos habían observado el sitio de Whitechapel. Se habían determinado a reparar en cualquiera que permaneciera cerca del puesto donde habían dejado el dinero y, en especial, a cualquiera que intentara extraer algo del cofre. Sin embargo, el mercado había sido el típico caos de gente y ruidos. Cientos de personas habían pasado por allí, aunque ninguna se había detenido a observar la ubicación con obviedad. No pudieron identificar al chantajista, pero el dinero había desaparecido del cofre cuando Constantine fue a verificar al cabo de media hora.

A pesar de que el intento de atrapar al chantajista había fracasado, la investigación en la ciudad natal de Ophelia, Millbrook, había tenido resultados prometedores. Constantine había logrado dar con una criada que aún vivía allí y había trabajado tanto para Ophelia como para su madre antes. Al principio, la mujer se había rehusado a hablar, pero tras ofrecerle la inaudita suma de doscientas libras, lo que multiplicaba su salario anual veinte veces, cualquier resolución se había evaporado.

La mujer admitió estar al tanto de la carta en cuestión y la describió como una posesión preciada que requería muchos cuidados. Siempre la habían guardado en una preciosa caja de palisandro con unos delicados patrones de plata y adornada con pequeñas perlas. La caja en sí era un tesoro que Ophelia había recibido como regalo de bodas cuando se casó con el señor Lester.

Tanto la caja como todo lo que tenían había sido embargado por una empresa de Londres, debido a las deudas del señor Lester en la ciudad. Constantine le había pedido a Simons que indagara la dirección de la empresa. Y cuando tuviera la dirección, Constantine iría a las oficinas a preguntar por la caja. Con algo de suerte, tendrían el paradero de la persona que la había comprado. Luego seguiría al comprador con la esperanza de descubrir al chantajista.

Augustus soltó un adorable arrullo que sonó como un «gugú», y a Constantine se le ciñó el pecho con una sensación cálida y maravillosa. El duque soltó una carcajada.

—Ya lo sé —le dijo—. Gugú, ¡qué palabra más divertida!

Estaba muy contento de que solo el señor Hawthorne y Augustus lo estuvieran oyendo hablar con esa voz tan chillona. Lo más probable era que el señor Hawthorne no lo fuera a recordar. Y Augustus tampoco. Nadie recordaría al duque frío y soberbio arrullando al bebé como una mamá gallina.

En la distancia, oyó un llamado a la puerta principal, pero no le prestó atención. Los pasos del pasillo le anunciaron que Thomas debía de estar aceptando alguna entrega.

De pronto se le ocurrió un nuevo juego para entretener a Augustus, uno que involucraba apretar los labios y soplar con fuerza para crear el sonido fuerte de un soplido. El ruido hizo que el niño abriera bien los ojos y apretara los labios, concentrado. A decir verdad, era vergonzoso lo feliz que lo hacía sentir ese acto tan infantil.

Apenas registró el chillido de la puerta al abrirse y se dio cuenta demasiado tarde de que Thomas debía haber entrado. Sin duda alguna, el lacayo recordaría al duque haciendo sonidos y expresiones chistosas para el bebé.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó una voz que no era bajo ningún punto de vista la de Thomas.

Asustado, se incorporó de un salto tan rápido que Augustus soltó un chillido de sorpresa. Constantine se volvió a mirar a Modesty con el corazón acelerado.

Los ojos duros y brillantes como esmeraldas lo fulminaban con la mirada. Tenía el ceño fruncido, el cabello caoba le colgaba sin fuerza del moño que había llevado en la cabeza y varios mechones se le

pegaban al rostro. Llevaba las mejillas sonrosadas de la ira y los labios sensuales apretados en una línea firme. El vestido de seda rojo de tiro alto que llevaba puesto también estaba empapado y se le pegaba al cuerpo llamando la atención hacia el pecho, que se le movía agitado entre las respiraciones.

Era la única mujer que era tan impresionante como para dejarlo sin palabras. Su esposa. La persona que había echado de menos más de lo que se permitía admitir se encontraba de pie en la misma sala que él. El corazón se le aceleró, como si se le deshiciera un nudo invisible. La tensión que había llevado en el pecho en el transcurso de los últimos días se aplacó y quedó reemplazada por una ola de alivio y alegría.

Augustus comenzó a removerse en sus brazos como si no estuviera contento con el cambio repentino. La señora Walcott se despertó y se incorporó de un salto.

—¡Señorita Fairchild! —exclamó con una sonrisa gigante—. Oh, disculpe, *milady*. ¡Por fin está aquí!

El señor Hawthorne dejó de leer y miró a Modesty con el ceño fruncido.

—¿Ha venido a contratarme para educar a sus hijos? —le preguntó mirándola por encima de las gafas y apoyando el libro sobre la manta que le cubría las rodillas.

Modesty miró a todos los presentes en la sala.

—¿Dónde está tu querida?

La pregunta lo dejó perplejo con cada palabra que había abarcado. De todos los motivos para que estuviera allí… ¿Por eso había ido?

—¿Mi querida? —le preguntó.

—¡Sí! Tu querida, tu amante… La mujer que has mantenido aquí… —El rostro se le deformó en una expresión de dolor—. ¡Oh,

por todos los cielos! Dime que no ha sido ella quien ha estado cuidando de Augustus.

Algo tarde se dio cuenta de que no llevaba puesto ni un bonete ni un jubón y que estaba temblando. Sin dejar de preguntarse qué la habría llevado a seguirlo hasta allí para cuestionarlo acerca de una amante, se acercó a ella con Augustus acurrucado en los brazos.

Mirándola a los ojos, le entregó al bebé, y se apresuró a sujetarlo. La expresión que llevaba era una mezcla de furia y dolor que se convirtió en puro amor al arrullar al niño. Constantine sintió un aguijonazo de culpa que lo hizo retorcer por dentro. Había sido muy cruel al separarlos. Sin embargo, antes de hablar de eso y de aclarar el malentendido de la amante, tenía que hacerla entrar en calor. Con suavidad, le acarició el codo.

—Ven aquí, acércate al hogar —le dijo al tiempo que la guiaba hacia la silla vacía que había al lado del señor Hawthorne—. ¿Quieres un poco de té caliente?

Modesty se acomodó en la silla hablándole a Augustus con el mismo tono de voz que él había usado.

—¿Le puedes traer un té a la duquesa, por favor? —le pidió a la señora Walcott.

La mujer se incorporó de un salto y le sirvió té de la tetera.

—Por supuesto, milord. Aún está caliente.

Como Modesty seguía temblando, Constantine envió al diablo cualquier decoro, se quitó el saco y se lo envolvió en los hombros cubriéndola a ella y a Augustus. Al ver el modo en que los ojos le brillaban mientras miraba al bebé se le derritió el corazón y se acomodó en el borde del sofá al lado de la silla.

—No hay ninguna querida —le dijo con suavidad.

Modesty lo miró a los ojos frunciendo el ceño. Le dolió ver que la suavidad con la que había mirado a Augustus desaparecía y quedaba

reemplazada por furia y traición.

—No me mientas más. He visto las cuentas que pagas. Deberías haber tenido más cautela.

—Esta casa no es para ninguna querida. —Miró a su antiguo tutor, que seguía mirándola por encima de las gafas con la mirada nublada—. Es para el señor Hawthorne, mi antiguo tutor.

Los ojos se le llenaron de sorpresa y comprensión y lo miró como si lo viera por primera vez. Mientras la señora Walcott le llevaba el té y lo colocaba en la mesa al lado de ella, Modesty desvió la mirada hacia el señor Hawthorne.

—Gracias, señora Walcott —le dijo Modesty con una sonrisa dulce pero algo distraída.

—¿No está enfadada conmigo? —le preguntó la señora Walcott—. ¿Por haber venido con Augustus?

—Por el contrario, estoy contenta de que haya podido venir con él.

La señora Walcott se mostró aliviada y regresó a su sitio al lado de la ventana.

—Señor Hawthorne —le dijo Modesty—, es un placer conocerlo.

—El placer es mío —le respondió el tutor—. Aunque me cuesta recordar su nombre, joven.

—Modesty —le dijo.

—Modesty. Debe ser la madre de este pequeño demonio.

El rostro se le transformó y registró un destello de tristeza, una pena que resonaba en él.

—No, pero soy lo más cercano que tiene a una.

Constantine se le acercó y le dijo con suavidad:

—Era mi único amigo de niño. Ha estado viviendo aquí varios años.

—¿De qué habla, señor? —El señor Hawthorne soltó una carcajada—. ¡Su antiguo tutor! Si recién acabo de empezar. Acabo de enviar un anuncio en busca de un puesto de trabajo en hogares decentes. Tengo muchas recomendaciones excelentes.

—¿No se encuentra bien? —le preguntó en voz baja para que solo Constantine la oyera.

Por suerte, ya no estaba enfadada con él. ¿Una querida? Había ido allí hecha una furia, se había empapado bajo la lluvia sin siquiera detenerse a ponerse un bonete… ¿Había estado celosa?

Por extraño que fuera, el pensamiento le resultó agradable. Detestaba ser la causa de cualquier enfado, y Dios sabía que ya le había causado varios, pero si estaba celosa… ¿Acaso eso significaba que lo quería para ella? Su esposa no sabía que le había pertenecido desde el momento en que la conoció. Ninguna otra mujer jamás había ocupado ni su mente ni su alma como lo hacía ella. Ella lo ocupaba por completo.

—Todo este tiempo, desde que te llevaste a Augustus, ¿has estado visitándolo a él y al señor Hawthorne?

—Sí. Tenía que asegurarme de que el bebé se encontrara bien mientras no podías verlo.

Modesty abrazó al niño e inhaló su aroma, como lo había hecho Constantine varias veces.

—No tengo ninguna querida —le volvió a murmurar con ternura, y el corazón se le abrió al ver que se le suavizaban los ojos y no apartaba la mirada—. Nunca la he tenido. Nunca la tendré.

Ahora había conocido al señor Hawthorne. Cuidar de su viejo tutor era su debilidad, una conexión con el doloroso pasado. Era el punto débil que había pasado muchos años ocultando. No había querido que ella viera esa parte de él porque era peligroso que lo

conociera mejor. Peligroso para su corazón. Sin embargo, la mirada dulce de sus ojos, que se habían tornado verde musgo, bien lo valía.

Una querida… qué noción más absurda. ¿Por qué iba a querer una amante cuando estaba casado con ella?

14

Constantine se detuvo en el umbral de la biblioteca para observar la escena que se desplegaba ante él. Modesty yacía acurrucada en un sofá con un libro olvidado apoyado en el pecho. El cabello caoba se le había soltado de las horquillas y se derramaba sobre los cojines en delicadas olas. Había subido las piernas y se había envuelto entre los pliegues de una chalina como una gata adormecida. La única fuente de iluminación provenía de un candelabro con seis velas en la mesita que emanaba una luz dorada sobre sus rasgos serenos.

La garganta se le ciñó con una emoción que no supo nombrar. Había algo muy íntimo en haberla encontrado de ese modo, con la guardia completamente baja, el rostro tranquilo en sueños, llena de confianza y vulnerable de un modo que jamás mostraba al estar despierta. La domesticidad de la escena lo embargó con una fuerza inesperada. Esa era su esposa, en su hogar, rodeada de sus libros. Esa idea lo llenó de una ternura posesiva que lo excitó tanto como lo aterró.

Ese día más temprano, había ido a la tienda de empeño que había adquirido los bienes del señor Lester. La caja se había vendido, pero gracias a la estimulación financiera, el dueño de la tienda acordó darle el nombre de la compradora: la marquesa de Virtoux.

Nada había preparado a Constantine para esa vuelta del destino. La marquesa era una de las cotillas más infames de Londres. Y era la misma mujer que al día siguiente arrojaría una velada para subastar antigüedades, donde la mitad de los miembros de la sociedad se reunirían a examinar sus últimas piezas.

Si *lady* Virtoux había encontrado la carta, de seguro tenía el poder de arruinarlo. Había ido a visitarla en persona, pero no había estado en casa. La posibilidad de que pudiera ser la extorsionadora le carcomía los pensamientos y le arruinaba cualquier reflejo de un momento feliz con su esposa, como la clase de baile… o el día anterior, con Augustus…

Sin hacer ningún sonido, Constantine avanzó por la biblioteca hacia Modesty, sin querer despertarla. Se detuvo a su lado y se permitió el placer secreto de limitarse a observarla dormir. Se maravilló ante el modo en que las alargadas pestañas le proyectaban sombras o en que los párpados translúcidos le temblaban ligeramente en sueños. Era… suya. Suya para proteger. Suya para adorar. Suya para desear. A lo mejor no se la merecía, pero era su esposa.

Aunque había jurado que no insistiría en llevársela a la cama hasta que estuviera lista, su cuerpo lo traicionó. Por todos los cielos, de solo pensar en ella… Temía otro rechazo, pero la sangre le ardía por ella. Siguiendo un impulso que, en la distancia, le pareció una mala idea, la recogió del sofá y la acunó en sus brazos. Modesty soltó un suspiro y se acomodó contra su pecho con toda naturalidad, como si perteneciera allí. El ligero peso de su cuerpo alto y esbelto se sentía muy bien en sus brazos. Mientras se la llevaba de la biblioteca, se embriagó con el susurro de su aliento dulce, el cabello sedoso contra la mejilla, y el perfume sutil que se mezclaba con su propia esencia.

En las semanas que habían transcurrido desde la boda, se había transformado con su dedicación extraordinaria. Había refinado sus modales y había ganado tanta confianza que se veía reflejada en su postura. A pesar de que ahora se vestía con toda la elegancia que demandaba su posición, a él le parecía más hermosa así: con la guardia baja y completamente auténtica.

En el trayecto de las escaleras, se removió en sus brazos. Los ojos se le abrieron y reflejaron confusión y entendimiento de que se encontraba acunada contra su pecho. Había esperado que se apartara, pero en lugar de eso, le sostuvo la mirada, y la luz de los candelabros en las paredes le proyectaron sombras doradas sobre el rostro.

Los labios rosados se le entreabrieron, y el aliento cálido le rozó el mentón. La luz de las velas se le reflejó en los ojos verdes y lo atrajo hasta que le resultó imposible resistirse. Con exquisita lentitud, Constantine bajó la cabeza y le reclamó la boca con la suya.

Al abrir los ojos, Modesty sintió un cosquilleo en todo el cuerpo. Se encontraba en los brazos fuertes del duque, que la apretaba contra su cuerpo cálido e increíblemente sólido. La luz de las velas le iluminaba arrugas profundas y ángulos afilados del rostro, y los ojos castaños se veían tan oscuros que parecían no tener fin.

Ese hombre, que por lo general parecía tan frío como el hielo, seguro como una flecha y en absoluto control, la miraba con un deseo desenmascarado. El calor de su mirada la hizo sentir débil.

Cuando se inclinó a besarla, no pudo detenerlo… porque no quiso. Cada día y cada noche desde la boda había soñado con ese primer beso en su recámara, y el segundo en la intimidad del

carruaje. Los labios de Constantine eran firmes y tiernos, y se rindió al beso mientras la reclamaba, la devoraba y la provocaba. Le envolvió los brazos por el cuello y se acercó más a él. ¿Cómo no iba a hacerlo?

El cuerpo se le derretía contra el de él, que levantó la cabeza para poder ver y seguir subiendo las escaleras. Modesty apenas lograba respirar, sentía una ola de calor en el vientre y una extraña humedad en la entrepierna.

Mientras avanzaba por el pasillo, el duque reanudó el beso. La puerta de la recámara estaba entreabierta; las criadas debían de haberla dejado así cuando fueron a preparar la cama más temprano. Constantine la empujó con el hombro sin interrumpir el abrazo. Modesty tomó consciencia de que habían llegado a su cama cuando la colocó sobre el colchón. Y luego la cubrió con su cuerpo sin dejar de besarla. Modesty se sintió arder.

El duque le recorrió el cuerpo con las manos y, a través del vestido y del corsé, cada caricia le produjo escalofríos en la piel. Cuando le rozó un seno, se le escapó un gemido. Con la lengua, Constantine profundizó el beso y se apretó contra ella para hacerle sentir algo duro que tenía en la entrepierna; con eso, le producía una deliciosa fricción y la hacía arquearse como por instinto en busca de un placer que desconocía.

El duque soltó un gemido mientras movía las caderas.

—Modesty… —murmuró—. Me vas a hacer perder el control…

Pero qué noción más bizarra. Por lo general, él era el que tenía todo el poder… y ahora ella se sentía en control. Era una sensación muy extraña, pero le agradó.

—Pídeme que me detenga y lo haré —le murmuró con la voz ronca apenas despegándole la boca de la suya.

—No —logró decir entre jadeos, y jamás había sido más honesta en toda la vida—. No te detengas.

El duque soltó un sonido de angustia masculina y regresó a su boca. En lo único que pudo pensar Modesty fue en… más. Quería más de sus labios, de su lengua, de sus manos, de sus piernas y de eso duro que se apretaba contra su cuerpo.

Constantine se echó hacia atrás el tiempo suficiente para soltarse el pañuelo, quitarse el saco y luego el chaleco. Modesty alzó las manos para ayudarlo a deshacerse de la camisa, ansiosa de acariciarle la piel que yacía debajo de la prenda. El pecho ancho y musculoso estaba cubierto con una mata de vello oscuro. Le recorrió la piel aterciopelada y cálida con los dedos. Acariciarlo fue como tocar una llama sin quemarse.

Cuando él le recorrió la pierna con la mano, Modesty supo que debería de estar escandalizada. Sin ninguna madre que la guiara por esos misterios, solo había oído susurros de las mujeres en el asilo acerca de lo que pasaba entre un marido y su esposa. Pero eso se sentía natural y correcto. La timidez y el deseo se debatían en su interior mientras Constantine le recorría la cara interna del muslo y dejaba un rastro de una intensa sensación exquisita. Modesty soltó un jadeo al darse cuenta a dónde se dirigía. «¡Oh!».

El duque movió la mano a un lado y se recostó a su lado acariciándole el sexo con la mano. Modesty se estremeció ante la calidez deliciosa que le inundó su parte más íntima. Tuvo el curioso anhelo de apretarse contra la mano y moverse contra la palma, como se había movido contra el bulto de los pantalones. Constantine le separó los pliegues para explorarla y la frotó con suavidad antes de hundirse en su entrada. Modesty jadeó al sentir olas de dicha que la recorrían entera. Oh, cómo la tocaba…

—Mmm —le murmuró su marido contra el cuello con la voz ronca —. Estás empapada.

Modesty se humedeció los labios moviendo las caderas en busca de sus dedos.

—¿Eso es bueno? —le preguntó.

—Sí —le susurró—. Significa que me deseas y estás lista para albergarme.

El dedo encontró un punto secreto que le produjo un intenso placer por todas las venas. Arqueó la espalda y se aferró a la manta debajo de ella con desesperación.

—¿Para albergarte? —le preguntó—. ¿Cómo?

Constantine soltó una carcajada y cambió de posición para penetrarla con un dedo mientras le frotaba ese punto delicioso con los otros.

—Así —le respondió explorando la entrada estrecha con suavidad.

Los dedos habilidosos encontraron sitios que la hicieron jadear, mientras el pulgar le acariciaba el capullo sensible que le producía chispas en todo el cuerpo. Se sentía en el cielo. No, en alguna parte de infierno bañándose en placer y deseando más. Las sensaciones fueron creciendo cada vez más.

—Pero no sería mi dedo, dulzura —siguió.

—¿Y qué sería?

El duque soltó otra carcajada.

—Algo grande… —Aumentó la presión y la velocidad de sus movimientos—. Algo duro… —El dedo la penetraba cada vez más—. Ya lo verás… —Los dedos la estiraban con una tensión exquisita que balanceaba entre la incomodidad y la dicha hasta llegar a un punto en su interior donde se intensificaba todo.

—Eres tan inocente —ronroneó el duque mientras le besaba la oreja y le producía más sensaciones exquisitas—. Tan pura. Y mía. Solo mía.

Eso la hizo estremecer, y algo sucedió en lo más profundo de su ser. El éxtasis alcanzó nuevos niveles que ni siquiera sabía que existían. No podía hacer nada. Solo sentirlo y montarlo mientras los músculos se le tensaban y soltaba un grito de placer.

Se deshizo en un millón de estrellas mientras el duque se valía de las manos para arrancarle hasta el último temblor y todo el cuerpo se le retorcía. Y luego se sintió cálida y pesada y lo único que atinó a hacer fue a girarse en el colchón. Constantine la envolvió en sus brazos mientras inhalaba su delicioso aroma… y así se quedó dormida.

15

A Modesty le sudaron las palmas en los guantes cuando Constantine le tomó la mano. Acababa de llegar a los pies de la escalera. Estaban listos para partir hacia la velada de *lady* Virtoux para presenciar la subasta de antigüedades.

Qué pena que su primer evento público como duquesa coincidiera con un desagradable chisme que habían publicado ese día en los periódicos. El chisme aludía a una amistad íntima que la difunta duquesa de Pryde había tenido con un clérigo. A pesar de que estaba escrito con un tono relativamente inocente, el rostro de Constantine se había quedado rígido al leerlo, y Modesty no logró deshacerse de la sensación de que algo había cambiado. Sin embargo, hizo las dudas a un lado y se concentró en el pensamiento que siempre le levantaba el ánimo: en dos días, Augustus volvería a casa.

La noche anterior, Constantine había dormido en su cama por primera vez, con las extremidades enredadas con las de ella, tras haberla llevado a la cima del placer… tan solo con sus dedos… ¡Y dos veces!

Esa noche iba vestida del color índigo característico de la casa de Pryde. Llevaba un tocado perfecto acentuado con joyas y flores de

seda. Esa tarde, en la privacidad de la sala de estar, Constantine le había entregado una caja de cuero alargada.

—Es para ti —le dijo—. Era de mi madre.

Modesty frunció el ceño mirando la caja.

—¿Qué es?

—Ábrela, por favor.

Las manos enguantadas le temblaron. ¿Para ella? ¿Algo que había usado su madre? Al abrir la tapa, tomó una profunda bocanada de aire. Era el colgante de zafiros azules rodeados con diamantes más hermoso que había visto. Las gemas destellaban como estrellas bajo los candelabros.

—Constantine, es… es demasiado. Jamás podría atreverme a…

Él negó con la cabeza.

—A mi madre le hubiera encantado que lo usaras. En especial en tu primer evento en sociedad. Por favor… ¿te lo pondrías?

Modesty tragó con dificultad mirando los oscuros ojos profundos del duque.

—No puedo ni concebir lo valioso que debe ser.

—Sí, pero esta es tu vida ahora. Eres la nueva duquesa de Pryde, y me gustaría que lo tuvieras.

Modesty dudó unos instantes. ¿Cómo iba a poder ponerse algo tan preciado?

—Debe ser lo más hermoso que he visto.

—Claro que no —murmuró su marido. Y cuando alzó la mirada para verlo, toda su atención se encontraba posada en ella—. Tú eres lo más hermoso que he visto jamás. El colgante habrá encontrado su hogar perfecto.

Un escalofrío le recorrió la piel, y tuvo la extraña sensación de estar volando.

—Muy bien —murmuró.

—Por favor, permíteme ayudarte.

Modesty se dio la vuelta y alzó los rizos que la dama de compañía le había acomodado en cascada sobre el hombro. Cuando los dedos de su marido le rozaron la piel acalorada, cerró los ojos. Unos cosquilleos le recorrieron el cuerpo y se dirigieron a su sexo. Modesty apretó los muslos. Solo bastaba un suave roce de él para hacerla humedecer, anhelarlo y experimentar un intenso calor.

El colgante se acomodó en su sitio, y el duque la tomó por los hombros con delicadeza para hacerla volverse.

—Mírate. —Con una mirada lenta le recorrió el cuerpo entero con voracidad antes de volver a mirarla a los ojos. La estudiaba con seriedad e intensidad y la abrumaba.

Al mirarse en el espejo y ver el reflejo de ambos, no se reconoció. Se veían increíbles juntos, un atractivo duque alto y su esposa. Pero, por dentro, se sentía como una impostora.

Al cabo de veinte minutos, llegaron a la casa de *lady* Virtoux. Aunque la mayoría de los miembros de la sociedad se habían retirado a sus propiedades de campo, varias familias importantes se habían quedado en Londres por obligación política. La subasta de antigüedades de *lady* Virtoux era un extraño evento social en pleno otoño por el que muchos miembros de la sociedad regresaban a la ciudad durante dos semanas. Algunos hasta se quedaban a pasar Navidad. Por eso era aún más importante que la nueva duquesa de Pryde causara una buena impresión.

Constantine le brindó apoyo mientras descendía los escalones del carruaje y hacía lo mejor que podía para no enredarse con el hermoso vestido y caerse en un charco. Las rodillas le temblaron al apoyar los pies en el suelo, pero la mano de su esposo nunca la abandonó, y sintió su consuelo como una manta cálida.

Alzó la mirada hacia las grandes paredes. El edificio tenía cinco plantas, ventanales grandes y una arquitectura palladiana. Sintió una brisa suave en el aire húmedo en el que pendían los aromas a hojas caídas, césped seco y piedras húmedas. Unas antorchas iluminaban todos los escalones que conducían hacia la entrada.

Constantine le apretó la mano.

—No temas, Modesty. Eres la duquesa de Pryde. Todos querrán caerte bien.

Modesty se humedeció los labios mientras apretaba con sus dedos enguantados los suyos antes de que la soltara. La mirada del duque se endureció.

—Y si alguien no te respeta, tendrá que responder ante mí.

Modesty asintió con la cabeza, y su marido le extendió el brazo. Mientras le apoyaba la mano sobre el antebrazo, sintió la energía que manaba de él circulándole por la palma e infundiéndole calor en todo el cuerpo.

Subieron los escalones, y dos lacayos avanzaron para abrir las puertas. En el interior, el mayordomo y dos lacayos más tomaron el jubón de Modesty y el abrigo de Constantine.

—Milord, el duque de Pryde, y *milady*, la duquesa de Pryde —anunció el mayordomo mientras ingresaban a la sala de baile en la que *lady* Virtoux recibía a sus invitados.

El cambio en Constantine fue dramático. Se había mostrado muy suave con ella a solas, pero ahora se encontraba rígido y parecía más alto con la espalda tan erguida que podía ser una pared. El rostro se le tornó frío como el hielo y los ojos ocultaron cualquier señal de calidez, como el día que lo había conocido. Lo había sentido tan cerca e íntimo cuando le dio placer… Y ahora parecía haberse puesto la armadura como un disfraz y tomado el papel que interpretaba. El cambio hizo que se le estremeciera el corazón. Se

sentía distante y, a pesar de que tocaba su brazo bajo los dedos, parecía tan duro como una piedra.

La marquesa y el marqués se encontraban de pie cerca de la entrada, como era costumbre para los anfitriones. La altura imponente de la marquesa y su postura orgullosa la hacían parecer como si se estuviera ciñendo sobre sus invitados. Llevaba puesto un vestido moderno de corte imperial que la distinguía de las damas más conservadoras de su edad. Recorrió a Modesty con una mirada afilada.

—Milord. —*Lady* Virtoux hizo una reverencia hacia Constantine y luego hacia ella con una sonrisa que no flaqueó en ningún instante —. Y nuestra nueva duquesa. Todos estábamos muy ansiosos de conocerla. La única mujer que reclamó el corazón de uno de los solteros más deseables de toda Inglaterra.

Modesty inclinó la cabeza en el ángulo preciso que había practicado un sinfín de ocasiones con *lady* Buchanan y la duquesa viuda: lo suficientemente profundo como para demostrar respeto hacia una marquesa sin perder de vista su dignidad como duquesa.

—*Lady* Virtoux, gracias por invitarnos a su velada.

—Por supuesto. —La sonrisa de la marquesa no le iluminó los ojos—. Espero que disfrute de mi venta de antigüedades. Aunque debo decir que no se compara en nada a la colección que tiene el duque en Pryde Manor.

—*Lady* Virtoux —murmuró Constantine mientras se le acercaba más—, cuando tenga un instante, me gustaría hablar con usted a solas.

Modesty no estaba segura de haberlo oído bien. ¿Por qué querría hablar a solas con la marquesa?

Antes de poder pensar en el asunto, *lady* Virtoux se había dado vuelta para saludar a los siguientes invitados tras haberles dado la

cantidad adecuada de atención.

—Oh, allí están —dijo Eccess, que apareció ciñéndose sobre un grupo de invitados y se movió con una velocidad sorprendente y la gracia de un animal. Se apresuró a avanzar hacia ellos con una sombra de preocupación en los rasgos.

—¿Octavius? —lo llamó Constantine con toda su compostura que representaba un contraste absoluto con la tormenta que sentía Modesty en el pecho.

Eccess se acercó más a su amigo.

—Debo advertirte que el príncipe regente está aquí.

Constantine se puso algo pálido a pesar de su expresión seria.

—¿No habías dicho que tenía otro compromiso?

—Estaba en una de sus propiedades rurales, pero regresó tras asegurar que el campo le resulta aburrido en octubre y que una subasta de antigüedades era la única velada decente a la que acudir, aunque tampoco le resultara del todo tentadora.

Constantine apretó los labios y se le endureció la mirada.

—Muy bien. Tarde o temprano habría tenido que presentárselo a mi duquesa. Vamos, Modesty.

Le iba a presentar al príncipe regente. ¡A ella! ¡La hija de un párroco pobre! La mente se le aceleró mientras avanzaban por la sala de baile, y el pecho se le tensó de la ansiedad. Recitó algo que recordó le habían enseñado sus dos hadas madrinas cuando se conocía a un miembro de la realeza.

—¿Sucede algo con el príncipe regente? —le preguntó—. ¿Debería estar al tanto de algo?

—No, nada —le aseguró Constantine mientras seguían a Eccess a través del mundo de joyas deslumbrantes, sedas resplandecientes, espaldas erguidas, miradas curiosas, cuellos estirados y abanicos ondeantes.

Mantuvo la sonrisa amable, aunque deseó poder regresar a la casa de Pryde y acurrucarse en la biblioteca. Hacía poco había encontrado un libro lleno de datos fascinantes acerca de los pictos y algunas teorías acerca de su estructura social. El autor incluso había dibujado piedras antiguas que habían descubierto recientemente, cubiertas de entallados simples y hermosos.

A pesar de su incomodidad, intentó mantener la cabeza en alto y la espalda erguida mientras Constantine le presentaba a varias damas y caballeros distinguidos.

Mientras se encontraban de pie conversando con un grupo de personas, notó susurros y miradas de soslayo de otros grupos en la habitación. Alcanzó a oír un fragmento de una conversación:

—… la indiscreción de su madre…

Frunció el ceño al recordar el periódico de esa mañana. Y cada vez que oía una palabra susurrada, Constantine se quedaba petrificado.

Por fin se detuvieron delante del príncipe regente de Gran Bretaña, y Modesty recordó la instrucción de *lady* Buchanan: «Debes hacer una reverencia muy profunda y bajar los ojos con humildad hasta que él te hable». El príncipe regente debía ser el primero en hablar.

Era un hombre de unos cincuenta años, aunque los excesos lo habían envejecido aún más. Tenía un vientre redondeado que se apretaba contra el chaleco bordado minuciosamente y que brindaba evidencias del sinfín de cenas elaboradas y sofisticadas botellas de vino que había consumido en su vida. A pesar de su tamaño, se movía con la autoridad natural de quien había nacido para reinar. Aunque tenía el rostro regordete y colorado, aún se veían ciertos rastros de la legendaria belleza de su juventud, y sus ojos celestes reflejaban inteligencia bajo los pesados párpados.

—Su Alteza. —Constantine hizo una profunda reverencia.

El regente los observó con frialdad y se concentró tanto en Modesty que le produjo un cosquilleo en la piel.

—Pryde —lo saludó antes de volver la atención hacia ella—. Y esta debe ser su nueva duquesa.

—Así es, Su Alteza. Le presento a la duquesa de Pryde.

—Su Alteza —murmuró Modesty al tiempo que ejecutaba la reverencia más profunda de toda su vida.

—No se puede negar que tiene buen gusto, ya sea en caballos… o en mujeres.

Modesty sonrió con amabilidad al oír el comentario. Constantine inclinó la cabeza.

—Supongo que sí.

—Estoy decepcionado de que no me lo haya consultado antes.

Constantine permaneció de lo más sereno, pero los ojos se le afilaron como esquirlas.

El regente clavó la mirada en el vientre de Modesty.

—Según he oído, ha solicitado una licencia especial a las apuradas.

Constantine se removió hacia ella.

—El apuro se debió a que estamos enamorados y no soportábamos más estar alejados.

—Oh, por supuesto. El amor. —La miró con cautela—. Cuando el amor es tan fuerte, no hay consideración alguna que seguir. Ni la familia, ni la riqueza, ni la estirpe. ¿De dónde es su familia, duquesa?

Modesty se estremeció y deseó poder desaparecer.

—La familia de mi esposa es irreprochable —le aseguró el duque.

—Disculpe, ¿me podría traer una copa de ponche, Pryde? —le preguntó el regente mirándolo con frialdad—. De repente, estoy

muerto de sed.

Constantine le sostuvo la mirada.

—Estoy seguro de que hay gente mucho más competente que yo para traerle una copa de ponche.

—Debo insistir.

Se fulminaron con la mirada como dos lobos gruñendo con los pelos de punta. Al final, Constantine asintió obediente y se marchó tras apretarle la mano enguantada a escondidas de todos. Mientras avanzaba a paso apurado entre la multitud hasta las mesas con el ponche, a Modesty se le aceleró el corazón en el pecho.

—¿Le gustaría dar un paseo por la sala? —le preguntó el regente.

—Por supuesto, Su Alteza.

—Muy bien —dijo el regente y señaló la dirección con el brazo. Quería ir en el sentido opuesto que había ido Constantine. ¿Qué estaría ocurriendo entre los dos hombres?

—¿De dónde ha salido una rosa tan inocente? —le preguntó el príncipe regente.

¿Una rosa tan inocente? Modesty resistió el impulso de soltar un bufido. Si supiera que había pasado días enteros estudiando prácticas de entierro antiguas y las tácticas de batalla de los romanos, podría llegar a reconsiderar esa opinión.

—Vengo de Shepherdsbrook. Como preguntó por mi familia, mi padre es párroco. Así que el duque se casó muy por debajo de su estatus social. Pero como bien dijo, nuestro amor no podía esperar —le dijo y tragó con dificultad.

—No puedo culpar al duque. Si hubiera conocido a una rosa hermosa como usted, no me habría podido resistir de robármela.

Modesty se mordió la mejilla por dentro. ¿Así era la alta sociedad? El regente tenía la reputación de ser imprudente y excesivo. Pero ¿coquetear abiertamente con una mujer casada en

público mientras su marido estaba en la misma habitación? ¿Qué diantres podría decir para no ofender al regente y apartarse de su atención?

—Me honra.

—Me gustaría hacer mucho más que honrarla. Mucho, mucho más. De hecho, tiene una invitación abierta a visitarme en privado. Cuando lo desee.

Modesty no daba crédito a lo que oía. De seguro, no le estaba haciendo ninguna propuesta indecente a los pocos minutos de haberla conocido. Si esa era la vida de la alta sociedad, no quería saber nada con eso.

Con anhelo, pensó en el peso cálido de Augustus en sus brazos, y también en los libros y los artefactos de la biblioteca de Pryde. Pero, por encima de todo, pensó en su marido, anhelando que regresara a su lado para apartarla de ese hombre detestable.

—Estoy segura de que es una manera muy generosa de usar su tiempo.

Mientras continuaban caminando por entre los pequeños grupos de damas y caballeros, oyó más fragmentos de conversaciones que hicieron que se le acelerara el corazón:

—«… las cartas de la duquesa difunta…».

—«… el párroco rural…».

—«… la aventura…».

Los susurros parecían seguirlos como sombras a través de la habitación. Pero ¿por qué alguien cuestionaría la reputación de la madre de Constantine?

—Su refresco, Su Alteza —le dijo Constantine al aparecer con una copa de ponche en cada mano. Tenía una voz de acero y un rostro impenetrable, pero, aun así, Modesty vio la furia que destellaba en

sus ojos castaños. Constantine le entregó las dos copas de ponche. —Si me disculpa, mi esposa me ha prometido un baile.

Le extendió la mano, y Modesty colocó la palma sobre la de su marido con tanto alivio que podría haber volado. Constantine tenía la mirada cálida en ella y cualquier indicio de furia se le había extinguido. Modesty se derritió ante la forma protectora en que le envolvía los dedos en los suyos y la conducía hacia la pista de baile. Las parejas formaron dos líneas, una de damas y otra de caballeros. Sintió todos los pares de ojos en ella: pesados, afilados y penetrantes. Todos parecían más importantes, más elegantes y más meritorios de encontrarse en ese destellante mundo de bellezas y riquezas que ella. Sin embargo, al mirar a su marido a los ojos, que la miraba como si no existiera nadie más, el mundo a su alrededor se disolvió. Y se sintió la más merecedora de todos.

Entonces comenzó la música. Modesty recordó los pasos que le había enseñado su marido y los siguió. Al unirse, las manos se rozaron, las miradas se encontraron y los aromas se mezclaron. Se encontró sonriéndole agradecida de cómo la había entrenado. Las horas que habían pasado juntos en el salón de baile privado estaban rindiendo sus frutos. Pero Modesty solo podía sentir alegría con el ritmo de la música y de los cuerpos que se movían a su compás, seguían los pasos, se rozaban y giraban. Era un juego de seducción.

Cuando el duque le acarició los dedos, recordó cómo le había tocado la parte más íntima del cuerpo. Recordó la dicha que podía brindarle. Ese mismo placer, esa misma conexión y esa misma ternura se encontraban presentes en todos sus roces y en cada uno de sus giros, así como también en el modo en que sostenía el cuello erguido o el torso se volvía hacia ella y cómo apretaba los labios para formar una pequeña sonrisa solo para ella.

Cuando se encontraron, palma con palma, e hicieron un círculo alrededor del otro, Constantine le murmuró:

—Eres la mujer más hermosa de la habitación, Modesty.

Modesty contuvo el aliento al tiempo que se ruborizaba. Dieron un paso hacia atrás para formar la figura de un ocho alrededor de la gente que bailaba con ellos. No. Un duque jamás podría apreciarla o admirarla. Era la simple hija de un párroco, jamás había sido nada espectacular y solo había existido para ayudar a su padre.

—Me halagas —le respondió cuando se volvieron a unir.

—No, estoy orgulloso de llamarte mi esposa.

Por todos los cielos, esas palabras maravillosas le produjeron un hormigueo por la columna vertebral. Volvía a experimentar el calor y el anhelo. El cuerpo siempre la traicionaba cuando él la tocaba. Quería más de él. Más de su cuerpo. Más de su alma. Más del modo en que los ojos castaños le habían destellado con calidez la noche anterior al darle un intenso placer.

Constantine aún no lo sabía, pero esa noche sería egoísta y no le permitiría dormir en su propia cama. La próxima vez que se sujetaron las manos, lo miró a los ojos y se hundió en ellos. Supo que el corazón le latía al unísono con el de él. Que el cielo se apiadara de ella. ¿Quién era esa mujer a la que estaba despertando?

16

Esa noche más tarde, cuando *lady* Virtoux reveló un espejo de bronce, Constantine oyó el pequeño jadeo que soltó Modesty.

Lady Virtoux se encontraba de pie sobre una plataforma delante de la sala de estar, algo elevada por encima de los invitados que se encontraban sentados. A su izquierda, sobre una mesa alargada, se encontraban los objetos a ser subastados, ordenados con cautela debajo de domos de cristal o sobre almohadones aterciopelados y protegidos por dos lacayos atentos.

El disco de bronce del tamaño de la palma de una dama reflejó la luz de las velas en la superficie dorada. El mango del espejo tenía la forma de serpientes entrelazadas y parecía de hierro. Alrededor del borde del espejo, había un ribete con espirales complejos y patrones geométricos.

A Modesty se le retorcieron los dedos como si estuviera ansiosa de tocarlo y examinar los patrones en espirales que coincidían con los dibujos de sus libros. Se mordió los labios, y Constantine supo que estaba intentando mantener la compostura. Entonces decidió que lo ganaría en la subasta para ella. Luego iría a hablar con *lady* Virtoux acerca de la caja de palisandro.

El artículo que habían publicado en el periódico esa mañana fue como una daga en la espalda. No tenía idea de por qué el chantajista atacaría su reputación cuando había pagado todo lo que le había pedido. A lo mejor, era para asegurarse de que supiera que iba en serio y que próximamente le enviaría una nueva demanda de dinero.

Con toda la atención que había suscitado el rumor de la indiscreción de su madre, no sería bueno llevar a Augustus a casa como le había prometido a Modesty. Iba a tener que romper su promesa… y eso lo mataría. Sin embargo, si *lady* Virtoux era la extorsionadora, todos sus problemas acabarían pronto. Y no se marcharía sin la carta de su madre. Sin importar lo que tuviera que hacer. Luego podría llevar a Augustus a casa antes de lo pautado, quizás hasta ese mismo día, y disfrutar del placer de ver el rostro de su esposa resplandecer de alegría.

Lady Virtoux alzó el espejo con las manos enguantadas y giró en un círculo para que todos pudieran verlo bien.

—Un artefacto de lo más extraño que se encontró cerca de Inverness, un espejo de bronce con característicos patrones pictos. La subasta comienza con cinco libras.

La oferta inicial bastaba para cubrir la mitad del salario anual de un lacayo. Constantine alzó la mano.

—¡Cinco libras!

La voz del príncipe regente sonó entre la multitud.

—¡Diez libras!

A Constantine se le tensó el mentón. El regente sabía muy bien que él había liderado a la oposición en el debate de aumentar su anualidad el mes pasado. Eso no se trataba del espejo.

—Veinte libras —dijo Constantine, y su voz sonó alta entre los susurros que llenaban la sala de estar.

El príncipe regente curvó los labios.

—Cuarenta.

Constantine enterró los dedos en la palma. Sabía que debía admitir la derrota. La elección práctica sería permitirle la victoria al príncipe regente. A pesar de eso, al ver por el rabillo del ojo que Modesty intentaba contener la desilusión detrás de la máscara de duquesa, algo se le retorció en el pecho. Ya la había privado de muchas cosas. No soportaba ver cómo se le apagaba la luz en los ojos, no cuando tenía el poder de mantenerla ardiendo.

—Ochenta —dijo.

—Noventa —contraofertó el regente.

La multitud comenzó a murmurar. Todos estaban al tanto de las deudas cada vez mayores del príncipe regente y de sus luchas con el Parlamento, así como también de los actos de Constantine para evitar aumentarle la anualidad.

—Cien libras —ofertó Constantine. Modesty se volvió hacia él con los ojos abiertos de par en par.

El príncipe regente se sonrojó.

—Doscientas libras.

Maldita fuera su soberbia, Constantine no podía echarse atrás. Al menos, no mientras Modesty lo observaba y el príncipe regente sonreía con arrogancia asumiendo que cedería. Al igual que se esperaba que cediera con Augustus, con su matrimonio y todo lo demás.

Constantine apretó el mentón.

—Cuatrocientas libras.

Al decirlo, una parte de él se preguntó si estaría siendo imprudente. Estaba seguro de que el extorsionador pronto demandaría más dinero, y él se estaba gastando una fortuna en soberbia.

Todos los presentes en la habitación soltaron un jadeo. Los dedos del regente se tornaron blancos alrededor de la copa de vino. Constantine casi podía oír su futuro desmoronándose. Pero el rostro de Modesty, la esperanza descubierta que no lograba ocultar, le apretó el corazón con determinación.

—¡Constantine, eso es mucho! —le susurró—. No lo vale. Puedes darle mejor uso a ese dinero… lo puedes donar al asilo de mujeres… o cualquier otra cosa.

Modesty tenía razón. Con cuatrocientas libras podía fomentar una pequeña excavación en alguna parte de Gran Bretaña. ¿Valía la pena gastar todo ese dinero en un espejo?

A su alrededor, las damas se abanicaban mientras intercambiaban susurros cada vez que las ofertas escalaban. Era consciente de los susurros de los atuendos de seda, los repiqueteos de las copas de vino y los destellos de las joyas que seguían a los movimientos de las cabezas para seguir la batalla entre el duque y el príncipe regente.

—¡Seiscientas! —exclamó el regente.

Constantine lo miró a los ojos manteniendo la compostura perfecta. Los dos sabían que el príncipe regente no podía ofrecer más sin generar un escándalo a raíz de su deuda. A la vez, los dos sabían que Constantine había provocado ese momento. Era exactamente lo mismo que había ocurrido en la subasta de Icarus. Al regente esa situación debía de resultarle insoportable.

—Constantine, no —le susurró Modesty—. De verdad, te lo agradezco, pero que lo gane él.

A pesar de que la oyó, no pudo dejar el asunto como estaba. Tenía que obtener el espejo. No podía permitir que ganara el regente. Era cuestión de orgullo.

—Mil libras.

En la habitación reinó el silencio. Constantine sintió hasta el último par de ojos de la sala en él. Esa suma era más de lo que veía la mayoría de las familias al año y más de lo que planeaba gastar en renovar las granjas de sus arrendatarios esa temporada. En la distancia, se preguntó qué otros sacrificios tendría que hacer por su soberbia. La apuesta había empezado en cinco libras, y él había ofrecido una pequeña fortuna.

El rostro del regente se tornó púrpura, pero tras un momento, inclinó la cabeza con una gracia letal.

—Es suyo, milord. Aunque me pregunto si vale el precio.

La amenaza no fue nada sutil. Sin embargo, Modesty le apoyó la mano en el brazo y la sintió temblar de entusiasmo. Constantine no se arrepintió ni de una sola libra.

—Mil libras —dijo *lady* Virtoux—, a la una… a las dos… vendido al duque de Pryde.

Modesty le enterró los dedos en el brazo luchando por mantener la compostura. Pero sus ojos… Por todos los cielos, sus ojos destellaban como esmeraldas encendidas.

El lacayo de *lady* Virtoux acercó el espejo para que lo inspeccionaran, y la máscara de duquesa de Modesty se derrumbó. Se inclinó hacia delante conteniendo el aliento mientras recorría el aire por encima de la superficie de bronce.

—Sé que costó mucho, pero… Oh, Constantine, mira los patrones en espirales… Por lo general, los tallaban en objetos importantes. Y las serpientes en el mango… Las serpientes suelen representar la sabiduría o la transformación en el arte celta. Un espejo común y corriente no tendría un trabajo tan elaborado. Creo que no solo era práctico, sino también simbólico. Una mujer que tuviera este espejo debía de ser poderosa.

—Qué fascinante —comentó Constantine. Pagaría mil libras más solo por volver a ver ese brillo en sus ojos.

Para su decepción, su esposa miró alrededor y se obligó a transformar sus rasgos en una expresión de aprecio modesto.

—No, continúa. —Le apretó la mano en secreto sin poder ocultar una sonrisa—. Creo que estabas a punto de revolucionar nuestra comprensión de la antigua sociedad escocesa.

Modesty alzó la mirada hacia él y lo miró: la gratitud desnuda y la alegría pura de su rostro hicieron que se le retorciera el pecho. Por un instante, se olvidó de la mirada amenazante del príncipe regente, se olvidó que *lady* Virtoux estaba en posesión de la caja de palisandro y se olvidó de todo, excepto del modo en que todo el ser de Modesty destellaba lleno de entusiasmo.

—Gracias —le susurró—. Por tomarme en serio. Por permitirme ser yo misma, aunque solo sea un instante.

Había sido un tonto por intentar reprimir esa parte de ella e intentar moldearla en una duquesa perfecta y pasiva. Ese era su verdadero ser: brillante, apasionado y vivo. En el futuro lidiarían con las consecuencias necesarias, pero esa noche, le había dado a su esposa un trozo de historia para develar, y su sonrisa valía cualquier precio.

Sin embargo, no podía descansar aún. La caja lo aguardaba y, en ella, quizás se encontraban las respuestas acerca de la identidad del extorsionador. Tenía que proceder con cautela con *lady* Virtoux, y abordar el tema con más fineza de la que había demostrado al acusar a Modesty. Una palabra en falso podría bastar para deshacer su mundo construido con extrema cautela.

Luego de la subasta, *lady* Virtoux se le acercó.

—¿Quiere que discutamos el pago en mi estudio?

Perfecto. Le preguntaría por la caja luego de arreglar el pago.

—Por supuesto.

Tras dejar a Modesty en manos de Eccess, siguió a *lady* Virtoux al estudio. El espacio se sentía demasiado cálido, a pesar del frío de la noche de octubre al otro lado de las ventanas. Tras sentarse al escritorio, extrajo un libro de contabilidad con tapa de cuero y bordes dorados que destellaron bajo la luz. Constantine humedeció la pluma que le entregó en el tintero y firmó su nombre con un practicado ademán ostentoso en la página que le había indicado, que era el registro oficial de la venta.

—Gracias, señor —le dijo mientras dejaba el libro a un lado—. Ahora, ¿de qué quería hablar conmigo?

Los dedos se le tensaron detrás de la espalda.

—Entiendo que recientemente ha adquirido un objeto interesante —comenzó con cautela—. Una caja de palisandro con incrustaciones de plata y perlas.

Lady Virtoux arqueó las cejas perfectas.

—Qué curioso que sepa de la existencia de ese objeto en particular.

—Tengo un gran interés en las finas artesanías.

—¿Ah, sí? —Le obsequió una sonrisa afilada—. Qué intrigante. Su madre compartía esa pasión, ¿no? Aunque sus intereses también se inclinaban hacia… asuntos espirituales.

Constantine se enterró los dedos en las palmas sujetas en la espalda.

—Mi madre tenía muchos intereses.

—Oh, sí. Según recuerdo, la cautivaban las discusiones teológicas en particular. Pasaba mucho tiempo con ese clérigo rural… ¿Cómo se llamaba?

A Constantine se le tensó la garganta.

—Me temo que no la sigo.

—¿No? Qué curioso. Cualquiera creería que un hijo recordaría ese tipo de cosas. Aunque quizás no todos los hijos tienen motivos para recordar a los consejeros espirituales de sus madres.

La amenaza en sus palabras era clara como el agua. Constantine luchó por mantener el tono de voz sereno.

—Dígame, ¿cómo lo trata la vida de casado? —prosiguió—. Su nueva duquesa es bastante… poco convencional. Es la hija de un hombre del clérigo, ¿no? Qué adecuado.

El hincapié que puso en la palabra «clérigo» hizo que se le enfriara la sangre.

—Mi matrimonio no es el tema de discusión.

Ella se inclinó hacia delante.

—Oh, pero es tan fascinante. La boda apresurada, la mujer misteriosa de la que nadie ha oído hablar… ¿Es la candidata adecuada para un duque? Y ahora este increíble acto por un espejo picto. Uno casi podría pensar que está intentando compensar algo.

—Si tiene algo que decir, dígalo, *lady* Virtoux.

—Oh, pero eso no es divertido. Aunque debo decir que el entusiasmo intelectual de su nueva duquesa es encantador. Es muy apasionada por develar los secretos de la humanidad. ¿Cree que sentiría el mismo entusiasmo por descubrir verdades ocultas en la historia de la familia?

La habitación pareció cerrarse a su alrededor. ¿Acaso esa tortura elegante era un modo de preparación para demandarle algo? ¿O solo se estaba divirtiendo gracias a su incomodidad?

Se encontraba en aprietos. No podía acusarla de chantaje, porque si no era la extorsionadora, todos los miembros de la alta sociedad sabrían todo esa misma noche.

—La caja era una herencia familiar de mi madre —mintió—. Simplemente, la encontré gracias al vendedor y deseo comprársela.

No tengo muchos recuerdos felices de mi infancia. Esa caja guarda conexión con uno.

Cada vez caía más en su propia trampa. ¿Cómo podía develar si era la extorsionadora? Podría pedirle que escribiera algo y comparar la caligrafía con la de la carta.

—Oh —le dijo sonriendo—. Ya lo veo. Pues no me gustaría mantenerlo alejado de ese atesorado recuerdo de la infancia. ¿Qué recuerdo es, si me permite preguntar?

Se aclaró la garganta.

—Un día maravilloso con mi madre. Ella solía guardar sus colgantes en esa caja. Mi esposa lleva uno de sus colgantes esta noche.

—Claro. Me di cuenta. Su madre tenía un gusto exquisito.

—Sí.

La marquesa asintió y abrió el cajón del escritorio para extraer una caja de palisandro ornamentada. A Constantine se le aceleró el corazón al verla.

—Es una pieza única —le dijo apoyándola delante de él—. Aunque quizás no valga tanto como su nuevo espejo picto.

La garganta se le estrechó al ver las incrustaciones de plata y las perlas delicadas que había descrito la criada.

—¿Puedo?

La marquesa hizo un ademán para concederle permiso con gracia. Mientras abría la tapa, el corazón se le aceleró. En el interior, había plumas. Con discreción, alzó el fondo falso que la criada había mencionado y tuvo que contener una maldición. El compartimiento secreto estaba vacío, no había ningún indicio de la carta que podría destruirlo todo. Si *lady* Virtoux había encontrado la carta, no dudaba que la mantendría en otro sitio. De modo que aún le quedaba descartar que ella fuera la extorsionadora.

Tras asentir, colocó la caja sobre el escritorio.

—¿Cuánto quiere por ella?

—Llévesela gratis, milord. Como muestra de aprecio hacia su madre y como obsequio.

—Gracias —le dijo con sequedad—. ¿Le puedo pedir un favor más? ¿Escribiría un mensaje corto para regalársela a mi duquesa? Es de lo más meticulosa a la hora de documentar su creciente colección de antigüedades. Me encantaría sorprenderla con el espejo y esta adorada pieza familiar, autentificados adecuadamente por una colectora de renombre como lo es usted.

Ella se rio entre dientes.

—Por supuesto. Lo que sea por su nueva duquesa. Mientras no tenga a su propio amigo espiritual.

Comenzó a escribir mientras Constantine apretaba el mentón con tanta fuerza que le castañearon los dientes en el esfuerzo de no decir nada de lo que se fuera a arrepentir. Tras entregarle la nota con una sonrisa tímida, le dijo:

—Envíele mis saludos a su encantadora duquesa. Es una adición de lo más refrescante a nuestro círculo.

Constantine apretó la mano alrededor de la caja hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—Es muy amable de su parte.

Salió del estudio con la mente acelerada. La caja estaba vacía. Se detuvo bajo un candelabro que había en una pared para contemplar la caligrafía y soltó una maldición. Era completamente diferente. La escritura de la marquesa era redonda y enrulada, mientras que la del extorsionador era más alargada y afilada. Suponía que podría haberla cambiado, pero ¿qué probabilidades había de eso en realidad?

La investigación había llegado a un punto muerto, a pesar de la ayuda de sus amigos. Y ahora la chismosa más infame de la sociedad lo acosaba como un buitre, lista para despedazarlo. Lo más inteligente que podía hacer era evitar los chismes y las preguntas. Y eso significaba mantener a Augustus escondido. La mirada de dolor y desilusión en el rostro de Modesty lo matarían. A menos que…

Había una persona más que podría ayudarlo, un hombre con experiencia en secretos más oscuros que el suyo. Thorne Blackmore. De solo pensar en acudir a él, le dio escalofríos, pero no tenía más opciones.

17

De regreso en la casa, en la recámara de su esposa, Constantine sirvió dos copas de oporto y se quedó petrificado buscando las fuerzas para enfrentarse a Modesty. No quería pensar en el extorsionador y el artículo sobre él en el periódico. No quería pensar en cómo convencer a Thorne Blackmore de que lo ayudara.

Quería empujar a todo el mundo a un lado, aunque solo fuera por una noche. Modesty lo llamaba como una sirena. Resistirse a ella sería lo más difícil que había hecho en toda su vida, pero le debía la verdad antes de que ocurriera nada más entre los dos. El honor lo demandaba, aunque su cuerpo le pidiera a gritos que tomara lo que ella le ofrecía con total libertad.

Siempre había querido ser honrado, pero era un bastardo. Su mera existencia era una mentira. De modo que sus actos no siempre coincidían con sus intenciones. A pesar de eso, había algo en Modesty que lo hacía desear ser mejor hombre.

Dios era testigo de que se encontraba en terreno pantanoso. Luego de la velada de esa noche, había quedado desgarrado entre su deber hacia el título de Pryde y su deseo de por fin verse liberado de la mentira que le había pesado durante toda su vida. El deseo de por fin ser libre y permitirse ser feliz con su esposa. Estaba

desgarrado entre la necesidad de tener que romper la promesa que le había hecho y el anhelo de verle un brillo de alegría en los ojos al sostener a Augustus… Por eso, había llegado a un acuerdo: al menos la llevaría a pasar tiempo con el bebé.

Cuando llegaron a la casa adosada luego del evento de *lady* Virtoux, Augustus estaba dormido, pero ver a Modesty reclinarse sobre su cuna con lágrimas en los ojos, le produjo alivio en el corazón. Mientras la miraba estudiar al pequeño con amor mientras roncaba despacio envuelto en un atuendo de muselina, Constantine no logró decirle que no podrían llevárselo a casa en dos días. Por primera vez, había visto un destello de lo que podría ser… un vistazo de una vida feliz con Modesty y Augustus.

Ahora, en su recámara, por fin se volvió hacia ella y el aire se le quedó atrapado en la garganta al verla. Aún llevaba puesto el vestido de seda de color índigo y se deslizaba un alargado guante blanco por el brazo. Hipnotizado, siguió la trayectoria de la pieza de seda por el antebrazo. Despacio, se quitó un guante y luego el otro. El gesto fue tan íntimo que expresó sus intenciones, y a Constantine se le secó la boca.

Las palabras de Octavius se le vinieron a la mente: «Una pelirroja… Se veía muy tímida, pero debe ser ardiente en la cama». A juzgar por el modo en que su cuerpo había respondido a sus caricias y el modo en que lo miraba, tenía que coincidir con su amigo.

Sin embargo, era necesario que hablara de inmediato, antes de que la seducción de su esposa le arrancara toda su resolución. Se acercó a ella y le entregó una copa. Modesty la aceptó y le ofreció una sonrisa.

—Gracias.

Tenía la sonrisa más hermosa que había visto. Constantine asintió y acercó su copa para un brindis.

Quería decírselo todo: lo de su verdadero linaje, el derecho de Augustus, el extorsionador y por qué le urgía mantener a Augustus oculto durante más tiempo. Pero, cada vez que abría la boca, la mirada llena de confianza de ella lo detenía. ¿Cómo podía destruir esa confianza que era tan nueva y frágil?

—¿Cómo lo pasaste esta noche? —le preguntó.

—Disfruté algunas partes. —Soltó una risa—. Disfruté bailar contigo… fue agradable.

Se miraron a los ojos, y vio cómo bebió un sorbo de vino mirándolo por el borde de la copa. Constantine tragó con dificultad y esta vez él fue el que soltó una risa. Estaba excitado de solo estar en su habitación, donde su aroma siempre pendía en el aire.

—A mí también me agradó bailar contigo.

Cada vez le era más difícil respirar con ella tan cerca, pero tenía que decírselo. Quería decírselo. «Mi madre tuvo una aventura. No soy el hijo de mi padre. Augustus es el verdadero heredero porque Ophelia era la hija del duque. Mi padre dejó un testamento expresando su voluntad de que el título pasara a un heredero de sangre. Yo no soy un heredero de sangre, pero Augustus sí lo es». Al fin y al cabo, todos los títulos podían pasar a la siguiente generación a voluntad del monarca. Constantine estaba seguro de que al príncipe regente nada le gustaría más que quitarle el título y otorgárselo al niño.

Abrió la boca.

—A lo mejor podríamos tener un verdadero matrimonio —le dijo. Los ojos le resplandecieron al dar un paso hacia él. Le apoyó las manos en el pecho, y cualquier idea de contarle la verdad se

evaporó por completo. Inhaló su aroma dulce, y se le encendió la sangre.

De pronto, tenía los labios tan secos que tuvo que vaciar el contenido de la copa de oporto.

—¿Un verdadero matrimonio?

Ella le tomó el rostro entre las manos, y la caricia suave y delicada le produjo un deseo en la entrepierna.

—A veces, las personas se casan por amor. A veces se enamoran luego de casarse. ¿Por qué no nos puede pasar eso a nosotros?

—El amor nunca ha sido parte de este matrimonio —logró articular.

Ella le acarició la mejilla.

—Pero podría serlo.

De repente, tuvo una epifanía. Al diablo con todo, ya lo era. Al menos para él. El corazón le latió acelerado contra el pecho, lleno y liviano. El deseo de hacerla feliz, la necesidad de verla sonreír, la obsesión de ir en contra de su buen juicio y arriesgarlo todo… Todo se debía a que la amaba.

—Yo… —comenzó, pero no logró decir nada más.

Dios, quería estar de acuerdo con ella. Quería convertir ese matrimonio de conveniencia en un verdadero matrimonio. Sin embargo, si Modesty llegaba a develar la verdad, los secretos que ocultaba, la batalla que luchaba en contra del bebé al que tanto protegía… Jamás volvería a hablarle de amor.

—Al principio, pensé que eras egoísta y cruel, pero ahora veo que en realidad eres un hombre bueno.

Cada palabra era un golpe al vientre. Seguía siendo egoísta y cruel. Seguía siendo el hombre más soberbio de toda Inglaterra. Iba a destruir su confianza, solo era cuestión de tiempo.

—Te rechacé cuando viniste a mí en nuestra noche de bodas —le murmuró pasándole la mano por el pecho y dejando un rastro de fuego sobre la piel a través de las capas de prendas—. No te rechazaré más.

Tras prometerle eso, la pícara se paró sobre las puntas de los pies, se le acercó y lo besó. Tenía los labios suaves y cálidos. Tanto su aroma, como su sabor y sus caricias le encendieron algo en lo más profundo de su ser. A lo mejor, se debía a que la deseaba desde hacía lo que le parecía una eternidad. O quizás, a que se estaba ofreciendo a él sin ninguna reserva. Algo se rompió en su interior.

Un hombre honorable la hubiera detenido. Le hubiera explicado toda la verdad. Le hubiera dicho que no podía permitirle amar a una versión falsa de él. Sin embargo, él no era un hombre bueno. Era un bastardo en todos los sentidos de la palabra y había deseado tenerla durante mucho tiempo. Por eso, le envolvió los brazos por la cintura y profundizó el beso, apoderándose de su boca como pronto se apoderaría de su cuerpo.

18

La besó con voracidad, tenía los labios encendidos, los brazos alrededor de la cintura como varas de hierro. Ella soltó un jadeo y se derritió contra su pecho de granito. Constantine gruñó y, con la lengua enredada en la de ella, le despertó todos los sentidos.

Cuando Modesty le enterró las manos en el cabello y se las pasó por el cuello, sintió el impulso de apretar su sexo contra él como nunca y de frotar los senos contra el cuerpo de él ronroneando como una gata.

¿Acaso había dicho que quería un verdadero matrimonio con el duque de Pryde, el hombre al que una vez había creído más frío que una piedra? Sin embargo, sabía que había mucho más en él. Lo había visto con Augustus y el señor Hawthorne. Había pagado una fortuna para que pudiera obtener el espejo picto, y la había protegido del príncipe regente… A pesar de sus reservas, en lo más profundo de su corazón, lo único que quería era darle felicidad. Además, estaba cansada de resistir el deseo que sentía su cuerpo por él. Estaba lista.

Al igual que ella, Constantine respiraba entre jadeos. Se echó hacia atrás y la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Modesty… Yo… —Negó con la cabeza, como si intentara despejarse una suerte de neblina y aclarar los pensamientos.

—¿Qué? —le preguntó en un murmullo.

Tenía los ojos tan oscurecidos que se la devoraron entera.

—No puedo pensar con claridad… Por todos los cielos… ¿Qué me haces?

¿Ella? ¿Ella le estaba haciendo eso? Nunca lo había visto perder la compostura. Incluso cuando se marchaba apresurado de la casa en alguna misión secreta iba meticulosamente acicalado. Pero ahora tenía unas perlas de sudor en la frente.

—¿Estás segura de esto?

Modesty se humedeció los labios y alzó la mirada para verlo por debajo de las pestañas. Mientras le abría un botón del saco, Constantine exhaló.

—Estoy muy segura, Constantine —le dijo y comenzó a abrirle el siguiente botón—. Quiero que cumplas tu promesa de introducirme algo grande.

Constantine cerró los ojos e inhaló con dificultad al tiempo que un temblor visible lo recorría entero.

—Por todos los cielos, mujer, no sabes lo que pides. No soy un amante amable. Me gusta hacer las cosas de cierto modo para no perder el control… Y no sé si puedas soportarlo.

Un deseo profundo en el vientre la hizo estremecerse y tensar los muslos. No sabía de qué hablaba, pero sabía que lo quería todo.

—Puedo soportarlo.

Constantine volvió a buscar sus labios y, con fuerza apenas contenida, la hizo caminar hacia atrás. A sus espaldas, algo pesado cayó sobre la alfombra, seguido del ruido del cristal que rodaba por los tablones del parqué. En alguna parte distante de la mente,

registró que se trataba del decantador de oporto, pero no quiso concentrarse en nada más que en sus caricias.

Se dio de bruces contra la pared y sintió la tela de la cortina sobre la piel de la parte superior de la espalda. Mientras Constantine no dejaba de besarla, tomó consciencia del suelo bajo sus pies, de sus manos enterradas en su cabello, el cuerpo endurecido acorralándola contra la pared y el sonido de la cortina que se desgarraba desde lo alto del cielorraso.

Constantine soltó un gruñido propio de un lobo contra su boca. Las manos le recorrieron el cuerpo con una gran voracidad, acariciándole los senos hasta que le dolieron y quisieron más. Cada caricia le producía un cosquilleo por todo el cuerpo y la hacía jadear contra su boca.

—Te voy a levantar —le murmuró contra los labios—. Y quiero que me envuelvas las piernas por la cintura.

—¿Qué has dicho?

—Envuélveme las piernas por la cintura.

Le pasó las manos por la cintura y le alzó el vestido. Sujetándola por las caderas, la apoyó contra la pared y le dio soporte con la pelvis mientras ella le envolvía el cuerpo con las piernas. Acto seguido, le embistió el sexo con el imponente bulto endurecido.

—Buena chica —le susurró con la voz ronca, y el elogio hizo que se le tensaran los músculos internos.

Modesty soltó un gemido porque la fricción le brindaba el placer que anhelaba. Estaba rodeada de él, no tenía a dónde ir, y lo único que quería era eso. Comenzó a mover las caderas con el ritmo de las embestidas suaves y, cuando le rozó la pelvis, lo oyó gemir como un animal.

De repente, la pared desapareció a sus espaldas, y su marido la llevó en sus brazos. Le encantó que, a pesar de su altura, la pudiera

cargar sin mayor esfuerzo. Tras arrojarla sobre la cama, se ciñó sobre ella y se apoyó sobre los brazos mientras le acercaba el rostro.

Ya no llevaba la máscara fría de una estatua. Su rostro mostraba emociones puras: adoración, voracidad y deseo. Le recorrió el cuerpo con la mirada mientras respiraba entre jadeos. Modesty sintió una ola de vergüenza seguida de un deseo ardiente al darse cuenta de que tenía la falda y las enaguas subidas hasta las caderas. Solo llevaba las piernas cubiertas por unas medias y las zapatillas.

Constantine le apoyó la mirada excitada sobre el sexo, y sintió como si ya la estuviera acariciando.

—Abre las piernas para mí, dulzura.

Al oírlo, se estremeció y se humedeció. Apretó las piernas al tiempo que el rostro se le sonrojaba.

—No sé si es apropiado… que me mires allí…

Constantine se quitó el saco, pero le temblaban las manos.

—Estamos más allá de lo apropiado, dulzura. —Tenía la voz serena, pero profunda y ronca—. Estás a punto de convertirte en mía para siempre. Quiero verte. Entera.

Otro exquisito espasmo hizo que se le tensaran las paredes internas de la anticipación y se le encendiera la sangre. ¿Qué le estaba haciendo esa voz autoritaria?

Modesty le obedeció y se sintió más vulnerable y desnuda que nunca al tiempo que un calor se le subía por el cuello y el rostro. Constantine le clavó la mirada en el sexo y soltó un gemido profundo al tiempo que una expresión animalesca le cruzaba los rasgos. Luego soltó un gruñido más profundo que el de antes. La nuez de Adán le subió y bajó al ritmo que se le inflaba y desinflaba el pecho y se le tensaban los tendones del cuello.

—Qué concha más hermosa… —murmuró—. Y es toda mía.

Se quitó el chaleco y lo arrojó a un lado, se sacó la camisa blanca de los pantalones y se la quitó por la cabeza con tanta prisa que oyó cómo se rasgaba la tela. Sin desperdiciar ni un instante, se deshizo de las botas, se bajó los pantalones y se quedó desnudo delante de ella.

Además de un glorioso espectáculo de hombros anchos y musculosos, un pecho duro con músculos definidos y un abdomen exquisitamente tallado que descendía a unas caderas angostas y muslos musculosos, había… Modesty se quedó sin aliento. Un órgano alargado y grueso se erguía en medio de un círculo de vello oscuro. Se apoyó en los hombros y estiró el cuello para verlo mejor. Perpleja, abrió la boca.

—¿Esa es la cosa dura de la que me habías hablado? ¿La que me dará placer? —le preguntó recordando lo que le había dicho la noche en que le provocó mucha dicha con tan solo los dedos.

Constantine tragó con dificultad.

—Sí.

Durante unos segundos, le costó hablar.

—Pero ¿cómo me va a caber? —logró decir al final.

—Entrará… y me aseguraré de que te encante. Pero antes, déjame darme un banquete contigo.

Sin aguardar respuesta, se dejó caer sobre la cama entre sus muslos y le acercó el rostro al sexo. Modesty se retorció avergonzada.

—¡Constantine! —exclamó alarmada—. ¿Qué haces?

Le sujetó las caderas con las manos y alzó la vista hacia ella.

—Voy a besar esta hermosa concha, dulzura. Abre las piernas para mí.

—¡No! Te aseguro que no es necesario…

Tomó una profunda bocanada y cerró los ojos un instante. Al abrirlos para mirarla, vio una curiosa ternura en ellos.

—Entiendo que sientas timidez. No querría hacer nada que no quieras. Y no es necesario que haga nada, Modesty, pero me muero de ganas de besarte allí. No hay nada que quiera más que apoyar la boca entre tus hermosos pliegues húmedos. Quiero saborearte y sentirte tensar y estremecer antes de deshacerte en mis brazos. No recuerdo jamás haber deseado algo así.

Oh, por todos los cielos… Las palabras le produjeron una ola de calor en todo el cuerpo, y una capa de sudor le cubrió la piel. La mirada de Constantine se sentía cálida sobre ella.

—Pídeme que me detenga y lo haré. ¿Qué deseas? ¿Quieres que te bese allí?

Un temblor la embargó al tiempo que abría la boca para decir las palabras más decadentes de toda su vida:

—Sí, quiero que me beses allí.

—Buena chica.

Entonces sintió los labios sobre la piel… y le besó el sexo como le había besado la boca: con desesperación y voracidad, lamiéndola y explorando sus pliegues. Modesty soltó un intenso gemido de placer.

Primero sus manos… y ahora eso… ¿Acaso la tortura exquisita que le estaba causando tendría fin? ¿Y cómo se sentiría su miembro duro en lo más profundo de ella? En el sitio donde la había penetrado con los dedos…

Modesty sintió que las paredes internas se le apretaban, y una nueva ola de calor la arrasaba. La provocó y le succionó la carne con ternura, mientras ella solo se limitaba a sentirlo e intentar no morir de dicha. Constantine emitía sus propios ruidos: gruñidos desesperados, gemidos masculinos y palabras de estímulo y

adoración que se le escapaban de los labios como si estuviera delirando de fiebre.

Modesty estaba a punto de deshacerse cuando se retiró. Alzó la mirada para verlo frotarle la carne adolorida y llena de deseo.

—Puedo sentir cómo se tensan tus paredes a mi alrededor y lo empapada que estás, dulzura.

Se arrodilló con las manos temblorosas mientras se sostenía el miembro alargado. Se veía muy grueso e hinchado, con unas venas largas que lo recorrían a ambos lados. Se acarició sin dejar de mirarla. Luego la hizo sentarse, le abrió los lazos del vestido y se lo quitó. A continuación, le abrió los lazos del corsé y se lo extrajo por la cabeza. Por fin, con las manos que se rehusaban a cooperar, logró quitarle la túnica.

Modesty quedó únicamente con las medias y las zapatillas, que se quitó ella misma. Constantine se ciñó sobre ella con el cabello enmarañado, en un estilo muy poco característico del duque de Pryde. Se veía muy joven y vulnerable. Se veía diferente… Y le encantó verlo así. Ese era el hombre debajo de la máscara: apasionado, honesto y real.

Le acarició los senos e inclinó la cabeza para lamerlos y succionarlos hasta oírla respirar entre jadeos. Cuando se colocó entre sus muslos, Modesty siguió su instinto y movió las caderas para frotarse contra él anhelando sentirlo más cerca. El miembro se sentía aterciopelado, cálido y duro contra su cuerpo. Constantine soltó un gemido y comenzó a temblar.

—Te voy a hacer mía. Que Dios me ayude a mantener el control…

—No, Constantine. No te contengas. Pierde el control. Quiero que lo hagas.

—No quiero que te duela.

—¿Me dolerá?

—Quizás sí. Por eso quiero ser más cuidadoso contigo —le susurró al tiempo que le recorría la mejilla con los nudillos temblorosos—. Prefiero sufrir mil heridas a causarte un momento de dolor.

Luego le acercó el miembro a la entrada y la oyó gemir mientras le daba la bienvenida a la agradable invasión. Con una mano, le frotó los pliegues y ese punto exquisitamente sensible mientras la penetraba despacio con embestidas controladas. Modesty sentía como se iba estirando y, de pronto, experimentó un ligero dolor de algo que se quebraba en su interior. Constantine estaba entero dentro de ella. Su marido soltó un gemido y se estremeció en sus brazos al tiempo que ella misma soltaba un jadeo, abrumada por la sensación maravillosa de tenerlo en su interior. Se sentía plena, y el malestar pronto se disolvió a su alrededor.

—¿Te duele? —le preguntó.

Se estaba apoyando sobre los codos y le sostenía el rostro con las manos para apartarle unos mechones de cabello sudado de la frente.

—Me dolió un poco —le confesó mientras movía la pelvis para tenerlo más dentro—. Pero ya se pasó.

Constantine la besó, le depositó decenas de besos suaves en los labios, los párpados y las mejillas.

—Lo siento, dulzura. Lamento mucho haberte hecho daño. Te prometo que solo mejorará. Te aguarda un mundo de placeres. Lo que quieras es tuyo. Haré lo que sea…

Toda esa ternura hizo que se le ciñera el corazón, y le infundió confianza con un beso profundo.

—Entonces no te detengas —le murmuró contra los labios—. Enséñame este mundo de placeres. Quiero que me tomes. Haz lo que quieras conmigo.

Constantine soltó otro gruñido lobuno y comenzó a mover las caderas. Al principio, se movió despacio y la penetró con una tortura exquisita. El dolor dio paso a una profunda satisfacción, y quiso que fuera más rápido.

Estaban lo más conectados que podían estar dos personas. Él la miraba a los ojos, y ella se hundía en ellos, más segura que nunca de estar viendo al hombre detrás de las murallas que él mismo había erguido a su alrededor. Pero luego perdió el control y comenzó a embestirla con abandono feroz, y la tensión fue aumentando cada vez más. Lo oyó gruñir y murmurar:

—¿Cómo hice para resistirme a ti? Te deseo. Te deseo entera. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

Con cada embestida, la llevaba a nuevas cimas que jamás pudo concebir. Algo se tensó en toda esa dicha que nunca imaginó, y soltó un gemido al tiempo que arqueaba la espalda. Constantine se corcoveó, gruñó y se aferró a sus caderas para embestirla más rápido. Cuando se deshizo en mil pedazos, él la siguió. Durante unos instantes, los dos se estremecieron, y luego se desplomó en sus brazos y le enterró el rostro en el cuello envolviéndola en los brazos.

Estaban unidos, él se encontraba en su interior, y ella se derretía en sus brazos mientras respiraban al unísono. Con el corazón latiendo en simultáneo, Modesty se maravilló ante la transformación de la que fue testigo. Lejos había quedado la máscara que siempre llevaba y, en su lugar, había algo crudo, real y hermoso. Los ojos de su marido contenían mucha ternura al mirarla, así como también una vulnerabilidad que hizo que el corazón se le llenara de amor. Ese era el verdadero Constantine, no el duque de Pryde que conocía el mundo, sino su Constantine, el que temblaba con sus caricias y le susurraba palabras cariñosas contra la piel.

Y lo amaba. Amaba cada parte de él, incluso las partes que recién ahora comenzaba a enseñarle.

19

—Te voy a lavar —le murmuró Constantine al oído—. Dime si te duele, ¿de acuerdo?

De la tina que habían colocado en el centro de la habitación de Modesty salía vapor, y Constantine tomó un trapo y lo humedeció en el agua caliente. Modesty estiró la mano para tomar el trapo.

—No hace falta. Puedo hacerlo sola.

Su esposa se encontraba acomodada entre sus muslos, con la espalda apoyada contra su pecho. Esa misma noche, había llamado a los criados con la campana para pedirles que les llevaran una tina y la llenaran con agua caliente. Tanto los lacayos como las criadas lo habían mirado con curiosidad mientras recorría la recámara de su esposa en el salto de cama y ella se ocultaba bajo las sábanas. No le importaba que hablaran.

—No lo dudo, pero me gustaría hacerlo. Sé que antes te lastimé… y me gustaría cuidarte.

Modesty tomó una profunda bocanada de aire y exhaló acomodándose contra él.

La amaba, y, ahora que se había entregado a él, la amaba incluso más. Además, había sido mucho más duro de lo que había

querido. Pero todo su autocontrol se había hecho añicos con una de sus caricias. No se reconocía con ella.

Bajó el trapo y se lo acercó a los muslos. Unas velas encendidas los rodeaban desde los candelabros, y las llamas se reflejaban en el espejo grande. La recámara estaba muy tranquila. De hecho, solo oía las gotas del agua, los crujidos de los carbones en el hogar y la respiración pareja de Modesty, acurrucada contra su cuerpo. Podía sentirle la piel aterciopelada de la espalda y su peso liviano. El cabello húmedo flotaba en el agua a su alrededor y se le pegaba al cuerpo.

—Está bien —le dijo, y vio que las comisuras de los labios se le torcían para formar una sonrisa—. Si eso es lo que deseas.

Constantine bajó el trapo y se lo acercó a la cara interna del muslo. Las sábanas, al igual que los muslos, tenían manchas de sangre. Era una señal de que era verdadera e irrevocablemente suya. Era alguien a quien atesoraba, estimaba y adoraba. Jamás desearía a nadie más por el resto de su vida. Ahora ella le pertenecía, así como él a ella, y eso era todo lo que importaba. Con delicadeza, le pasó el trapo por el sexo. Le besó la mejilla, la oreja y el cuello.

—¿Está bien esto? —le preguntó.

Ella soltó una carcajada y se movió contra su entrepierna, provocándole una ola de calor en el miembro, que pronto le informó lo mucho que apreciaba esa atención.

—Muy bien —le respondió.

Cuando el trapo le rozó el sexo, se tensó.

—¿Demasiado?

—Arde un poco, pero continúa.

Constantine se rio y le dio una palmada entre los muslos, profundamente consciente de su cuerpo. Modesty no se inmutó ni se

apartó, y con eso supo que se encontraba bien.

—Debes saber cómo tratar con las vírgenes —señaló.

Constantine le pasó el trapo por el otro muslo. A pesar de que no podía ver lo que hacía, quería que se sintiera cuidada.

—La tuya es la única virginidad que he tomado —le dijo.

—¿Ah, sí?

—Eres la segunda mujer a la que conozco de esta manera. Y pase lo que pase, serás la última.

Como su respuesta la hizo ponerse rígida, Constantine dejó de hacerle caricias. Modesty estiró el cuello para mirarlo a los ojos.

—¿Acaso te sorprende? —le preguntó.

—Sí. ¿La segunda mujer? ¿De verdad?

—Sí, antes de ti, tenía una amante regular en Elysium. Ella fue mi primera mujer.

Modesty no se movió, apenas respiró.

—¿No te estás olvidando de Ophelia?

La pregunta lo dejó perplejo y se le aceleró la mente en busca de una respuesta. Diablos. Esa mentira lo seguía acechando. Quería contarle la verdad, pero ella confiaba en él y creía que era un buen hombre. Jamás volvería a verlo de la misma manera si se enteraba de que le había mentido en algo tan monumental como el linaje de Augustus y que jamás había corregido su malentendido. Y esa ni siquiera era la mayor mentira que estaba viviendo…

—Y Ophelia —agregó y se detestó—. Pero eso solo fue una vez. La mujer de Elysium ha sido mi amante durante diez años. Y ahora te tengo a ti.

Aguardó su reacción. Sabía que era una confesión importante y que no debía ser fácil para ella oír acerca de las otras mujeres de su vida. Por su parte, detestaba ver o siquiera oír hablar de George

Lockhart, porque estaba seguro de que el hombre tenía sentimientos que iban más allá de una amistad hacia ella.

Modesty dibujó un círculo en el agua con el dedo.

—¿Y… se acabó?

—Sí. Luego de que aceptaras mi propuesta de matrimonio, sabía que la única mujer que podía tener en mi vida eras tú. Mi esposa.

—¿Y era… más que una amante? ¿Era más que un cuerpo?

Constantine tragó saliva.

—De cierta forma, era una amiga. Alguien con quien hablaba y alguien que me permitía satisfacer… ciertas necesidades. Jamás quise engendrar un bastardo…

—Pero lo hiciste.

No, aunque por supuesto que no podía admitirlo. Con delicadeza le pasó el trapo por el sexo.

—Podría ser peor. Es testamento de lo acertado que estaba al solo estar con una sola mujer… o dos mujeres.

Modesty lo miró por encima del hombro.

—¿Y no echarás de menos a tu amante en Elysium?

Constantine negó con la cabeza.

—No. No necesito a una amante cuando tengo a mi esposa.

¿Cómo iba a echar de menos a su amante cuando tenía a la mujer más hermosa, desafiante, bondadosa e inteligente que había conocido? Era todo lo que podría haber deseado. Y quería hacerla feliz. Sin embargo, llegaría el día en que quebraría esa felicidad frágil como el cristal.

Soltó el trapo y la envolvió en sus brazos para abrazarla. Modesty se volvió hacia él en el agua con movimientos suaves que le produjeron un cosquilleo en los muslos y el estómago. La miró a los ojos que parecían malaquitas derretidas bajo la luz de las velas.

Modesty le tomó el rostro entre las manos y le sujetó un mechón de cabello entre los dedos.

—Déjame lavarte.

Constantine se rio. Que ella lo lavara se sentía como un placer seductor y prohibido.

—De acuerdo, duquesa.

Salpicando agua en el suelo, cambiaron de lugar, y él se acomodó entre los muslos de ella mientras lo limpiaba con el trapo.

—Cuéntame acerca de la mujer de Elysium —le pidió.

Constantine frunció el ceño.

—¿Estás segura? Podría no ser algo agradable de oír.

Modesty hundió el trapo en el agua.

—Soy más fuerte de lo que crees.

Constantine tomó una profunda bocanada de aire.

—A decir verdad, no hay mucho que contar. Mi experiencia fue… mecánica. Hasta se podría tildar clínica. Tenía la necesidad de satisfacer mi cuerpo para mantener el control de mis emociones. Mi padre me enseñó que debía hacer lo que fuera necesario para asegurar el honor de la línea de sangre. Jamás quise que mi relación con una mujer fuera diferente… hasta que te conocí a ti.

Las palabras «porque te amo» casi se le escaparon de la boca.

Modesty le pasó el trapo por el hombro.

—Debiste haber tenido una infancia muy estricta.

—Sí —le dijo con amargura—. Mi padre me dejó bien claro que debía ser de cierta forma. Siempre me gustaron los caballos. Ese interés fue alentado, pero solo si se trataba de purasangres. Una vez, cuando tenía siete años, lloré por la muerte de mi caballo favorito. Mi padre me encontró en el establo y me dijo que los duques de Pryde no lloraban. «Las lágrimas son para la plebe que no tiene nada más que ofrecer al mundo que sus emociones». En otra

ocasión, cuando tenía unos doce años, fui al establo por la noche, y una de las yeguas estaba teniendo un parto difícil. El mozo de cuadra me pidió ayuda, y no lo dudé. Cuando el potro por fin salió vivo y sano, sentí como si hubiera tocado un milagro.

Modesty hizo el trapo a un lado y le masajeó los hombros con las dos manos.

—Eso suena maravilloso.

El masaje le alivió los músculos tensos y dolorosos de los hombros, la espalda, los bíceps y el cuello. Si el paraíso existía, se encontraba en él. Mientras se le relajaba el cuerpo, le resultó más fácil hablar y compartir las peores cosas que le habían ocurrido. Quería que lo supiera y que fuera una parte de él.

—Después de eso, quise aprender todo lo que podía acerca de los caballos, su anatomía, sus cuidados y sus enfermedades. Cada vez que tenía un minuto libre, seguía a los mozos de cuadra por todos lados. También leía libros a hurtadillas y esbozaba caballos de memoria.

Modesty le acomodó la cabeza contra el pecho. Recogió una jarra que había sobre la mesa que habían dispuesto al lado de la tina, la llenó de agua y se la vertió sobre el cabello.

—Eras un niño apasionado.

Constantine se rio entre dientes.

—O un niño obsesionado. Cuando encontraba algo que me interesaba, tenía que dominarlo por completo. Tenía que saberlo todo y hacer todo bien.

Modesty le vertió más agua sobre el cabello.

—Allí es donde yace tu deseo por la perfección, ¿no?

—Hummm, nunca lo había pensado de esa manera. Pero claro, cuando mi padre notó hasta dónde había llegado, me dijo que los duques no eran doctores de caballos, sino que los montaban.

A su esposa se le escapó un bufido de indignación. Esa reacción protectora y comprensiva le llenó el corazón de amor.

—Así que tuve que ocultarle mi obsesión —continuó mientras ella tomaba una barra de jabón y se enjabonaba los dedos—. En secreto, ayudé a dar a luz a tres potros más. Cuando tenía dieciséis años, me enteré de los estudios veterinarios con la apertura de la Royal Veterinary College de Londres. De inmediato, quise estudiar allí, pero cuando se lo dije a mi padre, me respondió que eso no era digno de un duque.

Modesty le enterró los dedos en el cabello y le masajeó los mechones con jabón. Las yemas de los dedos le produjeron unas sensaciones maravillosas por el cráneo.

—Lamento mucho oír que pensaba eso.

—Sí, supongo que no me debería haber sorprendido. ¿Quién había oído de un duque que hacía operaciones de caballos? Sin lugar a dudas, eso hubiera estado muy por debajo de cualquier duque de Pryde. Sin embargo, se me ocurrió otra idea que creí que mi padre podría llegar a aprobar: establecer un pequeño hospital para caballos en nuestra propiedad. ¿Te imaginas la diferencia que hubiera hecho? Un hospital les hubiera dado empleo a los veterinarios egresados de la nueva universidad y les hubiera brindado cuidados a nuestros caballos y a los de nuestros arrendatarios. Y yo… bueno… en secreto esperaba aprender a lado de ellos.

Modesty vertió la jarra una vez más para enjuagarle el cabello, y Constantine cerró los ojos mientras el agua le caía por el rostro.

—Estaba muy entusiasmado cuando se lo conté a mi padre. Pensé que estaría orgulloso de establecer algo nuevo y honorable.

—Sin dudas, era una excelente idea —le dijo y le derritió el corazón—. De hecho, es una idea nueva y honorable.

Constantine le sonrió por la dulce aceptación y el apoyo que le estaba dando mientras le enjuagaba el resto del cabello. Se sentía libre, cálido y feliz. Antes de continuar, soltó una risa amarga.

—Mi padre se rio de mí.

De pronto, la sintió quedarse petrificada.

—Lamento que te haya destrozado los sueños de esa manera —le dijo mientras tomaba un trapo de lino suave y le masajeaba el cabello para absorber el agua.

Constantine no respondió, sino que se limitó a disfrutar de los movimientos de los dedos sobre la cabeza. Nunca se había sentido tan conectado ni tan íntimo con nadie en toda la vida. Que Dios lo ayudara, pero se sentía maravilloso hacer el orgullo a un lado y ser quien era. Dejar de tener la razón y de ganar siempre a cualquier costo. Dejar de fingir que jamás cometía algún error. Dejar de alejar a la gente.

Modesty tomó un peine de la mesa y comenzó a pasárselo por el cabello húmedo.

—Nunca le había contado esto a nadie —le dijo—, pero a raíz de ese sueño, mi padre creyó que le robé un prendedor de diamante.

—¿El prendedor que llevabas puesto en nuestra boda?

—Sí. Mi madre se lo había dado a mi padre, y un día quiso usarlo como gesto de reconciliación, pero no pudo encontrarlo.

Modesty siguió peinándolo. Nunca se sentía así de bien cuando lo peinaba su ayuda de cámara.

—¿Sabes quién lo robó?

Constantine asintió.

—El señor Hawthorne.

Modesty se quedó petrificada con el peine apoyado sobre el lateral de la cabeza.

—¿El señor Hawthorne? —le preguntó sorprendida—. Parece muy amable, ¿por qué haría eso?

—Tenía un hermano menor que estaba en graves aprietos por deudas de juego.

Las manos de Modesty se tensaron alrededor de las suyas.

—Cuando mi padre descubrió que el broche había desaparecido, ordenó que registraran todas las habitaciones y todos los cajones. Cuando me enteré, me lo llevé y lo escondí entre mis cosas. No podía permitir que mi padre despidiera al único amigo que había tenido.

—¿De verdad no tenías ningún amigo de tu edad? —le preguntó con suavidad.

Había una nota de pena en su voz que lo llenó de orgullo herido por dentro. Pero también podía comprender su pena.

—Es patético, ¿no? No tenía permitido jugar con los hijos de los arrendatarios ni de los criados, y mi padre prefería hacer contactos políticos en la ciudad que entretener invitados en nuestra casa. De modo que sí, el señor Hawthorne era el único amigo que tenía.

Modesty le sonrió.

—Ojalá hubiera podido ser tu amiga.

La garganta se le cerró de todas las emociones, y unas lágrimas le cosquillearon en los ojos. Pensó en Chastity y en Lucien, que se habían conocido desde siempre y habían sido amigos por muchos años. ¿Cómo hubiera sido tener a alguien así en su vida? ¿Alguien que lo entendiera y aceptara, que fuera su compañera de picardías y se encontrara a su lado en los momentos más difíciles? Sin embargo, siempre había sido un adulto con prendas de niño.

—Me hubiera encantado. Me hubiera escabullido por la ventana de mi recámara por la noche para pasar tiempo contigo.

Ella le acarició el cabello, canturreando con suavidad.

—¿Y qué pasó con el señor Hawthorne?

—Para protegerlo, confesé que me había llevado el broche y le aseguré a mi padre que quería algo para recordar a mi madre. Se puso furioso. Lo vio como prueba de lo poco digno que era del título. Era demasiado sentimental en cuanto a los caballos y las personas. Me castigó, pero no fue nada. El señor Hawthorne se quedó.

Constantine guardó silencio. Era consciente de la piel de ella contra la suya, de su aliento contra su espalda, de sus dedos sobre sus hombros en silenciosa señal de apoyo. En ese momento, Modesty se sintió más valiosa que cualquier título o propiedad.

Se movió como una ágil criatura acuática y pronto se le montó a horcajadas y lo miró a los ojos. A Constantine le resultaba aterrador mirarla a los ojos tras todo lo que le había contado. Pero no había nada más que amor y aceptación en su mirada. El corazón se le estremeció de temor. Quizás tenía una buena opinión de él en ese momento, pero cuando la verdad saliera a la luz, se enteraría de lo que había hecho: mentir, robarle a un bebé su verdadera herencia y vivir la vida de alguien que no era.

Y así, como un cobarde, se permitió ser egoísta y disfrutar de su afecto, sus caricias y su apoyo. Modesty le tomó el rostro entre las manos, y se perdió en su mirada. Tenía la piel luminosa, y unas gotas de agua que destellaban sobre las diminutas pecas que le cubrían los hombros y tanto adoraba.

—Eres un hombre maravilloso, Constantine. Bajo ese pecho duro, yace el corazón más bondadoso.

Era mentira. El hombre al que describía era quien deseaba ser, pero no quien era. Sin embargo, no la contradijo. Le permitió que lo besara y le derritiera los huesos como miel.

Solo deseaba ser digno de tan alta estima. En ese momento, supo que no podría romper la promesa que le había hecho, por más

daño que le causara a él. Aunque los chismes se esparcieran como un incendio forestal, le devolvería a Augustus como le había prometido. Le había dicho que no soportaba lastimarla y lo había dicho en serio.

Mientras le devolvía el beso, la sangre se le encendió de deseo, y supo que por más que no tuviera el corazón más bondadoso, el hecho irremediable era que su corazón latía por ella. Ese había sido el caso durante más tiempo del que podía admitir.

Su corazón siempre le pertenecería a ella.

20

—Disculpe, pero está fuera de discusión —le dijo Thorne Blackmore mientras se apoyaba contra el respaldo de la silla al día siguiente con los ojos tan oscuros como las profundidades de un pozo.

A Constantine se le tensó el mentón y volvió a mirar el reloj de bolsillo. Tenía que regresar a casa para recoger a Modesty antes de dirigirse a la casa de Eccess en Mayfair, Dulcis Court, donde los seis duques los aguardarían. La cena anual de otoño no era una velada a la que llegar tarde, en especial cuando el resto de los duques lo habían apoyado en su matrimonio. Había esperado llegar a un acuerdo con Blackmore rápido, pero era evidente que había algo que no sabía.

Había tres hombres más presentes en el estudio además del señor Blackmore. El socio y buen amigo de Blackmore, el señor Brace Sterling, que se inclinaba sobre el escritorio con los dedos cerrados sobre el borde y los ojos penetrantes fijos en Constantine. Era un hombre musculoso, fuerte y atractivo, con el cabello rubio atado en una cola de caballo corta. Sterling era el médico no autorizado de Whitechapel que había permitido que Chastity desarrollara su investigación médica en su clínica en secreto.

Los otros dos hombres presentes eran mellizos. Tenían el cabello castaño ondulado y los ojos avellanados. Tristan Nightshade siempre se vestía con prendas de colores claros y llevaba una sonrisa pícara que suavizaba sus rasgos entallados. Estaba sentado sobre el sofá de terciopelo rojo con los pies apoyados sobre la mesa de café. Morgan Nightshade llevaba una expresión imparcial mientras recorría la habitación de un extremo al otro. Tenía los brazos cruzados sobre el abrigo negro y las manos metidas debajo de las axilas, excepto cuando se detenía a corregir la posición de un objeto, como el busto de mármol sobre la repisa de la chimenea o los libros sobre las estanterías.

En el estudio, era casi imposible oír los sonidos que provenían del salón principal de Elysium, porque la habitación estaba separada por un laberinto de pasillos. Aún era temprano, eran las seis de la tarde, pero ya había algunos clientes reunidos en el club, bebiendo, riendo, apostando y observando a las mujeres bailar. También había una pequeña orquesta tocando música. En el hogar del estudio de Thorne, se oía el crujir del fuego con leña en lugar de carbón. La calidez que manaba del hogar representaba un contraste absoluto con el temor gélido que se le había asentado en el estómago a Constantine.

—Señor Blackmore, espero que comprenda cuánta confianza he depositado en usted al solicitar su ayuda. Nadie está al tanto de esto.

Thorne arqueó las cejas oscuras, aunque el resto de su rostro angular permaneció imperturbable. Era extraño ver a alguien de menor rango social desafiarlo tan abierta y fríamente. Como el hijo bastardo de un barón, el señor Blackmore no importaba demasiado entre los miembros de la alta sociedad, pero allí, en Whitechapel, en el mundo de placeres prohibidos, secretos susurrados y tratos

criminales hechos a plena vista de todos, era el rey. Y se veía como uno, apoyado contra el respaldo de una gran silla de cuero, sereno y letal como una serpiente pitón.

Tristan Nightshade se rodaba una moneda por entre los nudillos, antes de arrojarla en el aire con un movimiento rápido del pulgar y atraparla sin siquiera mirar. Tenía la entretenida mirada avellana fija en Constantine.

—Ya sabemos más de lo que cree.

Blackmore intercambió una mirada con sus tres compañeros. Constantine creyó que podrían compartir el mismo tipo de amistad intensa o de hermandad que él tenía con los seis duques, y se preguntó cómo habría comenzado.

—El príncipe regente me pidió que comenzara una investigación acerca de su verdadero linaje. —Blackmore tomó una pluma de marfil y la golpeó contra el escritorio.

La animosidad cada vez mayor del príncipe regente no era ningún secreto, pero iniciar una investigación… Era su culpa. Si no se hubiera dejado llevar por la soberbia en la subasta de antigüedades…

—¿Ah, sí? —preguntó y se sorprendió de lo tranquila que le sonó la voz mientras que, por dentro, el mundo se le daba vuelta.

—Al parecer, el testamento de su padre estipula que en el caso de que aparezca un verdadero heredero de sangre, el título pasaría a él. Es una cláusula de lo más curiosa, ¿no? Bastante inusual. Genera muchas preguntas, ¿no le parece?

Constantine clavó la mirada en los oscuros ojos destellantes sintiéndose como una presa a punto de ser consumida.

—Supongo que sí —repuso. Tenía que recuperar la compostura y obtener lo que había ido a buscar—. Señor Blackmore, he sido un

cliente generoso y leal durante muchos años. Y todos mis amigos también.

Thorne asintió con amabilidad, y se cruzó los dedos por encima del vientre plano.

—Los siete duques han sido mis mejores clientes.

—En ese caso, ¿me puede ayudar?

—Es simplemente un conflicto de intereses —le dijo Morgan, al tiempo que se ponía de pie alto como una columna—. Seguro lo comprende.

Tristan frotó el borde de la moneda pensativo.

—No querríamos terminar en el medio de una competencia para averiguar quién es más hombre entre el príncipe regente y usted. Ya lo hemos perdido como cliente desde que se casó, pero aún tenemos al príncipe.

A Constantine se le tensó el mentón.

—¿Accedió a ayudarlo? ¿A investigarme?

Thorne asintió despacio.

—Sí.

—Le daré lo que desee si trabaja para mí y le brinda información falsa.

Thorne entrecerró los ojos.

—Podría ser, pero, como bien sabe, no necesito su dinero.

—Y entonces ¿qué quiere? —le preguntó—. Lo que sea, elija su precio.

—Hay un proyecto de ley que ha propuesto lord Saville en la Cámara de los Lores. La Ley de Licencias y Lugares de Entretenimiento que impone requisitos más estrictos, en particular para quienes operan por la noche. Si la aprueban el año que viene, afectará profundamente mis operaciones. Quiero que se detenga.

Constantine tragó con dificultad. La ley ya estaba casi aprobada. Detenerla iba a requerir una significativa inversión política para él, que tenía gracias a su reputación como hombre de honor que provenía de una familia respetada. Algo que quedaría descartado si explotaba el escándalo de su verdadero origen.

—Considérelo hecho —acordó.

Los cuatro hombres intercambiaron miradas llenas de cautela.

—¿Cómo puedo tener certeza de que trabaja para mí y no para el príncipe regente? —le preguntó Constantine—. ¿Y de que no compartirá los secretos que develе con él? El príncipe regente es un aliado más poderoso que un duque.

Thorne se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio.

—Los secretos y la confianza valen más que el oro, milord. Usted debería saberlo mejor que nadie.

Constantine tuvo la sensación de estar haciendo un pacto con el diablo.

—Puede que llegue el día en que necesite otro favor —prosiguió Blackmore—. Como gente que tiene una confianza mutua, estoy seguro de que me lo concedería, ¿no es así?

Constantine asintió despacio.

—Por supuesto.

Thorne miró a sus amigos antes de asentir satisfecho, ponerse de pie y dar la vuelta al escritorio para acercarse al apartador con unas botellas de *whisky* y varios vasos. Tras servir cinco, le entregó uno a Constantine y uno a Tristan, mientras Brace y Morgan tomaban sus propias bebidas.

Thorne alzó el vaso mirando a Constantine a los ojos.

—No hay nada como un buen Lagavulin para sellar un trato. Por los secretos: por develarlos y guardarlos.

El líquido le quemó la garganta. Tristan se puso de pie con el vaso vacío en la mano.

—¿Otro trago? La sobriedad comenzaba a nublarme el juicio.

Brace le sirvió otro vaso.

—Claro. Te necesitamos afilado para las mejores ideas sigilosas y las maquinaciones diabólicas.

Tristan tomó el vaso y se dejó caer sobre el sofá. Tragó un sorbo generoso y soltó el aliento satisfecho.

—Ahora que estoy afilado… —alzó el vaso hacia Brace en un saludo actuado—, permítanme deleitarlos con algunas ideas geniales.

Su hermano arqueó las cejas.

—Querrás decir agobiarnos con sandeces aleatorias, como de costumbre.

A Tristan se le suavizó la mirada con una chispa de humor.

—Hermano, dime, ¿nunca te incomoda ese palo que llevas ensartado?

Morgan entrecerró los ojos.

—Al menos me puedo parar erguido.

Constantine quería gritarles que se callaran, pero no podía. Tenía que ser amable y perfecto. Por eso, cerró la mano en un puño al costado.

—Por favor, señor Nightshade, prosiga.

Tristan volvió la mirada hacia él y le ofreció una sonrisa intensa antes de beber otro sorbo y sisear entre los dientes.

—Pues, esta es una idea innovadora que podría salvarle el noble trasero. ¿Por qué no va a ver al principito, se postra de rodillas y le ofrece a su primogénito? ¡Oh, mejor aún, al caballo andaluz que le sacó delante de la nariz real! Nada dice «Por favor no me arrebate el título ilícito» como un poni saltarín que todos desean, ¿no?

Constantine sintió una ola de ira en todo su ser. ¿Que rogara perdón cuando no había hecho nada mal? ¿Y que le diera al regente un tesoro como el semental cuando tenía pensado comenzar una nueva línea de caballos andaluces?

—Eso no se discute. El caballo es mío.

Tristan se encogió de hombros.

—Como quiera.

Morgan ajustó con meticulosidad el ángulo del reloj de latón sobre la repisa y se aseguró de que quedara alineado con el borde.

—El testamento de su padre prácticamente revela a gritos su secreto… De lo contrario, ¿por qué iba a mencionar a un heredero de sangre?

A Constantine se le tensó la mano sobre el borde del escritorio.

—Pero no es prueba de que no sea un heredero de sangre.

Brace Sterling le sonrió con tristeza.

—Puede que no estemos al tanto de todas las circunstancias de su situación, pero los bastardos saben del tema, milord. Es evidente que estaba intentando tomar el control de la situación con el matrimonio apresurado. Y con su decisión de ocultar al niño que vino de la mano de su esposa. Sí, estamos al tanto de eso. La señorita Grace Lockhart me pidió que fuera a ver a la señora Ophelia Lester cuando llegó al asilo para mujeres. Siempre hago mis rondas allí y le presto especial atención a las mujeres embarazadas. También sé que más tarde, el señor y la señorita Fairchild la acogieron. Ophelia murió dando a luz, la señorita Fairchild se casó con usted, y el bebé, que obviamente no podría ser de ella debido a la línea de tiempo, vino con ella.

El señor Blackmore observaba a todos con una calma serena mientras el mundo de Constantine se hacía añicos. Si esas personas

habían llegado a esas conclusiones tan rápido, ¿cuán frágil era su situación? ¿Y qué le habían dicho al príncipe regente?

Constantine se pellizcó el puente de la nariz. Whitechapel era una red de susurros, rumores y esquinas oscuras donde cualquiera podía adivinar los secretos de cualquiera. Era un mundo distinto.

—Asumimos que el bebé es el hijo de la señora Ophelia Lester —dijo Morgan—. Lo que no sabemos con certeza, pero podemos deducir por sus actos, es que el niño es el heredero de su padre.

Constantine sintió como si el suelo se hubiera vuelto muy delgado y flexible y se alzara en olas bajo los pies. Sopesó sus opciones. Esos hombres ya sabían demasiado y, sin comprender la complexidad de su situación, podrían perder pistas cruciales. Era mejor tener aliados peligrosos que enemigos poderosos. Soltó el aliento despacio.

—Sí. Ophelia era la hija ilegítima de mi padre, aunque nació dentro del matrimonio de su madre con el señor Copeland.

Tristan soltó una carcajada.

—Esto se embrolla cada vez más.

—Era el padre legal —dijo Morgan golpeándose los dedos contra los brazos cruzados—. La investigación del testamento del príncipe regente no revelará eso. La ley romana es muy clara. *Pater est quem nuptiae demonstrant*: el marido es el presunto padre. Así que ¿qué evidencia tiene este chantajista para amenazarlo?

—Tiene la carta de mi madre. Escribió explícitamente acerca de su… indiscreción con un hombre del clérigo. Y acerca de mi nacimiento.

Tristan juntó las manos y sonrió.

—Un duque, un hombre del clérigo y una aventura ilícita entran en una taberna… Oh, aguarda, no es una broma. Es su vida.

A Constantine se le tensaron los puños y se le apretaron los labios hasta formar una línea recta.

—Necesito que me ayuden a encontrar al chantajista y recuperar la carta con la que me amenazan. Aquí tengo dos cartas que me envió el chantajista.

Mientras Morgan tomaba las cartas y las leía, Blackmore no le quitó los ojos afilados de encima.

—Ahora entiendo la seriedad de la situación. Debido a la aversión que siente el príncipe regente hacia usted, se inclinaría a dictar sentencia en favor del testamento de su padre y declararlo el resultado de una bastardía adulterina. De ese modo, le daría el título al niño solo por rencor, por más que los monarcas suelan querer mantener la estabilidad en la sociedad. ¿Estoy en lo cierto?

Constantine apretó los dientes.

—Sí.

Tristan giró el *whisky* y señaló a Constantine con el vaso.

—Al parecer, tenemos un nuevo miembro para la brigada de los bastardos. Sin embargo, este logró conseguir un deslumbrante título. Yo digo que ayudemos a nuestro noble impostor a mantener sus posesiones ilícitas. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene haber nacido fuera del lecho matrimonial si no podemos darle una buena patada en los testículos a las preciadas reglas de la sociedad de vez en cuando?

—No me interesan los títulos —dijo el señor Blackmore—. Los que me conocen dirían que mi hermana es mi única debilidad. Es un amigo de la familia, y tanto ella como lord Seaton acudieron a su boda. Jane querría que lo ayudara. En especial, considerando que me ayudará a detener el proyecto de ley.

Constantine recordó que lord Seaton y Jane habían ido a su boda, lo que había sido un gesto de apoyo de la familia de

Blackmore que ahora parecía pesar. Los conocía gracias al duque de Grandhampton y el resto de la familia Seaton. Cuando había oído acerca de los planes de Jane de abrir una escuela para los niños de Whitechapel el año anterior, había donado dinero suficiente para renovar el edificio. Constantine sabía lo afortunado que había sido de recibir una buena educación y quería que todos los niños tuvieran la misma oportunidad, sin importar su posición social.

—Gracias.

Mientras Morgan le entregaba las cartas a Thorne, le preguntó:

—¿Qué se ha hecho para encontrar al extorsionador hasta el momento?

Constantine les contó todo lo que habían descubierto y la pista que los había llevado hasta un callejón sin salida. Acabó diciéndoles que, a pesar de que había pagado la segunda suma, el extorsionador había comenzado un rumor acerca de la infidelidad de su madre que había sido publicado en una gacetilla de chismes.

—Hasta el momento, es solo un rumor —añadió sombrío—. Publicar la carta sería algo completamente distinto.

Tristan se golpeó un dedo contra el mentón.

—Esas cartas fueron entregadas por niños de la calle, ¿no?

—Sí —repuso Constantine—. Los duques y yo consideramos seguir esa pista, pero es imposible encontrar al niño indicado.

Los ojos oscuros de Blackmore destellaron.

—Es imposible para usted. Esos pilluelos están por todas las esquinas de Whitechapel. Desde los tejados más altos hasta los sótanos más bajos, lo ven todo. Solo basta una palabra de mi parte, y encontrarán al niño que entregó esos mensajes.

A Constantine se le llenó el pecho de esperanza. Tenía razón. Era imposible que los duques encontraran al pilluelo, pero el señor Blackmore, el rey del bajo mundo de Londres, podría dar con él.

—Asumiendo que solo sea uno —señaló Morgan mientras extraía un cuaderno—. Un chantajista listo usaría diferentes niños, para que sea más difícil de rastrear.

—Y los pilluelos conocen todos los callejones y escondites de Whitechapel —añadió Thorne encorvando los labios—. Son imposibles de atrapar, al menos que se sepa dónde anidan. Y mis estorninos siempre vuelven a casa para descansar.

Morgan tomó nota en el cuaderno.

—Estoy dispuesto a apostar a que pronto recibirá otra carta del extorsionador. El hecho de que publicara el rumor es una señal de que va en serio. Lo están preparando para una nueva demanda.

Tristan volvió a alzar el vaso hacia su hermano.

—Por primera vez, estoy de acuerdo con mi mellizo mecánico. Y, si me permiten, me gustaría sugerir que entreguemos el dinero, falso, por supuesto, y hagamos lo que debería haber hecho la primera vez que pagó: atrapar al bastardo. Sin ofender a la compañía presente.

Los ojos de Blackmore brillaron de alegría mientras miraba a Constantine.

—Como puede ver, está en buenas manos, milord.

Media hora más tarde, Constantine salió de Elysium sintiendo gran agitación en el pecho. Quizás acababa de comprar su propia libertad, pero también le acababa de vender su secreto más preciado al diablo. Y había añadido su honor como la guinda del pastel.

21

MODESTY VOLVIÓ la mirada hacia Constantine, que se encontraba sentado al lado de ella a la mesa del duque de Eccess.

El cuerpo aún le resonaba con recuerdos de la noche anterior… el modo en que se había entregado a él, y el placer inconcebible que le había hecho sentir… El modo en que la lavó con dulzura y compartió los secretos más profundos de su pasado.

Se sentía más cerca de Constantine de lo que jamás había estado de cualquier otra alma. Hasta el cuerpo de él le revelaba sus secretos. Mientras le peinaba y masajeaba el cabello en la tina, había notado la marca de nacimiento que tenía detrás de la oreja. Oculta tras el espeso cabello oscuro, tenía el mismo color que el vino tinto. Tras mover los mechones húmedos, había descubierto que era igual a la que tenía Augustus, en la misma ubicación y con la misma forma de cabeza de lobo. Por supuesto que tenía la misma marca de nacimiento, eran padre e hijo.

El pecho se le llenó de calidez mientras la estudiaba. Había algo increíblemente íntimo en la marca y le produjo un cosquilleo en los dedos. ¿Era posible que fuera la única persona en la tierra que supiera de su existencia? Quizás ni siquiera su ayuda de cámara la había visto. La idea le produjo un estremecimiento mucho más

estimulante que sostener cualquier artefacto romano o piedra picta. Develar los misterios de Constantine era su propia exploración arqueológica.

Sin embargo, ahora que lo observaba perdido en sus pensamientos conflictivos, sentía que la intimidad se le escurría como arena entre los dedos. La noche anterior lo había cambiado todo entre ellos… y nada en absoluto. Él seguía guardando secretos y construyendo murallas por más que la acercara a él.

Tomando una profunda bocanada de aire, se determinó a hacer a un lado esa sensación perturbadora e intentar disfrutar de la velada. La enorme sala de estar que la hubiera intimidado hacía tan solo unas semanas casi se sentía acogedora. En el aire pendían los aromas a carne asada, especias exóticas y el perfume sutil de flores de invernadero colocadas en centros de mesa a lo largo de toda la mesa. Todo estaba calculado para brindar la mayor comodidad y placer. Las paredes estaban pintadas de color castaño rojizo y dorado y le recordaban a las hojas de invierno. La luz cristalina de los candelabros suavizaba los bordes de su incomodidad en lugar de dejarla al descubierto. Quizás no era únicamente la cómoda sala de estar lo que le daba paz, sino la sensación de pertenecer. No a través de un título, sino a través de momentos de cercanía con Constantine.

El duque y la duquesa de Luhst se encontraban sentados frente a ellos, y la sonrisa de Chastity le resultaba tan reconfortante como el día en que la había conocido. El duque y la duquesa de Rath se encontraban cerca del anfitrión, y la confianza serena de Patience resultaba una inspiración para el tipo de duquesa que Modesty esperaba ser. Incluso la presencia de *lady* Jane Seaton le resultaba más agradable que intimidante. Todas esas mujeres la habían acogido como una de las suyas, a pesar de sus orígenes humildes.

Los duques de Enveigh, Irevrence y Fortyne también se encontraban presentes, al igual que el marido de *lady* Jane, lord Richard Seaton y su hermano, el duque de Grandhampton, junto con su duquesa, Penelope. A diferencia de la velada en la casa de *lady* Virtoux, en la que Modesty se había sentido como si estuviera caminando sobre agujas, allí se sentía como si estuviera en presencia de amigos.

Esa noche no había conversaciones susurradas detrás de abanicos acerca de las recientes publicaciones en las secciones de chismes, ni miradas de soslayo cuando ella o Constantine entraban en una habitación. Esas eran personas que siempre estarían al lado de su esposo a pesar de los rumores acerca de la virtud de su madre que se habían susurrado en la velada de *lady* Virtoux. Habían cerrado filas a su alrededor.

Aun así, Modesty notó las sombras debajo de los ojos de Constantine y la tensión en su mentón que no se había terminado de aliviar desde que leyó el artículo la mañana anterior. Quizás ese era el motivo por el que se veía tan distraído esa noche, con la cuchara congelada encima de la sopa de tortuga cuando era evidente que sus pensamientos se encontraban en otro sitio.

—… ¿no te parece, Constantine? —la voz de Eccess perforó el aire.

Constantine parpadeó y frunció el ceño por una décima de segundo antes de recuperar la compostura.

—Yo… Sí, por supuesto.

La respuesta generó varias miradas desconcertadas y carcajadas tensas alrededor de la mesa.

Eccess había hecho una broma y le había preguntado si la educación de las mujeres le parecía un asunto frívolo. Pero Constantine había estado tan perdido en sus pensamientos que se lo había perdido. Todos los que estaban sentados a la mesa habían

estado conversando acerca del éxito de la duquesa de Grandhampton en el ámbito artístico y de su escuela para mujeres, así como también la escuela gratuita de *lady* Jane Seaton para los niños y las niñas de Whitechapel, que había estado operando durante algunos años.

Modesty sabía que él apoyaba las dos causas. Luego de la intimidad y la ternura que habían compartido, no se sentía enfadada hacia él por mantener secretos, pero estaba preocupada por su bienestar y deseaba aliviarle la carga. Ahora era una duquesa, se recordó, y tenía todo el derecho del mundo a actuar como una. Haciendo la timidez a un lado, alzó la copa con una sonrisa.

—Creo que mi marido nos recuerda la importancia del contexto en cualquier broma. Al fin y al cabo, mostrarse de acuerdo con semejante noción en presencia de ustedes —hizo un ademán para señalar a todas las mujeres de la mesa— es tan descabellado como que el duque de Eccess sirviera vino de cualquier calidad que no fuera excepcional. —Se volvió hacia el anfitrión, que se encontraba sentado a la cabeza de la mesa con un saco de color teja y los ojos destellando con humor—. Hablando de eso, esta cosecha es muy deliciosa, milord. ¿Le puedo preguntar de dónde proviene? Estoy segura de que a Constantine le encantaría añadirla a nuestra bodega.

Eccess soltó una carcajada alta, se apoyó contra el respaldo del asiento y alzó la copa hacia Modesty.

—Gracias por el cumplido, *milady*. El sabor que tanto disfruta es la atracción de lo prohibido. Este vino ha sido contrabandeando de Francia y adquirido a través de ciertos contactos en Whitechapel.

Alzó las cejas para concentrarse en *lady* Jane Seaton, cuyos ojos destellaban a través de las gafas con diamantes incrustados. Sin lugar a dudas, Octavius quería decir que el contacto era su hermano,

el infame Thorne Blackmore. Más relajados, los invitados comenzaron a bromear y conversar. Y aprovechándose de esa distracción, Modesty se volvió hacia Constantine. En menos de un segundo, la tensión de los hombros se le disolvió. Las comisuras de los ojos se le arrugaron cuando una sonrisa genuina le asomó al rostro. Para deleite de Modesty, le guiñó un ojo. Al devolverle la sonrisa, sintió una ola de placer en todo el cuerpo. ¡No sabía que podía guiñar un ojo! Constantine se le acercó, y el aliento le produjo un cosquilleo en la oreja mientras le susurraba:

—Gracias por venir al rescate, duquesa.

Con discreción, le apoyó la mano cálida sobre la rodilla debajo de la mesa. Modesty tuvo que contener una risita, muy consciente de ese roce inapropiado que le encendió la sangre en fuego. Al apartarse, los dedos le recorrieron el muslo, y se le puso la piel de gallina. Se volvieron a mirar a los ojos, y los de él tenían el mismo calor que habían tenido cuando se encontró enterrado en ella. De repente, Modesty se sintió distraída.

Mientras la noche avanzaba, se encontró mirándolo cada vez más seguido. En cada oportunidad que sus miradas se cruzaban, todo el semblante de su marido se iluminaba, como si su mera presencia fuera un bálsamo para alguna herida oculta. En esos momentos, el mundo a su alrededor se desvanecía, y solo existían los dos en una burbuja cálida.

Tras la típica separación de damas y caballeros luego de la cena, todos se reunieron. Unos lacayos abrieron las puertas dobles de roble pulido para que los invitados ingresaran en una de las múltiples salas de estar de Dulcis Court. La casa era la representación de su nombre: *dulcis* era una palabra latina que significaba «dulce» o «agradable». Modesty se quedó sin aliento al reparar no en la majestuosidad, sino el calor que la envolvía como

un abrazo. Un enorme hogar dominaba una de las paredes, con troncos de leña que crujían alegres y unas llamas que generaban sombras danzantes por la piel de oso pardo que se extendía frente al hogar. El aroma a leña era mucho más agradable que el del carbón que calentaba la mayoría de los hogares en la época.

A diferencia de otras salas de estar que había visto, los sofás de color vino tinto tenían suficientes almohadones que se veían acogedores y cómodos. Incluso la alfombra debajo de sus pies se sentía más gruesa y más suave que las alfombras Aubusson finamente hiladas en Pryde House. Constantine la guio hacia uno de los sofás, y Modesty se dejó caer en él. Cuando el hombro de Constantine le frotó el suyo, se sintió cálida hasta el alma.

Los colores ricos y oscuros le calmaban los sentidos, y conformaban una diferencia absoluta con las austeras paredes blancas de la casa de su padre, donde la comodidad siempre había sido secundaria al decoro.

Octavius se puso de pie delante del hogar. El saco se le estiró por los hombros al tiempo que alzaba una copa de cristal con el coñac más fino. Los ojos le brillaban de placer al tiempo que los invitados se acomodaban alrededor de la habitación.

—¿Están todos cómodos? —preguntó Octavius—. El truco es calentar las copas antes de servir el coñac. Eso hace que el aroma y la suavidad del sabor resalte más. —Hizo un ademán a un lacayo que llevaba una bandeja con las copas calientes, y el cristal estaba algo nublado por el calor.

Unas risas amortiguadas que provenían de detrás de la puerta entrecerrada lo hicieron detenerse. Tres cabezas se volvieron a ocultar entre las sombras: una oscura, una rubia y una llena de rebeldes rizos cobrizos.

—Sophie, James, Margaret —los llamó Octavius con la voz seria, pero los labios curvados—. Creo que ya pasó la hora de ir a la cama.

—Queríamos ver la fiesta —repuso una voz. Una niña de unos ocho años asomó el rostro por el marco de la puerta.

Al ver a la niña dulce, Modesty recordó con dolor lo mucho que echaba de menos a Augustus. Sin embargo, al día siguiente, las dos semanas que había pactado con Constantine llegarían a su fin y por fin podría llevarse al niño a casa.

—Y probar el coñac —añadió un niño de unos doce años con una sonrisa pícara. El comentario le costó un codazo de una joven de catorce años que debía de ser su hermana mayor y salió a la luz.

—Oímos que habría acertijos. ¿No nos podemos quedar, aunque sea por uno?

Tenía la columna bien erguida y las manos aferradas con precisión como una damita de la alta sociedad. Al observarla intentar parecer una adulta, Modesty sintió dolor en el pecho. ¿Así habría sido Constantine a los catorce años?

La expresión de Octavius se suavizó.

—Oh, sí, claro. ¿Y cómo lo harían cuando la quinta institutriz que tienen en un año abandonó su puesto de trabajo ayer tras encontrar un sapo en la cama y las gafas manchadas de tinta? Vayan a dormir, pequeños bandidos.

Los niños se volvieron a ocultar con una mezcla de orgullo y disgusto. Modesty notó que no dejaban de mirar a Octavius de reojo, en busca de su aprobación, por más que hubieran hecho varias travesuras.

Constantine se le acercó.

—Son los huérfanos del difunto primo de Octavius. Como Octavius no tiene ningún hijo de momento, James es el heredero al título de Eccess.

A Modesty se le ciñó el corazón.

—Pobres niños. No sé qué es peor, si haber conocido a tus padres y perderlos o no haberlos conocido en absoluto.

Constantine soltó un suspiro y desvió la mirada hacia Octavius.

—Necesita ayuda. Una buena institutriz gobernaría a los niños en lugar de verse gobernada por ellos.

—Y necesitan mucho cariño —añadió pensativa—. Los cuatro.

—A la cama —les ordenó Octavius a los niños, que salieron corriendo. Los pasos resonaron por todo el pasillo. Octavius negó con la cabeza y regresó a su lugar frente al hogar—. Disculpen. Son imposibles. Pero bueno, ¿comenzamos con los acertijos?

Todos los presentes en la habitación le aseguraron de que no tenía nada de qué disculparse. Eccess se aclaró la garganta y miró el papel que sostenía en la mano.

—Damas y caballeros, comienza el primer acertijo. Un tratado de paz y un símbolo de poder tuve que ser. En una hora famosa, mi martillo decidió caer. Tras quedar en dos dividido, sellado quedó mi destino. Y mi destino, para el vencedor, revelado. ¿Qué soy?

En la habitación se hizo el silencio hasta que *lady* Jane Seaton preguntó:

—¿Es la Carta Magna?

—Me temo que no, *lady* Seaton —repuso Eccess.

Modesty se acercó a Constantine.

—Menciona un martillo… y una división en dos, que me recuerda a los sellos de cera que se usan en los tratados importantes.

Constantine asintió con la cabeza algo intrigado.

—¿Qué tratado sería lo suficientemente importante como para ser considerado un símbolo de poder?

—Bueno, hubo un importante tratado de paz en el siglo XVII. Se firmó para darle fin a una larga guerra, ¿no?

—¿La guerra de los Treinta Años? —le preguntó Constantine.

Modesty experimentó una ola de entusiasmo en el pecho. Esa era la guerra entre el Imperio romano y la monarquía de los Habsburgo, Francia, Suecia, España y varios estados germánicos. Pero no era la respuesta acertada…

—¡El Tratado de Westfalia! —exclamó sintiendo como si se estuviera alzando de su asiento—. Se firmó en dos ciudades, por eso se dividió en dos. El martillo que cae sería el sello de cera.

—¡Correcto! —exclamó Eccess.

Todos los presentes irrumpieron en aplausos. Y Modesty se regocijó con la sonrisa orgullosa de Constantine.

—Por eso me encanta la arqueología —le susurró—. Encontrar fragmentos, conectar patrones… —Estudió el perfil de Constantine y reparó en la tensión que aún llevaba en el mentón, aunque parecía más relajado que cuando recién habían llegado. Como si estuviera pegando los trozos de un trabajo de alfarería antiguo, comenzaba a ensamblar el rompecabezas que era su marido. ¿Qué secretos ocultaba bajo su fachada cuidadosa?

Constantine le apretó la mano.

—Y se te da muy bien.

El duque de Grandhampton se puso de pie para tomar el sitio de Eccess frente al hogar. Era un hombre alto y atractivo, un hombre serio con el cabello casi de color negro como el carbón y unos ojos oscuros que se posaban en su esposa con increíble ternura. Enderezó el papel y leyó el siguiente acertijo:

—Mi nombre significa gloria, aunque haya perdido algunas batallas. Fui amante y madre, pero a un gran costo. ¿Quién soy?

—¿Juana de Arco? —aventuró el duque de Fortyne. Su silueta alta era elegante a pesar de su imponente altura. La luz de las velas se reflejaba sobre los mechones caoba de su cabello castaño, que

llevaba sujeto a la moda actual con un lazo negro en el cuello. Los astutos ojos avellana recorrieron a los invitados como si estuviera evaluando las probabilidades y ventajas en el amistoso juego.

—No, no es Juana de Arco —repuso Grandhampton.

Modesty negó la cabeza.

—No es Juana… Ella nunca fue madre. El nombre significa gloria…

Constantine frunció el ceño.

—¿Una famosa figura histórica femenina conocida por sus aventuras amorosas?

—Y la maternidad —añadió Modesty—. ¡Oh! ¡Cleopatra! —exclamó.

Grandhampton asintió con la cabeza.

—¡Es correcto, duquesa!

Todos aplaudieron con las manos, y Chastity, que estaba sentada al lado del duque de Luhst en el otro sofá, se inclinó por encima de la mesa para decirle:

—Modesty, eres muy inteligente. ¡Tienes que unirte a nuestro club de señoritas con microscopios!

Modesty se rio entre dientes con el corazón hinchado de felicidad.

—Espero poder unirme muy pronto.

Lady Jane Seaton se puso de pie para leer el siguiente acertijo.

—Como la nieve de invierno, mis pétalos se dejan caer, pero en primavera escojo crecer. Mi corazón venenoso brinda sueño profundo, pero mi belleza cautiva todos los ojos. ¿Qué soy?

Mientras Modesty y Constantine se miraban sin poder decir nada, oyó que el duque y la duquesa de Rath susurraban entusiasmados.

—Eléboro —dijo la duquesa de Rath al cabo de unos segundos—. Florece a comienzos de la primavera, tiene pétalos blancos que caen

como la nieve y contiene compuestos venenosos que pueden inducir el sueño… o algo peor.

—La respuesta es correcta —anunció *lady* Seaton con ojos sonrientes a través de las gafas al tiempo que todos irrumpían en aplausos.

A continuación, llegó el turno de la duquesa de Grandhampton, una mujer hermosa con el cabello rubio oscuro.

—Me paro erguida entre tierra de piedras, me ven de lejos, aunque nadie me llama hogar. Mis secretos oculto en aire y roca, aunque dioses que jamás hablan me observan. ¿Qué soy?

Modesty frunció el ceño al tiempo que se le aceleraba la mente. Se inclinó hacia Constantine.

—Se encuentra en una tierra de piedras y es observada por dioses que nunca hablan —analizó.

Constantine respondió con suavidad.

—¿Hará referencia a las estatuas?

—¡Oh, pero claro! Y una tierra de piedra… ¡Debe ser Grecia!

—La acrópolis —dijeron al unísono y se sonrieron.

Modesty se puso de pie y se dirigió a los presentes llena de confianza.

—La respuesta es la acrópolis de Atenas.

—¡Es correcto! —anunció la duquesa de Grandhampton con una gran sonrisa.

Mientras los aplausos sonaban por la habitación, Constantine le apretó la mano. Los ojos le brillaban llenos de orgullo al acercarla a su lado sobre el sofá. Modesty se reía al tiempo que deslizaba el cuerpo hacia su marido, como si estuviera atraído por una fuerza invisible, y los hombros se frotaban al tiempo que unían las cabezas para comenzar a discutir las posibles respuestas del siguiente acertijo.

Por el rabillo del ojo, Modesty notó que Chastity le daba un codazo a su marido y le sonreía alegre.

—Míralos —le susurró—. Hacen un buen equipo, ¿no?

El duque de Luhst le sonrió a su esposa como un adolescente.

—Sí. He visto estatuas que parecen más animadas que Pryde en los encuentros sociales. Pero aquí está, prácticamente riendo como un niño que acaba de robar todos los melocotones azucarados de la cocina.

Modesty soltó una carcajada. De seguro no era el motivo de semejante transformación en su marido… aunque…

Para el último acertijo, el duque de Eccess regresó a su sitio frente al hogar.

—Un incendio recorrió mis calles, y se las tragó con sus llamas. Me caí y me volví a alzar hacia la fama. Mi puente cayó primero, luego mis murallas, pero, aun así, me encuentro de pie y sostengo mi nombre. ¿Qué soy?

Mientras los otros comenzaban a discutir, Modesty y Constantine hicieron lo mismo.

—¡París! —exclamó Patience.

—No, me temo que no —repuso Eccess.

Constantine sonrió.

—Aguarda… Londres se quemó hasta los cimientos en varias oportunidades, y ahora es más grande que nunca, ¿no?

Modesty sonrió y se puso de pie para anunciar su respuesta.

—¡Es Londres!

Eccess se rio.

—Por supuesto que usted sabría la respuesta. Damas y caballeros, permítanme anunciar a la pareja ganadora del evento de esta noche: ¡La duquesa y el duque de Pryde!

Mientras todos irrumpían en aplausos en la habitación, Modesty se encontró atrapada en el entusiasmo del momento. Se volvió hacia Constantine con el estómago dado vuelta de la excitación. Nunca había tenido semejante compañero, alguien que sacaba lo mejor de ella.

—La arqueología es fascinante —le dijo en voz baja—. Es como resolver el acertijo más elaborado que se pueda concebir. Pero en lugar de tener palabras en un papel, hay que unir los trozos de la historia humana.

Los ojos castaños de Constantine brillaban.

—Qué forma más fascinante de verlo. ¿Cómo se te ocurrió?

—Crecí rodeada de textos y sermones religiosos. Probablemente, puedes imaginar lo estricta que fue la crianza de mi padre. Podía leer historias de tiempos antiguos, pero luego comencé a leer más libros de historia. A mi padre no le importaba porque la religión y la historia van de la mano. Luego conocí a George.

A Constantine se le oscureció el rostro ante la mención de George, y la nueva sensación de celos que había comenzado a experimentar desde la boda le tensó los rasgos.

—Los Lockhart tenían una casa de verano en nuestra parroquia —continuó—. George me enseñó acerca de las antigüedades y me mostró las baratijas que había encontrado. Me mostró fósiles y una moneda medieval. Así es como me empezó a fascinar más la arqueología que la historia. Me permite tocar el pasado, verlo con mis propios ojos y no a través de las palabras de otros.

—¿Y tu padre te dejaba hablar con George?

—Grace siempre estaba con nosotros. No nos limitábamos a hablar, sino que también me llevó al primer sitio de excavación que vi, cerca de Shepherdsbrook, aunque solo fue para excavar la tierra. Pero encontré mis primeros jarrones y platos de arcilla allí. También

fui a las ruinas de una antigua iglesia romana donde encontré un espejo y una piedra picta. ¿Te imaginas todo lo que eso puede insinuar?

—¿Con George? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Sí —le respondió un poco irritada. Le estaba revelando una parte muy profunda de ella, ¿por qué le seguía haciendo preguntas acerca de George? —Pero no se trataba ni de George, ni de mi padre, ni de nadie. Yo hice mi propio hallazgo. Por primera vez me sentí libre —admitió con la voz apenas un susurro—. Saqué mis propias conclusiones, pude explorar el mundo, cambiar de parecer y sentirme conectada con la historia en mis propios términos. Simplemente, me negaba a aceptar lo que me habían dicho. Estaba descubriendo las verdades por mi propia cuenta.

Bajó la mirada con las mejillas sonrosadas.

—Supongo que eso podría sonar increíblemente rebelde de mi parte.

A Constantine se le suavizó el rostro mientras le cubría la mano con la suya. A su alrededor, los invitados se habían dispersado por la habitación y conversaban y reían. Y allí estaba con su marido, acurrucados en el sofá como dos personas enamoradas…

—¿Rebelde? —Soltó una carcajada—. No, yo diría revolucionario. Has transformado por completo mi entendimiento de la arqueología. Y quizás… de otros ámbitos también.

Cerró los dedos alrededor de los de ella, pero a pesar de que el pecho se le llenó de una sensación cálida, la mente se le llenó de dudas. Tenía el corazón a rebosar por Constantine, y con el pasar de cada día los sentimientos hacia él crecían cada vez más.

Pero cuanto más se llenaba de esperanza, más le temía a la caída.

22

—Milord —lo llamó alguien desde la puerta.

Las risas que llenaban la sala de estar roja seguían sonando fuerte, y a Constantine le dolía el estómago de las carcajadas. Una hermosa sonrisa radiante iluminaba el rostro de Modesty tras una broma algo inapropiada que había hecho Irevrence acerca de la voracidad de algunas debutantes por encontrar un buen partido.

El rostro de sus amigos más cercanos y de su esposa reflejaban alegría genuina. Por primera vez en varias semanas, se permitió olvidarse de todo lo demás, incluida la ansiedad por el chantaje, la amenaza de perder el título y la riqueza y el peligro que corría su reputación. Simplemente estaba en el presente. Y estaba con la mujer a la que amaba y con sus amigos, que eran como su familia.

Constantine volvió la cabeza para ver que Octavius se acercaba a su mayordomo. El hombre sostenía una bandeja de plata con una carta. Mientras que todos seguían conversando y riendo en la sala, el rostro de Octavius perdió cualquier indicio de humor al leer la carta. Luego lo miró a los ojos, y a Constantine le dio un vuelco el estómago. Perdió toda la alegría que había experimentado hasta ese momento, y la realidad lo azotó como una tormenta. Se puso de pie y notó que los otros cinco duques lo seguían con la mirada.

Octavius le entregó el papel.

—Esto ha llegado para ti de tu casa.

Constantine tomó la carta y se obligó a mantener la mano quieta al reconocer la caligrafía del extorsionador. El mayordomo lo miró y se dirigió a él.

—Su lacayo la trajo con urgencia, milord. Al parecer, un niño de la calle la entregó, y su mayordomo creyó que querría verla de inmediato. Se disculpa por la interrupción.

A Constantine se le cerró la tráquea y le fue imposible tomar una bocanada de aire.

—Está bien. Simons estaba en lo cierto al enviarla aquí. ¿Podemos ir a tu estudio, Octavius?

—Por supuesto.

Constantine miró a su esposa y vio una nota de preocupación que reemplazaba la felicidad que habían reflejado sus ojos. La miró lleno de arrepentimiento. Un movimiento de la cabeza hacia la puerta bastó para que Rath, Luhst, Enveigh, Irevrence y Fortyne abandonaran sus puestos y se disculparan con el resto de los presentes.

Cuando los siete llegaron al estudio de Octavius, abrió la carta y la leyó en voz alta:

Londres, 15 de octubre de 1814

Estimado casi exmilord:

Espero que haya disfrutado las columnas de chismes durante los últimos dos días. Considere eso una muestra de lo que podría venir si no deja de vigilarme. ¡Qué entretenido ver a Londres especular

acerca de la «amistad cercana» que su madre compartía con un hombre del clérigo!

En esta ocasión, quiero £5000 en billetes, a ser entregadas en el barril del pescadero en el mercado de Whitechapel. Entiendo que pueda llevarle un tiempo reunir semejante suma, pero estoy seguro de que será posible tenerla dentro de doce días, al mediodía.

Si no cumple, la carta de su madre llegará a la mesa de desayuno del príncipe regente.

Como siempre, su más humilde y obediente servidor,

Anónimo

P. D.: No se atreva a tener hombres vigilando el sitio de la entrega o se enfrentará a consecuencias mucho peores que los chismes.

A Constantine se le tensó tanto el mentón que creyó que se le quebrarían los dientes.

—Diablos. Uno de los hombres de Blackmore dijo que me llegaría otra carta.

—Cinco mil… —dijo Fortyne con la mirada perdida en el espacio —. Tendrías que pedirlo prestado.

—Tenemos que atraparlos —masculló Octavius, apoyando el puño contra la palma de la otra mano.

Dorian negó la cabeza despacio y le apoyó la mano en el hombro. Los ojos celestes cielo se clavaron en Constantine.

—Amigo, esto es serio. Una vez me ayudaste a encubrir un asesinato, así que haría cualquier cosa por ti. Cinco mil libras es una fortuna, pero hay cosas más importantes. ¿Y si Modesty está embarazada o lo está en unas semanas y lo pierdes todo? ¿No puedes hacer la soberbia a un lado, ir a ver al regente y aplacarlo?

Si lo tienes de tu lado, hará la vista gorda por más que se publique la carta. En ese caso, solo tendrás que soportar los chismes. Pero tanto tu título como tu fortuna seguirán siendo tuyos. Y, en el futuro, pasarán a tu heredero.

La soberbia. Eso era lo más difícil de soltar.

—Ruégale —añadió Lucien al tiempo que se detenía al lado de Dorian—. Ponte de rodillas y ruégale. Dale tu caballo. Dale lo que quiera. Pero ponlo de tu lado.

Constantine jamás se arrodillaría por nadie. Ni siquiera por su príncipe. Sin embargo, sus amigos tenían razón. Necesitaba un gran gesto e Icarus era un pequeño precio que pagar.

—Malditos sean —soltó—. Tristan Nightshade me aconsejó lo mismo hoy. En ese momento, no estuve de acuerdo, pero oírlos a ustedes dos ahora… Le daré a Icarus y le pediré perdón. Solicitaré una audiencia de inmediato.

23

—¿Un padrino? —Octavius soltó una carcajada que asustó a una bandada de gorriones en un roble cercano—. No puedes hablar en serio. Si apenas puedo con mis propios pupilos. ¿Cómo podría cuidar de Augustus si los tres niños a los que cuido se están convirtiendo en unos pequeños demonios?

Cabalgaban a la par a través del parque de Saint James, y los cascos de los caballos repiqueteaban sobre el sendero de gravilla que conducía a la calle The Mall. Más adelante, la fachada imponente de Carlton House se ceñía contra el cielo otoñal, con columnas corintias que proyectaban alargadas sombras sobre el patio. Los centinelas del príncipe llevaban uniformes escarlatas y estaban en posición firme con los mosquetes destellando mientras observaban a los duques que se acercaban.

A pesar del peligro inminente sobre su reputación y su título, Constantine había mantenido su promesa y había llevado a Augustus a casa hacía dos días. La alegría que había llenado la casa de Pryde desde entonces lo había hecho sentir como si flotara. Modesty estaba feliz de planificar el bautismo y, como era un niño, Augustus necesitaba dos padrinos; Constantine sería uno, y Modesty le había pedido que escogiera al otro.

Sujetó las riendas de Icarus mientras el semental bailaba hacia un costado como si presintiera su tensión.

—Sé que al final del día querrás lo mejor para él.

Octavius lo miró serio, y el rostro que solía verse alegre se endureció.

—¿Al igual que tú?

La pregunta hizo que se le retorciera el vientre. Tenía razón. Si de verdad deseaba lo mejor para el niño, ¿no debería honrar el testamento de su padre y permitir que Augustus heredara el título y la fortuna como le correspondía?

—Lo único que te pido es que vayas a la condenada iglesia y digas las palabras —masculló con la voz dura de la desesperación—. Augustus necesita a un hombre poderoso que lo proteja y esté en buenos términos con la corona.

Octavius guardó silencio durante un buen rato, con la mirada fija en el palacio que tenía por delante, y el ceño fruncido. Sin despegar los ojos del sendero, apartó una mano de las riendas del alazán y buscó la botella que llevaba siempre para beber un buen sorbo.

—De acuerdo —soltó y se secó la boca con el dorso de la mano —. Seré el condenado padrino.

Constantine sintió que le quitaban un gran peso del pecho.

—Gracias.

Constantine sentía las riendas de Icarus como plomo en las manos al llegar a Carlton House al cabo de cinco minutos. La mañana de otoño estaba fresca y despejada, perfecta para cabalgar, aunque se le retorcía el estómago con cada paso que daban los caballos sobre los adoquines. ¿Cómo había llegado a eso? Haciendo la soberbia a un lado, desesperado por mantener el secreto que había protegido durante toda su vida.

Cabalgaron a través del ceremonioso arco de entrada y llegaron al gran patio. Más allá de la imponente columnata corintia del palacio, un pequeño patio conducía a las caballerizas reales, un complejo de establos y cocheras para carruajes que competía con muchas propiedades nobles. Dos mozos de cuadra con uniformes de color escarlata y cuellos erguidos salieron para tomar las monturas.

El jefe de caballerizas tomó las riendas de Icarus, y Constantine se aferró al cuello del semental. Era el animal perfecto, el sacrificio perfecto. El segundo mozo tomó la montura de Octavius, y los duques oyeron el eco de los cascos de los caballos al tiempo que desaparecían en la edificación de arquitectura georgiana. ¿Sería Icarus suficiente para aplacar al regente?

Mientras el maestro de ceremonia los conducía a la antecámara, les anunció que el regente los recibiría pronto. En cambio, se sentaron durante lo que le parecieron horas en la habitación espaciosa con paredes cubiertas de damasco de seda en tonos dorados y azul pastel con elaboradas molduras de yeso en el cielorraso y muchos retratos de la familia real con marcos de oro. De seguro era una estratagema pensada para poner a Constantine en su sitio.

Una mejor versión de él le hubiera ofrecido a Icarus hacía mucho tiempo, pero si tenía suerte, eso bastaría para satisfacer al regente sin perderlo todo… Sin embargo, «todo» había adquirido un nuevo significado desde que Modesty había entrado en su vida.

Tamborileó el pie contra los pulidos suelos de parqué que destellaban bajo la tenue luz que se colaba por los ventanales. El reloj marcaba el paso de los segundos. Solo le quedaban seis días más hasta la fecha que le había dado el chantajista y tendría que escoger si se desprendería de un cuarto de su ingreso anual, una

suma que podría usar para adquirir una casa en Mayfair o una enorme propiedad rural con granjas y un coto de caza.

Iba a tener que pedir el dinero prestado. Ya le había pagado al chantajista todo lo que tenía y había gastado una suma exorbitante en el espejo para Modesty. Fortyne lo ayudaría, y sus amigos duques también, pero era humillante tener que pedirles el dinero.

Aun así, era mejor que observar cómo la carta de su madre lo despojaba del título, las tierras y su identidad. Peor aún, le quitarían a Augustus, y la corte le asignaría a un guardián hasta que alcanzara la mayoría de edad. El regente se aseguraría de que Constantine se viera humillado, arruinado y expuesto ante todo Londres como un impostor que había vivido entre ellos. Y Modesty… Oh, diablos, Modesty se enteraría hasta dónde llegaban sus engaños de la manera más pública y devastadora posible.

El pensamiento más aterrador era que podía llegar a perderla. Podía perder su afecto, su confianza y la intimidad que había compartido con él. Por eso tenía que hacer eso por ella, por él y por la creencia ingenua de que a lo mejor podría mantener la felicidad que había sentido los últimos días por el resto de su vida. Sin embargo, ¿era posible con ese secreto entre ellos?

Finalmente, Octavius y Constantine fueron invitados a entrar en la recámara para audiencias privadas del regente. En la puerta, lo anunciaron de manera menos formal de la que merecía su rango y lo interpretó como otro intento de sacarlo de quicio. ¿Acaso eso quería decir que el regente había conseguido alguna prueba de que no era el legítimo heredero del título? La idea le produjo un escalofrío por la columna vertebral.

El regente no se encontraba sentado como dictaba el protocolo, sino que se reclinaba con total indiferencia sobre un diván rodeado de cinco de sus cortesanas favoritas. Ni siquiera se dignó a volver la

cabeza hacia ellos, sino que primero terminó una conversación con una de las damas.

—Él no es así —murmuró Octavius—. Por lo general, se incorpora de un salto y me saluda con los brazos abiertos.

Al final, el regente se despidió de las cortesanas, se puso de pie y se acercó a la mesa de té, que estaba llena de bocadillos y bebidas. Se llevó un melocotón azucarado a la boca.

—Muy bien —dijo con la boca llena.

Constantine sintió que apretaba los labios en una línea dura. Esa falta de respeto intencional lo había dejado con dos preguntas. ¿Acaso el regente conocía su secreto? ¿Y sería que Thorne Blackmore y su equipo lo habían traicionado?

—Mi querido duque —dijo el regente mientras lo miraba con frialdad. Luego apoyó la mirada en Octavius y asintió la cabeza con respeto y también culpa—. Eccess.

—Su Alteza. —Constantine y Octavius hicieron una reverencia.

—Espero que se encuentre bien —añadió Octavius.

—Oh, estoy más que bien. Disculpe, Eccess, ya sabe que me cae muy bien, pero me temo que hay algunos asuntos que me gustaría discutir en privado con Pryde.

Constantine y Octavius intercambiaron una mirada. Eso no era nada bueno. Octavius había ido para actuar como un intermediario jovial que aliviara el ambiente, pero ahora el regente lo estaba echando.

—¿Está seguro, Su Alteza? —le preguntó Octavius con una sonrisa amistosa—. Esperaba darle a probar el último coñac francés que he conseguido… —Alzó una caja de madera que había llevado.

Al regente se le iluminó el rostro con una sonrisa genuina.

—Me encantaría, pero más tarde. Por favor.

Hizo un ademán hacia la puerta. Tras un momento de duda, Octavius colocó la caja sobre la mesa, hizo una reverencia y se retiró no sin antes arrojarle una mirada de culpa a Constantine.

El regente acababa de eliminarle el defensor más fuerte como en una partida de ajedrez y lo había dejado vulnerable.

Cuando quedaron a solas, a excepción de los lacayos, a Constantine se le aceleró el corazón. No había ningún indicio de que la audiencia estuviera yendo bien.

—¿Cómo se encuentra su querida esposa? —le preguntó el regente con cautela—. Debería haberla traído. O, mejor aún, debería haberla mandado a ella.

Constantine sintió una punzada cálida en el cuerpo.

—La duquesa se encuentra perfectamente bien, gracias.

—Maravilloso. ¿Supongo que la dicha marital sigue siendo fuerte entre ustedes dos? ¿Está al tanto de esto?

Levantó una pila de papeles escritos con gran cuidado. Constantine los reconoció de inmediato. Era una copia del testamento de su padre. De pronto, se quedó pálido.

—Sí —mintió—. Por supuesto que sí. No tenemos secretos.

El príncipe regente arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Y qué piensa al respeto?

—No piensa nada al respecto porque no hay nada que pensar.

—Oh, no estoy de acuerdo. Sería un gran perjuicio a los deseos de su difunto padre deshonrar sus últimos deseos.

—Sí —dijo Constantine al tiempo que una capa de sudor le cubría la espalda y el vientre se le llenaba de ira. «Mantén la compostura. Lo has hecho toda la vida. Aguanta un poco más»—. Su testamento se ha respetado durante todos estos años. No hay nada allí que contradiga la situación actual.

—¿Ah, no?

A Constantine se le aceleró el pulso. Al hombre le daba placer torturarlo. Y, en realidad, era su propia culpa. Lo único que tenía que hacer era dejarlo ganar, dejarlo tener un mayor presupuesto, ganar el caballo y el espejo picto. Tenía que ponerle fin a eso. No era demasiado tarde. Pero ¿cómo podría haber apoyado usar el dinero del pueblo para pagar fiestas más elaboradas y endeudarse aún más mientras muchos niños se morían de hambre en las calles?

La idea le parecía de lo más hipócrita. Él mismo podría haber hecho mucho más para ayudar a los pobres, como lo había hecho Modesty antes de casarse con él.

—No importa el testamento, Su Alteza —le dijo Constantine reuniendo fortaleza y autocontrol—. Le he traído un obsequio.

El regente arqueó las cejas y apoyó el testamento sobre la mesa.

—¿Ah, sí? No me esperaba eso.

—El caballo andaluz, Icarus, es suyo. Lo espera en la caballeriza real.

La expresión del regente cambió. De pronto, se veía contento. Incluso, victorioso.

—Oh, muchas gracias, milord. Aprecio el obsequio. Debe haber sido muy difícil separarse del semental después de todo lo que pagó por él.

Constantine inclinó la cabeza, sumiso, y detestó hasta el último momento. Pero la esperanza se le arraigó en el pecho. Eso ayudaba. El señor Nightshade, Dorian y Lucien estaban en lo cierto. Icarus era un precio fácil de pagar comparado con la alternativa.

—Sí, así es, pero quería extenderle el gesto a usted como muestra de mi respeto, lealtad y aprecio por Su Alteza Real. Ha llegado la hora de hacer a un lado nuestras diferencias y hacer las paces. Espero que este obsequio le agrade, ahora y en el futuro. Soy

su leal servidor, al igual que lo fue mi padre y todos mis ancestros antes.

El regente inclinó la cabeza y soltó una carcajada.

—Qué gran gesto. Y estoy encantado de aceptarlo. —Volvió a tomar el testamento—. Creo que nos podemos olvidar de esto. —Constantine sintió algo cálido en el pecho, que se le expandió. Era alivio. ¿Acaso eso era todo lo que había necesitado para deshacerse de la amenaza? Si el extorsionador publicaba la carta de su madre, el escándalo sin dudas dañaría su reputación. Pero sería decisión de la Corona qué hacer con esa información. Podría ignorarla y basarse en el principio de *pater est quem nuptiae demonstrant*, según el cual Constantine era el legítimo heredero, o podría honrar el testamento y comenzar una investigación acerca de su verdadero origen de sangre, que lo llevaría a perderlo todo.

—Gracias, Su Alteza. —Hizo una inclinación—. Se lo agradecería.

—Muy bien —dijo el regente y se dio una palmadita en el muslo —. Y, naturalmente, apoyará la petición de fondos de la Corona, ¿no? —La sonrisa del regente no le iluminó los ojos—. Al fin y al cabo, los gastos de la casa real solo han incrementado desde su… apasionado discurso en contra de la asignación.

Esa era la decisión que había comenzado esa enemistad. Sería humillante, por no decir equivocado, ir en contra de sus palabras. Su posición en la Cámara de los Lores quedaría devastada. Todo su orgullo gruñía ante la idea de inclinarse y retorcer sus propios principios. Ya no se reconocía.

—Sí —repuso apretando los dientes—. Contará con mi apoyo.

—Y algo más… otro obsequio de su parte —añadió el regente.

Constantine contuvo la respiración. Eso no era un buen indicio. Y el brillo pícaro en los ojos del príncipe tampoco auguraba nada bueno.

—Lo que sea —dijo Constantine.

—El último obsequio… el precio… es su esposa, milord.

No. Sin dudas, lo había oído mal. Sin lugar a dudas, el regente no era lo suficientemente audaz como para decirle eso en la cara.

—Me gustaría convertirme en un gran amigo de la duquesa de Pryde. Ayúdeme, y el testamento quedará olvidado para siempre. Pase lo que pase, la Corona siempre lo favorecerá y lo protegerá a cualquier costo.

Constantine no se pudo mover. No podía sentir el suelo bajo los pies. En algún punto profundo en su interior, experimentó un temor. El fuego de la ira lo consumió entero. «Contrólate», le dijo la voz del deber y la disciplina que había gobernado cada una de sus acciones desde la infancia. «Un duque debe estar más allá de cualquier reproche en todo momento. Un duque no le falta el respeto a su monarca». Sin embargo, la voz se había debilitado, y la imagen de Modesty siendo una amiga cercana de ese hombre le hizo ver el mundo de color rojo.

Eso fue todo lo que hizo falta: Modesty. Tras abandonar treinta años de control y compostura, avanzó a grandes zancadas hacia el regente, lo sujetó de las solapas y le rugió contra el rostro:

—¡Jamás!

Los ojos del príncipe regente se abrieron de par en par, la tez se le tornó pálida, y un grito patético se le escapó de la garganta.

—No la toque, no hable con ella y ni siquiera piense ella o, que me ayude Dios, se arrepentirá.

—¡Suélteme! —exclamó el regente.

A través de la neblina de la ira, Constantine tomó consciencia de los gritos a sus espaldas y de los pasos pesados y acelerados que se acercaban. Luego unas manos le sujetaron los brazos y lo alejaron a rastras del príncipe. Eran los centinelas y Octavius.

Por todos los cielos, ¿qué acababa de hacer?

—¿Qué has hecho, tonto? —le masculló Octavius al oído, como un eco de sus propios pensamientos.

A pesar de lo que había hecho, no sentía ni una sombra de pesar. Nadie podía amenazar el honor de Modesty, sin importar nada.

—Milord —escupió el regente con el rostro sonrosado mientras se enderezaba las prendas—. Se arrepentirá mucho de esto. —Volvió a sujetar el testamento—. Haré todo lo que esté en mi poder para averiguar por qué se estipula eso en el testamento. Y si se me presenta la oportunidad de arrebatarle todo, lo haré. No tiene ni idea del grave error que acaba de cometer. ¡Llévenselo de aquí!

Cada palabra era como una puñalada al vientre. Había tenido la victoria muy cerca. Y ahora lo había empeorado todo.

—Márchese de inmediato —le ladró el príncipe.

—Vamos, Constantine —le murmuró Octavius al tiempo que lo arrastraba hacia la puerta.

Constantine se dio media vuelta.

—Icarus viene conmigo.

Tras eso, permitió que Octavius se lo llevara.

—¡Debería darse por satisfecho de que no lo acuse de traición! —le gritó el regente a sus espaldas—. ¡Traición a su propio príncipe! ¡Podría encerrarlo en prisión y colgarlo en la horca por ese acto!

Ni después de ese arrebato final, Constantine miró hacia atrás. Sabía muy bien que era capaz de hacerlo y que tendría un buen caso en su contra.

En lo único que pudo pensar mientras recorría los pasillos opulentos con Eccess fue en lo mucho que anhelaba ver a Modesty. Cómo deseaba contarle todo. Y luego se le ocurrió algo más curioso aún: ¿Acaso valía la pena perderla para proteger su título? ¿Rendirse a la verdad sería tan malo como siempre había temido?

Mientras le traían a Icarus de las caballerizas, miraba al semental a los ojos y le acariciaba el pelaje blanco, las palabras que su padre le había reiterado hasta el hartazgo en el transcurso de su infancia se le vinieron a la mente. «Es mejor no ser un duque a ser uno que le dé vergüenza al título».

Sin su posición, realmente no sería nada, tal y como su padre se lo había advertido.

El heredero digno. El duque perfecto. Eso era lo que había tenido que ser. Ese había sido el único objetivo de su existencia.

Al tiempo que tanto él como Octavius se montaban a los caballos y andaban hacia la puerta de salida, supo que iba a tener que trabajar más aún para dar con el extorsionador. Tendría que notificar al señor Blackmore. Y tenía que proteger a Modesty. El apetito sexual del príncipe regente era legendario. No se detenía ante nada. Ninguna dama se encontraba a salvo cuando enfocaba su atención en ella, sin importar su rango o su matrimonio. Había destruido un sinfín de reputaciones y matrimonios por pura diversión. Y ahora Constantine le acababa de revelar que Modesty era su mayor vulnerabilidad.

Duplicaría sus esfuerzos para encontrar al extorsionador y la condenada carta de su madre, a pesar de las amenazas y las consecuencias. Era evidente que el extorsionador no se iba a detener hasta destituirlo. Si no luchaba, bien podría renunciar a todo: su título, sus propiedades y, ahora, lo más aterrador de todo, la seguridad de Modesty.

24

Constantine le entregó el sombrero a Simons y se quitó el abrigo.

—¿Dónde está la duquesa?

—En la sala de estar, milord.

Excelente. Constantine avanzó por el pasillo a grandes zancadas. No veía la hora de verla.

Había sentido varias olas de ira por el cuerpo luego de la visita a Carlton House. La montura de Octavius no había podido seguir el paso de Icarus, pero el duque había seguido a Constantine y solo se había marchado luego de que los dos llegaran a la casa de Pryde y conversaran acerca de lo que había ocurrido.

El paseo a galope por las calles de Londres al menos lo había ayudado a calmar parte de la tensión. Pero nada podría aliviarlo como enterrar el rostro en la piel aterciopelada entre el cuello y el hombro de su esposa.

—Pero, milord… —lo llamó Simons, aunque Constantine no quería oír nada más. El cuerpo le temblaba de la necesidad de estar cerca de ella.

A través de la puerta abierta, la vio de pie con la espalda hacia él y mirando hacia afuera de la ventana. Redujo el espacio que los

separaba, le envolvió los brazos por la cintura y le apretó los labios contra la piel. De solo inhalar su aroma, se sintió mucho mejor.

—Modesty… —le murmuró—. Te eché de menos.

Modesty se quedó rígida y se volvió en sus brazos para enfrentarlo. Algo no iba bien. No le gustó el extraño brillo que detectó en sus ojos asustados, ni tampoco el rubor profundo que le cubrió las mejillas.

Una tos a sus espaldas lo dejó petrificado. Se volvió para encontrar al señor George Lockhart de pie, incómodo, al lado del sofá, estrujándose las manos. Sobre la mesa había dos tazas de té, una tetera, galletas y unos pastelillos.

Constantine sintió un aguijón de celos en el vientre. De repente, entendía muy bien a Dorian. Una rabia que lo corroía todo lo abrasó por dentro. La idea de asestarle un puñetazo en el rostro le pareció de lo más seductora y sintió como si le lamiera la piel de las manos.

Demostrar afecto físico delante de otras personas se consideraba vulgar. Algo que un duque bien educado jamás haría. Algo que el viejo Constantine no habría hecho ni en mil vidas. Sin embargo, allí se encontraba, con los brazos envueltos en la cintura de Modesty, que se encontraba bien segura contra su pecho. Era una declaración. Miró a George a los ojos.

—Señor Lockhart.

George se humedeció los labios evitando la mirada de Constantine y clavándola en cualquier sitio excepto en ellos dos. Diablos, esa era su casa, y ella, su esposa. Podía hacer lo que se le diera la gana.

—Milord —masculló George.

—¿Qué haces? —Modesty lo empujó intentando liberarse.

Oh, no. Aún no. Constantine fulminó a George con la mirada.

—Ya me puedes soltar —murmuró Modesty con suavidad, pero con el tono serio. Al menos uno de ellos intentaba mantener los modales en sociedad.

Tras considerar que la declaración estaba hecha, la soltó.

—No sabía que estaba aquí, señor Lockhart —le dijo Constantine.

—Sí, yo… —George miró a Modesty con los ojos abiertos de par en par y llenos de significado.

A Constantine no le gustaba ninguna mirada significativa que pudiera pasar entre ellos. Modesty enderezó los hombros como una verdadera duquesa y lo miró a los ojos.

—El señor Lockhart aplicó para ser parte de una excavación en Egipto —le dijo—. Consiguió el puesto y también se aseguró de conseguir uno para mí.

Constantine sintió que el suelo se movía bajo sus pies como un muelle en una tormenta. Egipto… una excavación…

George miró a Modesty con timidez.

—Solo conseguí el puesto por la ruina romana por la que me dejó tomar el crédito.

Modesty se rio.

—Oh, no es nada.

¡Ciertamente era algo! ¿Le había dejado tomar el crédito por una ruina que ella misma había encontrado, en donde había hallado el espejo y la piedra picta? ¿Y ahora él se llevaba toda la gloria? No era de sorprender que se viera tan agitada. Eso era todo lo que siempre había deseado. Y él no era el hombre que se lo ofrecía…

Constantine asintió con la cabeza. Fue todo lo que atinó a hacer. Un dolor profundo le floreció en el pecho. Él debería haber sido quien hiciera posible que todos sus sueños se cumplieran, pero, en cambio, era el que le prohibía hacer excavaciones. Y todo por las rígidas reglas de decoro.

¿Estaba en lo correcto al hacerlo? ¿No estaba analizando la situación más de lo necesario? ¿De verdad una duquesa no podía participar de una excavación, buscar reliquias antiguas y estar al borde de realizar un descubrimiento científico?

Modesty tenía razón. Tanto Patience como Chastity eran duquesas, y ni Dorian, ni Lucien les prohibían nada. Por el contrario, ambos apoyaban a sus esposas de cualquier forma posible, celebraban sus logros y estaban orgullosos de que desafiaran las expectativas sociales impuestas sobre las mujeres. Él quería hacer lo mismo. Pero si lo hacía, llamaría más la atención hacia el nombre de su familia. Más escrutinio, implicaría más preguntas. Y más preguntas, significaba que alguien podría encontrar el agujero en su barco… El agujero que se convertiría en un hueco gigante y lo dejaría hundir. ¿O sería que ya se estaba hundiendo?

—Cuénteme acerca de la expedición, señor Lockhart —le pidió.

—Por supuesto. El Museo Británico está financiando mi proyecto para continuar excavando en el Valle de los Reyes, cerca de Tebas. Seré el arqueólogo a cargo de la excavación, y ya tengo un artista para esbozar los descubrimientos, incluyendo los jeroglíficos. He contratado a un supervisor de obra, un intérprete y dos centinelas. Dos asistentes para la excavación también están listos para partir. Solo me falta la duquesa, como mi asistente principal. Mi tía está dispuesta a acompañarnos para garantizar todo el decoro, y, quizás, la duquesa le pueda pedir a alguna amiga que venga.

Constantine miró a Modesty a los ojos, que le brillaban al tiempo que una sonrisa le asomaba al rostro.

—Por supuesto que no son los pictos… pero es una oportunidad única en la vida. Y podrías venir conmigo.

Constantine asintió. Prácticamente la veía bailar del entusiasmo. Verla de ese modo hizo que se le ciñera el corazón. En otras

circunstancias, le hubiera puesto el mundo a los pies. Hubiera financiado una excavación en Egipto con su propia fortuna y hubiera ido con ella y excavado a su lado.

Bajo las nuevas circunstancias, eso no era posible. El corazón se le rompió al pensar que era el villano que se interponía entre su forma de lograr todo lo que siempre había deseado. Él, que la amaba.

—Ya sabes que no puedo. Mi deber se encuentra aquí. ¿Cuánto tiempo durará la excavación? —preguntó.

No supo cuánto tiempo más iba a poder guardar la compostura. Las rígidas reglas por las que vivía eran como un sarcófago de piedra; su orgullo lo sellaba en su interior y lo atrapaba como en una prisión que él mismo había hecho.

George frunció el ceño. Quizás nunca había esperado que dejaría ir a Modesty; a lo mejor, había esperado que dijera que no de inmediato. Constantine hubiera esperado lo mismo. Sin embargo, la palabra se rehusaba a salirle de la boca, no cuando Modesty se veía tan llena de vida, entusiasmo y felicidad. ¿Cómo podía ser el que le arrebatara eso?

—Estimo que durará dos… o quizás tres años —respondió George —. Por supuesto que comprendo muy bien su preocupación por la seguridad de la duquesa. Y le aseguro, que esa es mi mayor preocupación también. Los guardias estarán con ella todo el tiempo.

—¿Cuándo se marcha? —preguntó Constantine.

Estaba completamente entumecido. Se sentía como un observador que se veía a sí mismo desde una distancia mientras se preparaba para arruinarse la vida y romperse el corazón. Pero prefería romperse el corazón a romper el de ella. La amaba. Y esa era su forma de amarla. Necesitaba un heredero, pero su felicidad era más importante.

—En aproximadamente dos semanas —repuso George.

Constantine asintió y no logró decir nada. Ni sí, ni no. Si Modesty quería ir, unos días más serían todo lo que tendría con ella.

—Esa es la fecha del bautismo de Augustus —dijo su esposa mirándolo a los ojos—. No puedo.

—Podemos bautizarlo antes —le dijo con suavidad.

Modesty frunció el ceño.

—¿No te opones a…?

Constantine le ofreció una sonrisa suave.

—El bautismo no es tan importante como pasar tres años en el Valle de los Reyes.

—Oh, cielos… —dijo y se apretó las palmas contra las mejillas—. Tres años… No puedo. Pero ¿qué estaba pensando? No puedo dejar a Augustus solo… Se lo prometí a su madre. Soy su guardiana.

Constantine se obligó a tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Estará perfectamente a salvo conmigo.

—Lo sé… Pero… —Miró a George y encuadró los hombros—. No puedo ir con usted, George. Me honra y complace que me haya invitado, pero tengo obligaciones que me retienen aquí.

A George se le hundieron los hombros mientras clavaba la mirada en la alfombra persa, abriendo y cerrando los dedos a ambos lados del cuerpo. Cuando por fin alzó la mirada, los rasgos le quedaron carentes de emoción alguna, aunque los ojos traicionaban su dolor.

—Por supuesto —le dijo—. Lo entiendo muy bien. Es una de las mejores personas que conozco, duquesa. Augustus es muy afortunado de tenerla de guardiana. —Hizo una reverencia—. Sin embargo, si llega a cambiar de parecer, la Aurora zarpará del puerto de Londres. Les deseo un buen día.

Tras decir eso se marchó.

Modesty se volvió hacia Constantine con una sonrisa serena en los labios, pero se le desvaneció al verlo a los ojos. Debía de ser difícil de mirar porque tras la partida del señor Lockhart la resolución de mantener una expresión amable en el rostro desapareció.

Modesty redujo los dos pasos que los separaban y le tomó el rostro entre las manos para mirarlo a los ojos.

—¿Qué sucede?

Constantine quería contarle todo acerca de su verdadero linaje, el chantaje y las amenazas del regente. Pero el temor se había aferrado a él y le tragaba las palabras antes de que se le formaran. Varias imágenes le pasaron por la mente: el rostro de Modesty torcido de repulsión, las damas de la alta sociedad susurrando detrás de los abanicos, sus pares dándole la espalda, Augustus llevado de su hogar para ser criado por un extraño, el señor Hawthorne perdiendo la comodidad y la privacidad de su casa… Y la sonrisa triunfal del regente al quitarle el título a Constantine.

Lo peor era la idea de perder el afecto de Modesty. Al darse cuenta de eso, sintió un golpe físico. ¿Cuándo esa mujer se había vuelto tan esencial para su existencia? ¿Cuándo su felicidad se había vuelto más importante que su propio orgullo? Se había pasado la vida construyendo paredes para proteger sus secretos, pero ella había atravesado cada una de sus defensas y reclamado su corazón indigno.

Y ahora el engaño que implicaba proteger todo lo que le importaba amenazaba con destruir la única cosa que no soportaba perder. Porque la amaba más con cada momento que pasaba. La emoción le resonaba en el cuerpo y el alma con una intensidad que lo aterraba. Jamás había esperado encontrar esa necesidad profunda de adorarla, venerarla y hacer que sus sueños se volvieran realidad. De ser digno de la confianza que había depositado en él.

Así que en lugar de confesarle todo, la envolvió en un abrazo feroz y le enterró el rostro en el cuello. Tomó una profunda bocanada de aire para que su aroma se convirtiera en parte de su ser.

Modesty le pasó los brazos por el cuello.

—Estás temblando. ¿Es por Egipto?

Como no pudo responder, negó con la cabeza.

—¿Qué pasó?

Constantine se echó hacia atrás y le tomó el rostro entre las manos.

—No te lo puedo contar todo. Todavía no. Pero necesito que sepas algo. —Tomó una profunda bocanada de aire—. Estoy aterrado. No de que vayas a Egipto, sino de que un día te des cuenta de que no soy el hombre que tú crees.

Modesty negó con la cabeza y sonrió.

—Sé que tienes tus secretos y tus motivos… Pero sin importar qué sea lo que mantienes en privado, he visto destellos de ti, del verdadero hombre detrás del duque. Y ese es el hombre del que me estoy enamorando.

Se estaba enamorando… Dios sabía que no se merecía su amor… ni su fe en él. Solo podía esperar ganarse su respeto algún día. La besó y se apoderó de su boca con todo el fervor de las palabras que no podía decir.

Mientras se apartaban, Constantine le dijo:

—Quiero que vayas a Egipto. Es parte de quien eres, y no quiero sofocarte. Quiero que seas feliz.

Modesty le sonrió.

—Soy feliz. Tú me haces feliz. Y no veo la hora de bautizar a Augustus.

—Yo tampoco —le dijo con suavidad—. Octavius será el padrino… bueno, el segundo padrino, después de mí.

La sonrisa de su esposa se intensificó.

—Solo espero que sea un bautismo digno, por más que sea muy pequeño, y solo nuestra familia y algunos amigos puedan acudir.

—No lo dudo, Modesty. Ahora eres una duquesa. Puedes hacer lo que sea.

25

Constantine se despertó de un salto al oír el llanto de un bebé. Parpadeó desorientado antes de comprender que Modesty ya no estaba más a su lado. Las sábanas en su parte de la cama estaban frías. Se puso de pie y tomó el salto de cama.

Augustus. Algo iba mal.

El aire frío de la noche le perforó el pecho desnudo y le produjo escalofríos mientras avanzaba hacia el cuarto del niño. Acababa de hacerle el amor a Modesty, y, por lo general, solía quedarse dormido desnudo.

Al abrir la puerta, la imagen que encontró hizo que se le ciñera el corazón. Modesty recorría la habitación de un lado al otro acunando al bebé contra el pecho.

—Ya, ya, tesoro. Todo está bien.

El llanto del bebé era débil y lastimero. Constantine se acercó a su esposa y estudió el rostro sonrosado del niño.

—¿Qué sucede?

—Está ardiendo. No logro calmarlo.

Constantine apoyó la mano contra la frente del niño. Tenía la piel demasiado cálida como para estar cómodo.

—Necesitamos a un médico.

—Ya lo mandé a llamar.

Constantine asintió con la mente acelerada.

—Necesitamos enfriarlo. Iré a buscar agua y compresas.

—La señora Walcott está en eso.

—Bueno, se está tomando mucho tiempo.

Se apresuró hacia las recámaras de los criados y encontró a la señora Higgs atónica y a la señora Walcott preparando compresas; se le podían ver unos círculos oscuros debajo de los ojos. Tras sentir pena por la mujer, le dijo que se quedara allí y descansara un poco. Le pidió los suministros, y la señora Higgs lo ayudó a llevar todo arriba.

Tras regresar al cuarto del niño, encontró a Modesty acunando al bebé afiebrado y susurrándole con suavidad. La señora Higgs colocó la jofaina de agua sobre la cajonera.

—Oh, pobre niño.

Constantine se detuvo al lado de Modesty.

—Déjame sostenerlo. Deberías descansar un poco.

Con delicadeza, tomó a Augustus en sus brazos. El bebé gimoteó un poco, con el cuerpo irradiando calor. A Constantine se le ciñó el pecho de la preocupación.

—¿Debería buscar a la señora Walcott? —le preguntó la señora Higgs.

Con la mano libre, Constantine humedeció una compresa en agua fría.

—No. De hecho, por favor asegúrese de que descanse un poco. La necesitaremos por la mañana, porque tendremos que descansar. Debe estar exhausta. Nos turnaremos y le pondremos compresas frías para intentar bajarle la fiebre.

Constantine cantó canciones de cuna que apenas recordaba mientras acunaba a Augustus contra el pecho. Recorrió la recámara

con los pies descalzos sobre la alfombra y deseando que le bajara la fiebre.

El niño era pequeño y vulnerable, y era la mayor amenaza a su posición. Por lógica, debería resentir a ese bebé inocente o incluso temerle. Sin embargo, cuando Augustus le cerró el puño alrededor de un dedo, no soportó la idea de que el niño pudiera sufrir ningún daño. ¿Cuándo había ocurrido eso? ¿En qué momento esa criatura se había abierto paso hasta lo más profundo de su corazón?

Desvió la mirada hacia Modesty, que fruncía el ceño, preocupada, mientras preparaba una compresa fría. Su esposa era la pieza que nunca supo que le faltaba. Por ella, quería ser mejor, quería ser digno del amor que le ofrecía tan libremente.

Al poco tiempo, llegó el médico y sugirió que el niño tenía fiebre y la garganta y los senos nasales inflamados. Lo que habían hecho hasta el momento había ayudado y debían continuar haciéndolo. La señora Walcott fue a alimentar al bebé y luego regresó a la cama. Los lacayos llevaron un baño de agua tibia.

La noche se pasó lenta. Los llantos de Augustus sonaron cada vez más consternados, y Constantine acabó contándole historias, como lo había hecho el señor Hawthorne con él cuando era pequeño.

—Y luego —le dijo en voz baja y relajante mientras humedecía la frente del bebé con un trapo frío—, la liebre astuta corrió más rápido que el lobo, saltando por encima de setos e inclinándose por debajo de los troncos caídos.

Modesty se acurrucó en la silla mecedora y sonrió cansada.

—No sabía que eras tan bueno contando cuentos.

Constantine soltó una risa.

—Yo tampoco. La educación del señor Hawthorne va más allá de lo que creía.

Mientras mecía al niño, la mente le regresó a los arreglos prácticos de los que se había ocupado desde la confrontación con el regente hacía cinco días. Las garras del temor se le clavaban en la columna vertebral todos los días. El príncipe regente estaba tras él. Lo investigaba. Y estaba más determinado que nunca a verlo sufrir.

El día anterior, Blackmore le había dado buenas y malas noticias. Los mellizos Nightshade habían encontrado al niño que había llevado la segunda carta en la que el extorsionador demandaba dos mil libras. El niño había sido contratado por un méndigo, Bob Tres Dedos, medio loco y con pensamientos dispersos. Era evidente que Bob no era el chantajista, sino que era un intermediario más que habían utilizado para contratar al niño.

Según Blackmore, Bob Tres Dedos había descrito a hombre que lo había contratado como ni joven, ni viejo, ni alto, ni corto, ni gordo, ni flaco, y ni rico, ni pobre. Tras decir eso, se la había pasado divagando con la mirada nublada. Constantine no entendía cómo el extorsionador había confiado en el méndigo para que hiciera algo.

Blackmore continuó la búsqueda de otros niños de la calle, o «estorninos». Y sus hombres observaban los puestos del mercado por si veían algo sospechoso mientras se acercaba la fecha del pago. Pero Constantine sintió que iba perdiendo.

Por eso, les pidió a sus abogados que le transfirieran la propiedad que no estaba atada al título de Pryde a Modesty. También se había asegurado de que la mayoría de los activos que había acumulado como duque pasaran a ella, para que pudiera ser independiente, financiar una docena de excavaciones y cuidar de Augustus y el señor Hawthorne.

Y, aunque no iba a querer tener nada que ver con él, aún estarían los seis duques para cuidarla. Protegerían a la familia de Constantine como si fuera la propia, como estipulaba su credo. Su

destrucción no tendría que devastar a las personas que más le importaban.

Cuando las primeras luces del alba comenzaban a aclarar el cielo, Augustus por fin se quedó dormido. Constantine se acomodó contra el asiento de la ventana con el bebé acunado en el pecho. Las últimas defensas que le quedaban se desmoronaron. En el rostro febril del niño, podía ver lo conectados que estaban; era otra alma marcada por la soberbia cruel de su padre. Ophelia había sido rechazada, Constantine siempre había luchado por demostrar lo digno que era de un título que no le pertenecía, y ahora ese bebé inocente era el heredero de un legado de dolor e infelicidad. Se merecía algo mejor que heredar las heridas de su familia.

Pero no. El ciclo acabaría allí, con él. Augustus iba a conocer algo que él jamás había tenido: el amor incondicional y la aceptación absoluta, sin el devastador peso de las expectativas. Gracias a Modesty. Porque, de algún modo, mientras intentaba proteger el mundo que con tanto cuidado había construido, Constantine había encontrado algo mucho más precioso: una verdadera familia.

26

Modesty abrió los ojos y se frotó los hombros rígidos. Estaba cálida, aunque incómoda tras haberse quedado dormida en la silla. Alguien la había cubierto con una manta. No recordaba haberse quedado dormida, y ahora la luz de la mañana se colaba por la ventana.

«¡Augustus!». Se sentó de inmediato mirando el cuarto del niño como una desquiciada. La cuna estaba vacía, y Constantine tampoco estaba a la vista. «Oh, Dios, por favor, no permitas que Augustus haya fallecido de fiebre mientras dormía».

El pensamiento la hizo ponerse de pie de un salto y le produjo un cosquilleo en la piel. Salió corriendo de la habitación, avanzó por el pasillo y se dirigió hacia la recámara de Constantine. Abrió la puerta y se quedó petrificada en el umbral.

En la amplia y ostentosa recámara, al lado de uno de los ventanales, Constantine estaba esparcido sobre la cama profundamente dormido. Tenía a Augustus acurrucado a salvo entre el pecho y el brazo. El alivio hizo que las extremidades se le aflojaran. El corazón se le hinchó al verlos de esa manera. Despacio, para que el suelo no crujiera bajo sus pasos, avanzó por la habitación.

La noche anterior, Constantine había cuidado a Augustus como si fuera su propio hijo. Como un verdadero padre cuidaría a su hijo. Era un buen hombre. Sin importar qué secretos ocultara y cuánto los protegiera, lo amaba.

Se inclinó para acercar el dorso de la mano a la frente de Augustus. El niño tenía la piel húmeda, pero no estaba ardiendo como la noche anterior. Tras soltar un suspiro despacio, alzó al bebé con cuidado. Constantine se removió, pero por fortuna, no se despertó. Necesitaba dormir.

Se marchó de la habitación con Augustus y lo colocó en la cuna en su habitación. La señora Walcott había regresado y se veía mucho mejor tras unas pocas horas de descanso.

Tras dejar el bebé en buenas manos, Modesty bajó a la cocina y sorprendió a todos los criados al pedirle a la asistente de la cocinera que le preparara un té al duque. Con una bandeja llena con una tetera, tazas, galletas y tostadas con mantequilla regresó al lado de su marido. Mientras subía las escaleras comenzó a pensar en el bautismo. Solo faltaban tres días. Ya habían enviado las invitaciones y reservado la iglesia de Todos los Santos, y su padre se estaba preparando para el evento. Pero si Augustus aún se sentía mal, lo cancelaría en un instante.

Cuando Modesty colocó la bandeja en la mesa de noche, Constantine se removió y abrió los hermosos ojos castaños. Tenían unas manchitas doradas que ahora conocía bien y eran tan firmes como el suelo sobre el que caminaba.

Era muy atractivo y se veía de lo más vulnerable con el rostro libre de la máscara social de duque. Llevaba el cabello revuelto desde la noche anterior, y un leve rubor le cubría las mejillas. Tenía tanto el mentón como la mandíbula cubiertos por una barba incipiente. A Modesty no le gustaron los círculos oscuros que le

cubrían los ojos, y sabía que no solo se debía a la noche de poco sueño. Hacía varios días que lo veía más preocupado que nunca. El temor a los chismes debía de estar drenándolo, y anhelaba apoyarlo y brindarle alivio.

—¿Quieres un poco de té? —le preguntó apartándole un mechón de pelo de la frente.

En lugar de responder, se la acercó al pecho y la besó. Modesty se hundió en su abrazo, y sintió el cuerpo duro, cálido y hermosamente familiar de su marido, que la envolvía en sus brazos para reclamarla con la boca. Le rozó la lengua con la suya, y se le derritió el cuerpo de deseo por él. Los pezones se le endurecieron, los músculos íntimos se le tensaron, y toda la sangre se le encendió.

—Quiero un poco más de ti —le murmuró.

Tras eso, rodó en la cama, la sujetó con su cuerpo y la instó a separar los muslos. Modesty soltó una risa mientras Constantine la recorría con la mirada, le pasaba las manos por los pechos y la cintura y le sujetaba la cadera.

La besó profundamente y con intención. Mientras le envolvía las piernas por las caderas, sintió el alargado cuerpo duro contra el sexo. Siguiendo un instinto, movió las caderas para frotarse contra él, y lo oyó gemir contra su boca.

—Eres una descarada. —Se rio—. Durante el día, te ves toda correcta y educada… pero eres fuego en la cama.

Modesty lo besó.

—Porque tú eres la chispa que me enciende.

Soltó un gruñido y volvió a besarle el cuello. Le subió el camisón para quitárselo por la cabeza y luego se concentró en un pecho y le besó el pezón, acariciándoselo con la lengua y mordiéndoselo con suavidad provocándole ráfagas de fuego por la sangre. Modesty arqueó la espalda para darle más acceso. Constantine le dio la

misma atención al otro pecho hasta que todos sus sentidos se revolucionaron, y hasta el último átomo de su ser cobró vida con sus caricias.

Modesty le abrió los pantalones que se había puesto en algún momento de la noche y se los bajó por las caderas con los pies. Acto seguido, le envolvió las piernas por la cintura para acercárselo más. Ya no quedaba ninguna barrera entre sus sexos, y Constantine la miró a los ojos.

—¿Estás…?

—Te deseo —le dijo y movió las caderas para acercar la cabeza del miembro a su entrada.

Constantine soltó un siseo de placer mientras Modesty se acercaba la punta a la entrada, pero él se apartó cuando intentó introducírselo con una embestida.

—Despacio, dulzura —le murmuró mientras bajaba la cabeza hacia la suya.

Le dio el beso más seductor, que hizo que se le tensaran los músculos internos por anhelo de que la llenara y la llevara a la cima del placer.

—Quiero saborearte —le dijo y, muy despacio, comenzó a introducirse en su interior. La oyó soltar el aliento y la miró a los ojos como adorándola. Modesty no logró apartar la mirada.

Los músculos se le tensaron alrededor de él y lo contuvieron dentro. Estaban tan conectados como podían estarlo dos personas: en cuerpo, en alma y en corazón.

Lo amaba… ¡Por todos los cielos, lo amaba! Y él parecía estar diciéndole lo mismo con cada movimiento de su cuerpo.

Sin dejar de mirarla a los ojos, comenzó a embestirla y provocarle olas de placer en las venas como miel líquida. Modesty no se pudo detener ni apartar la mirada, no pudo hacer otra cosa que

no fuera permanecer cautiva de sus ojos y sentirlo moverse en su interior despacio, provocándole sensaciones en todas las terminaciones nerviosas y acariciándola en los lugares indicados. De a poco, fue aumentando la velocidad, y su cuerpo la traicionó al llegar a la cima del placer antes de lo esperado. Constantine soltó una maldición mientras la oía gritar y sentía cómo sus músculos se convulsionaban a su alrededor.

—Aguanta —le murmuró al oído—. Aún no hemos terminado.

Mientras gemía y temblaba contra él, se contuvo, pero al sentir los últimos espasmos de su orgasmo, comenzó a moverse otra vez y a aumentar la velocidad, embistiéndola más fuerte y murmurándole palabras dulces al oído: qué hermosa era, cuánto la quería, cuánto anhelaba tenerla todos los días en sus brazos, cómo lo volvía loco su aroma, el mismo que quería inhalar para siempre…

Le susurró otras cosas que no logró recordar ni entender, y con gran habilidad la volvió a llevar a la cima, aunque Modesty no había creído que eso fuera posible. Cuando se volvió a estremecer de la agonía más dulce, otra ola la embargó y no fue capaz de contenerse de gritar su nombre.

«Constantine…». Eso lo deshizo también, y gruñó sonando adolorido mientras derramaba su semilla en su interior.

Se quedaron acostados intercambiando besos suaves y mirándose a los ojos. Constantine le acarició el cabello y le besó la nariz, las mejillas y los párpados. ¿Quién iba a decir que ese hombre tan soberbio y rígido iba a ser el amante más generoso y cariñoso?

Cuando se estiró a su lado, Modesty le apoyó la cabeza sobre el pecho, y él la envolvió en su brazo apretándola con fuerza.

—Lamento mucho haber estado distraído —le dijo—. No quería… Es este asunto… Muy urgente… Y no mejora.

—¿Por qué no me lo puedes contar?

Constantine tragó con dificultad.

—Quiero contártelo… Supongo que te puedo contar una parte, no te lo puedo contar todo. Aunque te mereces saberlo.

Modesty alzó la cabeza y se la apoyó sobre la mano para mirarlo. Constantine frunció el ceño, al tiempo que la nuez de Adán le subía y bajaba. El rostro se le veía muy joven, pero desgarrado de preocupación… arrepentimiento… dolor…

—Augustus no es mi hijo. Es el nieto de mi difunto padre.

Modesty parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Ophelia y yo nunca fuimos amantes. Era la hija ilegítima de mi padre y una mujer que se había quedado con nuestra familia. Era una amiga de mi madre.

Modesty se sentó con la mente acelerada. Una sensación de devastación le abría el pecho como un abismo.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el comienzo?

Constantine tomó una profunda bocanada de aire.

—Lo siento. Hay muy pocas personas que estaban al tanto de la hija ilegítima de mi padre. No podía contarle ese secreto a alguien que no conocía. Pero ahora te conozco y confío plenamente en ti.

—¿De eso se trata el chantaje? Cuando me acusaste de extorsionarte, ¿ese era el secreto que te preocupaba?

Una expresión dolorosa le atravesó el rostro.

—Sí.

—Oh… —Los pensamientos se le arremolinaban a toda velocidad —. Aguarda… pero eso quiere decir… Cuando rechazaste a Ophelia, que se encontraba pobre y embarazada, rechazaste a tu propia hermana…

Él suspiró y cerró los ojos al tiempo que asentía con la cabeza. Al volver a abrirlos, le estudió el rostro.

—¿Por qué la rechazaste? —le preguntó.

Él apartó la mirada.

—Porque no quería un escándalo.

—Entonces Augustus es tu sobrino… ¿Cómo sería eso un escándalo?

—La reputación de mi padre siempre ha sido intachable. La línea de los Buccleigh siempre ha sido pura y honorable. No podía dañar eso.

—Pero ¿cómo puede ser un escándalo más importante que el bienestar de alguien? En especial, el de una madre embarazada… ¡Son dos vidas, Constantine!

El rostro se le retorció con algo similar a la vergüenza.

—No es tan simple…

—Entonces explícamelo —le demandó—. Porque el hombre que acaba de pasar toda la noche cuidando a Augustus no puede ser el mismo que abandonó a su hermana en la calle.

Constantine intentó acercarse, pero ella se apartó.

—Modesty, por favor…

—No. Hay más que no me estás diciendo. Lo veo en tus ojos.

—Le ofrecí ayuda —admitió con la voz apagada—. Pero con condiciones…

—¿Con condiciones? —La última palabra le supo amarga—. ¿Qué condiciones podrían justificar que abandonaras a tu propia sangre?

Constantine se retorció al oír la palabra «sangre», y algo oscuro y doloroso le atravesó el rostro.

—No lo entiendes…

—¡Entonces ayúdame a entenderlo! —Prácticamente, le estaba gritando de lo confundida y herida que se sentía—. Porque he visto lo cariñoso que eres con Augustus y cuánto lo quieres. Y, aun así,

permitiste que su madre muriera sola y desesperada. El Constantine al que conozco no haría eso sin un motivo.

El rostro se le quedó pálido al oírla. Durante un momento, creyó que al fin podría decírselo todo, pero luego pareció retirarse a su interior para volver a ponerse la familiar máscara del duque perfecto.

Guardó silencio y apartó la mirada. Modesty supo que no le diría nada más. Había vuelto a erguir las murallas, y ella no se encontraba dentro.

Se bajó de la cama y se puso el camisón. Iría a ver cómo se encontraba Augustus. La oscuridad en los ojos de Constantine se sentía como un peso sobre su alma. A lo mejor, le había contado algunos de sus secretos… pero no todos.

27

—Constantine, ¿tienes el chal? —le preguntó Modesty desde la oscuridad del carruaje con el pequeño Augustus acunado contra el pecho y arrullando con dulzura.

Constantine descendió los escalones y se acercó al carruaje para entregarle el chal de Norwich de un exquisito color índigo con patrones bordados a mano con hilo dorado. Le había pertenecido a su abuela paterna, y estaba orgulloso de poder bautizar a Augustus con la herencia familiar.

—Aquí tienes —le dijo al tiempo que soltaba la seda suave.

Por fortuna, Augustus se había recuperado bastante, aunque seguía congestionado. Cada vez que el bebé tocía, Constantine deseaba poder quitarle la enfermedad. Prefería estar enfermo a ver al niño sufrir. Sin embargo, lo que estaba haciendo era arrebatarle el futuro.

Modesty apenas lo miró a los ojos mientras aceptaba el chal. Los tres días que habían transcurrido desde la terrible noche en la que Augustus había tenido fiebre, habían estado cargados de tensión. Eso era exactamente lo que tanto había temido, que sus mentiras y sus secretos acabaran por arruinar su felicidad.

Quería tranquilizarla. Durante toda la mañana, Modesty se la había pasado ansiosa, preocupada por Augustus, acomodándose el vestido y comprobando su aspecto delante del espejo. Con la fecha del bautismo aproximándose, cada vez estaba más estresada, y solo se calmaba cuando la sostenía en sus brazos por la noche. Aunque sus corazones se fueron apartando, sus cuerpos se unían en la oscuridad con la urgencia desesperada de los buscadores de láudano que saben que su propia medicina es a la vez su propia perdición.

—No tienes de qué preocuparte, Modesty —le dijo con suavidad al tiempo que la miraba a los ojos—. No podrías ser más perfecta.

Por primera vez desde esa noche, vio un destello cálido de la suavidad que tanto anhelaba en sus ojos. Llevaba cabello cobrizo sujeto en mechones rizados a la moda debajo del bonete y le enmarcaban el hermoso rostro. Tenía puesto un vestido de seda de color índigo y una pelliza a juego que en silencio le anunciaban a todo el mundo que le pertenecía a él. Esa idea bastó para que el miembro se le endureciera.

—Gracias, Constantine —le respondió, y el rubor que le asomó a las mejillas lo hizo endurecer aún más.

Así era como se veía en sus brazos, en su cama, cuando la llevaba a la cima del placer. Sonrosada, con los seductores labios hinchados y los ojos oscurecidos y destellantes.

—Estoy muy contenta de que seas el padrino —le dijo—. Ya sabes lo importante que es para mí que Augustus sea bautizado en público, sin vergüenza alguna. Solo deseo que…

Constantine tragó con dificultad.

—¿Qué?

Miró a la señora Walcott y se le acercó más.

—Ojalá me lo pudieras contar todo. Somos marido y mujer. Soy tuya, ¿no?

La mente se le aceleró.

—Sí. —Estiró la mano para acariciarle la mejilla con los nudillos, y Modesty se inclinó contra su rostro como una gata—. Ojalá pudiera contártelo, dulzura. Solo debes esperar un poco más.

Solo necesitaba un día más para deshacerse del peligro más grande. Al día siguiente, era la fecha del pago de las cinco mil libras, y con la ayuda de los hombres de Blackmore, por fin atraparía al extorsionador.

Thorne le había informado que una lavandera había enviado al último mensajero. La mujer había dicho que el hombre que la había contratado llevaba un sombrero alto tan bajo que no se le veía el rostro, y como le había pagado una suma generosa, no le había hecho ninguna pregunta. Blackmore le había dicho que, al mediodía del día siguiente, pondrían el plan en marcha y depositarían el dinero falso en el barril del pescadero.

—Mañana —le prometió—. Mañana te lo contaré todo.

Modesty le examinó el rostro y asintió.

—Muy bien. Ahora, ven, debemos ir a Shepherdsbrook. Tenemos que llegar a tiempo para la reunión con mi padre.

En efecto, la reunión con el párroco en la que les explicaría las responsabilidades de los padrinos y cómo criar a un niño con los valores de la iglesia.

Colocó un pie sobre el escalón del carruaje con el corazón más liviano ahora que la conexión entre los dos se había restablecido.

—Claro. La espero con ansias.

—Milord, ¿usted es el duque de Pryde? —le preguntó de repente una voz infantil.

Con un cosquilleo en la nuca, Constantine se volvió para ver a un niño de unos diez años, con el rostro sucio y unos harapos puestos,

de pie frente a él con un papel plegado. Una premonición oscura se le hundió en el vientre como una piedra. Volvió a bajar al pavimento.

—Sí, soy yo.

El niño le metió el papel en la mano y salió corriendo por la calle.

—¡Atrápalo! —le gritó al lacayo que se encontraba de pie al lado del carruaje.

Constantine salió corriendo tras él, moviendo las piernas a toda prisa. Davidson, el lacayo, corría a su lado por la calle pavimentada. Lo siguieron hasta las siguientes dos esquinas, pero el niño era demasiado veloz. Al llegar a la segunda esquina, giró hacia la derecha y se perdió en un callejón. Cuando Constantine y Davidson llegaron allí, el sitio estaba vacío. Constantine llamó al niño, asegurándole que solo le quería preguntar quién le había entregado la nota, pero no había nadie. Soltó una maldición por lo bajo y respiró entre jadeos, temeroso de abrir la nota. Sin embargo, no le quedaba más opción y alzó el papel.

Señor,

Lamento informarle que se ha quedado sin tiempo. Las circunstancias me obligan a alterar nuestro acuerdo; la fecha se ha adelantado a hoy. Tiene una hora para entregar el dinero en la ubicación específica o prepararse para perderlo todo. La carta de su madre se encuentra lista para ser entregada.

Anónimo

Estaba escrito a las apuradas, sin las formalidades de costumbre. A Constantine le temblaban los dedos, el corazón le latía acelerado y estaba seguro de que todos en la calle lo podían oír. El mundo a su

alrededor se desvaneció, y solo se quedó con la cruda realidad de las palabras en el papel. En una hora… en el mismo horario que la reunión con el padre de Modesty.

Era su elección. Podía ir con Modesty y arriesgarlo todo: su posición, su título, su fortuna y quizás hasta la buena opinión de su esposa y la custodia de Augustus. O por fin podría atrapar al extorsionador y salvar su título, su fortuna… y su soberbia.

Tenía que escoger a Modesty, pensó mientras regresaba al carruaje. Había otras maneras de lidiar con eso, ¿no? Podía enviarle una nota a Blackmore pidiéndole que pusiera el plan en marcha de inmediato. Pero quizás no podían arreglar todo a tiempo.

—¿Constantine? —la voz de Modesty lo devolvió a la realidad—. ¿Qué sucede? ¿Quién era ese niño?

Alzó la cabeza y la miró a los ojos. Había llegado al carruaje sin percatarse. Al verla tan hermosa, meciendo al pequeño Augustus en los brazos, se le ciñó el corazón con dolor. ¿Cómo podía escoger entre ellos y todo lo que había luchado por preservar con tanto esfuerzo?

—Era… —comenzó con la voz apagada—. Nadie. Un mensaje sobre unos asuntos de negocios.

La mentira le supo amarga en la lengua. La mente se le aceleró mientras sopesaba sus opciones. Si iba al bautismo, estaría allí para Modesty y Augustus y les daría su apoyo, como lo había prometido. Vería los frutos del arduo trabajo de su esposa, la observaría brillar como la duquesa en la que se estaba convirtiendo. Pero la carta… si la publicaban, todo se haría añicos. Y lo despojarían de su propia identidad. Por otro lado, si lograba atrapar al extorsionador, esa pesadilla al fin podría acabar. Podría asegurarse su futuro y proteger a su familia del escándalo y la ruina. Pero ¿a qué precio? ¿Iba a

perderse ese momento crucial para ella, romper su confianza y decepcionar al bebé al que tanto había llegado a querer?

—Tenemos que irnos —le dijo—. Por favor, no queremos llegar tarde.

—Claro.

Subirse al carruaje se sintió como moverse entre melaza. Se acomodó al lado de Modesty y se obligó a sonreír, aunque sospechó que el resultado fue una mueca.

—¿Sucede algo? —le preguntó.

Constantine bajó la mirada a Augustus, que arrullaba contento, ajeno a la conmoción que embargaba a su guardián. Esos ojos inocentes, ese rostro dulce… ¿cómo podía arriesgarse a perder eso?

A su vez, sintió el peso del orgullo de varias generaciones de Buccleigh juzgándolo y exigiéndole que protegiera el nombre de la familia a cualquier costo. La voz de su madre le hizo eco en la mente: «Irreprochable. Debes ser irreprochable».

El carruaje se lanzó hacia delante y, con el movimiento, Constantine sintió que toda su resolución se desmoronaba. No podía hacerlo. Era demasiado orgulloso como para renunciar a todo cuando aún podía luchar.

—¡Detén el carruaje! —gritó con la voz quebrada.

Modesty se asustó a su lado.

—¿Qué sucede?

Constantine se giró hacia ella y el corazón se le quebró al ver la confusión y la preocupación en sus ojos.

—Lo siento mucho, Modesty. Hay un asunto urgente que debo atender. No puede esperar.

A Modesty se le agrandaron los ojos.

—¡Pero el bautismo!

—Ya lo sé, ya lo sé —le dijo, y las palabras se le escaparon rápido de la boca. La reunión con su padre llevaría su tiempo y luego estaba el bautismo en sí… A lo mejor, llegaba a tiempo—. Estaré allí, te lo prometo. Solo necesito ocuparme de esto primero. Te encontraré en la iglesia.

Antes de que Modesty pudiera protestar, Constantine se bajó del carruaje y le ordenó al cochero que llevara a su esposa y a Augustus a la iglesia de Todos los Santos. Mientras observaba cómo se alejaba el carruaje, la expresión de dolor y asombro de Modesty se le quedó grabada en la memoria y sintió que se le rompía un trozo del corazón.

Pasó corriendo por la fachada de la casa y entró en los establos ordenándoles a los gritos a los mozos de cuadra que prepararan a Icarus de inmediato. Acto seguido, les ladró instrucciones a otros dos mozos de que cabalgaran hasta las casas de Dorian y Lucien y les pidieran que lo vieran en Elysium. Era probable que todos se estuvieran vistiendo y preparando para dirigirse a Shepherdsbrook para el bautismo. Iban a necesitar a Eccess como segundo padrino. Sería bueno tenerlos a los otros tres presentes en la iglesia para ayudar a Modesty con lo que pudiera necesitar.

Regresó corriendo a la casa por la entrada de servicio y se dirigió al estudio para juntar la bolsa llena de papeles cortados con el tamaño de los billetes de las libras. Por fortuna, ya estaba preparada para el día siguiente. Mientras tomaba la bolsa de cuero, seguía intentando convencerse de que estaba haciendo lo correcto. Estaba protegiendo a Modesty y Augustus, ¿no? Estaba cuidando el futuro de ambos.

Sin embargo, a medida que volaba a lomos de Icarus por las calles de Londres, lo único que pudo ver fue el rostro de Modesty, y lo único que atinó a oír fueron los arrullos de Augustus. Sentía la

distancia entre ellos aumentar con cada paso de los cascos y se preguntaba si acababa de cometer el mayor error de su vida. Y si su soberbia acabaría por ser su perdición otra vez. Y, en esta oportunidad, para siempre.

28

—¿Dónde está, Modesty?

La luz del sol se colaba por las ventanas altas de la iglesia e iluminaba la sobrepelliz de color blanco inmaculado de su padre que le colgaba por encima de la sotana negra. Modesty jamás le había visto una expresión tan tormentosa en el rostro. Tenía las pobladas cejas rojas fruncidas por encima de los pequeños ojos y, en ese momento, parecía un búho indignado.

Augustus se encontraba acunado en sus brazos y se sentía más pesado de lo normal con el chal grueso. El espacio vacío a su lado se sentía como un abismo que aumentaba con cada segundo que pasaba. La ausencia de Constantine era un dolor físico, un hueco en el estómago que amenazaba con consumirla. Qué irónico que ese hubiera sido el mismo sitio en que lo había conocido. Ese día había rechazado a Augustus… pero ahora lo aceptaría formalmente en su familia. ¿No?

Se había alisado el vestido cien veces, le había acomodado el gorro de encaje a Augustus y había recurrido a todo lo imaginable para mantener las manos ocupadas y evitar que la mente se le fuera de control y cayera en la desesperación.

En lugar de su esposo, el duque de Eccess, el segundo padrino, se encontraba a su lado, con los hombros como peñascos que parecían llenar el espacio debajo del arco del antealtar.

—Dijo que vendría —le susurró, pero su voz hizo eco por las paredes—. Por favor, papá, aguardemos un poco más.

Su padre se aclaró la garganta de lo más disgustado.

—No ha venido a la consulta que antecede al bautismo. Ni siquiera está preparado.

Modesty se sintió obligada a defender a su marido, aunque estaba igual de enfadada y preocupada que su padre.

—El bautismo es a la una de la tarde. Faltan cinco minutos. Debe estar de camino. Me prometió que llegaría.

Su padre soltó un suspiro.

—De acuerdo.

Solo los primeros dos bancos estaban ocupados con su pequeño círculo de invitados. El resto de los asientos vacíos se extendían hacia la oscuridad, con las filas de losas desgastadas entre ellos. Modesty estaba agradecida de que no hubiera más miembros de la alta sociedad presentes para ser testigo de esa humillación.

Las duquesas de Rath y de Luhst se habían posicionado estratégicamente cerca para ofrecerle su apoyo. Patience incluso la miró a los ojos y articuló «Lo estás haciendo excelente» para hacerla sentir mejor. Ni Patience ni Chastity parecían molestas de que sus maridos no se encontraran presentes.

Grace se encontraba sentada en la primera fila, junto con los duques de Enveigh, Irevrence y Fortyne, pero no veía a George por ningún lado. ¿Dónde diantres estaría? Se sintió un poco herida; no había considerado que podría perderse el bautismo de Augustus.

El duque y la duquesa de Grandhampton se encontraban presentes, así como también lord Richard Seaton y *lady* Jane. Lord

Spencer Seaton, el hermano mayor de Richard, y su esposa, *lady* Joanna Seaton, habían aceptado la invitación, junto con la hermana de lord Richard, la duquesa de Kelford, y su marido, el duque de Kelford. La duquesa viuda de Grandhampton, que era la abuela de los cuatro Seaton, había llegado con *lady* Buchanan. Las dos mujeres eran las madrinas extraoficiales de Modesty. La presencia de esos queridos amigos solo resaltaba la ausencia de su marido. Modesty se sentía pequeña y expuesta frente al altar.

«¿Y si no viene como me prometió?». Entonces les pediría a todos de posponer el bautismo. No permitiría que Constantine se perdiera un evento tan importante en la vida de Augustus.

De repente, y de una buena vez, las puertas arqueadas al final del pasillo se abrieron, y el corazón se le aceleró. ¡Aún estaba enfadada con él, pero al menos había ido!

Cuando *lady* Virtoux apareció entre las puertas, el estupor le produjo un estremecimiento por todo el cuerpo. Anonadada, observó cómo la mujer avanzaba por el pasillo, acompañada de su marido y su hijo, con una sonrisa de superioridad en el rostro que apenas lograba ocultar. El susurro de las prendas hizo que todos los invitados se volvieran a ver a los recién llegados con el mismo asombro que sentía ella.

Eccess se le acercó.

—Duquesa, no estaba al tanto de que tenía más invitados.

—Estoy tan sorprendida como usted. No los invité yo, debió de ser Constantine.

Entonces sintió gran ira en el estómago. Habían acordado a mantener el bautismo pequeño e íntimo. ¿Cómo podía invitar a las personas más chismosas de Londres sin mencionárselo? Y ¿por qué haría eso cuando quería evitar un escándalo? ¡Y para empeorar todo, ni siquiera estaba allí!

El vientre se le llenó de ansiedad al sentir que *lady* Virtoux posaba la mirada calculadora sobre ella. Luego las puertas se volvieron a abrir. «¡Ese sí debe ser Constantine! Al fin…». Pero no. Modesty reconoció los rostros de la dama y el caballero que se acercaban, los había visto en la velada de *lady* Virtoux, aunque no recordaba sus nombres. El vientre se le cerró al punto del dolor cuando más damas y caballeros de la alta sociedad siguieron al resto de los recién llegados a la iglesia.

Podría contar con los dedos de las manos la cantidad de veces que esa iglesia había visto aristócratas en el último siglo. En los siguientes diez minutos, la iglesia se llenó. Tanto así, que algunos invitados tuvieron que permanecer de pie en la parte trasera. Se veían sedas de todos los colores, lanas elegantes, bonetes con hermosas flores y pañuelos blancos inmaculados por todos lados. Algunos llevaban paraguas mojados. Afuera debía haber comenzado a llover.

Varios ojos afilados parecían juzgarla. La gente se acercaba y susurraba.

—¿Dónde estará el duque? —preguntó alguien.

—De seguro, nada podría ser más importante que el bautismo de su pupilo —sugirió otra voz.

—Quizás reconsideró aceptar al niño.

—Quizás no es su pupilo…

—El bebé huérfano de una prima lejana… ¿No es esa la explicación que dan todos los nobles cuando aparece un hijo ilegítimo en el hogar?

—Pues, se casó con la hija del párroco deprisa…

A Modesty se le encendieron las mejillas de vergüenza y frustración. Ella y Constantine debían ser un frente unido. Un lacayo

se acercó por el pasillo con un papel en la mano. ¿Sería una nota de Constantine para explicarle su ausencia?

Sin embargo, le entregó el papel al duque de Fortyne que, tras leerla, le susurró a Enveigh e Irevrence. A Modesty se le hundió el corazón. De seguro no podía ser un mensaje de Constantine. Su esposo le escribiría a ella antes que a sus amigos, ¿no?

Octavius se le acercó y se detuvo delante de ella como para protegerla de la multitud. Como una montaña protectora.

—No se preocupe, duquesa —le dijo Octavius, aunque no había convicción alguna en su voz—. Todo estará bien.

Se sentía como una impostora en un vestido elegante, con el nuevo título que le quedaba grande y sin Constantine a su lado.

La puerta se volvió a abrir, y, una vez más, el corazón se le aceleró esperanzado. «Por favor, que por fin sea Constantine…».

La multitud se abrió, y los susurros de sorpresa y perplejidad circularon entre la congregación al tiempo que a Modesty se le hundía el corazón. El príncipe regente caminó por el pasillo hacia el altar con la cabeza en alto y los ojos fríos fijos en ella. Llevaba puesto un prístino abrigo y pantalones negros con un pañuelo blanco. Tenía las mejillas rojizas y el cabello grisáceo peinado hacia atrás.

Fortyne, Enveigh e Irevrence se pararon y se apresuraron a su lado para rodearla de forma protectora mientras el regente se le acercaba.

—¿Qué sucede? —les preguntó.

—Constantine está más demorado —le dijo Fortyne y le sonrió al regente.

Modesty sintió una mezcla de desilusión e ira al tiempo que unas lágrimas le escocían los ojos.

—¿No va a venir?

—Me temo que no es muy probable —le respondió Irevrence con una expresión seria por primera vez en su vida.

Modesty sintió que se le cerraba la garganta.

—¿Por qué?

Fortyne se aclaró la garganta.

—Está demorado. Créame que estaría aquí si pudiera.

—¿Qué hace el príncipe regente aquí? —preguntó Enveigh con calma.

—Eh… puede que eso sea mi culpa —murmuró Eccess.

La miró lleno de culpa. ¿Tenía alguno de los indicios de ebriedad tan típicos de él? Modesty olía el hedor débil del alcohol en él, pero mantenía una apariencia de lo más compuesta.

—¿Cómo? —le preguntó casi ladrando.

—Yo… —Soltó un suspiro—. Anoche hubo una velada exclusiva en Elysium. El regente me invita a menudo a esos eventos porque dice que soy un buen amigo. Asegura que nadie comparte su gusto por los vinos finos y los placeres culinarios como yo.

—¿Y?

—Y… No recuerdo la mayor parte de la noche. Diablos, le debo haber dicho acerca del bautismo… —Se puso pálido—. También le debo haber dicho acerca de los otros caballeros que acudirían…

—Diablos, Octavius —gruñó Enveigh por lo bajo—. ¡Debes controlar lo que bebes!

Con el pulso acelerado en las palmas, Modesty deseó por centésima vez poder huir. No se podía sentir más abandonada o traicionada. Sin embargo, suponía que era más fuerte de lo que creía. Los hombros de su padre se hundieron al ver al príncipe regente, pero ella, a diferencia de sus viejos instintos, enderezó la espalda aún más y alzó el cuello. Hizo una profunda reverencia, que no le fue fácil con el bebé en los brazos.

—Su Alteza —logró decir, sorprendiéndose a sí misma con lo calma que le sonó la voz—. Nos honra su presencia.

Tanto Eccess como los otros tres duques también hicieron una reverencia.

—Su Alteza.

—No hay necesidad de proteger a la duquesa de Pryde como perros falderos. —El regente soltó una carcajada y miró a los cuatro —. No la voy a morder.

De alguna manera, Modesty dudaba que fuera más inofensivo de lo que aseguraba.

—Siéntense, caballeros —les ordenó el regente.

—Me temo que la duquesa necesita nuestra ayuda… —comenzó Fortyne.

—No. Regresen a sus asientos.

Modesty observó el conflicto que reflejaban los ojos de Fortyne, Enveigh e Irevrence. No obstante, los duques obedecieron a regañadientes para no causar una escena o empeorar las cosas. Octavius, por su parte, dio un paso hacia ella.

—Se ve bastante bien luego de la noche de ayer —le dijo el regente mientras estudiaba a Eccess de pies a cabeza con una sonrisa que no le iluminaba los ojos. Luego volvió la mirada a Modesty—. No soñaría con perderme una ocasión tan… interesante —dijo mientras miraba a Augustus—. Aunque no puedo evitar notar que el orgulloso padre está ausente. ¿O es el tío? ¿Tío lejano? Debo confesar que no me queda clara la relación.

Modesty sintió que la sangre le abandonaba el rostro.

—Augustus es el hijo de una prima lejana de Constantine y quedó huérfano tras un accidente en carruaje a los pocos días del nacimiento.

El regente se acercó con la voz baja.

—Claro que sí. Eso es lo que me dijeron. Y, sin dudas, los registros de la iglesia revelarán la verdad. —A Modesty le cosquilleó la piel al ver que se le acercaba—. ¿Podemos hablar en privado, duquesa?

—Yo también debería ir —dijo Eccess, y Modesty se sintió muy agradecida.

—No, insisto en que se quede aquí —le dijo el regente—. Tome al niño y espere.

—Pero Su Alteza… —comenzó el duque.

—¿Acaso no se puede confiar a la duquesa en manos del príncipe? —le preguntó el regente.

Modesty clavó la mirada en Eccess, que parpadeaba rápido. El duque le obsequió una mirada indefensa para disculparse y tomó a Augustus en sus brazos.

—Solo quería ayudar.

El regente asintió con la cabeza.

—En ese caso, ayude sosteniendo al niño. —Le ofreció el codo a Modesty—. Duquesa, ¿vamos?

Modesty le apoyó la mano en el codo y la llevó hacia la pequeña capilla mientras los invitados los observaban con las bocas abiertas y llenos de curiosidad. Una vez dentro, el príncipe se volvió hacia ella con una expresión que era una mezcla de compasión falsa y triunfo apenas contenido.

—¿Cómo se siente dadas las circunstancias, duquesa? —le preguntó.

—¿Las circunstancias, Su Alteza?

—Bueno, los rumores. El duque siempre ha tenido una reputación inmaculada. Pero luego de su matrimonio apresurado y el artículo en el que se implica que su madre tenía un amante… Es escandaloso. Y ahora este niño, un bautismo en el que no está

presente… Toda la situación me deja anonadado. Y dadas las sospechas que genera el testamento del difunto duque de Pryde…

Modesty sintió como si la hubieran abandonado para que virara un barco en medio de una tormenta. ¿Debería seguir fingiendo que sabía todo, que Constantine había compartido esa información con ella? Al pensar en la duquesa viuda de Grandhampton y *lady* Buchanan, se llenó de fuerzas. Las damas le hubieran recomendado que manejara la situación con diplomacia.

—Estoy segura de que son solo rumores.

—¿Está segura? ¿Incluso cuando en el testamento se estipula que el título debe pasar al verdadero heredero de sangre del duque anterior?

Modesty se clavó las uñas en las palmas. No podía fingir más. Tenía que descubrir la verdad.

—No entiendo. Constantine es el heredero.

El regente arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? Y entonces, ¿por qué se incluiría semejante cláusula? ¿Por qué habría tantos secretos con relación a ese niño? ¿Por qué se casaría a las apuradas con usted, que es una mujer muy por debajo de su estrato social? Sin ánimos de ofender, por supuesto.

Las piezas comenzaban a caer en su sitio, pero la imagen que formaban seguía borrosa. Constantine le había dicho que Augustus era el nieto de su padre. Pero ¿por qué importaría eso a menos que…?

—Su marido se ha tomado muchas molestias para mantener la verdadera identidad de ese niño en secreto. Uno podría preguntarse por qué, si no tiene nada que ocultar.

A Modesty le dio vueltas la cabeza. Los secretos, el chantaje, la necesidad desesperada de su marido de proteger su posición… todo se desprendía de allí. El chisme acerca de su madre y el clérigo, el

hecho de que Augustus fuera el nieto de su padre, y ahora esa extraña cláusula en el testamento… Ya casi tenía la respuesta al acertijo. La conclusión más obvia, si es que todo eso era cierto, era que Constantine no era el verdadero hijo de su padre, sino que era el resultado de la aventura de su madre. Pero eso no podía ser…

Las rodillas se le debilitaron. Los oídos le sonaron más fuertes que sus propios pensamientos. Debía haber otra respuesta a todo eso, pero no podía encontrarla.

—Me temo que su marido no sea el hombre que usted cree, duquesa. Ni el hombre que todos imaginamos que es. Pero no se preocupe. Todo se revelará a su debido tiempo. Quédese tranquila de que me estoy encargando del asunto.

El príncipe se metió la mano en el abrigo hecho a medida y extrajo una carta que le ofreció. Modesty la miró, pero no logró tomarla, como si fuera una serpiente a punto de morderla.

—Esperaba poder entregarle esto al duque en persona. Pero estoy seguro de que tendrá la amabilidad de entregársela por mí. Está citado a una audiencia frente a la Cámara de los Lores en tres días.

Modesty tomó la carta con las manos temblorosas. ¿Era posible estar enfadada con alguien y aun así querer protegerlo? El regente asintió con una expresión de satisfacción.

—Ahora, ¿regresamos al bautismo? Los invitados están esperando.

Mientras el regente la llevaba de regreso al altar, Modesty sintió como si se estuviera moviendo entre la neblina. Se guardó la carta en el ridículo. Los rostros de la congregación se nublaron delante de ella, y los susurros no fueron más que un rugido amortiguado en los oídos cuando tomó su sitio frente al altar.

Apenas reparó en Eccess, que le preguntaba si se encontraba bien o si necesitaba sentarse. Lo miró a los ojos en busca de respuestas. ¿Sabía hasta dónde llegaban los secretos de Constantine? ¿Lo sabrían todos los duques?

Sujetó a Augustus con fuerza al sentir el peso de un sinfín de miradas. Los susurros se intensificaban con cada minuto que pasaba.

—¿Qué quieres hacer, Modesty? —le preguntó su padre—. ¿Quieres posponer?

La sugerencia le produjo una ola de pánico en el pecho. El barco se hundía, pero ella era la que se encontraba frente al timón. Se haría cargo y lo guiaría a salvo hasta la costa.

—No —le dijo—. Tenemos a una madrina y aún contamos con un padrino. Eso es suficiente, ¿no?

Su padre frunció el ceño mientras miraba a Eccess.

—¿Está seguro, milord? ¿Aceptará la responsabilidad de ser el único padrino del niño?

Octavius dudó y tragó con dificultad. Sus grandes palmas casi cubrieron por completo la cabeza pequeña del bebé.

—No defraudaré a la duquesa.

Entonces comenzó la ceremonia. Mientras sostenía al bebé, mirando cómo el agua bendita le producía un cosquilleo en la cabeza, Modesty se determinó a ser fuerte por Augustus, sin importar qué ocurriera a continuación. Pero debajo de ese exterior calmo y capaz, había una tristeza dolorosa por la familia que podrían haber conformado. Y sentía mucha furia hacia Constantine por haberla decepcionado.

Su padre la había criado bien: una mujer obediente siempre anteponía a los otros, excusaba su comportamiento pobre y se ponía cualquier carga a los hombros sin quejarse. Durante años había

hecho eso al pie de la letra y se había reducido para elevar a los demás. Pero al encontrarse de pie allí sola, abandonada en lo que debería haber sido el día más orgulloso de su familia, sintió que ese instinto viejo moría en su interior. No se merecía esa traición. Y Augustus, tampoco.

Los susurros y las miradas que la habrían aplastado hacía tan solo unos meses apenas la rozaban ahora. Se enfrentaría al regente y seguiría con el bautismo del bebé con total gracia bajo circunstancias increíblemente difíciles. Ya no era la tímida hija de un párroco que se encogía frente a una confrontación. Era la duquesa de Pryde y no permitiría que nadie, ni la sociedad, ni el regente, ni siquiera su marido, la volvieran a hacer sentir insignificante.

Mantuvo la compostura a lo largo de las felicitaciones, a través de las miradas llenas de preocupación de Eccess y de la dispersión lenta de los invitados. Pero cuando se encontró a solas en la antecámara, la compostura se le quebró. El cuerpo le tembló mientras apretaba a Augustus, y las lágrimas cálidas le humedecieron el atuendo de bautismo. El abandono de Constantine le dolía mucho, pero aún lo amaba. Que Dios la ayudara. Por desgracia, el amor no bastaba para reconstruir lo que las mentiras de su marido habían destrozado.

29

El hedor del mercado de Whitechapel asaltó los sentidos de Constantine. Mientras caminaba, pisaba varias coles podridas y tripas de pescado que destellaban húmedas sobre los tablones de madera. También se podía oler la nota metálica de la sangre del puesto del carnicero. Caía una llovizna fría que convertía la tierra entre los puestos en barro. En medio de la neblina, los negociantes anunciaban a gritos sus productos.

—¡Anguilas! ¡Anguilas vivas!

—¡Caballa fresca!

—¡Manzanas a un centavo!

Constantine había tomado prestado el abrigo de un trabajador, y la tela de lana le producía escozor a través de la delicada camisa de lino y no hacía mucho para protegerlo de la humedad. A su alrededor, los mercaderes regateaban, la gente compraba pescado, lazos y manzanas. Aunque se le habían manchado, las botas aún lo diferenciaban del resto de la multitud: eran muy finas y nuevas para ese mundo de comercio desesperado.

Modesty estaría esperando sola en la iglesia de Todos los Santos y, sin dudas, lo estaría detestando. La imagen de su rostro cuando se apeó del carruaje aún lo acechaba. Pero tuvo que hacer la culpa a

un lado y obligarse a concentrarse. Si eso funcionaba, el tormento podría terminar de una buena vez. Podría conservar el título. Podría conservarla a ella.

—Tu esposa jamás te perdonará por esto —masculló Dorian a su lado acomodándose el abrigo de trabajador.

Lucien soltó un bufido al otro lado.

—No estoy de acuerdo, Dorian. Nuestras esposas nos han perdonado peores ofensas. En especial, en tu caso.

Era de sorprender que Blackmore y sus hombres hubieran logrado poner el plan en marcha con tan poco aviso. Constantine había puesto un pie en Elysium, ladrado lo que había ocurrido, y Blackmore había puesto manos a la obra. Dorian y Lucien habían llegado a Elysium al poco tiempo casi jadeando tras haber galopado hasta allí. Luego los tres se pusieron prendas que los ayudaran a camuflarse. Blackmore les había enviado un mensaje a los otros duques, que ya estaban en la iglesia. Ellos se asegurarían de que Modesty y Augustus se encontraran bien mientras intentaban atrapar al extorsionador.

A Constantine se le ciñó el pecho.

—Podría llegar a perdonarme cuando entienda que no tenía otra opción.

A tres puestos de distancia, vio a cinco hombres de Blackmore: eran astutos y fuertes, pero se camuflaban sorpresivamente bien. Todos iban vestidos como habitantes de Whitechapel, con prendas desgastadas, chaquetas de lana manchadas, abrigos largos, calzas viejas o pantalones de lana o cañamazo. Apoyado contra una esquina, el doctor Sterling observaba desde la calle Petticoat, que se volvía angosta en un callejón.

—Gracias por ayudarme, por cierto —les dijo Constantine.

Dorian soltó una carcajada.

—Considerando lo que has hecho por mí, ayudarte a atrapar al extorsionador no es nada, amigo.

—Estoy agradecido de tener a mi hija, pero no veo la hora de ver a los ojos a la persona que se valió de una niña inocente para extorsionarme —añadió Lucien—. Y hacerle preguntas… por todos.

Constantine asintió con la cabeza. Ellos comprendían. Sabían lo que era vivir con el pecado… y que llegara el día en que tuvieran que pagar por ello.

—¿La bolsa está en el barril? —preguntó Lucien mirando de reojo hacia el puesto frente al pasillo, donde las personas se movían entre la multitud con bultos o carretas. Varios niños correteaban entre los adultos.

—Sí.

Tenía las palmas sudadas y el corazón acelerado. En cualquier momento, alguien se acercaría al barril. Hasta el momento, solo veía clientes que iban y venían: un par de mujeres que parecían criadas de cocina, un vendedor de pasteles en busca de pescado barato, un grupo de tres lavanderas regateando para comprar alimentos para la cena, y algunos marineros y trabajadores del molino.

—Estén listos —les murmuró Morgan Nightshade al pasar por delante de ellos balanceando un yugo vacío sobre los hombros. Más adelante, su hermano mellizo, Tristan, trabajaba sobre una rueda para afilar cuchillos.

A Constantine se le erizó el cabello de la nuca al mirar hacia el barril. Morgan se detuvo casualmente frente al puesto y quedó bloqueado de su vista gracias a un transeúnte. Sin embargo, aún podía ver el barril. La persona que se acercó al barril fue tan hábil que se la podría haber perdido por completo. Se movía con práctica y sutileza, como si solo fuera alguien comprando pescado. Pero, por el rabillo del ojo, vio que estiraba el brazo hacia el barril. Se le secó

la garganta, y una capa de sudor le cubrió la piel. Se puso tenso, dispuesto a atacar.

Era un hombre alto, quizás tenía la misma altura que él. Llevaba un abrigo pobre lleno de agujeros y parches que le cubría todo el cuerpo. Un sombrero bajo le cubría la frente, y llevaba un pañuelo bien sujeto alrededor de la boca que le cubría gran parte del rostro. Solo se veía una nariz roja que sobresalía e indicaba que a lo mejor era un alcohólico.

—¿Es ese…? —comenzó Dorian.

—El extorsionador —concluyó Lucien, que ya se abría paso entre la multitud valiéndose de los hombros.

La pelea que habían planificado comenzó justo a tiempo.

—¡Maldito embustero! —exclamó uno de los hombres de Thorne —. ¡Te vi ocultar el as!

La multitud salió disparada hacia la pelea, y eso creó la distracción perfecta. En medio del caos, Constantine divisó al objetivo moviéndose hacia la calle Petticoat. El hombre cojeaba.

Era un hombre grande, con una gran barriga y hombros anchos. Pero había algo familiar en esos hombros y en ese cuello, así como también en el ángulo en que inclinaba la cabeza. Algo le asomaba a la memoria. Sin embargo, el hombre desapareció, y el abrigo marrón se perdió entre la multitud.

—Se dirige al callejón —gritó Lucien por encima del hombro al tiempo que salía disparado tras el extorsionador—. Sterling está listo.

Constantine salió corriendo tras él y con las botas pisó restos de pescado. Los mellizos prácticamente volaron por la calle. Morgan fue por la izquierda mientras que Tristan giró hacia la derecha para flaquear al chantajista. Pero el hombre tomó un puñado de costras

de ostras de un puesto cercano y se los arrojó bajo los pies. Morgan se cayó al suelo.

—¡Sepárense! —gritó Dorian—. ¡Atrápenlo antes de que llegue al callejón!

A Constantine le latía el corazón acelerado en el pecho al separarse y seguir avanzando entre los habitantes de Whitechapel. La lluvia le caía por la visera del gorro que le habían prestado y le caía fría por el cuello.

El hombre echó un vistazo por encima del hombro y apretó el paso. Ya no cojeaba tanto, y los pasos se convirtieron en zancadas anchas y seguras. Dio vuelta un barril de manzanas, y Dorian soltó una maldición al chocarse contra él. Constantine mantuvo la mirada fija en el hombre, a pesar de que los pantalones se le engancharon con un clavo y unas mujeres gritaron y salieron disparadas en todas las direcciones.

Cuando el extorsionador volvió a mirar hacia atrás y se le bajó el pañuelo, a Constantine se le congeló la sangre. «George Lockhart». El amigo de la infancia de Modesty. El hombre que le había ofrecido todo lo que él mismo le había negado: aventuras, descubrimientos y libertad. Por supuesto que era él. La quería para él.

George echó a correr a toda prisa, y quedó claro que tanto los hombros anchos como el estómago eran montículos de trapos que se le asomaban entre las prendas.

—¡Deténganlo! —gritó Constantine. Empujó a la gente, sin preocuparse más por mantener el disfraz. George desapareció por el callejón donde aguardaba Sterling, y de pronto se oyó un grito y un golpe.

Constantine sentía que el pecho le ardía mientras corría. La expresión en el rostro de Modesty mientras la dejaba en el carruaje se le vino a la mente: sentimientos de dolor, traición y confusión se

debatían en esos hermosos ojos verdes que tanto amaba. Y lo estaba esperando… Pero no podía detenerse. Si fracasaba, todo se desmoronaría: su título, su matrimonio y la frágil felicidad que había encontrado. A pesar de todo, con cada paso que daba, la culpa lo carcomía. ¿Estaba escogiendo el orgullo por encima del amor?

Constantine dio vuelta la esquina para encontrar a Brace Sterling despatarrado sobre un charco, con una herida en la sien de la que manaba sangre. George debió haberlo golpeado. Más adelante, los mellizos seguían persiguiéndolo, pero George ya se encontraba sobre una pila de cajones frente a la pared de un depósito. Dorian, el más fuerte de todos, lo siguió, mientras Lucien se detenía abruptamente al lado de Dorian y respiraba entre jadeos. Dorian se trepó a las cajas, pero George fue más ágil. Tristan se encontraba cerca de Dorian, pero cuando George llegó a la cima de la pared, pateó el último cajón, y toda la construcción se cayó con un gran estrépito.

Constantine, Lucien, Morgan y dos de los hombres de Thorne salieron disparados hacia la pila de cajas y las hicieron a un lado para ayudar a sus amigos. Soltando maldiciones, Dorian emergió de debajo de las cajas y le arrojó una mirada furiosa a la silueta bajo el cielo plomizo. Tenía algunos rasguños y moretones, pero de lo contrario, se encontraba bien. Constantine vio el abrigo de Tristan, y junto con Lucien se apresuró a ayudarlo a levantarse. El mellizo se veía un poco peor y escupió sangre y se apoyó sobre la pierna derecha. Morgan le pasó el brazo por la cintura para ayudarlo y darle apoyo.

George los observó en silencio con la bolsa en la mano. La lluvia le pegaba el cabello a la frente, que ahora estaba libre del sombrero que debió haber perdido mientras corría.

—¡Eras su amigo! —le gritó Constantine—. ¿Cómo pudiste hacerle eso?

El rostro del hombre se retorció con algo similar al arrepentimiento… ¿o era triunfo?

—¿Hacerle eso? ¡Lo hago por ella! —le dijo—. Lo hago para salvarla de su orgullo y sus mentiras. Sus secretos lo destruirán. No permitiré que la destruyan a ella también. A esta altura, ya debe haberse dado cuenta del hombre podrido con el que se ha casado. Debería haber accedido a venir a Egipto conmigo. Le hubiera dado la vida que siempre ha soñado.

Tras eso, desapareció.

—¡Al otro lado! —gritó Tristan—. ¡Corran! ¡Puede que aún lo alcancen!

Constantine, Lucien, Dorian y dos de los hombres de Thorne salieron corriendo. Dorian cojeaba; debió de haberse golpeado la rodilla. A los pocos segundos, Constantine llegó al otro lado de la pared. El laberinto de callejones de Whitechapel se encontraba desértico.

Dorian y Lucien lo alcanzaron con la respiración agitada. Dorian se aferró al hombro de Constantine.

—Lo encontraremos. Nadie se puede ocultar en Whitechapel el tiempo suficiente con los ojos y los oídos de Thorne a la búsqueda.

Sin embargo, Constantine no le prestó demasiada atención. Tenía la mente acelerada.

—Modesty… —murmuró.

—Debes ir con ella —le dijo Lucien—. Puede que aún esté en la iglesia.

Asintió con la cabeza y movió los pies como intentando avanzar en un pantano.

—Diablos, encontrará la manera de llegar a Modesty —murmuró —. Le dirá todo lo que le debería haber dicho y nunca le dije.

¿Cuánto más le revelaría George acerca de su intento de «salvarla»?

—Su barco zarpa a Egipto en unos días —les dijo a los otros—. Tenemos que mantener los ojos en el puerto. Contacten al capitán del barco.

Ahora la lluvia caía más fuerte y les empapaba las prendas, pero Constantine no la sentía. La mente se le aceleró. Tenía que detenerse y asegurarse de que Brace Sterling se encontrara bien, y luego iría a la iglesia de Todos los Santos.

Mientras corría, sintió el peso de las elecciones aplastándolo. Había abandonado a su esposa y a su pupilo para atrapar al extorsionador, pero, en cambio, había descubierto que la amenaza estaba más cerca de lo que jamás había imaginado.

Tenía que advertirle a Modesty de que George había estado complotando en su contra desde el comienzo. Pero ¿le hablaría luego de haberla dejado sola en el bautismo? ¿Y George llevaría a cabo la amenaza de publicar la carta?

30

—¿Dónde está la duquesa? —ladró Constantine mientras le entregaba a Simons el sombrero lleno de agujeros. Llevaba puestas las prendas de trabajador, y tenía las botas machadas de barro.

Prácticamente, había volado a lomos de Icarus hacia la iglesia, solo para descubrir que el bautismo había acabado sin él. Eso no lo sorprendió; había llegado dos horas tarde.

Simons lo recorrió con la mirada porque jamás había visto al duque de Pryde en semejante estado. Por lo general, eso lo habría hecho apretar los dientes, por la necesidad de verse perfecto, pero ese día no le podía importar menos.

—La duquesa se encuentra arriba, milord. Está…

Sin embargo, Constantine había comenzado a subir las escaleras saltándose los escalones, con la mente acelerada de todo lo que tenía que contarle. Abrió la puerta de la habitación y se quedó petrificado, como si le hubieran quitado el aire de los pulmones.

Modesty se encontraba de pie al lado de la cama doblando vestidos y guardándolos en un baúl abierto. La criada estaba ocupada al otro lado de la cama haciendo lo mismo. Augustus estaba recostado en la cuna y arrullaba.

—Modesty, ¿qué haces?

Ella se volvió a verlo, y la mirada en sus ojos le congeló la sangre. Estaba herida, sin dudas, pero también vio una resolución que nunca le había visto en los ojos. Su esposa lo miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Por qué vas vestido de ese modo? ¿Sabes qué, Constantine? No importa. No quiero saber. Me marcho.

¿Se marchaba? Bueno, ¿por qué no iba a dejarlo luego de eso? La criada hizo una reverencia y miró a Modesty con cautela.

—Iré a preparar las cajas para los bonetes, *milady*. —Tras informarle eso, se retiró.

¿A dónde iría? ¿A Egipto? ¿Con George…? ¡Maldita sea! ¿Acaso había logrado llegar a ella primero? ¿Le habría contado todo?

George le iba a ofrecer el mundo cuando Constantine la había encerrado en un matrimonio que jamás había deseado y en una posición que detestada. Y, a pesar de que había prometido estar a su lado, la había abandonado.

Tenía que advertirle acerca de la verdadera naturaleza de George, pero también tenía que contarle toda la verdad… ¿Podría hacerlo al final? El orgullo le circulaba por las venas y se aferraba a su garganta como un puño. El corazón le latía acelerado, lleno de amor y temor, y cada latido le resonaba doloroso contra el pecho.

Avanzó unos pasos hacia ella, la tomó del codo y la hizo volver hacia él con ternura.

—Dulzura, por favor, no te marches. Déjame explicarte todo.

—¿Me vas a explicar lo del testamento de tu padre? Ya lo sé.

Constantine sintió que el cuerpo se le congelaba.

—¿Cómo…? ¿Hablaste con él?

Modesty tomó una carta plegada que tenía sobre el aparador y se la entregó.

—Si hablas del príncipe regente, entonces, sí. Tuvo la bondad de contármelo y pedirme que te diera esto. Hasta él vino al bautismo, pero mi marido no se pudo dignar a aparecer.

No había sido George, sino el príncipe regente… Su otro adversario. Abrió la carta con los ojos congelados y el corazón se le hundió. Las palabras lo aguijonearon mientras escaneaba la caligrafía elegante. «Se requiere su presencia…». «… una audiencia en la Cámara de los Lores…». «… tres días…». «… graves preocupaciones…». «… derecho al título del duque de Pryde cuestionado…».

El temor se arraigó en su corazón. La vergüenza y el orgullo se debatían en su interior.

—No tenía ningún derecho a decirte lo que no es suyo para compartir.

—¿Ningún derecho? —Modesty alzó la voz—. Podría discutir que tenía todo el derecho a decirme la verdad. El precio de tus mentiras y de tu soberbia por fin te está alcanzando.

A Constantine le dolía el mentón. «Ponte de rodillas, tonto. Cuéntaselo todo. Ruégale que te perdone». Sin embargo, la garganta se le cerró. Irreprochable. Tenía que ser irreprochable.

—Iba a resolver todo antes de tener que cargarte con la verdad. Quería protegerte de esto.

Modesty negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Solo te estabas protegiendo a ti mismo, Constantine. A tu título y tu preciada reputación. Eso es lo único que te ha importado siempre.

Liberó el codo de sus manos y regresó a empacar. Tomó un vestido y lo arrojó sobre la cama para doblarlo con movimientos veloces.

—Si de verdad te preocuparas por mí y por Augustus, me lo habrías contado.

La amaba, pero tenía razón, debería haberle contado todo hacía tiempo. A Constantine le temblaron las manos de las ansias de detenerla. Un abismo oscuro se abría bajo sus pies, un abismo que él mismo había creado con sus decisiones y sus actos.

Modesty arrojó otro vestido en el baúl.

—¿Sabes lo tonta y avergonzada que me sentí de pie en la iglesia sola? De verdad creí que te preocupabas por mí y por Augustus. Me prometiste que irías.

Constantine no aguantaba más. Esa impotencia lo estaba matando. Modesty se le estaba escurriendo de entre las manos y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Su esposa negó con la cabeza.

—Hasta consideré posponerlo para que pudieras ser el padrino. ¡Hasta que aparecieron todos los miembros de la alta sociedad!

Constantine frunció el ceño.

—¿Todos?

—¡Sí!

—¿No solo el príncipe regente?

—¡No! ¿Por qué los invitaste?

—No los invité.

—¿Y quién los invitó? Octavius dijo que se le podría haber escapado la noticia frente al príncipe regente, pero los demás dijeron que habían recibido invitaciones.

A Constantine se le aceleró la mente. Invitaciones escritas… La fecha del pago se había adelantado para coincidir con el bautismo a último momento. «A esta altura, ya debe haberse dado cuenta del hombre podrido con el que se ha casado».

—George… —murmuró y la epifanía lo golpeó como un puñetazo —. Ha sido George Lockhart.

Modesty dejó de doblar vestidos para clavar la mirada en él como si aguardara a que le crecieran cuernos.

—¿Qué pasa con George?

—Ha sido él, Modesty. Me chantajeó. Se aseguró de que me perdiera el bautismo. ¡Invitó a todos los miembros de la sociedad!

Modesty soltó un suspiro y parpadeó.

—No seas ridículo. ¡George jamás haría eso! No lo culpes cuando nada debería haberte impedido estar allí para Augustus o de estar a mi lado como tus amigos. Creí que había visto a un hombre cariñoso debajo de todas esas capas de piedra, pero es evidente que estaba equivocada.

Sus amigos habían estado allí para ella, mientras que él la había abandonado…

Fue como un golpe del látigo contra su orgullo, pero se lo tragó. No debería ponerse defensivo. Por una vez, tenía que contarle la verdad. Tal y como era. Tenía que decirle lo que significaban ella y Augustus para él. Abrió la boca para hacerlo, pero el orgullo construyó murallas tan altas que ni siquiera él logró superarlas.

—Sí que me preocupo por ti —logró decir—. Por los dos. Más que nada.

«¡Qué débil! ¿Te preocupas por eso?». Eso ni siquiera comenzaba a describir lo que sentía. Ellos eran su mundo. Alzó la mano hacia ella anhelando acercársela y acariciarle el cabello, pero ella lo eludió.

—Si eso fuera cierto, me hubieras confiado tus secretos. Pero no me viste, ¿no? No, solo viste una solución conveniente a tu problema. La simple hija de un párroco, dispuesta a sacrificarlo todo por un niño que necesitaba ayuda.

—Eso no podría ser menos cierto.

—¿Ah, no? —A Modesty se le quebró la voz—. He pasado la mayor parte de mi vida intentando ser lo que mi padre necesitaba. Luego lo que tú necesitabas que fuera. Me casé con un hombre al que apenas conocía porque creí que era lo mejor para Augustus. Dejé de ir al asilo de mujeres porque lo considerabas por debajo de una duquesa. No me permitiste hacer más excavaciones… ¿Y para qué?

A Constantine se le arrugó el rostro.

—Por favor, permíteme arreglarlo. Podemos resolverlo. Haré lo que sea.

Modesty dudó unos instantes, pero luego miró a Augustus y algo en su mirada verde se solidificó.

—No —le respondió con la voz serena y firme—. No puedo seguir sacrificando partes de mi ser con la esperanza de algún día ser suficiente o con la esperanza de llegar a ser digna de tu confianza.

Miró a Constantine a los ojos, y vio una dureza en su mirada que nunca había visto.

—Soy más que una solución conveniente a tus problemas. Soy más que un recipiente para todas las necesidades y expectativas de todos. Ya era hora de que lo recordara y les diera prioridad a mis propios sueños.

Egipto… ¡Estaba hablando de Egipto! El estómago le dio un vuelco.

—No vayas a Egipto con él, Modesty —le pidió con la voz ronca —. George Lockhart es el hombre que me ha estado chantajeando desde el comienzo. Voy vestido así porque acabo de perseguirlo en Whitechapel.

Modesty lo miró con una mezcla de incredulidad y conmoción.

—¿Acaso escuchas lo que dices? ¿Intentas calumniar a uno de mis mejores amigos? ¡George jamás extorsionaría a nadie! ¡Es una

de las personas más bondadosas que conozco!

Constantine sentía la espalda cubierta de sudor.

—Sé que puede parecer de ese modo, pero nos ha engañado a todos. Y me ha dicho que te iba a salvar de mí. Debes tener cuidado. No…

Modesty frunció las cejas rojizas al tiempo que los ojos verdes se le oscurecían de la furia.

—¡Es suficiente! —Tomó a Augustus de la cuna.

—No te vayas —le rogó con la voz quebrada.

Modesty se detuvo con Augustus apoyado sobre el pecho. Durante un segundo, Constantine se imaginó que ella podría cambiar de parecer y darle una oportunidad. Pero ya le había dado muchas oportunidades. Encuadró los hombros y lo miró a los ojos.

—Ruego que un día puedas escoger el amor por encima de la soberbia.

Constantine sintió como si le hubiera quitado todo el aire de los pulmones y solo atinó a mirarla con la boca abierta.

—Me voy a quedar con mi padre por un tiempo. Cuídate, Constantine.

La miró congelado en su sitio. Modesty le pasó por delante, y su aroma a flores silvestres quedó pendiendo en el aire. Oyó los pasos sobre las escaleras, el murmullo de voces en la planta baja y la puerta principal que se cerraba con un golpe seco devastador. Luego solo quedó el silencio.

Constantine se dejó caer en la cama sin sentir las piernas. Había tenido un tesoro que jamás había sabido que necesitaba: una mujer a la que amaba, y un niño al que había llegado a adorar, y por intentar proteger la posición que jamás debió tener, acabó perdiéndolo todo. La gran recámara con los muebles elegantes se

sentía vacía, hueca. Como el espacio en el corazón que habían ocupado Modesty y Augustus.

Constantine se enterró el rostro entre las manos. El dolor que le ceñía el pecho le subió por la garganta y los ojos. Por primera vez desde el día en que había sido un niño en los establos, le cayeron unas lágrimas y no las contuvo. No lloró ni por el título, ni por su reputación. Lloró por la familia que había alejado. Por el amor que había tenido tanto miedo de aceptar.

El precio de la soberbia era mucho más alto de lo que jamás había llegado a imaginar.

31

—Bueno, Augustus —dijo Modesty al tiempo que colocaba al bebé sobre la colcha de parches que cubría una angosta cama de madera —, aquí es donde naciste.

Augustus arrulló. Había comenzado a mover la boca de modo que hacía que Modesty se preguntara si estaba intentando sonreír por primera vez, y los oscuros ojos celestes le destellaban al mirarla. Movió los brazos y las piernas regordetas dentro de la faja. Modesty le sonrió con dulzura.

—¿Te gusta? Creo que sí.

Caminó por la habitación despacio, y las tablas de madera que cubrían el suelo crujieron bajo sus pies. La tristeza la embargó, pesada y omnipresente. En esa misma cama se había sentado para sostener la mano de una mujer moribunda.

Las paredes de yeso blancas se veían grisáceas a la luz tenue que se colaba por la ventana pequeña de guillotina con grietas e imperfecciones antiguas que parecían cicatrices. Una cruz colgaba por encima de la cama y un grabado antiguo adornaba la pared opuesta.

—¿Está todo bien, Modesty? —la voz de su padre la hizo sobresaltar, y se volvió a verlo de pie en el umbral.

La pregunta parecía absurda. Nada estaba bien. Todo su mundo se había hecho añicos. Había huido del hombre al que amaba porque su soberbia le había importado más que su matrimonio. Se había llevado a Augustus de la única familia que había conocido.

—No lo sé —admitió—. Creí que estaba cumpliendo con mi deber de duquesa.

Había aceptado las verdades a medias y las evasiones de Constantine. Pero la carta del príncipe regente lo había cambiado todo. ¿Cómo podía regresar a un matrimonio construido sobre mentiras?

Había llegado a la casa de su padre hacía tres días, y no había podido dormir desde entonces. Constantine había ido todos los días a preguntarle si se encontraba bien, pero le había dicho a su padre que no quería verlo.

Su padre avanzó hasta ella y se sentó al lado de Augustus en la cama. Con ternura, acarició la mejilla del bebé.

—Me gustaría ayudarte, hija —le dijo.

Modesty no le dijo nada, pero se volvió para mirar afuera de la ventana. El jardín se veía desatendido, y la cabra masticaba triste la última bardana que se colaba por el agujero de la cerca. Con un dolor intenso en el corazón, recordó la intensidad con la que Bessie había masticado el elegante abrigo de Constantine. No entendía cómo el hogar que siempre había amado ahora le podía parecer tan vacío y desolado. A lo mejor solo era el reflejo de cómo se sentía.

—Por supuesto que siempre eres bienvenida aquí —continuó su padre—, pero has estado muy callada desde que llegaste. ¿Qué ocurrió?

Se pasó las yemas de los dedos por las uñas, que ahora tenía más saludables y suaves que nunca. Desde que se había mudado a Mayfair, no había estado fregando la iglesia o la casa, ni cuidando

del jardín ni de los animales, ni ayudando en la cocina en el asilo de mujeres.

Como no dijo nada, su padre volvió a insistir.

—Modesty, es difícil verte así, hija. El matrimonio es sagrado. Debes regresar a tu sitio, al lado de tu esposo… o al menos verlo…

Las palabras de su padre le produjeron una familiar sensación de culpa que le pesó sobre los hombros. Su sitio, al lado de su esposo… ¿Era egoísta querer más para ella? ¿Demandar honestidad y respeto? ¿Querer que el hombre al que amaba la escogiera, no solo a ella, sino también al bebé que había aceptado como pupilo, en lugar de escoger el orgullo? Pero ¿cómo podía explicarle a su padre que ya no era la niña que había criado? No quería ser obediente y modesta… quería ser ella misma.

—El duque no me da lo que necesito —repuso.

Su padre soltó un suspiro.

—Aunque desearía que no te hubieras casado con uno de los lores de los pecados, lo hecho, hecho está. Lo que debes hacer ahora es ser una buena esposa para tu marido. Es tu deber de mujer.

«Tu deber de mujer…». Eso era lo que le habían enseñado toda la vida: a ser pequeña, a dar su apoyo, a ceder, a aceptar su papel de mujer y siempre anteponer a los demás.

—¿Qué va a decir la gente, Modesty? —le preguntó su padre—. Una duquesa que deja a su marido… El engaño es un pecado grave, pero la disolución de un matrimonio también. ¿Y qué hay del niño? ¿Has considerado cómo impactará eso su futuro?

Por supuesto que lo había considerado; había llevado a cabo esa farsa de matrimonio por el bien de Augustus. Y se aseguraría de que tuviera una buena vida, sin importar las consecuencias. Pero estaba

cada vez más convencida de que crecer en una casa llena de mentiras solo dejaría al niño tan herido como lo estaba su marido.

Tontamente, había soñado con que las cosas podían ser diferentes; que podría ser una verdadera duquesa: orgullosa y respetada, vista y escuchada… y amada por su marido. Quería ser parte del club de las señoritas con microscopios. Quería ir a una excavación. Quería ser como Patience y Chastity, que podían atender a bailes y hablar con diplomáticos y miembros de la realeza, pero también conducir experimentos, estudiar en bibliotecas y laboratorios y debatir hipótesis en salones de buena reputación. Pero eso nunca ocurriría.

—No puedo regresar, padre —le dijo.

Pero ¿cómo podría salir adelante? Estaba atada a Constantine para siempre. A los ojos de la ley, no existía sin él. Era su propiedad, una extensión de él, que dependía de su dinero y de su nombre.

—¿Por qué? —le preguntó su padre.

Había muchos motivos, pero no podía compartir ninguno con su padre, ni con nadie más. Comenzó a andar de un lado de la recámara al otro.

—No lo sé, pero no quiero restringirme a la esquina más oscura de la habitación para que la luz ilumine a otra persona.

Su padre se puso de pie.

—No sabes de qué hablas, hija, pero es comprensible considerando que estás atravesando un momento difícil. Rezaré porque recibas guía y sabiduría. A lo mejor, con la gracia del Señor, puede que haya un camino hacia la reconciliación. De momento, tú y Augustus son bienvenidos aquí por todo el tiempo que necesiten.

Alguien llamó a la puerta principal.

—Iré a ver quién es —dijo su padre.

Modesty se quedó sin aliento al pensar que podría tratarse otra vez de Constantine.

—Si es el duque, dile que no lo veré.

Su padre asintió con la cabeza y se marchó. Mientras intentaba robarle una verdadera sonrisa a Augustus, oyó que su padre la llamaba desde abajo.

—¡Modesty, el señor George Lockhart ha venido a verte!

Se preguntó si debería prestarle atención a la advertencia que le había hecho Constantine acerca de George. Seguro que se había equivocado. O era otra mentira para manipularla. George era uno de sus más viejos amigos, una de las personas en las que más confiaba. Jamás le haría daño, a diferencia de su marido.

Recogió a Augustus.

—Vamos a ver a nuestro amigo.

Mientras entraba en la sala de estar, George se puso de pie de un salto. Había algo distinto en él, una luminosidad febril en sus ojos, una energía casi desenfrenada en sus movimientos. No obstante, Modesty hizo las dudas a un lado. Debía de estar impaciente por emprender su viaje.

George hizo una reverencia con una sonrisa ancha en el rostro.

—Espero que se encuentre bien, duquesa. Y Augustus también. —Se le acercó y pasó los dedos por la nariz de Augustus, haciendo que el bebé frunciera el ceño mientras intentaba seguir los movimientos.

—Así es. Como puede ver, me estoy quedando con mi padre. Lo echamos de menos en el bautismo.

—Sí, lamento mucho no haber podido acudir. Pero… espero que todo esté bien… con el duque.

Su padre se aclaró la garganta.

—El duque siempre estará bien. Son los que lo rodean quienes podrían no estar tan bien.

Modesty enderezó la espalda. Sin importar lo molesta que estuviera con Constantine, no iba a contar detalles íntimos de su conflicto fuera del matrimonio.

—Mi padre está bromeando. Augustus y yo… queríamos tomarnos un descanso de la ciudad, eso es todo. ¿Cómo se encuentra su hermana?

—Muy bien. Le envía saludos. —Los ojos de George brillaron con más intensidad—. Yo… eh… hay algo muy excitante que quería compartir. Uno de los anticuarios que se unirá a mi expedición en Egipto me dijo que se han descubierto rastros de un fuerte romano a solo tres kilómetros al sur de aquí. Han desenterrado parte de los cimientos y encontrado algunos fragmentos de alfarería… —Se inclinó hacia delante y bajó la voz con complicidad—. Hasta encontraron lo que podrían ser objetos ceremoniales: anillos y amuletos con marcas similares a los símbolos pictos que tanto le fascinan. Esperaba poder mostrarle el sitio antes de zarpar. Quería compartir una última aventura arqueológica juntos, como en los viejos tiempos.

Modesty sintió un escalofrío del entusiasmo. ¡Un nuevo sitio arqueológico!

—Padre, no te molesta, ¿no? —le preguntó.

—No, claro que no. Necesitas un cambio. El aire fresco te hará bien. Además, hace muy buen tiempo.

—¿Y es seguro llevar a Augustus? —le preguntó—. Aún no ha salido hoy.

—Claro. —George le sonrió—. Estoy seguro de que desarrollará una pasión por las antigüedades, como usted. Mi calesa está afuera.

Llegaron a la puerta de entrada. Chastity arqueó las cejas hacia él y le entregó al bebé para ponerse el bonete y aferrárselo alrededor del rostro. Mientras se colocaba la pelliza, preguntó:

—¿Desde cuándo conduce una calesa?

—El puesto en el equipo de investigación en Egipto está muy bien pago —le dijo mientras le entregaba al bebé, se colocaba el sombrero y le abría la puerta—. Como me aceptaron gracias a sus hallazgos, me pareció necesario consentirla una última vez antes de marcharme.

—Me alegro por usted —le dijo mientras aceptaba su mano para subirse a la calesa.

George asintió con una sonrisa y dio la vuelta al vehículo para tomar asiento. Jaló de las riendas, y el caballo emprendió el camino. Conversaron cordialmente durante varios minutos, y Modesty disfrutó del paisaje.

—¡Oh! —exclamó George estirando la mano por debajo del asiento—. Casi me olvido. He traído algo especial. —Extrajo una botella de plata—. Uno de mis colegas anticuarios tradujo el extracto de un papiro más fascinante: una receta de una mezcla de té. Se supone que le gustaba mucho a Cleopatra. Lo preparé esta mañana y creí que le gustaría probarlo.

Modesty aceptó la botella.

—¿Un té que bebió Cleopatra? —Abrió la botella y olió el brebaje —. ¿Qué tiene?

—Me sorprendió encontrar casi todos los ingredientes. Miel, manzanilla, menta, romero… azafrán también. Tiene ajenjo, así que puede que sea un poco amargo. El único ingrediente que no conseguí es el loto azul, porque solo crece a lo largo del Nilo. Pero espero haber logrado capturar parte de la esencia original sin ese ingrediente.

Modesty dudó un poco. La parte escolástica de ella se sentía intrigada por esa conexión con el mundo antiguo, pero algo… un presentimiento… la hizo dudar.

—Oh, vamos —la instó—. Solo pruebe un sorbo. No irá a Egipto conmigo, pero así le puedo traer un poco de Egipto a usted. Solíamos compartir bocadillos de niños, ¿recuerda?

Al mencionar la infancia que habían compartido, cualquier preocupación se disolvió. De seguro estaba siendo una tonta al dudar de su amigo más antiguo. Aceptó la botella y bebió un pequeño sorbo. El líquido le supo amargo más allá de la dulzura de la miel.

—Es interesante —murmuró mientras se saboreaba los labios. Luego bebió unos sorbos más intentando imaginar si a Cleopatra también le habría sabido extraño o si lo habría disfrutado—. La amargura…

—Solo es el ajenjo, como le dije. —George le sonrió para tranquilizarla—. Me pregunto si el loto azul le cambiaría el sabor.

Modesty bebió un poco más. La amargura le pareció diferente al ajenjo, pero debía deberse a la combinación de todas las hierbas en el té.

—Tiene que probarlo en Egipto y escribirme para contarme los resultados. —Le sonrió y le entregó la botella—. Gracias por prepararlo para mí.

Continuaron conversando durante media hora más, pero Modesty se empezó a sentir extrañamente adormecida. Los pensamientos se le ralentizaron y las extremidades le pesaron. Intentó concentrarse en el paisaje por el que andaban, pero la visión se le empezó a nublar. El peso de Augustus en los brazos parecía aumentar con cada minuto que transcurría.

Cuando reconoció las afueras de Londres, el estómago le dio un vuelco. Miró alrededor.

—¿Dónde está el sitio arqueológico? Si es a tres kilómetros, ¿no deberíamos haber llegado ya?

George la miró con la sonrisa cálida de un amigo que estaba a punto de darle el regalo más grande de su vida, algo que sabía que adoraría.

—Lo siento, Modesty —le dijo, sin molestarse en usar su título—. El sitio se encuentra un poco más al sur de lo que te dije. Queda en Egipto. Al final, vendrás conmigo. El barco está listo para zarpar.

Modesty soltó una carcajada.

—¿Qué ha dicho? Debe estar bromeando.

—No, querida, no bromeo. Quería que fueras mi esposa. Si el duque no hubiera pedido tu mano antes que yo, estoy seguro de que tu padre me hubiera dado su bendición. Y, entonces, los dos nos hubiéramos encontrado en este barco. Jamás te hubiera restringido como te limita él, manteniéndote en una jaula de oro y haciéndote convertir en la imagen de una esposa y una duquesa perfecta.

La boca se le abrió. No, ese no era el George que conocía.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿Qué hay de Augustus? La señora Walcott se encuentra en casa, ¿qué va a comer?

—Ya he contratado a una nodriza. Hace poco he recibido bastante dinero… Tu marido me pagó por guardar sus secretos. Es curioso cómo resultan las cosas, ¿no?

El recuerdo de las advertencias de Constantine la devastó. Había intentado decírselo, pero había estado demasiado enfadada y herida como para creerle. Ahora estaba allí, atrapada en una calesa con el hombre que había estado planificando su destrucción desde el comienzo.

El temor le produjo unas gotas de sudor gélidas en la columna vertebral mientras se adentraban en Whitechapel. «Es el chantajista. Y me está llevando lejos…».

Las calles cada vez estaban más atestadas. Augustus se retorció contra su pecho, como si pudiera sentir su tensión. No podía arriesgarse a saltar con el bebé. Pero cuanto más se acercaban al muelle, menos opciones tendría.

—No estés tan horrorizada —le pidió George con suavidad y apartó una mano de las riendas para acariciarle la mejilla. El gesto hizo que se le retorciera la piel, pero estaba demasiado cansada y sus reacciones se encontraban muy lentas para apartarse antes de que la rozara con los dedos. ¿Qué estaba ocurriendo?

Los párpados le pesaban. Augustus comenzó a deslizarse de sus manos, y se aferró a él con todas las fuerzas que le quedaban, que iban disminuyendo con cada bocanada de aire que tomaba.

—Tus sueños se harán realidad, querida. Todo lo que he hecho: el chantaje, los chismes, la destrucción de su orgullo… —Mientras George hablaba, Modesty comenzó a deslizarse a un sitio oscuro y cálido—. Todo ha sido por ti. Nuestro sueño…

No, tenía que permanecer despierta. Tenía que huir de él. Tenía que mantener a Augustus a salvo. Pero se estaba hundiendo por debajo de la superficie… Se sentía suave. Débil. Adormecida.

—Y ahora todo se volverá realidad —añadió George, y fue lo último que recordó.

32

Constantine estaba sentado en el suelo del salón de baile vacío, con la espalda apoyada contra la pared. Sostenía un decantador de coñac, que había sido un regalo de Eccess, en la mano que le descansaba sobre la rodilla. Había tres botellas de vino desparramadas por el suelo, y el vidrio brillaba bajo la luz tenue.

Era tarde… o temprano… No estaba seguro.

La cabeza le daba vueltas mientras repetía la imagen de Modesty y él practicando el baile de campo en esa misma habitación. Recordó cómo se sentía su cintura cálida a través de las prendas, su aroma a flores silvestres impregnado en las fosas nasales y sus ojos destellando con el tipo de fuego que le encendía la sangre.

Ninguno de los candelabros del techo estaba encendido, un único candelero ardía al lado de su bota izquierda.

Unas manchas de barro cubrían el suelo inmaculado, quizás por primera vez en la existencia de esa casa. No permitiría que el personal entrara allí. El retrato de su padre, que tenía la misma longitud que la pared, lo fulminaba con la mirada desde el fondo oscuro de un paisaje inglés. Lo juzgaba. «Es mejor no ser un duque a ser uno que le dé vergüenza al título». Oh, había hecho eso… y más también.

Los espejos que una vez habían reflejado su primer baile, ahora se veían vacíos y oscuros. En el clavecín, todavía había unas partituras de su última lección. Toda la grandeza de la habitación se sentía hueca.

Al final estaba viviendo la pesadilla que siempre había temido. Sobre el suelo, al lado de la bota derecha, yacía arrugado un periódico con la revelación de George. En el artículo no solo se exponía la verdad, sino que también se la confirmaba. Jamás debió haber sido duque.

Aún llevaba puestas las prendas del día anterior. Había enviado al ayuda de cámara lejos y se había rehusado a marcharse de esa habitación desde la última vez que el señor Fairchild lo había echado. El espejo picto que le había comprado a Modesty en la subasta yacía en el suelo al lado de su abrigo. ¿Tenía frío? No lo sabía. Se sentía entumecido.

Tampoco estaba seguro de si había dormido algo o no. Quizás en algún momento se había quedado dormido. Sentía una barba incipiente en el rostro, y no recordaba cuándo había sido la última vez que no se había afeitado al ras.

Las consecuencias del artículo eran más devastadoras de lo que podría haber imaginado. A pesar de que no habían publicado la carta de su madre, el autor aseguraba que el reporte provenía de una fuente de confianza llegada a la familia. También había revelado detalles de la aventura que la difunta duquesa había tenido con el clérigo. Incluyó fechas y ubicaciones de los encuentros, que se alineaban a la perfección con el nacimiento de Constantine, algo que él mismo no podía ni verificar ni tampoco negar porque no había prueba alguna, por más creíble que le resultara todo a la gente. Había comentarios de la apariencia de Constantine, tan distinta a la de su padre, se mencionaban las circunstancias del nacimiento de

Ophelia y su conexión con Augustus. Se mencionaba que en el testamento del difunto duque se especificaba que quería un heredero de sangre, y también que Constantine había rechazado a una mujer embarazada que acudió a él en busca de ayuda. Había registros de la iglesia, detalles de la licencia especial para casarse con Modesty y la rapidez con la que la había tramitado, y hasta se incluía el testimonio de un antiguo criado que había pedido permanecer anónimo.

Su reputación inmaculada había quedado hecha añicos de la noche a la mañana. El día anterior habían llegado varias cartas para retirar invitaciones a cenar; en otra carta le sugerían que permaneciera alejado de la Cámara de los Lores mientras se investigaban «ciertos asuntos». Sus compañeros de comercio le pedían pagos de inmediato. El banco demandaba que pagara su deuda de inversor. Su abogado le había informado que varios contratos se encontraban sometidos a un escrutinio legal. Su vecino, lord Allen, había traído a colación una vieja disputa en relación con la frontera entre las dos propiedades. Y sabía que habría más en camino. Los buitres lo estaban acechando.

Todos los temores que había tenido desde la infancia se estaban volviendo realidad. Cada interacción social ejecutada a la perfección se veía falsa. Toda su identidad se había desmoronado.

Pero, por supuesto, el mayor golpe había provenido del príncipe regente, que le había enviado una carta en la que sostenía que a raíz de los hechos que habían salido a la luz en el transcurso de los últimos días, el príncipe estaba preocupado por la seguridad del título ducal de Pryde. Y, en el caso probable de que le quitaran el título a Constantine, el príncipe regente iba a tomar a Augustus y criarlo como su pupilo hasta que alcanzara la mayoría de edad.

Esa idea hizo que se le retorciera el vientre. Pero lo que más le dolía era perder a Modesty. El mayor tesoro de su vida. Debió haber pasado cada minuto con ella: conversando, llevándola a sitios arqueológicos pictos en Escocia y buscando tesoros antiguos. El tiempo con ella era lo que en verdad importaba.

El verdadero orgullo no se podía ganar intentando ser quien no era. Su verdadero orgullo era Modesty. Su esposa. El amor de su vida.

Oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo y miró hacia las puertas. Debería haberlas bloqueado con la silla.

—¡Largo, Simons! —gritó y bebió más coñac.

Sabía que era un coñac exquisito, pero apenas podía saborearlo con el dolor que le embargaba el corazón.

—No soy Simons —tronó la voz de Dorian.

—¡Lárgate, Rath! —gritó con menos convicción.

Las puertas se abrieron. Por supuesto que Dorian no se marcharía.

Constantine apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

—Lárgate, por favor.

Aun en ese momento, detestaba que uno de sus amigos más cercanos lo viera así. ¿Cuánto más podía caer? Sin embargo, oyó más pasos pesados y, al alzar la mirada, vio seis siluetas altas iluminadas por los candelabros del pasillo a sus espaldas.

—No es solo Dorian —le dijo Lucien.

—Entonces se los digo a todos, váyanse al infierno.

No fue de sorprender que hicieran todo lo opuesto, entraran en la habitación y lo rodearan como paredes. Algo se quebró en su pecho. Había estado solo aceptando un golpe tras otro cuando, en realidad, no era necesario. No había nada que pudiera hacer. El

hueco abierto donde solía estar su corazón explotó, y las lágrimas le cayeron por los ojos.

Dorian se dejó caer a su lado y se apoyó contra la pared. Lucien hizo lo mismo y se colocó del otro lado. Los dos le apretaron los hombros en señal de apoyo. El resto de los duques se sentaron en un semicírculo en el suelo.

—¿Han oído algo de los hombres de Blackmore en el puerto? —preguntó Lucien.

—Nada —repuso Dorian—. Han observado cada barco durante los últimos tres días. O George aún no ha intentado marcharse…

—O ya se marchó —concluyó Fortyne con tono sombrío—. Aunque apuesto a que sigue en Londres. Querría ver cómo se desarrolla el escándalo.

Octavius intentó acomodar su cuerpo grande entre el hueco que quedaba entre Dorian y Fortyne, pero al poco tiempo se dio por vencido y se estiró de lado, apoyándose sobre el codo. Tomó una de las botellas y asintió en señal de aprecio antes de beber.

—Octavius, ¿te puedes contener? —le preguntó Fortyne con frialdad.

—No tiene sentido desperdiciar una buena botella contrabandeada —masculló y se la ofreció a Fortyne, que la rechazó.

—Déjenme —logró decir Constantine con la garganta apretada y el pecho convulsionado de manera casi incontrolable—. No quiero que nadie me vea así.

—Por el amor de Dios, Constantine —murmuró Dorian sin soltarle el hombro—, te hemos visto mantener la fachada perfecta durante muchos años. Has protegido nuestros secretos mientras te ahogabas en los tuyos. ¿Crees que no vamos a estar a tu lado?

El abismo en el pecho le dolía. Lógicamente, sabía que podía confiar en ese alocado círculo de marginados, pero una cosa era

saberlo y la otra sentirlo como su verdad.

—No siempre fui afable con todos ustedes. —Constantine se secó los ojos—. No siempre fui su amigo. Los he juzgado.

—Me has ayudado cuando más te necesitaba —le recordó Dorian.

—Y me opuse a tu matrimonio con Patience.

—Pero cambiaste de parecer. Y ahora la protegerías como nosotros protegeríamos a Modesty. Y como la vamos a proteger.

Constantine exhaló sin poder ver cómo alguien haría algo para ayudarlo. El coñac estaba desapareciendo rápido de la botella en manos de Octavius y se veía muy apetecible.

—No quieren estar asociados conmigo en este momento —añadió con la mirada clavada en el periódico arrugado—. Ya me han excluido de la sociedad. Todo se está desmoronando. Ustedes se desmoronarán también por asociación.

Lucien tomó el periódico maltratado.

—Primero que nada, no nos apartaremos de tu lado. Si sucede algo, estaremos aquí. Segundo, si recuerdas, hace tan solo unas pocas semanas, lo perdí todo cuando se desató mi escándalo. O eso creí. Pero, en cambio, encontré lo que en verdad importaba: el amor, una familia, la redención y el perdón. No vas a perder tu vida, Constantine, sino que por fin comienzas a vivirla.

Constantine se aclaró la garganta.

—Pues, no se siente de ese modo. He perdido a mi esposa.

—Eso es mi culpa —admitió Eccess lleno de remordimiento—. Puede que le haya hablado del bautismo al regente cuando estaba pasado de copas. Quizás también se lo mencioné a otros caballeros que se encontraban en Elysium. Cielos, Constantine, lo siento mucho.

—Secretos compartidos. Secretos sellados —dijo Enveigh—. Eres nuestro eslabón más débil en este momento. Debes dejar de beber.

—Vete al diablo —masculló Octavius y le arrojó una mirada oscura—. Otra institutriz más renunció. Lo único que tengo es la bebida. Mis tres pupilos me hacen la vida miserable.

—¿Estás seguro de que renunció por tus pupilos y no por otra de tus indiscreciones? —le preguntó Luhst guiñándole un ojo.

—Jamás me llevaría a la cama a una institutriz que pueda mantener a esos tres demonios bajo control —le aseguró Octavius—. La apreciaría, la adoraría y jamás le pondría ni un dedo encima.

—Ya lo veremos —murmuró Lucien.

—Calma, caballeros —intervino Fortyne—. La indiscreción de Eccess no ayudó, pero el regente no habría intervenido si Constantine no hubiera sido tan soberbio. Además, la mayoría de los miembros de la sociedad acudió al bautismo porque había recibido una invitación.

—Fue el maldito George, así que no has provocado mi caída en desgracia, Octavius. Aunque es cierto que tu forma de beber puede llegar a causarle la ruina a otro de nosotros.

Octavius frunció el ceño.

—Malditos sean.

Los hombres guardaron silencio un rato, hasta que Enveigh se aclaró la garganta.

—Mira, Constantine, siempre envidié tu compostura. La máscara perfecta que llevas tan bien. Pero al verte ahora, me doy cuenta de lo que te debe haber costado mantenerla.

Irevrence soltó una carcajada.

—Pues, miren eso… nuestro duque perfecto es un ser humano al fin de cuentas. Es bastante refrescante. Aunque podrías haber escogido mejor momento.

Las bromas, el aprecio y el apoyo fueron como un bálsamo sobre la herida que llevaba en el alma. Lucien soltó un suspiro.

—Estás pensando como un duque que intenta salvar su título. Comienza a pensar como un hombre que intenta salvar a su familia. Porque sin importar lo que creas ahora, todavía puedes salvarla.

A Constantine se le hundieron los hombros.

—No sé. Modesty sabe que todo lo que soy es una mentira.

Dorian negó con la cabeza.

—No. Todo lo que fingiste ser es una mentira. Lo que eres es un hombre que se quedó despierto toda la noche con un bebé enfermo. Un hombre que le compró a su esposa un espejo picto porque los ojos se le iluminaron al verlo. Un hombre que absorbió la culpa de un prendedor robado para proteger a su tutor.

—El hombre que haría lo que fuera para ayudar a un amigo —añadió Lucien.

—El hombre que vio valor en nosotros cuando nosotros no podíamos verlo —dijo Enveigh.

—El que construyó esta hermandad de vínculos más fuertes que la sangre —intervino Irevrence.

—El que por fin debería darse cuenta de que ser digno no es lo mismo que ser perfecto —concluyó Fortyne con suavidad.

Constantine clavó la mirada en la convocatoria del regente, la carta que le había entregado Modesty, y algo en su interior cedió. El temor de toda la vida que había condicionado cada uno de sus actos y cada una de sus palabras… ya no estaba allí. ¿Qué estaba protegiendo? Ya había perdido lo que más le importaba: su esposa.

—Que se quede con el título —dijo, y las palabras le supieron a libertad—. En realidad, jamás fue mío. Tienes razón, Lucien. Aún puedo luchar por mi familia. En esta ocasión, sé cuál es la elección indicada. Y escojo a Modesty.

Se puso de pie y marchó hacia el estudio. Los duques lo siguieron. Las manos no le temblaron cuando tomó una hoja de papel y una pluma del escritorio. No usaría más máscaras ni más fachadas. Por primera vez en su vida, haría lo que estaba bien y no lo que lo hacía parecer irreprochable.

—Su Alteza —comenzó a escribir, y las palabras fluyeron con facilidad—. Le escribo para reconocer a Augustus formalmente como el legítimo heredero al ducado de Pryde…

A continuación, detalló sus peticiones: estableció pautas para el cuidado de Augustus, protección para la posición y la reputación de Modesty y apoyo garantizado para el señor Hawthorne. Los arreglos que ya había hecho ayudarían a que Modesty nunca necesitara nada, con o sin título. Solo deseaba que la Corona lo supiera y quería asegurarse de que Augustus quedara a cuidado de ella y no del príncipe regente.

Era curioso cómo tras perderlo todo podía sentir como si hubiera ganado algo precioso. La libertad. La verdad. Una oportunidad de ser digno de amor y no de un título. Pero primero tenía que decírselo. Antes de que se divulgaran chismes por la corte o se hiciera algún anuncio formal. Modesty merecía oírlo de él. No más secretos, ni más mentiras. Tan solo rezaba por que lo perdonara y viera que al final había escogido el amor por encima de la soberbia.

Le entregó la carta a Fortyne y le pidió que la llevara a la audiencia en su lugar. Luego, como todos insistieron, se dio un baño y se vistió y peinó adecuadamente.

Cuando llegó a la casa parroquial esa tarde y vio el rostro cenizo del señor Fairchild, volvió a experimentar temor en el vientre.

—No está en casa —le dijo su padre estrujándose las manos—. El señor Lockhart vino más temprano… le comentó algo acerca de unas

ruinas… o sitios arqueológicos a tres kilómetros al sur. Se llevó a Augustus… Ya deberían haber regresado…

A Constantine se le congeló la sangre.

—¿A tres kilómetros al sur? No hay ninguna ruina o sitio arqueológico al sur de aquí.

—El señor Lockhart dijo que los habían descubierto hace poco. Seguro que debe haberles pasado algo en el camino…

—La expedición a Egipto —lo interrumpió Constantine girándose sobre los talones. El corazón le latía acelerado con otro tipo de temor.

Echó a correr antes de que se le terminara de formar el pensamiento. No podía permitir que fuera demasiado tarde. No cuando al fin había descubierto lo que en verdad importaba. Por más que Modesty jamás lo perdonara y nunca lo volviera a ver con amor, tenía que asegurarse de que su familia se encontrara a salvo. Su felicidad y su bienestar importaban más que sus propios deseos. Quizás, al final de cuentas, eso era lo que significaba la verdadera nobleza.

33

Modesty recobró la consciencia gracias al suave mecer. La cabeza le palpitaba y tenía un gusto amargo y medicinal en la boca. Intentó moverse, pero sintió las extremidades pesadas y descoordinadas.

De a poco, se le fue aclarando la visión. Se encontraba en un camarote pequeño, recostada sobre una litera angosta. A través de la portilla, veía las aguas grises del Támesis, y, en la distancia, la silueta familiar de Londres que se iba achicando con cada segundo que transcurría.

Sintió una ola de terror. Augustus. ¿Dónde estaba el niño?

—Está aquí —le dijo George a sus espaldas—. Sano y salvo.

Volvió la cabeza tan rápido que todo le giró. George se encontraba sentado en la esquina, sobre la litera opuesta con Augustus acunado en los brazos. El bebé dormía pacíficamente, ajeno a que lo habían vuelto a arrancar de su mundo. Aún mareada, se sentó.

—¿Qué has hecho?

El rostro de George, el amigo al que había conocido y querido durante muchos años, le resultaba el de un extraño.

—Te salvé de él. De sus mentiras y de la jaula de oro en la que te encerró.

—Ha sido el té, ¿no? —le preguntó. La traición le supo tan amarga como el brebaje que le había dado—. ¿El té de Cleopatra?

El rostro de George mostró arrepentimiento genuino.

—Lo siento mucho por esa mentira. Lo que probaste era láudano, y no el té de Cleopatra.

Modesty negó la cabeza anonadada.

—Me has secuestrado. ¡Y a un bebé!

—Tan solo te liberé. Todo está arreglado para ustedes, querida. La nodriza, los pañales y prendas para los dos. El capitán se mostró de lo más afable cuando le ofrecí parte del dinero que me dio tu marido de buena gana para proteger su preciosa reputación. Aunque los billetes del último pago eran falsos, aún me dio dinero suficiente para nuestros objetivos.

—¡George, escúchate! ¿Qué le sucederá a Grace?

—Grace estará bien cuidada. Le dejé dinero.

—¡Piensa en lo que le va a ocurrir! La gente irá a hacerle preguntas. Estará en problemas. ¿No te importa tu hermana?

—Le dejé dinero —repitió—. Tendrá fondos suficientes para contratar ayuda si necesita defenderse en corte. Pero eso no será necesario. No ha hecho nada malo.

—Entrégame a Augustus. —Estiró los brazos intentando mantener la voz serena a pesar de que tenía el pulso acelerado—. De inmediato.

—Sigues mareada. No quiero que lo sueltes.

—¿Siquiera te conozco, George?

Al oír su nombre, el rostro de George se tornó pálido con un destello de alegría.

—Me gusta eso. Me gusta que me llames George, como en los viejos tiempos.

Modesty se puso de pie con las piernas temblorosas y avanzó para tomar a Augustus, pero George se volvió para salir del camarote.

—No te preocupes por el bebé, Modesty. Está perfectamente a salvo conmigo.

Modesty siguió a George tambaleándose y sujetándose de los barrotes de madera de la escalerilla angosta. Las faldas rozaban los escalones, alisados por los miles de pies que los habían recorrido antes que ella. El pasillo apestaba a cuerdas de cáñamo, agua de sentina y el intenso aroma a pescado salado que debían almacenar debajo.

Varios marineros con chaquetas de lana ásperas y desgastadas camisetas de lino pasaban por delante de ellos apresurados, y las botas pesadas resonaban contra los tablones. Unos pasajeros mercantes se amontonaban contra unos baúles y la observaban con una mezcla de curiosidad y malestar, pero nadie se movió para ayudarla. ¿Acaso George les habría dicho alguna mentira para explicar su estado desaliñado? ¿Les habría dicho que era su esposa o una mujer deshonrada de la que se había apiadado y llevado consigo a bordo?

Salieron a la cubierta donde la lona chascaba por encima de sus cabezas, y las velas imponentes volaban al viento. Varios bucles de cuerdas gruesas como sus brazos yacían en patrones precisos a lo largo de la cubierta, y los miembros de la tripulación manipulaban los flechastes en el cordaje descalzos. En el timón, vio al capitán de pie conversando con el primer oficial de cubierta. Los dos hombres ignoraban el drama que se desencadenaba en su propio barco. El Támesis se extendía gris y eterno a su alrededor, y Londres ya no era más que una mancha en el horizonte. El aire frío jugó con su cabello, y la pelliza no le ofreció demasiada protección contra el frío.

—Debes entrar en razón, George —le dijo siguiéndolo por la cubierta con el corazón latiéndole desbocado.

George se detuvo cerca de la barandilla de babor con la mirada fija en el horizonte mientras acomodaba al bebé en sus brazos. La baranda era sólida, pero se veía desgastada tras varios años en el mar, y le llegaba hasta el pecho. A Modesty se le ciñó el corazón al verlo de pie allí y la mano pequeña de Augustus que se asomaba entre las mantas.

Constantine… Cielos, había tenido razón desde el comienzo. Había creído que era el villano, pero tenía razón en ir tras el extorsionador para protegerlos. Y había estado en lo cierto respecto de George. Aún estaba enfadada con él. Sus actos todavía le sabían a traición, pero sabía que jamás haría nada como eso. Era un hombre orgulloso, pero tenía un buen corazón.

—Por favor, aún nos puedes poner a Augustus y a mí en un bote y enviarnos de regreso a Londres. ¡Es peligroso que un recién nacido esté a bordo de un barco! Y será más peligroso aún que esté en un país que tiene un clima cálido y extremo. ¡Una excavación en Egipto no es el sitio para un bebé!

—Va a estar bien —le dijo George mientras pellizcaba las mejillas del niño con suavidad—. ¿No es así, pequeño aventurero? Tendrá todo lo que necesite.

—¿Todo lo que necesite? —Llegó hasta él y se detuvo—. ¿Qué necesita? ¿Era necesario extorsionar a mi marido? ¿O utilizar la muerte de mi amiga para tus estratagemas?

Los ojos de George se endurecieron.

—Ophelia me lo contó todo esa noche. Cuando estaba en su peor momento, abandonada por su propio hermano…

—Medio hermano —lo corrigió Modesty automáticamente. Esa parte la sabía, se la había contado Constantine—. Ella era la hija

ilegítima del duque. —El príncipe regente había insinuado que Constantine no era el hijo del duque, pero ella sabía que eso no podía ser cierto.

—Oh, pero esa no es toda la historia, ¿no? —La sonrisa de George fue fría—. ¿Acaso tu duque perfecto te contó acerca de la carta? ¿Y de cómo intentó comprar el silencio de Ophelia?

Modesty frunció el ceño.

—¿Qué carta?

—La que demuestra que tiene tanto derecho al título del duque de Pryde como yo. —George movió a Augustus en los brazos, y el niño se sacudió—. Su madre le escribió una carta de lo más indiscreta a su amante. Y la madre de Ophelia robó esa carta como seguro, para mantenerse a ella y a su hija a salvo. Pero durante todos estos años, ha existido la prueba de que Constantine es un bastardo, producto del adulterio de su madre. Es su mayor secreto. Por eso le pidió la carta como precio para ayudarla.

A Modesty se le aceleró la mente. No sabía nada acerca de la existencia de una carta que demostrara la aventura de su madre… Pero no podía significar que Constantine era ilegítimo. Cuando le lavó el cabello, ella misma había visto la marca de nacimiento idéntica a la que llevaba Augustus. Tenían que estar emparentados.

—Ophelia se encontraba muy sola y tenía mucho miedo. Lo único que quería era la ayuda de Pryde, la única persona que le quedaba en el mundo y que podría aceptarla. Pero en lugar de hacerlo, le pidió que le entregara la carta antes de mover un dedo para salvarla.

—No…

Pero por más que lo negara, su mente seguía intentando resolver el acertijo: al principio, Constantine había creído que Modesty lo estaba extorsionando, luego había insistido en llevarse a Augustus

tras recibir la segunda carta y, por último, le había propuesto matrimonio luego de que se negara a entregarle al niño.

—El príncipe regente ya lo sabe —continuó George—. Todos lo saben. Mi artículo en los periódicos reveló toda la verdad. Debo admitir que nunca tuve la carta. Eso fue una farsa. Pero conseguí todos los hechos de la boca de Ophelia. El gran duque de Pryde no es más que el bastardo de un clérigo que dejó morir a su propia hermana con tal de proteger su secreto.

A Modesty le temblaban las piernas. Se aferró a la baranda, y la madera áspera le sirvió de ancla. Su madre debió de haber creído que Constantine no era el hijo de su marido por algún motivo. Y, por ende, todos los que leyeran la carta también lo creerían. Pero la duquesa difunda se había equivocado. Pobre Constantine.

—Has usado esa información para chantajearlo —le dijo.

—Hice lo que fue necesario —le dijo George con terquedad y la mirada fría—. También envié invitaciones a los miembros de la sociedad para que acudieran al bautismo de Augustus. Y volvería a elegir lo mismo. Haría lo que fuera con tal de liberarte de él y de la vida llena de mentiras en la que te atrapó.

—Esta no es la forma, George —le dijo alzando la voz—. Entrégame a Augustus de inmediato.

Sin embargo, cuando estiró los brazos hacia el bebé, George dio un paso hacia atrás.

—Piénsalo, Modesty. ¿Qué tipo de vida tendrías con él ahora? Su reputación está hecha añicos, le arrebataron el título o se lo arrebatarán cuando el príncipe regente haga respetar el testamento del duque difunto. Augustus es el verdadero heredero ahora.

—Y de eso se trata todo, ¿no? —De repente comprendió todo con amargura—. No intentas salvarme. Solo quieres controlar la herencia de Augustus.

—¡Quiero darte todo lo que te mereces! —Por primera vez, la compostura de George se fracturó—. La libertad de perseguir tus sueños y de hacer tus propios descubrimientos. Ya no tienes que interpretar a la duquesa perfecta ni tampoco debes ocultar tu luz para proteger su soberbia.

—¿A qué costo? —Modesty avanzó hacia él, y la ira la llenó de fuerzas—. ¿El futuro de mi pupilo? ¿Mi matrimonio?

—¿Matrimonio? —George se rio con amargura—. ¿Con un hombre cuya vida entera ha sido una mentira? ¿Un hombre que abandonó a su propia hermana? ¿Un hombre al que le importa más su reputación que la gente que lo quiere?

—No lo conoces.

—Sé que no te merece. —La voz de George se suavizó—. Sé que podría darte mucho más. Ahora estás enfadada, pero ya entrarás en razón. Haremos increíbles descubrimientos juntos. Criaremos a Augustus lejos de toda esta corrupción y falsedad.

Durante un momento, se permitió imaginar la libertad de perseguir su pasión y revelar los misterios de la historia sin ninguna limitación. La vida que había soñado antes que el deber y la obligación la condujeran por otro camino. Pero luego Augustus se removió y arrugó el rostro, y la imagen la devolvió a la realidad. Ya no se trataba de sus sueños. Se trataba del bebé que ya había perdido demasiado y de un hombre que había pasado la vida creyendo que no era digno de amor.

—Tienes razón en algo —le dijo al final—. Constantine ha vivido una mentira, pero tú también. ¿Fingir ser mi amigo mientras complotabas esto? ¿Usar la muerte de Ophelia, el futuro de Augustus y mi confianza para satisfacer tus ambiciones? —Se le acercó un paso más—. Al menos Constantine mentía por temor. Tú mientes por algo mucho más feo.

El rostro de George se oscureció.

—No lo dices en serio. Estás confundida, aún sufres los efectos del láudano…

—Dame a mi pupilo. —Abrió los brazos—. De lo contrario, gritaré tan fuerte que todos los marineros a bordo de este barco me oirán. Tu grupo de excavación debe estar compuesto de hombres. ¡Nadie te permitirá secuestrar a una mujer en contra de su voluntad!

—¿Qué crees que verán? —La sonrisa que le ofreció la aterrorizó —. ¿A una duquesa intentando secuestrar al heredero de un duque? ¿A una mujer histérica no apta para cuidarlo? ¿A quién crees que le creerán, en especial luego de que les muestre la carta del príncipe regente, en la que me concede la autoridad de guardián de Augustus?

Las palabras de George la dejaron horrorizada.

—El príncipe regente jamás te nombraría su guardián —exclamó —. Aguarda… ¿Acaso falsificaste una carta del príncipe?

No permitiría que George se llevara a Augustus a Egipto, no podía dejar que utilizara al pequeño como un peón en sus argucias. Pero ¿cómo podía detenerlo? Ya se encontraban a varios kilómetros de la costa, rodeados de marineros que creían sus mentiras…

Y Constantine… Que Dios la ayudara, todavía lo amaba. A pesar de sus mentiras, de su orgullo y de todo. Pensó en su rostro al sostener a Augustus, lleno de ternura e incertidumbre. Pensó en la vulnerabilidad que le había mostrado al hablarle de su infancia.

—Al capitán le pareció auténtica. Es increíble lo que la gente está dispuesta a creer cuando les muestras suficiente dinero. —Balanceó a Augustus con suavidad cuando el niño comenzó a hacer un berrinche—. Ahora te sugiero que regreses a tu camarote y descanses. El efecto del láudano debería pasarse pronto. Luego podremos hablar de nuestro futuro con más racionalidad.

—¡No haré nada semejante! —rugió y se acercó más.

—¡Barco a la vista! —gritó un marinero desde el puesto de vigía —. ¡Barco a la vista desde el babor!

Modesty se apoyó sobre la baranda para observar al navío que se acercaba con cada latido de su corazón.

Aunque aún se encontraba a una distancia considerable, vio una silueta a bordo que hubiera reconocido, aunque solo fuera un punto en la distancia.

Constantine.

34

El velero avanzó por las aguas agitadas del Támesis salpicándole el rostro a Constantine mientras se acercaban al barco mercante que se encontraba más adelante. Tenía el estómago revuelto, pero no de los movimientos fuertes, sino de imaginar a Augustus y Modesty en manos de George, el hombre que los había manipulado a todos y había usado la muerte de Ophelia y el secreto más profundo de Constantine para su propia ventaja. El hombre que tenía a su esposa y un niño inocente de rehenes.

—Nos estamos acercando —dijo Irevrence desde el timón, y su silueta delgada se aferró más al mando.

Mientras Octavius se encontraba de pie en el centro del barco, con las piernas musculosas separadas, Dorian se encontraba al lado de Constantine, con los ojos glaciales fijos en el barco mercante.

—Por fortuna, la Aurora va demasiado cargada como para poder maniobrar estando tan cerca de la costa.

Constantine se aferró a la borda con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Mientras Fortyne había ido a la audiencia en representación del duque de Pryde, el resto de los duques había abordado el velero de uno de los amigos de Enveigh.

—¡Allí! —Lucien, que se encontraba de pie al otro lado, señaló un movimiento sobre la cubierta del barco mercante—. Cerca de la baranda de estribor.

A Constantine se le congeló la sangre. George se encontraba de pie en la baranda del barco, con Augustus en los brazos. A su lado, Modesty se sujetaba las manos. Los dos miraban el velero. A pesar de la distancia, la expresión de George hizo que Constantine apretara los dientes.

—¡Más rápido, Sylvester! —le ordenó a Irevrence, quitándose el abrigo. El peso de la prenda solo lo ralentizaría si tenía que nadar—. Acércanos de lado.

—No estarás pensando en abordarla, ¿no? —le preguntó Octavius—. ¿Con esta corriente?

—Obsérvame.

Octavius también se quitó el abrigo. El velero era un navío más pequeño, e Irevrence, que era un excelente timonel, lo guío tras el barco mercante valiéndose del tamaño del navío para protegerse de las peores olas. Se encontraban lo suficientemente cerca como para oír los gritos de George en el viento.

—¡Aléjense! —les gritó George con desesperación.

—¡Dámelo, George! —gritaba Modesty intentando recuperar a Augustus de sus garras.

George la empujó a un lado; Modesty se tropezó y se cayó. A Constantine se le escapó un gruñido de la garganta.

—¡Más rápido, Sylvester! —volvió a ordenar sin apartar la mirada de George.

—¡Aférrense! —gritó Irevrence—. ¡Enveigh, afloja la escota de babor y tira la de estribor! ¡El espinaker está perdiendo viento, estamos perdiendo velocidad!

—¡Comprendido! —Archibald aflojó la escota de babor lo suficiente como para reducir el freno mientras tiraba de la de estribor para sujetarla. La vela se abrió con un golpe seco y se valió de toda la fuerza del viento.

—Más apretada la de estribor —ordenó Sylvester con los ojos fijos en la vela—. ¡Necesitamos hasta el último ápice de viento!

Enveigh tiró de la cuerda con fuerza, y se sujetó a la baranda de la cubierta cuando el velero salió disparado. La proa se hundió y se alzó con las olas, salpicando agua mientras volaba con poder renovado y avanzaba por el agua.

Constantine se estabilizó en la cubierta mientras el barco mercante se acercaba más. Con el paso de cada segundo, se iba volviendo más grande.

—¡Quince metros más, Constantine! Prepárate.

Varios momentos después, la proa del velero quedó alineada con la popa de la Aurora. Modesty se había vuelto a parar, y sujetaba las manos de George en el intento de quitarle a Augustus.

—¡Suéltame, Modesty! ¡Pryde, gira ese velero o te juro que dejo caer al niño!

A Constantine se le detuvo el corazón al ver que George sacaba a Augustus por la baranda. Los llantos del bebé viajaron por la superficie del agua, y cada grito le desgarró el pecho como un cuchillo.

—¡No lo harás! —le gritó Modesty, aferrándose a los brazos de George.

—Es un farol —le murmuró Lucien con la mirada fija en el bebé.

Constantine se movió por la proa calculando la distancia al casco del navío.

—¡Más cerca, Sylvester!

El hueco se estaba cerrando, pero las olas hacían que cualquier salto fuera peligroso.

—Al menos déjame intentarlo primero —se ofreció Enveigh—. Soy mejor nadador.

Constantine negó con la cabeza.

—Es mi pupilo. Mi responsabilidad. Y esa allí es mi esposa.

Su responsabilidad. Como lo había sido Ophelia. Pero en esa oportunidad, no permitiría que el orgullo o el temor lo detuvieran de proteger a su familia.

Los barcos se acercaron hasta que los cascos casi se rozaron. Constantine podía ver el rostro de George con claridad y lo que vio fue el odio que le retorcía los rasgos que en el pasado se habían visto amistosos.

Constantine miró la red que colgaba de un costado. Se mecía con los movimientos del barco, pero no se le ocurrió otra opción. Saltó y, con los dedos, se aferró a las cuerdas ásperas y desgastadas de la red. Probablemente, la utilizaban para subir barriles o cajones a bordo, y ahora se había convertido en su sustento.

El gran barco se movía sobre las olas, y la red se balanceaba y se tensaba mientras Constantine se sujetaba a ella. Los músculos le gritaron del esfuerzo cuando comenzó a trepar, y cada movimiento lo hizo darse de bruces contra el lateral del barco. Las cuerdas de las sogas se le clavaban en las palmas, las manos se le deslizaban por las hebras endurecidas por la sal, pero apretó los dientes y continuó subiendo.

A sus espaldas, oyó tres gruñidos y sintió que la red se hundía. Al bajar la mirada, vio a Dorian, Lucien y Octavius trepando tras él. Irevrence y Enveigh debieron haberse quedado a manejar el velero.

Por fin llegó a la baranda y se impulsó hacia arriba. Aterrizó sobre las plantas de los pies respirando entre jadeos. La mirada de

Modesty se veía salvaje cuando se posó en él. La llamó para que se acercara a él y se pusiera a salvo, pero ella se negó. No quería apartarse del lado de George. Constantine sabía que Modesty saltaría al agua para salvar al bebé. Él también lo haría. Y los otros cinco duques también.

George se apartó aferrándose a Augustus.

—¡Atrás! ¡Lo haré!

—No. —Constantine avanzó despacio con las manos en alto—. No lo harás. Porque en el fondo no eres un hombre que mata bebés. Sabes que Augustus no sobrevivirá la caída porque el agua está muy fría y la marea, rápida. Has ayudado en el asilo de mujeres junto con tu hermana. No tienes mal corazón.

Algo pasó por los ojos de George, pena o culpa. O las dos cosas. De pronto, ya no sujetaba a Augustus con tanta fuerza.

—Yo… yo… —Miró a Modesty.

Constantine se valió de la distracción para lanzarse hacia delante, pero George se tambaleó con un bucle de cuerdas. Los dos cayeron, y Augustus se deslizó de los brazos de George. Modesty atrapó al bebé en el aire y rodó para protegerlo al tiempo que George se ponía de pie de inmediato, aunque ya no tenía a dónde ir. Dorian y Lucien bloqueaban un escape, y Octavius el otro. Solo le quedaba la baranda.

—Se ha acabado —le dijo Constantine, al tiempo que Modesty corría a su lado con el bebé apretado contra el pecho.

George los miró y luego clavó la mirada en las aguas revueltas del Támesis. Soltó una carcajada hueca.

—Ya me lo has quitado todo. Todo. ¿Qué otra opción me queda más que esta?

Antes de que nadie pudiera detenerlo, se subió a la baranda y, un momento más tarde, se oyó una fuerte salpicadura. El capitán de

la Aurora comenzó a ladrar órdenes.

—¡Hombre al agua! ¡Bajen el bote! ¡Thomson, Morris, al bote!

Mientras la tripulación se ponía en acción, el capitán se volvió hacia Constantine.

—Milord, debemos buscarlo. La marea está rápida, pero puede que resurja corriente abajo.

—Por supuesto —respondió Constantine. No podían dejar que ni siquiera George se ahogara, sin importar qué crímenes había cometido—. Ayudaremos a buscarlo desde nuestro velero.

La tripulación de la Aurora bajó el bote con una eficacia practicada, y cuatro marineros tomaron los remos.

—Modesty… —logró decirle.

Su nombre fue una mezcla de su aliento, lo llevaba en el torrente sanguíneo e incrustado en el corazón. La cubierta se movió bajo sus pies, y no tuvo nada que ver con las olas.

Miró al bebé que todavía sollozaba, pero ya comenzaba a calmarse.

—¿Se encuentra bien?

Modesty le dio un beso en la frente a Augustus.

—Creo que sí.

—¿Y tú? —La recorrió con la mirada—. ¿Estás lastimada?

Modesty apretó los labios.

—Estoy bien.

El cabello caoba estaba encendido bajo el sol, y los mechones se mecían con el viento. Los ojos verdes más hermosos que había visto en su vida se tornaron de tono esmeralda.

—Por favor, llévanos a casa —le pidió en un murmullo.

«Casa…».

Con la garganta cerrada, asintió. Sin dudas, se encontraba conmocionada, y lo único que quería era llevarla a un sitio cálido y

seguro. Los marineros arrojaron una escalera de cuerda por la baranda. Constantine la ayudó a asegurarse al niño contra el pecho y, con mucha cautela, comenzó a recorrer el camino por la escalera que se mecía. Al llegar a la cubierta del velero, Enveigh e Irevrence lo estabilizaron, mientras que Dorian y Lucien se posicionaban para ayudar a Modesty a descender. Ella se sujetó las faldas con una compostura destacable y bajó por la escalera movediza como si lo hubiera hecho en cientos de ocasiones, aunque Constantine veía que tenía los nudillos blancos al sujetarse a las cuerdas. Rath y Luhst la siguieron.

—Vamos corriente abajo —gritó Irevrence al tomar el timón—. Revisaremos la orilla sur mientras ellos revisan la norte.

Buscaron a George durante varios minutos, pero no encontraron ningún indicio de él. Si hubiera sobrevivido a la caída, hubiera llegado a la orilla. De lo contrario… Constantine hizo el pensamiento a un lado. Tenía a su familia a salvo. Eso era lo que importaba.

—Regresamos —anunció al fin Irevrence desde el timón.

Mientras regresaban al puerto, Modesty se quedó sentada en silencio, protegida del frío gracias a la manta de lana con la que Constantine la había envuelto a ella y al niño. Le había pedido que los llevara a casa… ¿sería para decir un último adiós?

Por más que la hubiera salvado… eso no significaba que alguna vez llegaría a perdonarlo.

35

Modesty sostuvo a Augustus que se había quedado dormido. No podía detener el temblor en las manos.

La calidez en la recámara de la casa de Pryde la envolvía como un capullo protector, y tras haber pasado horas a la merced del viento y las aguas agitadas del Támesis, era una sensación de lo más acogedora. El aroma familiar a bolsitas de lavanda que a la criada le gustaba colocar entre las prendas y a velas de cera de abeja colocadas alrededor de la habitación le calmó el latido del corazón acelerado.

Haber visto al bebé tan cerca de la muerte… Todo habría sido su culpa. Confiar en George había sido un terrible error. Constantine había estado en lo cierto desde el comienzo. Ojalá le hubiera creído… Pero ¿cómo podía creerle cuando le había ocultado tantas cosas?

Vio su propio reflejo en la ventana: tenía la columna erguida, el mentón en alto y era la imagen de la perfecta hija obediente que se había convertido en duquesa. La imagen se le nubló al sentir que los ojos se le llenaban de lágrimas. No. Era hora de dejar de interpretar el papel que todos esperaban de ella.

Era hora de dejar de culparse por todo lo que había pasado a su alrededor. Sí, jamás debería haberse subido a la calesa de George, ni debería haberle creído lo de la ruina romana, ni tampoco debería haber bebido ese té. Aún estaba conmocionada por la traición de George, pero si Constantine le hubiera contado sus secretos desde el principio, habría tenido más posibilidades de confiar en sus advertencias.

Bajó a Augustus a la cuna, le alisó las arrugas de las prendas y le acarició la mejilla rosada con los nudillos. ¿Seguía enfadada con Constantine? Sí. Aunque no podía evitar entender sus actos. El temor con el que había vivido desde niño, la necesidad constante de compensar por lo que le habían enseñado que eran sus defectos, la búsqueda de la perfección… era algo que ningún ser humano podía lograr.

¿Y por qué había hecho todo eso? Por un título. Por una fortuna. Por estatus social. No. Ese no era él. Modesty lo sabía en el fondo. Todos sus actos no habían sido ni por el título, ni por el dinero ni por su reputación. Había hecho todo eso para conseguir la aprobación de su padre, incluso después de su muerte. Y no solo la de su padre, sino también la de varias generaciones de duques que lo habían precedido. Constantine había creído que su mera existencia los avergonzaba. Qué vida más miserable.

El reloj de la pared marcó la hora y le recordó que Constantine debía de haberse encontrado de pie delante del príncipe regente defendiendo su título esa mañana. Sin embargo, había escogido ir tras ella y Augustus. El corazón le dio un vuelco al recordar su rostro cuando la alcanzó en el barco. No había llevado ninguna máscara de perfección ducal, tan solo un temor crudo y un amor desesperado. No había ido a la audiencia para salvar su orgullo. Cuando más

importaba, la había escogido a ella. Y a Augustus. Estaba dispuesto a sacrificarlo todo por ellos.

La puerta se abrió, y Constantine se quedó de pie con el cabello peinado hacia atrás y las mejillas coloradas. La perfecta fachada ducal se había abierto. Sostenía una bandeja con bocadillos, un servicio de té y galletas, como un criado. Se miraron a los ojos.

Constantine se quedó en el umbral. Había ido a la cocina para darle tiempo a Modesty de acomodar a Augustus en la cuna y darle tiempo de recuperarse de la conmoción. Creyó que le gustaría beber té caliente para entrar en calor.

Aunque el suelo ya no se movía como se había movido en el barco, aún se sentía desequilibrado. No creía que pudiera sentir el suelo bajo los pies hasta no tener a su esposa en sus brazos. Pero pronto, querría separarse de él de cualquier manera que pudiera, sobre todo cuando aprobaran su renuncia y perdiera la mayoría de sus posesiones y el título.

Se adentró más en la habitación y colocó la bandeja sobre la mesa redonda con toda la calma que pudo. Modesty se encontraba de pie al lado de la cuna de Augustus y seguía a Constantine con los ojos. Afuera, el anochecer comenzaba a asentarse sobre Londres, y las velas que habían encendido alrededor de la habitación, le proyectaron una luz dorada y ambarina sobre el cabello. Augustus dormía, y unos adorables ronquidos infantiles resonaban por la recámara.

—¿Quieres un poco de té? —le preguntó con suavidad—. Debes querer entrar en calor.

Modesty asintió con la cabeza.

—Sí, por favor.

Constantine sirvió el té y se lo alcanzó. Modesty aceptó la taza con el plato y la envolvió en una mano al tiempo que soltaba un suspiro de profunda satisfacción. Constantine clavó la mirada en los suculentos labios rosados que se curvaron contra el borde de la taza mientras bebía y cerraba los ojos durante un breve instante.

—Gracias, Constantine —le dijo y lo miró a los ojos—. ¿Tú no quieres té?

Constantine se aclaró la garganta.

—No.

A decir verdad, no se podía imaginar bebiendo ni comiendo nada. Se permitió recorrerle el cuerpo con la mirada.

—¿Cómo te sientes? Debes seguir estremecida.

—Estoy bien. Debería haberte creído acerca de George. Si te hubiera creído, nada de esto habría ocurrido. Pero estaba demasiado enfadada como para prestarte atención.

Constantine negó con la cabeza.

—No, no digas eso. Tenías razón. George era uno de tus amigos más viejos, y me he comportado como un cretino. Te oculté cosas, mantuve secretos. Y… te traicioné. Todo es mi culpa, Modesty. Nada de lo que pasó es culpa tuya. Pero me alegra que tú y Augustus estén sanos y salvos.

A Modesty se le hundieron los hombros del alivio.

—Es muy bueno oírte decir eso, Constantine, pero…

Las dudas le produjeron un dolor intenso en el centro del corazón.

—No, tienes todo el derecho a estar furiosa. Te abandoné, a ti y a Augustus, cuando debería haber estado allí para los dos.

Volvió a encuadrar los hombros y apoyó la taza sobre la mesa.

—Sí, pero entonces no habrías descubierto la verdad acerca de George. Solo deseo que me hubieras contado tus secretos desde el comienzo.

Constantine asintió.

—Tienes razón. Lo siento mucho. Esto siempre será algo de lo que más me arrepienta en la vida. Tenía miedo de perderte. Me enamoré de ti, Modesty, y me aterraba contarte lo peor de mí y que pensaras mal de mí. He vivido toda la vida con temor a que el mundo descubriera mi secreto. Con temor a perder todo lo que me sentía afortunado de tener porque jamás había sido mío en realidad.

Modesty se le acercó un paso más con la mirada cálida llena de empatía.

—Oh, Constantine…

No se merecía su empatía, sin importar lo bien que se sintiera.

—Pero he corregido mi error. Fortyne fue a la Cámara de los Lores en mi lugar para entregarle mi carta de renuncia al príncipe regente. Le he cedido todo a Augustus, porque jamás me perteneció. Debería haberlo hecho en el instante en que descubrí su existencia. No. Debería haberlo hecho en el momento en que Ophelia me vino a pedir ayuda. Lo siento mucho. Me aseguré de que siempre seas su tutora.

A Modesty se le nublaron los ojos de confusión. Sin embargo, antes de que pudiera hablar, tenía que decirle una de las cosas más difíciles de toda su vida. La amaba. Y si eso significaba dejarla ir, lo haría, sin importar cuánto lo destruyera. Las palabras le salieron casi sin esfuerzo:

—No te pido perdón. No te culparía si jamás me puedes perdonar y nunca podamos volver a experimentar la felicidad que una vez conocimos juntos. Y ahora, sin mi título, tienes todo el derecho a pedir la anulación del matrimonio. Te he engañado, he cometido

fraude al ocultar la verdad de mi verdadera identidad. Estoy seguro de que el obispo de Londres entenderá la situación y te otorgará la anulación. Si quieres verte libre de mí, no me opondré.

Sabía que jamás podría olvidarla. Se había convertido en una parte de él. Aunque no quisiera tener nada que ver con él, cuidaría de ella y de Augustus desde la distancia y los protegería de ser necesario. Le daría lo que deseara sin esperar nada a cambio.

—¿Una anulación? —Los ojos se le agrandaron y parpadeó como si la hubiera lastimado—. No me había dado cuenta de que eso era lo que querías.

—No, no es lo que quiero. Pero si es lo que tú deseas, no me opondré.

Modesty soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Constantine… —Luego le tomó el rostro entre las manos. Su roce… No había pensado que volvería a sentir eso. Era celestial, simple y dulce. —No quiero una anulación.

Algo se soltó en su interior y liberó el aliento aliviado.

—¿No? —le preguntó—. ¿Por qué?

—Porque te amo.

—¿Me… amas? —repitió perplejo—. ¿Después de todo lo que he hecho?

Ella negó con la cabeza y le ofreció una sonrisa suave.

—Hace tiempo que te amo. Y entiendo por qué hiciste todo lo que hiciste. Has estado persiguiendo algo imposible de alcanzar durante toda tu vida. La aprobación y el amor de tu padre.

Todo su ser se tensó en un espasmo y luego se liberó. Era como si la armadura que había usado toda la vida al fin se disolviera. Como si ya no necesitara encajar en ningún molde. Se sentía extraño. Nuevo. Completamente extraño. Pero a la vez maravilloso. Se sentía libre.

—¿Cómo lo sabías? —le preguntó.

—Porque sentí lo mismo, mi amor. —Le sonrió—. Solo que yo busqué la aprobación para encajar en el papel de una mujer invisible y obediente. Pero ninguno de los dos tiene que moldearse a esas imágenes.

—Pero…

Constantine había perdido el habla. Modesty lo entendía… cuando ni siquiera él mismo podía entenderse.

—He visto a tu verdadero ser —le dijo—. Porque tú me lo mostraste. Vi al hombre debajo de la máscara. Y te he amado desde ese día.

Durante toda su vida había estado seguro de que jamás se arrodillaría delante de nadie. Ni delante de su padre, ni del príncipe regente, ni de la sociedad. Pero el amor lo consiguió. Las rodillas se le aflojaron, y lo embargó algo que jamás había sentido. «Rendición».

El amor que sentía por ella lo llenó, y una gratitud absoluta se expandió por todo su ser. No había más barreras, ni más paredes. No había nada más que defender.

Apenas sintió el impacto en las rodillas al tocar el suelo. Modesty soltó un jadeo de sorpresa. Él también estaba sorprendido, pero allí estaba, envolviendo los brazos por las caderas de su esposa y enterrándole el rostro en el vientre suave para inhalar su aroma a lavanda y flores silvestres y la suavidad celestial de su piel. Lo conocía como nadie más, y lo aceptaba tal y como era.

—Te amo, Modesty —le murmuró contra el vientre—. Soy completamente tuyo. Y, si me lo permites, me pasaré la vida haciéndote feliz. Sin título, sin una gran fortuna, pero te prometo que te lo compensaré.

Modesty le acarició el cabello con las manos, y se deleitó con el roce de sus dedos.

—No. —Modesty soltó una carcajada—. Bueno, no me importa ni la fortuna, ni el título, ni nada de eso. Me quedaré contigo sin importar nada más. Pero…

Jaló de él para que se pusiera de pie delante de ella. Alzó la mirada para ver esos hermosos ojos verdes y se hundió en ellos.

—No hacía falta que renunciaras a nada —le dijo.

—Sí, quiero que Augustus tome el lugar que le corresponde por derecho.

Modesty negó con la cabeza.

—Crees que no eres el hijo de tu padre. Pero no es cierto, y tengo pruebas. Tu madre estaba equivocada, nunca sabremos por qué creyó que el clérigo era tu verdadero padre, pero sabemos algo por seguro.

Constantine sintió un cosquilleo en la piel. ¿No era cierto? No, lo sabía con la misma certeza con que conocía su cuerpo. Esa había sido su realidad durante la mayor parte de su vida.

Modesty le envolvió el brazo en el codo y lo condujo hasta la cuna. Augustus dormía, tenía los labios entreabiertos y roncaba con suavidad, algo congestionado. Con suavidad le soltó los lazos de la cofia y levantó la tela al costado derecho de la cabeza para que Constantine viera la marca de nacimiento con forma de lobo.

—¿La ves? —le preguntó.

—Sí, la vi hace mucho tiempo.

El cabello del bebé comenzaba a crecer, y unos delgados mechones rubios comenzaban a cubrir la marca.

—Tú tienes la misma marca —le dijo.

Constantine frunció el ceño y se tocó la cabeza.

—¿Dónde?

Modesty tomó el espejo de mano del aparador.

—En el mismo lugar. Ven aquí —le dijo y lo llamó para que se acercara al gran espejo—. Esto no será muy fácil…

Colocó el espejo en un ángulo a sus espaldas y, cuando pudo verse la nuca en la superficie pulida, le separó el cabello con la mano libre. Al principio le fue difícil de ver con el cabello espeso y oscuro, pero luego distinguió una forma… una marca del mismo color vino tinto de Augustus… La cabeza de lobo.

—¿Qué significa esto? —le preguntó.

—Significa que están conectados por sangre. Algunas marcas de nacimiento se pasan a través de las familias, al igual que otros rasgos, como el color de los ojos o el cabello y los rasgos faciales. Una mancha de nacimiento con la misma forma y en la misma ubicación no puede ser una coincidencia. Significa que eres el verdadero hijo de tu padre.

—No —murmuró. Todo el mundo le giró sobre el eje—. No puede ser. No me parezco a mi padre. Tenía cabello rubio, ojos celestes y una nariz romana, como Ophelia y Augustus…

Modesty se rio mientras lo observaba con una sonrisa serena.

—Sí, tienes los colores de cabello y ojos de tu madre, y quizás por eso asumió que no eras el hijo de tu padre. Sin embargo, la marca de nacimiento claramente proviene de tu padre, considerando que Augustus también la tiene. La noté cuando te peiné el cabello luego de… bueno… —Se sonrojó.

Oh, Constantine lo recordaba… En la tina, luego de haberse deshecho en sus brazos, y de que sintiera por primera vez que podía ser él mismo con ella.

Hizo el espejo a un lado y alzó la mirada para verlo con unos ojos que brillaban de empatía.

—No dije nada porque no pensé que fuera significativo que tú y tu hijo tuvieran la misma marca de nacimiento. Pero luego me dijiste que Augustus era el heredero de tu padre, y creí que también era obvio que los dos eran descendientes de tu padre. Así que no le presté demasiada atención. Pero ahora que sé que dudas de la relación de sangre con tu padre… No hay nada que pueda demostrar tus lazos de sangre mejor que esto.

Todo el mundo se le estaba transformando. Sintió alivio… pesar… y arrepentimiento en el corazón y permaneció quieto, con una extraña mezcla de emociones. Todo lo que había intentado ser desesperada y obsesivamente… Todo lo que jamás podría ser… Ya lo era. Qué broma. Qué broma más cruel.

Constantine dejó caer las manos al costado del cuerpo.

—Soy el heredero de Buccleigh —murmuró—. Soy el verdadero hijo de mi padre…

—Sí. Ophelia era tu media hermana. Y Augustus es tu sobrino de sangre.

—Así que George no tenía ningún poder.

—No. Y nunca tuvo la carta de tu madre. Solo estaba alardeando.

Constantine clavó la mirada en su reflejo en el espejo grande mientras intentaba darle sentido a todos eso.

—Les dejé todo a Augustus y a ti. Escribí una carta renunciando a mi título por el bien de Augustus. Y me aseguré de que una significativa parte de mi fortuna que no se encuentra sujeta al título te pertenezca a ti.

Modesty le sonrió al tiempo que le sujetaba el rostro entre las manos y la miraba a los ojos.

—Eres un hombre más generoso y considerado de lo que permites que todos crean. Estoy segura de que el regente no tendrá la audacia de quitarte el título cuando vea pruebas de que eres el

verdadero heredero. En especial, cuando no hay ninguna prueba auténtica que sugiera lo contrario. Solo rumores.

Constantine soltó el aliento.

—Fortyne llevó la carta a la Cámara de los Lores esta mañana, pero no se firmará ni se decidirá nada hoy.

—Entonces puedes solicitar una audiencia con el regente y mostrarle las marcas de nacimiento. Le puedes decir que todo el escándalo empezó con un pretendiente celoso que no estaba en su sano juicio. Estoy segura de que los seis duques te apoyarán, así como también el duque de Grandhampton, el duque de Kelford y el resto de los Seaton.

La garganta se le relajó y suavizó. El hombre que solía ser habría protestado, demasiado orgulloso de pedir ayuda. Sin embargo, ya no sentía la necesidad de justificarse o de demostrarle nada a nadie. Lo único que quería, lo único que necesitaba, ya era suyo.

—Lamento que tuvieras que pasar por todo eso —le dijo apoyándole la mano en el pecho—, solo para descubrir que eras el heredero desde el comienzo.

Tomó una profunda bocanada de aire. Por primera vez, tenía el corazón lleno y sentía paz. Todos los trozos rotos y destrozados habían sanado.

—Yo no lo lamento —le aseguró envolviéndola en sus brazos y acercándosela—. No me importa. Qué circulen los rumores. Volvería a atravesar todo esto si me llevara hasta ti.

Modesty esbozó una sonrisa lenta y feliz.

—Oh.

—Con la excepción de que hubiera ayudado a Ophelia y jamás la hubiera rechazado. Esa decisión siempre será un recordatorio de las consecuencias de mi soberbia. Pero, gracias a ti, me he dado cuenta de quién soy en realidad y he hecho las paces conmigo.

—Eres un buen hombre. —Le tomó el rostro entre las manos—. Eres la mejor persona que conozco.

—No estoy de acuerdo. Esa posición siempre te pertenecerá a ti, duquesa. Me has sanado. Durante toda mi vida me habían convencido de que necesitaba ser perfecto para ser feliz, para ser apreciado y para ser respetado. Pero tú me has demostrado que no necesito ser perfecto en absoluto.

Modesty se estaba derritiendo en sus brazos. Estaba cálida y suave. Maravillosamente, era suya.

—Te amo, Constantine —le dijo—. Perfecto… imperfecto… como eres. Por todo lo que eres.

Constantine soltó el aliento y sintió como si estuviera a punto de explotar de ligereza y alegría. Las palabras le manaban de un lugar cálido en el medio del pecho.

—Mi dulzura, la palabra amor no alcanza para describir lo que siento por ti. Eres el motivo de mi existencia. Mi corazón comenzó a latir por ti desde el momento en que te vi en la iglesia, por más que lo negara. Puede que te haya pedido matrimonio, pero jamás fue por conveniencia. Te deseaba: en mi cama, en mi casa, en mi vida. Desde ese día. Mi futuro no existe sin ti en él. En algún sitio, alguien me diseñó para que jamás pudiera estar completo ni ser feliz sin ti. Quiero que sepas, dulzura, que en mí tienes un amigo de confianza, un marido, un amante, un protector y un servidor destinado a hacerte feliz. No necesito nada de ti, solo te necesito a ti, respirando, existiendo y viviendo en esta vida. Te amo. Siempre te he amado y siempre lo haré.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero antes de que pudiera responder, le apretó los labios contra los suyos en un beso largo y lento que le produjo un cosquilleo de amor en todo el cuerpo. Ya no había más secretos en su alma. Se encontraba de pie desnudo y

abierto para ella y para el niño que había aceptado en su familia y por los mejores amigos que podía tener en el mundo.

Ellos eran los verdaderos tesoros de su vida. No el título, ni su reputación, ni tampoco su fortuna. Ni mucho menos la aprobación de su padre o de la sociedad.

Esa mujer había visto su corazón y lo había escogido. Le había hecho ver que no necesitaba nada externo para sentirse digno y amado. No necesitaba máscaras ni defensas rígidas para pertenecer. Ya pertenecía. Gracias a ella, había descubierto que su hogar estaba donde había estado toda su vida, aunque jamás lo había sentido antes.

Ahora lo sabía. Su amor se lo había mostrado. Desde ese día, tendría toda una vida para hacerle sentir la misma dicha que ella le había brindado.

EPÍLOGO

Pryde Manor, agosto del año siguiente…

El sol se colaba por entre el follaje y calentaba las mejillas de Modesty, mientras observaba a Augustus. El niño se encontraba de pie sobre el césped frondoso, y apretaba la mano regordeta contra el tronco de un roble viejo que se elevaba por encima de ellos. No despegaba la mirada de Modesty y Constantine. Quería avanzar hacia ellos con desesperación, pero no se permitía soltarse del tronco. Insatisfecho con su progreso, soltó un gruñido y frunció las cejas pálidas por encima de los ojos celestes que tanto se parecían a los de Ophelia. Durante varias semanas había estado tambaleándose por la casa sujetándose a varios muebles. El siguiente paso sería soltarse y caminar por su propia cuenta.

La señora Walcott dormitaba sobre una silla a unos metros de distancia, y Modesty no quería despertarla. Lucien y Chastity, y Dorian y Patience con su bebé de ocho meses, Edward, se encontraban sentados sobre unas mantas al lado de la de ellos, dispuestas en un triángulo alrededor de una manta más grande con comida y bebidas. El banquete incluía jamón confitado, pasteles de

carne fríos, varias terrinas, pan recién horneado, dulces y cuencos con frutas y bayas de estación. En unos enfriadores de botellas de plata habían puesto champaña y vino de Burdeos.

La casa palaciega con altas columnas y ventanales se erguía a unos cincuenta metros, más allá de la pradera que usaban para actividades como arquería o críquet. Estaban rodeados de colinas y un bosque.

Modesty estaba acostada boca abajo sobre la manta para el pícnic y tenía la cabeza de Constantine apoyada en el valle de la parte baja de la espalda. Había recibido una carta de *sir* Joseph Banks, el administrador del Museo Británico, y la leía en voz alta para los invitados.

—Su interpretación de los símbolos en el espejo abre fascinantes ramas de investigación de las antiguas sociedades británicas. El museo está interesado en su opinión de símbolos similares que recientemente se han descubierto en piedras de Morayshire… —Al leer las palabras, sintió una pequeña explosión de fuegos artificiales en el corazón.

Todos irrumpieron en alegres exclamaciones de celebración. Modesty había pasado varios meses comparando los símbolos del espejo con otras imaginerías femeninas de antiguas obras de arte británicas para desarrollar una teoría acerca de los roles de las mujeres en las sociedades pictas.

Había comparado los patrones de espirales tallados de algunas piedras y objetos pictos, incluido el espejo, con los tallados en espiral de la piedra de jabalí de Knocknagael que habían encontrado en Inverness. Se creía que los patrones de esa piedra representaban los ciclos de la vida o la eternidad. A menudo, aparecían a lo largo de un jabalí, símbolo de fuerza y protección. En combinación con el hecho de que los reyes pictos se coronaban a través de la línea

femenina, Modesty había argumentado que las mujeres habían tenido un papel mucho más importante en las sociedades pictas de lo que se creía en la realidad. En su ensayo, había teorizado que las tribus pictas habían asociado a las mujeres con resiliencia y espiritualidad.

Su trabajo había recibido la atención de varios escolásticos del campo. A la vez, más anticuarios habían comenzado a mostrar interés en la historia de su propio país. Si bien aún no había demostrado sus teorías, Modesty estudiaba el pasado con una perspectiva fresca. Y, por primera vez, su voz importaba. Era respetada, reconocida y apreciada. Estaba contribuyendo al entendimiento de la humanidad, como siempre había querido, y no se iba a detener allí.

Los gruñidos de Augustus se habían vuelto más determinados y la hicieron apartar la atención de la carta. Como siempre, al verlo, el corazón se le llenó de amor.

—Creo que está por caminar —le murmuró a Constantine con el estómago apretado del entusiasmo y sintió que su marido volvía la cabeza para mirar al niño.

—Oh, sí. ¡Tú puedes, muchacho! —Se sentó al lado de Modesty y dejó a un lado la copia del libro de William Taplin *The Gentleman's Stable Directory: Or, Modern System of Farriery* que estaba leyendo para aprender más acerca del sistema moderno de herrería equina.

Constantine estaba estudiando tratamientos para cojeras causadas por abscesos en los cascos, que estaba afectando a la jaca de uno de sus arrendatarios, el señor Greebow. Ya había limpiado y emplastado el absceso con tanta delicadeza que el hijo adolescente del granjero lo había mirado anonadado. El nuevo veterinario, uno de los primeros graduados de la Royal Veterinary College llegaría al

día siguiente. Pero Constantine planeaba continuar aprendiendo y ayudando cuando pudiera.

—¡Tú puedes, Augustus! —exclamó Stella, la hija de cuatro años de Lucien, mientras se ponía de pie en la manta y se apresuraba hacia el lado del niño con los rizos dorados balanceándose. En su entusiasmo, arrojó un trozo de pastel, que aterrizó sobre el cabello de Lucien. El duque se encontraba recostado de lado cerca de Chastity, con unos caballos y bloques de madera esparcidos por toda la manta.

Stella se detuvo a dos pasos de Augustus y le ofreció la mano.

—¡Un paso más! ¡Tú puedes!

Lucien hizo una mueca al sentir las migas que se le caían por encima, y Chastity soltó una carcajada. El resto también se rio, y hasta la expresión de Dorian se transformó en una sonrisa divertida. La expresión infantil y despreocupada del duque le resultó extraña, pero bienvenida a Modesty. Patience se iluminó de alegría como una vela sobre un candelabro.

El pequeño Edward se encontraba sentado cerca y tomaba hojas de césped con meticulosidad para estudiarlas con una mirada de concentración similar a la de Patience. Tenía el cabello oscuro de Dorian, pero el rostro angelical de Patience. Todos bromearon que sería un botánico, como su madre.

Lucien negó con la cabeza sonriendo y se quitó el trozo de pastel de los rizos dorados.

—Las alegrías de la paternidad son evidentes para todos los presentes —dijo con una carcajada y la mirada llena de amor se posó en Chastity y en Stella.

—¡Papá! —lo llamó Augustus sin despegar los ojos de Constantine. A pesar de que era su tío, cuando empezó a usar la

palabra, que había sido la primera palabra que había aprendido, nadie había tenido el corazón de corregirlo.

Con el ceño fruncido de la determinación, estiró la mano regordeta hacia Constantine y dio su primer paso tembloroso. Modesty contuvo un jadeo. Todos soltaron vítores y lo alentaron mientras el niño daba tres pasos más antes de caerse sobre el trasero.

—¡Bien hecho! —exclamó Constantine avanzando hacia Augustus.

—¡Maravilloso! —lo felicitó Stella, que se acercó a Constantine al tiempo que este se detenía a pocos pasos del bebé.

—Anda —lo alentó—. Ven aquí.

—¡Ven aquí, Augustus! —Stella saltó de arriba abajo.

El acento de Whitechapel había desaparecido luego de casi un año de vivir con Lucien. Era una damita adorable, con una hermosa combinación de carácter fuerte y encanto indómito que había heredado de su padre.

Augustus sonrió y soltó un gruñido al tiempo que se ponía de pie y daba cinco pasos más antes de dejarse caer sobre los brazos de Constantine. Todos volvieron a soltar vítores y a aplaudir, y la señora Walcott se despertó para unirse a los festejos.

Modesty soltó una carcajada mientras observaba a Constantine caer de espaldas y reír con Augustus asegurado en los brazos. Stella también se rio y se arrojó sobre Constantine para hacerle cosquillas. Hasta Edward se les unió, y su esposo se redujo a una masa que se revolvía por el césped bajo el ataque de los tres niños.

Mientras Modesty sonreía, unas lágrimas de alegría le asomaron a los ojos, y miró a Patience y Chastity, al tiempo que las dos mujeres intercambiaban miradas llenas de comprensión. Constantine había cambiado mucho desde el día en que lo conoció. Ahora era un

hombre suave y relajado que radiaba paz interior. En ocasiones, hasta llevaba el cabello que antes se había peinado a la perfección algo enmarañado o con algunos mechones sobresaliendo en la nuca.

Había llevado esa mirada de alegría desde el día del secuestro fallido. Ni siquiera el escándalo que había circulado por Londres durante bastante tiempo lo había afectado. Se enfrentaba a todo con una aceptación calma y estoica. Antes, había sido frío como una piedra. Ahora era irrompible como una.

Cuando el príncipe regente lo había citado al palacio, Modesty y los seis duques se habían rehusado a dejarlo ir solo. Se habían parado a su lado, frente al regente, que había demandado saber si el rumor era cierto. Le había asegurado que tenía la intención de honrar el viejo testamento del duque; solo necesitaba pruebas.

Constantine se había disculpado por su comportamiento del pasado y le había dicho que se arrepentía de sus actos y de la rivalidad vana que tenían. El rumor era falso. No había ninguna prueba porque no era cierto. Sin embargo, el regente tenía el poder de gobernar en su contra o podía rechazar la carta de renuncia. Y, como el duque de Pryde había actuado con serenidad y respeto, pareció que el regente no estaba más interesado en la disputa. Modesty sospechaba que el cambio de parecer podía guardar más relación con el regalo que su marido le había hecho al monarca, Icarus, y con el comportamiento humilde de Constantine que con el verdadero perdón.

Constantine le dijo que le regalaba a Icarus, y que el semental lo aguardaba en el patio. A su vez, se disculpó por haberse llevado el obsequio antes, pero también le dijo que ahora comprendía lo vana que era su soberbia y que había cosas mucho más importantes en la vida. Eso dejó al regente sin habla. Había hecho algunos comentarios soeces acerca del carácter de Pryde, pero al ver que no

surtían efecto, dijo que no aceptaría la renuncia y que tendría que continuar cumpliendo su deber de duque en lugar de intentar delegárselo a un bebé.

El príncipe nunca más había vuelto a hacer ningún avance con Modesty. Ya fuera por la defensa feroz de Constantine ese día en Carlton House o el simple hecho de que había encontrado nuevas diversiones, Modesty se sentía muy agradecida de que el asunto hubiera quedado zanjado.

—¿Quién te hubiera imaginado así, Constantine? —dijo Chastity que iba vestida con el tono amarillo más hermoso que le daba el aspecto de la diosa de la primavera. También llevaba una pluma afelpada decorándole el cabello—. Hace un año, en este mismo césped, disparábamos flechas en la fiesta que diste en esta casa. Eras un anfitrión correcto e impecable. Jamás te hubiera imaginado rodando sobre el césped con tres niños, con manchas de mantequilla y mermelada en las prendas y riendo de alegría.

Constantine guiñó un ojo mientras dejaba a Augustus sobre sus pies. Luego giró sobre el estómago y dijo:

—Ya lo sé, Chastity. Permíteme conmocionarte aún más. Niños, soy un unicornio —exclamó y soltó un relincho—. ¿A quién le gustaría dar un paseo?

Mientras los adultos soltaban carcajadas, los niños rieron entusiasmados y comenzaron a treparse por su espalda. Modesty negó con la cabeza. ¿Acaso podía tener el corazón más liviano? ¿Era posible que el amor le llenara todo su ser más que en ese momento?

Se encontraba entre amigos, la gente que se había convertido en una extensión de su familia. El club de las señoritas con microscopios se había convertido en una reunión semanal, en la que Patience, Chastity y ella conversaban acerca de sus últimas teorías y descubrimientos… y a veces de sus maridos. Modesty sentía que

había encontrado un hogar con sus nuevas mejores amigas. También acudía a ayudar a Grace en el asilo para mujeres, y Constantine la acompañaba en ocasiones.

—Dime algo, Constantine —comenzó Lucien mirando a su esposa con picardía—, ¿a tu encargado le sigue gustando su nueva cabaña?

—Sí —repuso Constantine soltando relinchos y gateando despacio sobre el césped con Stella y Augustus en la espalda. El pequeño Edward gateaba tras ellos, riendo y haciendo un sonido divertido que parecía un relincho.

—¿Y nadie usa la cabaña vieja? —le preguntó Lucien sin apartar los ojos de Chastity. Modesty reparó en el rubor que cubría las mejillas de su amiga, que miraba a su marido con la misma intensidad.

—No, nadie la usa —repuso Constantine—. ¿Por qué lo preguntas?

Lucien al final apartó los ojos cuando Dorian lo fulminó con la mirada.

—Por nada. Sigue con la guardería de unicornios.

—Debo confesar que prefiero esta fiesta a la del año pasado —dijo Patience, que se apoyó contra su marido. Dorian le pasó los brazos por los hombros—. ¡Ahora tenemos a Modesty!

Todos asintieron en señal de acuerdo. Modesty les ofreció una intensa sonrisa.

—Pues, son todos bienvenidos siempre. Y, por favor, quédense cuanto tiempo quieran.

Lucien tomó una uva y la aplastó con los dientes.

—Gracias, duquesa. —Le guiñó un ojo a Chastity, que le sonrió—. Disfrutamos muchas cosas en las tierras de Pryde.

En el aire de la noche pendía el aroma de los jazmines mientras Constantine seguía las risas de Modesty a través de los serpenteantes senderos del laberinto. Los niños estaban en la cama y profundamente dormidos, o eso esperaba. Habían disfrutado una maravillosa cena con sus mejores amigos, que también se habían retirado a sus habitaciones. La luz plateada de la luna iluminaba los arbustos recortados y creaba un brillo etéreo.

—Por aquí —lo llamó atrayéndolo a las profundidades del laberinto—. A menos que el poderoso duque de Pryde tema perderse…

Constantine soltó una carcajada con el pulso acelerado.

—Crecí aquí, dulzura. Conozco cada giro.

—En ese caso, ¿por qué no me has alcanzado aún?

Hacía un año, se le habrían puesto los pelos de punta ante esa provocación. Su orgullo habría demandado que le demostrara el dominio de sus propias tierras. Ahora, se deleitaba dejándola guiar ese baile.

Dio vuelta a otra esquina y se detuvo en seco. El centro del laberinto se abría ante él, completamente transformado. Modesty había dispuesto una manta gruesa cubierta de almohadas. Varias velas proyectaban una cálida luz dentro de lámparas de cristal, y vio una botella de vino enfriándose. Pero fue su propia esposa la que le quitó el aliento.

Modesty se encontraba de pie al lado de un telescopio que debió haber tomado prestado de la biblioteca, con el cabello caoba suelto sobre los hombros. Se había quitado el jubón y se encontraba con un delgado vestido de muselina.

—Creí que podíamos estudiar las estrellas —le dijo con un dejo de timidez en la sonrisa que le provocó un vuelco en el corazón—.

Los antiguos romanos creían que las constelaciones veraniegas contaban historias de orgullo y redención.

Constantine se acercó más, atraído por el brillo de sus ojos verdes.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Hizo un gesto hacia arriba—. ¿Ves allí? Es Casiopea, la reina que desafió a los dioses…

Constantine le envolvió los brazos en la cintura por detrás e inhaló su familiar aroma a flores silvestres.

—¿Y se llenó de humildad por todo su orgullo?

—Sí. —Modesty apoyó la espalda contra el pecho de su marido—. Aunque hay quienes dicen que halló más gloria al aceptarse tal y como era.

—Como otra persona que conozco —murmuró al tiempo que le depositaba un beso en el cuello.

Se volvió en sus brazos.

—Creo que los dos tuvimos que aprender esa lección. Yo no era más que la humilde hija de un párroco.

—Siempre has sido mucho más que eso, dulzura. Y aquí estás, conduciendo a tu marido en una persecución bajo la luna en un laberinto. —Con los dedos le trazó la curva del cuello—. ¿Qué pasó con la tímida hija del párroco?

—Se enamoró de un duque que le demostró que estaba a salvo siendo ella misma. —Modesty le recorrió el pecho con las manos—. Y que le demostró que la verdadera nobleza no tiene nada que ver con el derecho de nacimiento ni con un título…

—Y solo tiene que ver con las decisiones que tomamos y cómo actuamos —concluyó Constantine bajando la boca a la suya.

El beso fue dulce y lento. Tenían toda la noche, toda la vida para explorar esa relación preciosa que tenían. Cuando se separaron, los

ojos de Modesty destellaban.

—¿Me haces el amor debajo de las estrellas? —le susurró.

Constantine se quedó sin aliento ante la audacia, no porque lo conmocionara, sino porque valoraba lo mucho que habían crecido juntos.

—¿Aquí? ¿Al aire libre?

—Todos están durmiendo. —Como su marido seguía dudando, añadió—: Vive un poco, duque.

—Mmm —murmuró mientras le daba un beso en el cuello y sentía cómo se le aceleraba el pulso. Por todos los cielos. Hasta a él se le aceleró el corazón. —Me gusta verte así de feliz. ¿Eres feliz?

Modesty soltó una carcajada.

—Muy feliz. ¿Y tú?

—No podría ser más feliz.

Ella se apartó un poco.

—Pues, a ver si te puedo demostrar cómo me siento.

Constantine no pudo contener la sonrisa.

—Alguna vez me dijeron que las pelirrojas eran un fuego en la cama. Tú sin dudas lo eres.

Le encantaba verla tomar el control. Modesty lo miró, y lo hizo sentir visto. No como un duque, ni como un título o una cantidad de libras ganadas al año. Sino como persona.

Modesty avanzó hasta él sobre la manta, le apoyó las manos en el pecho, y los dos se cayeron sobre las almohadas suaves.

Constantine creyó que se recostaría a su lado, pero en lugar de eso, se arrodilló delante de él. Constantine se apoyó sobre los codos para verla acomodarse entre sus muslos con una chispa en los ojos verdes. Quería lamer cada centímetro de su piel. Su piel sabía divina.

—¿Qué tienes en mente, dulzura? —le preguntó—. Conozco ese brillo en tus ojos. Estás planeando algo.

Recordó la primera noche en que la hizo suya… se había mostrado sensual, pero temerosa de su cuerpo, de sus reacciones y del placer que podría experimentar.

La Modesty de entonces jamás se habría imaginado tomando la iniciativa como lo estaba haciendo en ese momento. Él jamás se habría imaginado permitiéndoselo. Ahora los dos estaban completos.

Modesty se humedeció el labio inferior.

—Me conoces demasiado bien.

Comenzó a abrirle los botones de los pantalones, y Constantine tragó con dificultad. Al verla de esa manera, inclinada contra su entrepierna, con los pechos prácticamente afuera del vestido el miembro se le terminó de endurecer.

—Modesty —le dijo con los labios secos.

—¿Mmm?

—¿Qué haces?

Sabía perfectamente lo que tenía en mente, y la idea de que lo tocara le produjo una ola de deseo en todo el cuerpo.

—Te estoy liberando de estas prendas. —Le bajó los pantalones por los muslos y vio el miembro. La descarada lo miró fijo y se volvió a humedecer los labios. Constantine no logró contener un gruñido.

—Ya lo veo… —le dijo con la voz baja y ronca.

—Veamos si te puedo hacer más feliz.

Cerró la mano alrededor de la erección, y Constantine echó la cabeza hacia atrás. La más mínima caricia bastaba para producirle gran placer.

—¿De dónde sacas estas ideas? —logró preguntarle mientras la observaba mover la mano hacia arriba y abajo.

—Bueno… —repuso—. El club de las señoritas con microscopio no se limita a discutir ciencias.

La conmoción de eso casi lo hace sentarse, pero en ese momento, Modesty se llevó su miembro a la boca, y todas las preguntas se le murieron en la garganta. Lo único que pudo hacer fue gemir mientras observaba esos suculentos labios rosados a su alrededor.

—¿Qué…? —quiso preguntar, pero lo recorrió entero con la lengua—. ¿Quién…? ¿Acaso hablan de esto…?

—Mmm —murmuró contra su miembro y le produjo unas vibraciones en la carne—. No hables más.

—Diablos —maldijo mientras lo volvía a recorrer con la lengua y le empujaba el pecho para que se recostara de espaldas.

No estaba seguro de si le gustaba que hablara de esos temas y de lo que ocurría en la privacidad de sus recámaras, a menos que… bueno… eso llevara a nuevas experiencias, como la de ese momento.

Un año atrás, jamás habría permitido algo como eso. Habría tenido que ser la persona al mando. Pero ahora… se encontraba maravillosamente indefenso… confiado… y libre.

No solo le había entregado su cuerpo, sino todo su ser. Sus temores, sus imperfecciones y las cosas más oscuras y vergonzosas que ni siquiera se había atrevido a compartir consigo mismo. Y, a pesar de todo, ella lo amaba y quería complacerlo.

Incrementó las sensaciones masturbándolo mientras lo acariciaba con la lengua. Constantine no creyó que fuera capaz de endurecerse más, pero se equivocó. Por todos los cielos, se enfrentaría a mil escándalos con tal de proteger a esa mujer y mantener a su familia a salvo.

—Modesty —gruñó mientras se sentaba—. Necesito tenerte.

Modesty tenía el rostro sonrosado, los labios rojos destellando mientras la besaba y se le subía a horcajadas, como la noche en la que había perdido el control por primera vez con ella. Lo guio hasta su sexo estrecho, y el cálido paraíso de su cuerpo lo acogió mientras lo miraba a los ojos. Sintieron como si estuvieran nadando en el mar de estrellas que se extendía por encima de ellos.

Miles de personas habían existido antes que ellos, y miles más existirían después de ellos. Esas estrellas eternas habían sido testigo de incontables historias de orgullo y redención. Pero estaba seguro de que ninguna se asimilaba a la de ellos.

Al poco tiempo, la sintió temblar, las rodillas le cedieron, y Constantine se convirtió en fuego puro. No se pudo contener más. Ella se sentía demasiado bien, y siempre lo deshacía.

—Dulzura —le dijo mientras se apartaba un poco—. Voy a… Oh…

Sintió cómo se le tensaba el cuerpo alrededor de su miembro y supo que había llegado al mismo punto de dicha que él con los brazos envueltos en sus hombros. No pudo detenerse de seguir embistiéndola. Pero mientras se movía por necesidad, le acarició el sexo húmedo con los dedos hasta oírla gritar de placer. Y luego la sintió estremecerse contra su miembro latente con los muslos temblando.

Por todos los cielos, cómo amaba a esa mujer. Jamás podría saciarse de ella.

Se dejaron caer sobre la manta, y Modesty le apoyó el rostro contra el pecho. Respiraban entre jadeos, y Constantine le besó la frente sudada.

—Qué científicas descaradas. —Soltó una carcajada.

—¿Por qué? —le preguntó fingiendo inocencia—. El estudio del placer también es una ciencia.

—Por favor no me digas que compartes detalles íntimos con ellas.

Modesty se encogió de hombros.

—Nada concreto. No chusmeamos de ustedes, pero compartimos lo que nos da placer… lo que nos sorprende… y lo que nos da curiosidad.

—Siempre me puedes preguntar a mí.

Le dio un beso en la mejilla.

—Puedo y lo hago, pero a veces me gusta sorprenderte. ¿No disfrutaste eso?

—Sí. Está bien, tienes permiso para sorprenderme.

Modesty se rio y le apoyó el mentón en el pecho mirándolo a los ojos.

—Oh, duque de la soberbia, ¿alguna vez te imaginaste decir eso cuando recién nos casamos?

Tras pensar un momento, negó con la cabeza.

—No, ese Constantine jamás habría permitido que lo sorprendan. Mucho menos tú.

—¿Por qué?

—Porque… porque me intrigaste. No sabía qué hacer con tu increíble altruismo.

—Creí que me detestabas porque era de baja cuna y fácil de controlar.

—Nunca te detesté, dulzura. —La besó—. Jamás. La verdad es que creo que me enamoré de ti mucho antes de permitirme admitirlo, incluso a mí mismo.

Modesty soltó un suspiro.

—No eres el único que temía enamorarse. Yo también lo temía, mi amor. Estaba segura de que un duque nunca podría amar a

alguien como yo. Que siempre sería un medio para lograr un fin para ti.

Constantine la envolvió en la manta y se la acercó más.

—Supongo que los dos teníamos que superar nuestros propios demonios. Siempre te amaré, Modesty. Eres el amor de mi vida.

—Y los dos nos convertimos en mejores personas —le dijo—. Te amo, Constantine, mi humilde duque de la soberbia.

Constantine le recorrió la curva del cuello y se maravilló ante el reflejo de la luz de la luna contra el cabello caoba.

—¿Sabes qué es lo que más me enorgullece ahora?

—No. ¿Qué?

—Ni mi título, ni mis tierras, ni mi sangre. Sino que soy digno de tu amor. Y que puedo ser no solo el duque que la sociedad necesita, sino también el hombre que te mereces.

Modesty alzó la cabeza con los ojos destellando.

—Y yo ya no soy más simplemente la hija de un párroco. Soy una duquesa y sé lo que valgo: en la biblioteca, en la sociedad y en los brazos de mi marido.

—Lo eres todo, Modesty. —La besó con suavidad—. Mi corazón, mi hogar y mi redención.

Por encima de ellos, las estrellas de verano giraban en un eterno baile, testigos de cómo los desafíos a los que se habían enfrentado habían transformado la soberbia y la modestia en algo mucho más precioso. En amor.

Gracias por leer **EL DUQUE DE LA SOBERBIA**.

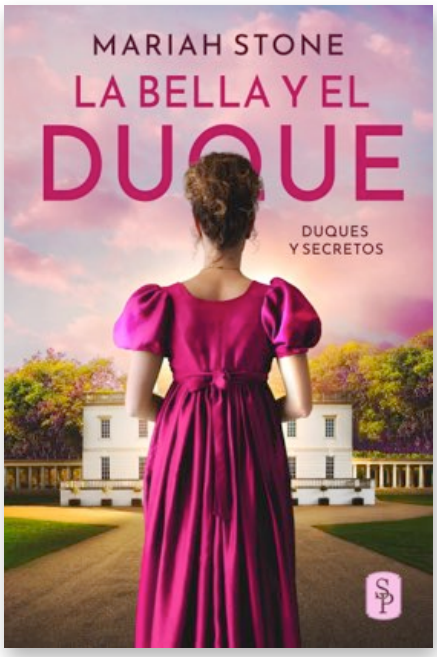
Si disfrutaste la historia de Constantine y Modesty, asegúrate de conseguir tu epílogo bonus exclusivo - disponible solo aquí:

https://mariahstone.com/soberbia-epilogo

Y mientras todos esperamos que el próximo pecado mortal haga su aparición, me emociona que conozcas a mis otros duques:

Si disfrutaste la mezcla de misterio, pasión y crecimiento emocional en **EL DUQUE DE LA SOBERBIA**, te encantará conocer a la obstinada señorita Penelope Beckett y al vengativo Duque de Grandhampton en LA BELLA Y EL DUQUE.

LA BELLA Y EL DUQUE es el primero en mi serie precuela Los siete lores de los pecados, DUQUES Y SECRETOS, donde la historia de amor de cada hermano se entrelaza con la misteriosa desaparición de su hermano Spencer.



Él se casó con ella por venganza.
Ella se casó con él para salvar a su familia.

Lo que comienza como un matrimonio construido sobre secretos y resentimiento pronto arde con una pasión inesperada que ninguno de los dos puede negar...

Continúa leyendo LA BELLA Y EL DUQUE ahora >

¡Disponible en Kindle Unlimited, ebook, impreso y audio!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

